

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVIII

Nº1

ENERO - MARZO 2015



NUESTRA PORTADA:

Celebración del Congreso Regional de la Vida Consagrada, los días 20, 21 y 22 de febrero, con el lema *Una luz en el camino de la Iglesia*, con la presencia del Nuncio Apostólico, los Obispos de las cinco Diócesis de Galicia, el Obispo de Astorga, la Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada y representantes de distintas congregaciones, entre otras autoridades eclesiales, contando con ponentes de primer nivel y más de 500 congresistas.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVIII

Enero - Marzo 2015

Nº 1

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Audiencias.....	7
Cartas.....	27
Discursos.....	31
Homilías	48
Viaje apostólico a Sri Lanka y Filipinas.....	67
Viaje pastoral a Pompeya y Nápoles.....	84

OBISPO

Homilías

Fiesta de la Sagrada Familia	93
Exequias del Rvdo. D. Manuel Fernández Cougil.....	96
Intervención en el encuentro con los Comunicadores en la Fiesta de San Francisco de Sales.....	98
Vigilia por la Unidad de los Cristianos	100
Exequias por Sor María del Carmen, Hija de Santa Clara del Monasterio de Damas Pobres de Santa Clara de Allariz.....	103
Fiesta de Santo Tomas en el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”	107
Misa de Apertura del Bicentenario del nacimiento de D. Bosco, 1815-2015	108
Exequias del Rvdo. D. Álvaro Selas Gómez	111
Exequias por el M. I. Sr. D. Emilio Losada Castiñeiras, Canónigo Lectoral emérito, exVicario para la Pastoral de la Diócesis y profesor del Seminario.....	114
Misa de Acción de gracias en los 50 años del traslado de los restos mortales del Siervo de Dios Mons. Blanco Nájera y los 70 años de su entrada en esta Diócesis	117
Exequias por Sor M ^a Josefá Sofía de San José, Hermanita de los Ancianos Desamparados del “Hogar Santa María”	118
Exequias del Rvdo. D. Adolfo Enríquez Méndez	121
Misa de Ordenación de Diáconos.....	124

Cartas

Con motivo de la celebración de la Campaña contra el Hambre.....	129
Carta pastoral con motivo de la Visita pastoral, 2015	131

En Comunidad

Enero	155
Febrero.....	156
Marzo.....	158

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos 163

Defunciones 164

Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano, al Sr. Obispo, agradeciendo la aportación de la Diócesis de Ourense al Óbolo de San Pedro..... 165

El Instituto para la Sustentación del Clero (Decreto y Estatutos) 166

Delegación episcopal de Economía

Resultados de la actividad diocesana en el Ejercicio 2014 175

Presupuestos diocesanos para el Ejercicio 2015..... 176

Aportaciones parroquiales del Ejercicio 2014..... 179

Delegación de Acción Caritativa y Social (Cáritas Diocesana)

Resultados de la actividad en el Ejercicio 2014 199

Archivo Histórico Diocesano

Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense . Año 2014..... 201

CRÓNICA DIOCESANA

Enero, febrero y marzo 229



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

AUDIENCIAS

Audiencia del Papa Francisco

Aula Pablo VI. Miércoles 7 de enero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy continuamos con las catequesis sobre la Iglesia y haremos una reflexión sobre la Iglesia madre. La Iglesia es madre. Nuestra santa madre Iglesia.

En estos días la liturgia de la Iglesia puso ante nuestros ojos el icono de la Virgen María Madre de Dios. El primer día del año es la fiesta de la Madre de Dios, a la que sigue la Epifanía, con el recuerdo de la visita de los Magos. Escribe el evangelista Mateo: «Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2, 11). Es la Madre que, tras haberlo engendrado, presenta el Hijo al mundo. Ella nos da a Jesús, ella nos muestra a Jesús, ella nos hace ver a Jesús.

Continuamos con las catequesis sobre la familia y en la familia está *la madre*. Toda persona humana debe la vida a una madre, y casi siempre le debe a ella mucho de la propia existencia sucesiva, de la formación humana y espiritual. La madre, sin embargo, incluso siendo muy exaltada desde punto de vista simbólico -muchas poesías, muchas cosas hermosas se dicen poéticamente de la madre-, se la escucha poco y se le ayuda poco en la vida cotidiana, y es poco considerada en su papel central en la sociedad. Es más, a menudo se aprovecha de la disponibilidad de las madres a sacrificarse por los hijos para «ahorrar» en los gastos sociales.

Sucede que incluso en la comunidad cristiana a la madre no siempre se la tiene justamente en cuenta, se le escucha poco. Sin embargo, en el centro de la vida de la Iglesia está la Madre de Jesús. Tal vez las madres, dispuestas a muchos sacrificios por los propios hijos, y no pocas veces también por los de los demás, deberían ser más escuchadas. Habría que comprender más su lucha cotidiana por ser eficientes en el trabajo y atentas y afectuosas en la familia; habría que comprender mejor a qué aspiran ellas para expresar los mejores y auténticos frutos de su emancipación. Una madre con los hijos tiene siempre problemas, siempre trabajo. Recuerdo que en casa, éramos cinco hijos y mientras uno hacía una tra-

vesura, el otro pensaba en hacer otra, y la pobre mamá iba de una parte a la otra, pero era feliz. Nos dio mucho.

Las madres son el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta. «Individuo» quiere decir «que no se puede dividir». Las madres, en cambio, se «dividen» a partir del momento en el que acogen a un hijo para darlo al mundo y criarlo. Son ellas, las madres, quienes más odian la guerra, que mata a sus hijos. Muchas veces he pensado en esas madres al recibir la carta: «Le comunico que su hijo ha caído en defensa de la patria...». ¡Pobres mujeres! ¡Cómo sufre una madre! Son ellas quienes testimonian la belleza de la vida. El arzobispo Oscar Arnulfo Romero decía que las madres viven un «martirio materno». En la homilía para el funeral de un sacerdote asesinado por los escuadrones de la muerte, él dijo, evocando el Concilio Vaticano II: «Todos debemos estar dispuestos a morir por nuestra fe, incluso si el Señor no nos concede este honor... Dar la vida no significa sólo ser asesinados; dar la vida, tener espíritu de martirio, es entregarla en el deber, en el silencio, en la oración, en el cumplimiento honesto del deber; en ese silencio de la vida cotidiana; dar la vida poco a poco. Sí, como la entrega una madre, que sin temor, con la sencillez del martirio materno, concibe en su seno a un hijo, lo da a luz, lo amamanta, lo cría y cuida con afecto. Es dar la vida. Es martirio». Hasta aquí la citación. Sí, ser madre no significa sólo traer un hijo al mundo, sino que es también una opción de vida. ¿Qué elige una madre? ¿Cuál es la opción de vida de una madre? La opción de vida de una madre es la opción de dar la vida. Y esto es grande, esto es hermoso.

Una sociedad sin madres sería una sociedad inhumana, porque las madres saben testimoniar siempre, incluso en los peores momentos, la ternura, la entrega, la fuerza moral. Las madres transmiten a menudo también el sentido más profundo de la práctica religiosa: en las primeras oraciones, en los primeros gestos de devoción que aprende un niño, está inscrito el valor de la fe en la vida de un ser humano. Es un mensaje que las madres creyentes saben transmitir sin muchas explicaciones: estas llegarán después, pero la semilla de la fe está en esos primeros, valiosísimos momentos. Sin las madres, no sólo no habría nuevos fieles, sino que la fe perdería buena parte de su calor sencillo y profundo. Y la Iglesia es madre, con todo esto, es nuestra madre. Nosotros no somos huérfanos, tenemos una madre. La Virgen, la madre Iglesia y nuestra madre. No somos huérfanos, somos hijos de la Iglesia, somos hijos de la Virgen y somos hijos de nuestras madres.

Queridísimas mamás, gracias, gracias por lo que sois en la familia y por lo que dais a la Iglesia y al mundo. Y a ti, amada Iglesia, gracias, gracias por ser madre. Y a ti, María, madre de Dios, gracias por hacernos ver a Jesús. Y gracias a todas las mamás aquí presentes: las saludamos con un aplauso.

Audiencia del Papa Francisco

Miércoles, 28 de enero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas:

Retomamos el camino de catequesis sobre la familia. Hoy nos dejamos guiar por la palabra «padre». Una palabra más que ninguna otra con especial valor para nosotros, los cristianos, porque es el nombre con el cual Jesús nos enseñó a llamar a Dios: padre. El significado de este nombre recibió una nueva profundidad precisamente a partir del modo en que Jesús lo usaba para dirigirse a Dios y manifestar su relación especial con Él. El misterio bendito de la intimidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, revelado por Jesús, es el corazón de nuestra fe cristiana.

«Padre» es una palabra conocida por todos, una palabra universal. Indica una relación fundamental cuya realidad es tan antigua como la historia del hombre. Hoy, sin embargo, se ha llegado a afirmar que nuestra sociedad es una «sociedad sin padres». En otros términos, especialmente en la cultura occidental, la figura del padre estaría simbólicamente ausente, desviada, desvanecida. En un primer momento esto se percibió como una liberación: liberación del padre-patrón, del padre como representante de la ley que se impone desde fuera, del padre como censor de la felicidad de los hijos y obstáculo a la emancipación y autonomía de los jóvenes. A veces en algunas casas, en el pasado, reinaba el autoritarismo, en ciertos casos nada menos que el maltrato: padres que trataban a sus hijos como siervos, sin respetar las exigencias personales de su crecimiento; padres que no les ayudaban a seguir su camino con libertad -si bien no es fácil educar a un hijo en libertad-; padres que no les ayudaban a asumir las propias responsabilidades para construir su futuro y el de la sociedad.

Esto, ciertamente, no es una actitud buena. Y, como sucede con frecuencia, se pasa de un extremo a otro. El problema de nuestros días no parece ser ya tanto la presencia entrometida de los padres, sino más bien su ausencia, el hecho de no estar presentes. Los padres están algunas veces tan concentrados en sí mismos y en su trabajo, y a veces en sus propias realizaciones individuales, que olvidan incluso a la familia. Y dejan solos a los pequeños y a los jóvenes. Siendo obispo de Buenos Aires percibía el sentido de orfandad que viven hoy los chicos; y a menudo preguntaba a los papás si jugaban con sus hijos, si tenían el valor y el amor de perder tiempo con los hijos. Y la respuesta, en la mayoría de los casos, no era buena: «Es que no puedo porque tengo mucho trabajo...». Y el padre estaba ausente para ese hijo que crecía, no jugaba con él, no, no perdía tiempo con él.

Ahora, en este camino común de reflexión sobre la familia, quiero decir a todas las comunidades cristianas que debemos estar más atentos: la ausencia de la figu-

ra paterna en la vida de los pequeños y de los jóvenes produce lagunas y heridas que pueden ser incluso muy graves. Y, en efecto, las desviaciones de los niños y adolescentes pueden darse, en buena parte, por esta ausencia, por la carencia de ejemplos y de guías autorizados en su vida de todos los días, por la carencia de cercanía, la carencia de amor por parte de los padres. El sentimiento de orfandad que viven hoy muchos jóvenes es más profundo de lo que pensamos.

Son huérfanos en la familia, porque los padres a menudo están ausentes, incluso físicamente, de la casa, pero sobre todo porque, cuando están, no se comportan como padres, no dialogan con sus hijos, no cumplen con su tarea educativa, no dan a los hijos, con su ejemplo acompañado por las palabras, los principios, los valores, las reglas de vida que necesitan tanto como el pan. La calidad educativa de la presencia paterna es mucho más necesaria cuando el papá se ve obligado por el trabajo a estar lejos de casa. A veces parece que los padres no sepan muy bien cuál es el sitio que ocupan en la familia y cómo educar a los hijos. Y, entonces, en la duda, se abstienen, se retiran y descuidan sus responsabilidades, tal vez refugiándose en una cierta relación «de igual a igual» con sus hijos. Es verdad que tú debes ser «compañero» de tu hijo, pero sin olvidar que tú eres el padre. Si te comportas sólo como un compañero de tu hijo, esto no le hará bien a él.

Y este problema lo vemos también en la comunidad civil. La comunidad civil, con sus instituciones, tiene una cierta responsabilidad -podemos decir paternal- hacia los jóvenes, una responsabilidad que a veces descuida o ejerce mal. También ella a menudo los deja huérfanos y no les propone una perspectiva verdadera. Los jóvenes se quedan, de este modo, huérfanos de caminos seguros que recorrer, huérfanos de maestros de quien fiarse, huérfanos de ideales que caldeen el corazón, huérfanos de valores y de esperanzas que los sostengan cada día. Los llenan, en cambio, de ídolos pero les roban el corazón; les impulsan a soñar con diversiones y placeres, pero no se les da trabajo; se les ilusiona con el dios dinero, negándoles la verdadera riqueza.

Y entonces nos hará bien a todos, a los padres y a los hijos, volver a escuchar la promesa que Jesús hizo a sus discípulos: «No os dejaré huérfanos» (*Jn 14, 18*). Es Él, en efecto, el Camino que recorrer, el Maestro que escuchar, la Esperanza de que el mundo puede cambiar, de que el amor vence al odio, que puede existir un futuro de fraternidad y de paz para todos. Alguno de vosotros podrá decirme: «Pero Padre, hoy usted ha estado demasiado negativo. Ha hablado sólo de la ausencia de los padres, lo que sucede cuando los padres no están cerca de sus hijos...». Es verdad, quise destacar esto, porque el miércoles próximo continuaré esta catequesis poniendo de relieve la belleza de la paternidad. Por eso he elegido comenzar por la oscuridad para llegar a la luz. Que el Señor nos ayude a comprender bien estas cosas. Gracias.

Audiencia del Papa Francisco

Aula Pablo VI. Miércoles, 4 de febrero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quiero desarrollar la segunda parte de la reflexión sobre la figura del padre en la familia. La vez pasada hablé del peligro de los padres «ausentes», hoy quiero mirar más bien el aspecto positivo. También san José fue tentado de dejar a María, cuando descubrió que estaba embarazada; pero intervino el ángel del Señor que le reveló el designio de Dios y su misión de padre putativo; y José, hombre justo, «acogió a su esposa» (*Mt* 1, 24) y se convirtió en el padre de la familia de Nazaret. Cada familia necesita del padre. Hoy nos centramos en el valor de su papel, y quisiera partir de algunas expresiones que se encuentran en el libro de los Proverbios, palabras que un padre dirige al propio hijo, y dice así: «Hijo mío, si se hace sabio tu corazón, también mi corazón se alegrará. Me alegraré de todo corazón si tus labios hablan con acierto» (*Pr* 23, 15-16). No se podría expresar mejor el orgullo y la emoción de un padre que reconoce haber transmitido al hijo lo que importa de verdad en la vida, o sea, un corazón sabio. Este padre no dice: «Estoy orgulloso de ti porque eres precisamente igual a mí, porque repites las cosas que yo digo y hago». No, no le dice sencillamente algo. Le dice algo mucho más importante, que podríamos interpretar así: «Seré feliz cada vez que te vea actuar con sabiduría, y me emocionaré cada vez que te escuche hablar con rectitud. Esto es lo que quise dejarte, para que se convirtiera en algo tuyo: el hábito de sentir y obrar, hablar y juzgar con sabiduría y rectitud. Y para que pudieras ser así, te enseñé lo que no sabías, corregí errores que no veías. Te hice sentir un afecto profundo y al mismo tiempo discreto, que tal vez no has reconocido plenamente cuando eras joven e incierto. Te di un testimonio de rigor y firmeza que tal vez no comprendías, cuando hubieses querido sólo complicidad y protección. Yo mismo, en primer lugar, tuve que ponerme a la prueba de la sabiduría del corazón, y vigilar sobre los excesos del sentimiento y del resentimiento, para cargar el peso de las inevitables incomprendiones y encontrar las palabras justas para hacerme entender. Ahora -sigue el padre-, cuando veo que tú tratas de ser así con tus hijos, y con todos, me emociono. Soy feliz de ser tu padre». Y esto lo que dice un padre sabio, un padre maduro.

Un padre sabe bien lo que cuesta transmitir esta herencia: cuánta cercanía, cuánta dulzura y cuánta firmeza. Pero, cuánto consuelo y cuánta recompensa se recibe cuando los hijos rinden honor a esta herencia. Es una alegría que recompensa toda fatiga, que supera toda incompreensión y cura cada herida.

La primera necesidad, por lo tanto, es precisamente esta: que el padre esté *presente* en la familia. Que sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías

y dolores, cansancios y esperanzas. Y que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando son despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. Decir presente no es lo mismo que decir controlador. Porque los padres demasiado controladores anulan a los hijos, no los dejan crecer.

El Evangelio nos habla de la ejemplaridad del Padre que está en el cielo -el único, dice Jesús, que puede ser llamado verdaderamente «Padre bueno» (cf. *Mc* 10, 18). Todos conocen esa extraordinaria parábola llamada del «hijo pródigo», o mejor del «padre misericordioso», que está en el Evangelio de san Lucas en el capítulo 15 (cf. 15, 11-32). Cuánta dignidad y cuánta ternura en la espera de ese padre que está en la puerta de casa esperando que el hijo regrese. Los padres deben ser pacientes. Muchas veces no hay otra cosa que hacer más que esperar; rezar y esperar con paciencia, dulzura, magnanimidad y misericordia.

Un buen padre *sabe esperar y sabe perdonar* desde el fondo del corazón. Ciertamente, sabe también corregir con firmeza: no es un padre débil, complaciente, sentimental. El padre que sabe *corregir sin humillar* es el mismo que sabe proteger sin guardar nada para sí. Una vez escuché en una reunión de matrimonio a un papá que decía: «Algunas veces tengo que castigar un poco a mis hijos... pero nunca bruscamente para no humillarlos». ¡Qué hermoso! Tiene sentido de la dignidad. Debe castigar, lo hace del modo justo, y sigue adelante.

Así, pues, si hay alguien que puede explicar en profundidad la oración del «Padrenuestro», enseñada por Jesús, es precisamente quien vive en primera persona la paternidad. Sin la gracia que viene del Padre que está en los cielos, los padres pierden valentía y abandonan el campo. Pero los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan; y el no encontrarlo abre en ellos heridas difíciles de cerrar.

La Iglesia, nuestra madre, está comprometida en apoyar con todas las fuerzas la presencia buena y generosa de los padres en las familias, porque ellos son para las nuevas generaciones custodios y mediadores insustituibles de la fe en la bondad, de la fe en la justicia y en la protección de Dios, como san José.

Audiencia del Papa Francisco

Miércoles, 11 de febrero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de haber reflexionado sobre las figuras de la madre y del padre, en esta catequesis sobre la familia quiero hablar del hijo o, mejor dicho, de los hijos. Me inspiro en una hermosa imagen de Isaías. El profeta escribe: «Tus hijos se reúnen y vienen hacia ti. Vienen tus hijos desde lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces lo verás y estarás radiante; tu corazón se asombrará, se ensanchará» (60, 4-5a). Es una espléndida imagen, una imagen de la felicidad que se realiza en el reencuentro entre padres e hijos, que caminan juntos hacia el futuro de libertad y paz, tras un largo período de privaciones y separación, cuando el pueblo judío se hallaba lejos de su patria.

En efecto, existe un estrecho vínculo entre la esperanza de un pueblo y la armonía entre las generaciones. Debemos pensar bien en esto. Existe un vínculo estrecho entre la esperanza de un pueblo y la armonía entre las generaciones. La alegría de los hijos estremece el corazón de los padres y vuelve a abrir el futuro. Los hijos son la alegría de la familia y de la sociedad. No son un problema de biología reproductiva, ni uno de los tantos modos de realizarse. Y mucho menos son una posesión de los padres... No. Los hijos son un don, son un regalo, ¿habéis entendido? Los hijos son un don. Cada uno es único e irrepetible y, al mismo tiempo, está inconfundiblemente unido a sus raíces. De hecho, ser hijo e hija, según el designio de Dios, significa llevar en sí la memoria y la esperanza de un amor que se ha realizado precisamente dando la vida a otro ser humano, original y nuevo. Y para los padres cada hijo es él mismo, es diferente, es diverso. Permitidme un recuerdo de familia. Recuerdo que mi madre decía de nosotros -éramos cinco-: «Tengo cinco hijos». Cuando le preguntaban: «¿Cuál es tu preferido?», respondía: «Tengo cinco hijos, como cinco dedos. [Muestra los dedos de la mano] Si me golpean este, me duele; si me golpean este otro, me duele. Me duelen los cinco. Todos son hijos míos, pero todos son diferentes, como los dedos de una mano». Y así es la familia. Los hijos son diferentes, pero todos hijos.

Se ama a un hijo porque es hijo, no porque es hermoso o porque es de una o de otra manera; no, porque es hijo. No porque piensa como yo o encarna mis deseos. Un hijo es un hijo: una vida engendrada por nosotros, pero destinada a él, a su bien, al bien de la familia, de la sociedad, de toda la humanidad.

De ahí viene también la profundidad de la experiencia humana de ser hijo e hija, que nos permite descubrir la dimensión más gratuita del amor, que jamás deja de sorprendernos. Es la belleza de ser amados antes: los hijos son amados antes de que lleguen. Cuántas veces encuentro en la plaza a madres que me muestran la panza y me piden la bendición..., esos niños son amados antes de venir al mundo. Esto es gratuidad, esto es amor; son amados antes del nacimiento, como el amor de Dios, que siempre nos ama antes. Son amados antes de haber hecho algo para merecerlo, antes de saber hablar o pensar, incluso antes de venir al mundo. Ser hijos es la condición fundamental para conocer el amor de Dios, que

es la fuente última de este auténtico milagro. En el alma de cada hijo, aunque sea vulnerable, Dios pone el sello de este amor, que es el fundamento de su dignidad personal, una dignidad que nada ni nadie podrá destruir.

Hoy parece más difícil para los hijos imaginar su futuro. Los padres -aludí a ello en las catequesis anteriores- han dado, quizá, un paso atrás, y los hijos son más inseguros al dar pasos hacia adelante. Podemos aprender la buena relación entre las generaciones de nuestro Padre celestial, que nos deja libres a cada uno de nosotros, pero nunca nos deja solos. Y si nos equivocamos, Él continúa siguiéndonos con paciencia, sin disminuir su amor por nosotros. El Padre celestial no da pasos atrás en su amor por nosotros, ¡jamás! Va siempre adelante, y si no puede ir delante, nos espera, pero nunca va para atrás; quiere que sus hijos sean intrépidos y den pasos hacia adelante.

Por su parte, los hijos no deben tener miedo del compromiso de construir un mundo nuevo: es justo que deseen que sea mejor que el que han recibido. Pero hay que hacerlo sin arrogancia, sin presunción. Hay que saber reconocer el valor de los hijos, y se debe honrar siempre a los padres.

El cuarto mandamiento pide a los hijos -y todos los somos- que honren al padre y a la madre (cf. *Ex* 20, 12). Este mandamiento viene inmediatamente después de los que se refieren a Dios mismo. En efecto, encierra algo sagrado, algo divino, algo que está en la raíz de cualquier otro tipo de respeto entre los hombres. Y en la formulación bíblica del cuarto mandamiento se añade: «Para que se prolonguen tus días en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar». El vínculo virtuoso entre las generaciones es garantía de futuro, y es garantía de una historia verdaderamente humana. Una sociedad de hijos que no honran a sus padres es una sociedad sin honor; cuando no se honra a los padres, se pierde el propio honor. Es una sociedad destinada a poblarse de jóvenes desapacibles y ávidos. Pero también una sociedad avara de procreación, a la que no le gusta rodearse de hijos que considera, sobre todo, una preocupación, un peso, un riesgo, es una sociedad deprimida. Pensemos en las numerosas sociedades que conocemos aquí, en Europa: son sociedades deprimidas, porque no quieren hijos, no tienen hijos; la tasa de nacimientos no llega al uno por ciento. ¿Por qué? Cada uno de nosotros debe de pensar y responder. Si a una familia numerosa la miran como si fuera un peso, hay algo que está mal. La procreación de los hijos debe ser responsable, tal como enseña la encíclica *Humanae vitae* del beato Pablo VI, pero tener más hijos no puede considerarse automáticamente una elección irresponsable. No tener hijos es una elección egoísta. La vida se rejuvenece y adquiere energías multiplicándose: se enriquece, no se empobrece. Los hijos aprenden a ocuparse de su familia, maduran al compartir sus sacrificios, crecen en el aprecio de sus dones. La experiencia feliz de la fraternidad favorece el respeto y el cuidado de los padres, a quienes debemos agradecimiento. Muchos de vosotros presentes aquí tienen

hijos, y todos somos hijos. Hagamos algo, un minuto de silencio. Que cada uno de nosotros piense en su corazón en sus propios hijos -si los tiene-; piense en silencio. Y todos nosotros pensemos en nuestros padres, y demos gracias a Dios por el don de la vida. En silencio, quienes tienen hijos, piensen en ellos, y todos pensemos en nuestros padres. [Silencio] Que el Señor bendiga a nuestros padres y bendiga a vuestros hijos.

Que Jesús, el Hijo eterno, convertido en hijo en el tiempo, nos ayude a encontrar el camino de una nueva irradiación de esta experiencia humana tan sencilla y tan grande que es ser hijo. En la multiplicación de la generación hay un misterio de enriquecimiento de la vida de todos, que viene de Dios mismo. Debemos redescubrirlo, desafiando el prejuicio; y vivirlo en la fe con plena alegría. Y os digo: qué hermoso es cuando paso entre vosotros y veo a los papás y a las mamás que alzan a sus hijos para que los bendiga; este un gesto casi divino. Gracias por hacerlo.

Audiencia del Papa Francisco

Miércoles 18 de febrero de 2015

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro camino de catequesis sobre la familia, tras haber considerado el papel de la madre, del padre, de los hijos, hoy es el turno de los *hermanos*. «Hermano» y «hermana» son palabras que el cristianismo quiere mucho. Y, gracias a la experiencia familiar, son palabras que todas las culturas y todas las épocas comprenden.

El vínculo fraterno tiene un sitio especial *en la historia del pueblo de Dios*, que recibe su revelación en la vivacidad de la experiencia humana. El salmista canta la belleza de la relación fraterna: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (*Sal 132, 1*). Y esto es verdad, la fraternidad es hermosa. Jesucristo llevó a su plenitud incluso esta experiencia humana de ser hermanos y hermanas, asumiéndola en el amor trinitario y potenciándola de tal modo que vaya mucho más allá de los vínculos del parentesco y pueda superar todo muro de extrañeza.

Sabemos que *cuando la relación fraterna se daña*, cuando se arruina la relación entre hermanos, se abre el camino hacia experiencias dolorosas de conflicto, de traición, de odio. El relato bíblico de *Caín y Abel* constituye el ejemplo de este resultado negativo. Después del asesinato de Abel, Dios pregunta a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?» (*Gen 4, 9a*). Es una pregunta que el Señor sigue repitiendo en cada generación. Y lamentablemente, en cada generación, no cesa de repetirse también la dramática respuesta de Caín: «No sé; ¿soy yo el guardián

de mi hermano?» (*Gen 4, 9b*). La ruptura del vínculo entre hermanos es algo feo y malo para la humanidad. Incluso en la familia, cuántos hermanos riñen por pequeñas cosas, o por una herencia, y luego no se hablan más, no se saludan más. ¡Esto es feo! La fraternidad es algo grande, cuando se piensa que todos los hermanos vivieron en el seno de la misma mamá durante nueve meses, vienen de la carne de la mamá. Y no se puede romper la hermandad. Pensemos un poco: todos conocemos familias que tienen hermanos divididos, que han reñido; pidamos al Señor por estas familias -tal vez en nuestra familia hay algunos casos- para que les ayude a reunir a los hermanos, a reconstituir la familia. La fraternidad no se debe romper y cuando se rompe sucede lo que pasó con Caín y Abel. Cuando el Señor pregunta a Caín dónde estaba su hermano, él responde: «Pero, yo no sé, a mí no me importa mi hermano». Esto es feo, es algo muy, muy doloroso de escuchar. En nuestras oraciones siempre rezamos por los hermanos que se han distanciado.

El vínculo de *fraternidad que se forma en la familia* entre los hijos, si se da en un clima de educación abierto a los demás, es la gran escuela de libertad y de paz. En la familia, entre hermanos se aprende la convivencia humana, cómo se debe convivir en sociedad. Tal vez no siempre somos conscientes de ello, pero es precisamente la familia la que introduce la fraternidad en el mundo. A partir de esta primera experiencia de fraternidad, nutrida por los afectos y por la educación familiar, el estilo de la fraternidad se irradia como una promesa sobre toda la sociedad y sobre las relaciones entre los pueblos.

La bendición que Dios, *en Jesucristo*, derrama sobre este vínculo de fraternidad *lo dilata* de un modo inimaginable, haciéndolo capaz de ir más allá de toda diferencia de nación, de lengua, de cultura e incluso de religión.

Pensad lo que llega a ser la relación entre los hombres, incluso siendo muy distintos entre ellos, cuando pueden decir de otro: «Este es precisamente como un hermano, esta es precisamente como una hermana para mí». ¡Esto es hermoso! La historia, por lo demás, ha mostrado suficientemente que incluso la libertad y la igualdad, sin la fraternidad, pueden llenarse de individualismo y de conformismo, incluso de interés personal.

La fraternidad en la familia resplandece de modo especial cuando vemos el cuidado, la paciencia, el afecto con los cuales se rodea *al hermanito o a la hermanita más débiles*, enfermos, o con discapacidad. Los hermanos y hermanas que hacen esto son muchísimos, en todo el mundo, y tal vez no apreciamos lo suficiente su generosidad. Y cuando los hermanos son muchos en la familia -hoy, he saludado a una familia, que tiene nueve hijos: el más grande, o la más grande, ayuda al papá, a la mamá, a cuidar a los más pequeños. Y es hermoso este trabajo de ayuda entre los hermanos.

Tener un hermano, una hermana que te quiere es una experiencia fuerte, im-

pagable, insustituible. Lo mismo sucede en la *fraternidad cristiana*. Los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos: tienen «derecho» de llenarnos el alma y el corazón. Sí, ellos son nuestros hermanos y como tales tenemos que amarlos y tratarlos. Cuando esto se da, cuando los pobres son como de casa, nuestra fraternidad cristiana misma cobra de nuevo vida. Los cristianos, en efecto, van al encuentro de los pobres y de los débiles no para obedecer a un programa ideológico, sino porque la palabra y el ejemplo del Señor nos dicen que todos somos hermanos. Este es el principio del amor de Dios y de toda justicia entre los hombres. Os sugiero una cosa: antes de acabar, me faltan pocas líneas, en silencio cada uno de nosotros, pensemos en nuestros hermanos, en nuestras hermanas, y en silencio desde el corazón recemos por ellos. Un instante de silencio.

Así, pues, con esta oración los hemos traído a todos, hermanos y hermanas, con el pensamiento, con el corazón, aquí a la plaza para recibir la bendición.

Hoy más que nunca es necesario volver a poner la fraternidad en el centro de nuestra sociedad tecnocrática y burocrática: entonces también la libertad y la igualdad tomarán su justa entonación. Por ello, no privemos a nuestras familias con demasiada ligereza, por sometimiento o por miedo, de la belleza de una amplia experiencia fraterna de hijos e hijas. Y no perdamos nuestra confianza en la amplitud de horizonte que la fe es capaz de sacar de esta experiencia, iluminada por la bendición de Dios.

Audiencia del Papa Francisco

Miércoles, 4 de marzo de 2015.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy y la del miércoles próximo están dedicadas a los ancianos, que, en el ámbito de la familia, son *los abuelos, los tíos*. Hoy reflexionamos sobre la problemática condición actual de los ancianos, y la próxima vez, es decir el próximo miércoles, más en positivo, sobre la vocación contenida en esta edad de la vida.

Gracias a los progresos de la medicina la vida se ha alargado: pero la sociedad *no se ha «abierto» a la vida*. El número de ancianos se ha multiplicado, pero nuestras sociedades no se han organizado lo suficiente para hacerles espacio, con justo respeto y concreta consideración a su fragilidad y dignidad. Mientras somos jóvenes, somos propensos a ignorar la vejez, como si fuese una enfermedad que hay que mantener alejada; cuando luego llegamos a ancianos,

especialmente si somos pobres, si estamos enfermos y solos, experimentamos las lagunas de una sociedad programada a partir de la eficiencia, que, como consecuencia, ignora a los ancianos. Y los ancianos son una riqueza, no se pueden ignorar.

Benedicto XVI, al visitar una casa para ancianos, usó palabras claras y proféticas, decía así: «La calidad de una sociedad, quisiera decir de una civilización, se juzga también por cómo se trata a los ancianos y por el lugar que se les reserva en la vida en común» (12 de noviembre de 2012). Es verdad, la atención a los ancianos habla de la calidad de una civilización. ¿Se presta atención al anciano en una civilización? ¿Hay sitio para el anciano? Esta civilización seguirá adelante si sabe respetar la sabiduría, la sabiduría de los ancianos. En una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, esta sociedad lleva consigo el virus de la muerte.

En Occidente, los estudiosos presentan el siglo actual como *el siglo del envejecimiento*: los hijos disminuyen, los ancianos aumentan. Este desequilibrio nos interpela, es más, es un gran desafío para la sociedad contemporánea. Sin embargo, una cultura de la ganancia insiste en presentar a los ancianos como un peso, un «estorbo». No sólo no producen, piensa esta cultura, sino que son una carga: en definitiva, ¿cuál es el resultado de pensar así? Se descartan. Es feo ver a los ancianos descartados, es algo feo, es pecado. No se dice abiertamente, pero se hace. Hay algo de cobardía en ese *habituarse a la cultura del descarte*, pero estamos acostumbrados a descartar gente. Queremos borrar nuestro ya crecido miedo a la debilidad y a la vulnerabilidad; pero actuando así aumentamos en los ancianos la angustia de ser mal soportados y abandonados.

Ya en mi ministerio en Buenos Aires toqué con la mano esta realidad con sus problemas: «Los ancianos son abandonados, y no sólo en la precariedad material. Son abandonados en la egoísta incapacidad de aceptar sus límites que reflejan nuestros límites, en las numerosas dificultades que hoy deben superar para sobrevivir en una civilización que no les permite participar, dar su parecer, ni ser referentes según el modelo de consumo donde “sólo los jóvenes pueden ser útiles y pueden gozar”. Estos ancianos, en cambio, deberían ser, para toda la sociedad, la reserva de sabiduría de nuestro pueblo. Los ancianos son la reserva de sabiduría de nuestro pueblo. ¿Con cuánta facilidad se deja dormir la conciencia cuando no hay amor!» (*Sólo el amor nos puede salvar*, Ciudad del Vaticano 2013, p. 83). Y esto sucede. Cuando visitaba las residencias de ancianos, recuerdo que hablaba con cada uno y muchas veces escuché esto: «¿Cómo está usted? ¿Y sus hijos? –Bien, bien. –¿Cuántos hijos tiene? –Muchos. – ¿Y vienen a visitarla? –Sí, sí, siempre, sí, vienen. –¿Cuándo vinieron por última vez?». Recuerdo que una anciana me decía: «Ah, por Navidad». Y estábamos en agosto. Ocho meses sin recibir la visita de los hijos,

ocho meses abandonada. Esto se llama pecado mortal, ¿entendido? En una ocasión, siendo niño, mi abuela nos contaba una historia de un abuelo anciano que al comer se manchaba porque no podía llevar bien la cuchara con la sopa a la boca. Y el hijo, o sea el padre de la familia, había decidido cambiarlo de la mesa común e hizo hacer una mesita en la cocina, donde no se veía, para que comiese solo. Y así no haría un mal papel cuando vinieran los amigos a comer o a cenar. Pocos días después, al llegar a casa, encontró a su hijo más pequeño jugando con la madera, el martillo y los clavos, haciendo algo, y le dijo: «¿Qué haces? –Hago una mesa, papá. –Una mesa, ¿para qué? –Para tenerla cuando tú seas anciano, así tú podrás comer allí». Los niños tienen más conciencia que nosotros.

En la tradición de la Iglesia existe un *bagaje de sabiduría* que siempre sostuvo una cultura de *cercanía a los ancianos*, una disposición al acompañamiento afectuoso y solidario en esta parte final de la vida. Esa tradición tiene su raíz en la Sagrada Escritura, como lo atestiguan, por ejemplo, estas expresiones del Libro del Sirácides: «No desprecies los discursos de los ancianos, que también ellos aprendieron de sus padres; porque de ellos aprenderás inteligencia y a responder cuando sea necesario» (Sir 8, 9).

La Iglesia no puede y no quiere conformarse a una mentalidad de intolerancia, y mucho menos de indiferencia y desprecio, respecto a la vejez. Debemos despertar el *sentido colectivo de gratitud*, de aprecio, de hospitalidad, que hagan sentir al anciano parte viva de su comunidad.

Los ancianos son hombres y mujeres, padres y madres que estuvieron antes que nosotros en el mismo camino, en nuestra misma casa, en nuestra diaria batalla por una vida digna. Son hombres y mujeres de quienes recibimos mucho. El anciano no es un enemigo. El anciano somos nosotros: dentro de poco, dentro de mucho, inevitablemente de todos modos, incluso si no lo pensamos. Y si no aprendemos a tratar bien a los ancianos, así nos tratarán a nosotros.

Un poco frágiles somos todos los ancianos. Algunos, sin embargo, son *especialmente débiles*, muchos están solos y con el peso de la enfermedad. Algunos dependen de tratamientos indispensables y de la atención de los demás. ¿Daremos por esto un paso hacia atrás? ¿Los abandonaremos a su destino? Una sociedad sin *proximidad*, donde la *gratuidad* y el afecto sin contrapartida -incluso entre desconocidos- van desapareciendo, es una sociedad perversa. La Iglesia, fiel a la Palabra de Dios, no puede tolerar estas degeneraciones. Una comunidad cristiana en la que proximidad y gratuidad ya no fuesen consideradas indispensables, perdería con ellas su alma. Donde no hay consideración hacia los ancianos, no hay futuro para los jóvenes.

Audiencia del Papa Francisco

Miércoles 11 de marzo de 2015

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la catequesis de hoy continuamos la reflexión sobre los abuelos, considerando *el valor y la importancia de su papel en la familia*. Lo hago identificándome con estas personas, porque también yo pertenezco a esta franja de edad.

Cuando estuve en Filipinas, el pueblo filipino me saludaba diciendo: «Lolo Kiko» -es decir, abuelo Francisco-, «Lolo Kiko», decían. Una primera cosa es importante subrayar: es verdad que la sociedad tiende a descartarnos, pero ciertamente el Señor no. El Señor no nos descarta nunca. Él nos llama a seguirlo en cada edad de la vida, y también *la ancianidad contiene una gracia y una misión*, una verdadera *vocación* del Señor. La ancianidad es una vocación. No es aún el momento de «abandonar los remos en la barca». Este período de la vida es distinto de los anteriores, no cabe duda; debemos también un poco «inventárnoslo», porque nuestras sociedades no están preparadas, espiritual y moralmente, a dar al mismo, a este momento de la vida, su valor pleno. Una vez, en efecto, no era tan normal tener tiempo a disposición; hoy lo es mucho más. E incluso la espiritualidad cristiana fue pillada un poco de sorpresa, y se trata de delinear una espiritualidad de las personas ancianas. Pero gracias a Dios no faltan los testimonios de santos y santas ancianos.

Me emocionó mucho la «Jornada para los ancianos» que realizamos aquí en la plaza de San Pedro el año pasado, la plaza estaba llena. Escuché historias de ancianos que se entregan por los demás, y también historias de parejas de esposos, que decían: «Cumplimos 50 años de matrimonio, cumplimos 60 años de matrimonio». Es importante hacerlo ver a los jóvenes que se cansan enseguida; es importante el testimonio de los ancianos en la fidelidad. Y en esta plaza había muchos ese día. Es una reflexión que hay que continuar, en ámbito tanto eclesial como civil. El Evangelio viene a nuestro encuentro con una imagen muy hermosa, conmovedora y alentadora. Es la imagen de Simeón y Ana, de quienes se habla en el Evangelio de la infancia de Jesús escrito por san Lucas. Eran ciertamente ancianos, el «viejo» Simeón y la «profetisa» Ana que tenía 84 años. Esta mujer no escondía su edad. El Evangelio dice que esperaba la venida de Dios cada día, con gran fidelidad, desde hacía largos años. Querían precisamente verlo ese día, captar los signos, intuir el inicio. Tal vez estaban un poco resignados, a este punto, a morir antes: esa larga espera continuaba ocupando toda su vida, no tenían compromisos más importantes que este: esperar al Señor y rezar. Y, cuando María y José llegaron al templo para cumplir las disposiciones de la Ley, Simeón y

Ana se movieron por impulso, animados por el Espíritu Santo (cf. *Lc 2, 27*). El peso de la edad y de la espera desapareció en un momento. Ellos reconocieron al Niño, y descubrieron *una nueva fuerza, para una nueva tarea*: dar gracias y dar testimonio por este signo de Dios. Simeón improvisó un bellissimo himno de júbilo (cf. *Lc 2, 29-32*) -fue un poeta en ese momento- y Ana se convirtió en la primera predicadora de Jesús: «hablaba del niño a todos lo que aguardaban la liberación de Jerusalén» (*Lc 2, 38*).

Queridos abuelos, queridos ancianos, pongámonos en la senda de estos ancianos extraordinarios. Convirtámonos también nosotros un poco en poetas de la oración: cultivemos el gusto de buscar palabras nuestras, volvamos a apropiarnos de las que nos enseña la Palabra de Dios. *La oración de los abuelos y los ancianos es un gran don para la Iglesia*. La oración de los ancianos y los abuelos es don para la Iglesia, es una riqueza. Una gran inyección de sabiduría también para toda la sociedad humana: sobre todo para la que está demasiado atareada, demasiado ocupada, demasiado distraída. Alguien debe incluso cantar, también por ellos, cantar los signos de Dios, proclamar los signos de Dios, rezar por ellos. Miremos a Benedicto XVI, quien eligió pasar en la oración y en la escucha de Dios el último período de su vida. ¡Es hermoso esto! Un gran creyente del siglo pasado, de tradición ortodoxa, Olivier Clément, decía: «Una civilización donde ya no se reza es una civilización donde la vejez ya no tiene sentido. Y esto es aterrador, nosotros necesitamos ante todo ancianos que recen, porque la vejez se nos dio para esto». Necesitamos ancianos que recen porque la vejez se nos dio precisamente para esto. La oración de los ancianos es algo hermoso.

Podemos *dar gracias* al Señor por los beneficios recibidos y llenar el vacío de la ingratitud que lo rodea. Podemos *interceder* por las expectativas de las nuevas generaciones y dar dignidad a la memoria y a los sacrificios de las generaciones pasadas. Podemos recordar a los jóvenes ambiciosos que una vida sin amor es una vida árida. Podemos decir a los jóvenes miedosos que la angustia del futuro se puede vencer. Podemos enseñar a los jóvenes demasiado enamorados de sí mismos que hay más alegría en dar que en recibir. Los abuelos y las abuelas forman el «coro» permanente de un gran santuario espiritual, donde la oración de súplica y el canto de alabanza sostienen a la comunidad que trabaja y lucha en el campo de la vida.

La oración, por último, *purifica incesantemente el corazón*. La alabanza y la súplica a Dios previenen el endurecimiento del corazón en el resentimiento y en el egoísmo. Cuán feo es el cinismo de un anciano que perdió el sentido de su testimonio, desprecia a los jóvenes y no comunica una sabiduría de vida. En cambio, cuán hermoso es el aliento que el anciano logra transmitir al joven que busca el sentido de la fe y de la vida. Es verdaderamente la misión de los abuelos, la vocación de los ancianos. Las palabras de los abuelos tienen algo especial para

los jóvenes. Y ellos lo saben. Las palabras que mi abuela me entregó por escrito el día de mi ordenación sacerdotal aún las llevo conmigo, siempre en el breviario, y las leo a menudo y me hace bien.

¡Cuánto quisiera una Iglesia que desafía la cultura del descarte con la alegría desbordante de un nuevo abrazo entre los jóvenes y los ancianos! Y esto es lo que hoy pido al Señor, este abrazo.

Audiencia del Papa Francisco

Plaza de San Pedro. Miércoles, 18 de marzo de 2015.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de haber pasado revista a las diversas figuras de la vida familiar -madre, padre, hijos, hermanos, abuelos-, quisiera concluir este primer grupo de catequesis sobre la familia hablando de los niños. Lo haré en dos momentos: hoy me centraré en el gran don que son los niños para la humanidad -es verdad, son un gran don para la humanidad, pero son también los grandes excluidos porque ni siquiera les dejan nacer- y próximamente me detendré en algunas heridas que lamentablemente hacen mal a la infancia. Me vienen a la mente muchos niños con los que me he encontrado durante mi último viaje a Asia: llenos de vida y entusiasmo, y, por otra parte, veo que en el mundo muchos de ellos viven en condiciones no dignas... En efecto, del modo en el que son tratados los niños se puede juzgar a la sociedad, pero no sólo moralmente, también sociológicamente, si se trata de una sociedad libre o una sociedad esclava de intereses internacionales.

En primer lugar, los niños nos recuerdan que todos, en los primeros años de vida, hemos sido totalmente dependientes de los cuidados y de la benevolencia de los demás. Y el Hijo de Dios no se ahorró este paso. Es el misterio que contemplamos cada año en Navidad. El belén es el icono que nos comunica esta realidad del modo más sencillo y directo. Pero es curioso: Dios no tiene dificultad para hacerse entender por los niños, y los niños no tienen problemas para comprender a Dios. No por casualidad en el Evangelio hay algunas palabras muy bonitas y fuertes de Jesús sobre los «pequeños». Este término «pequeños» se refiere a todas las personas que dependen de la ayuda de los demás, y en especial a los niños. Por ejemplo Jesús dice: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25). Y dice también: «Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18, 10).

Por lo tanto, los niños son en sí mismos una riqueza para la humanidad y también para la Iglesia, porque nos remiten constantemente a la condición necesaria para entrar en el reino de Dios: la de no considerarnos autosuficientes, sino necesitados de ayuda, amor y perdón. Y todos necesitamos ayuda, amor y perdón.

Los niños nos recuerdan otra cosa hermosa, nos recuerdan que somos siempre hijos: incluso cuando se llega a la edad de adulto, o anciano, también si se convierte en padre, si ocupa un sitio de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo. Todos somos hijos. Y esto nos reconduce siempre al hecho de que la vida no nos la hemos dado nosotros mismos sino que la hemos recibido. El gran don de la vida es el primer regalo que nos ha sido dado. A veces corremos el riesgo de vivir olvidándonos de esto, como si fuésemos nosotros los dueños de nuestra existencia y, en cambio, somos radicalmente dependientes. En realidad, es motivo de gran alegría sentir que en cada edad de la vida, en cada situación, en cada condición social, somos y permanecemos hijos. Este es el principal mensaje que nos dan los niños con su presencia misma: sólo con ella nos recuerdan que todos nosotros y cada uno de nosotros somos hijos.

Y son numerosos los dones, muchas las riquezas que los niños traen a la humanidad. Recordaré sólo algunos.

Portan su modo de ver la realidad, con una mirada confiada y pura. El niño tiene una confianza espontánea en el papá y en la mamá; y tiene una confianza natural en Dios, en Jesús, en la Virgen. Al mismo tiempo, su mirada interior es pura, aún no está contaminada por la malicia, la doblez, las «incrustaciones» de la vida que endurecen el corazón. Sabemos que también los niños tienen el pecado original, sus egoísmos, pero conservan una pureza y una sencillez interior. Pero los niños no son diplomáticos: dicen lo que sienten, dicen lo que ven, directamente. Y muchas veces ponen en dificultad a los padres, manifestando delante de otras personas: «Esto no me gusta porque es feo». Pero los niños dicen lo que ven, no son personas dobles, no han cultivado aún esa ciencia de la doblez que nosotros adultos lamentablemente hemos aprendido.

Los niños -en su sencillez interior- llevan consigo, además, la capacidad de recibir y dar ternura. Ternura es tener un corazón «de carne» y no «de piedra», como dice la Biblia (cf. *Ez 36, 26*). La ternura es también poesía: es «sentir» las cosas y los acontecimientos, no tratarlos como meros objetos, sólo para usarlos, porque sirven...

Los niños tienen la capacidad de sonreír y de llorar. Algunos, cuando los tomo para abrazarlos, sonríen; otros me ven vestido de blanco y creen que soy el médico y que vengo a vacunarlos, y lloran... pero espontáneamente. Los niños son así: sonríen y lloran, dos cosas que en nosotros, los grandes, a menudo «se bloquean», ya no somos capaces... Muchas veces nuestra sonrisa se convierte en una sonrisa de cartón, algo sin vida, una sonrisa que no es alegre, incluso una

sonrisa artificial, de payaso. Los niños sonríen espontáneamente y lloran espontáneamente. Depende siempre del corazón, y con frecuencia nuestro corazón se bloquea y pierde esta capacidad de sonreír, de llorar. Entonces, los niños pueden enseñarnos de nuevo a sonreír y a llorar. Pero, nosotros mismos, tenemos que preguntarnos: ¿sonríó espontáneamente, con naturalidad, con amor, o mi sonrisa es artificial? ¿Todavía lloro o he perdido la capacidad de llorar? Dos preguntas muy humanas que nos enseñan los niños.

Por todos estos motivos Jesús invita a sus discípulos a «hacerse como niños», porque «de los que son como ellos es el reino de Dios» (cf. *Mt* 18, 3; *Mc* 10, 14).

Queridos hermanos y hermanas, los niños traen vida, alegría, esperanza, incluso complicaciones. Pero la vida es así. Ciertamente causan también preocupaciones y a veces muchos problemas; pero es mejor una sociedad con estas preocupaciones y estos problemas, que una sociedad triste y gris porque se quedó sin niños. Y cuando vemos que el número de nacimientos de una sociedad llega apenas al uno por ciento, podemos decir que esta sociedad es triste, es gris, porque se ha quedado sin niños.

Audiencia del Papa Francisco

Plaza de San Pedro. Miércoles 25 de marzo de 2015

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro camino de catequesis sobre la familia, hoy tenemos una etapa un poco especial: será una *pausa de oración*.

El 25 de marzo en la Iglesia celebramos solemnemente la *Anunciación*, inicio del misterio de la Encarnación. El arcángel Gabriel visita a la humilde joven de Nazaret y le anuncia que concebirá y dará a luz al Hijo de Dios. Con este anuncio el Señor ilumina y fortalece la fe de María, como lo hará luego también con su esposo José, para que Jesús *pueda nacer en una familia humana*. Esto es muy hermoso: nos muestra en qué medida el misterio de la Encarnación, tal como Dios lo quiso, comprende no sólo la concepción en el seno de la madre, sino también la acogida en una familia auténtica. Hoy quisiera contemplar con vosotros la belleza de este vínculo, la belleza de esta condescendencia de Dios; y podemos hacerlo rezando juntos el *Avemaría*, que en la primera parte retoma precisamente las palabras del ángel, las que dirigió a la Virgen. Os invito a rezar juntos:

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa Ma-

ría, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

Y ahora un segundo aspecto: el 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación, en muchos países se celebra la *Jornada por la vida*. Por eso, hace veinte años, san Juan Pablo II en esta fecha firmó la encíclica *Evangelium vitae*. Para recordar este aniversario hoy están presentes en la plaza muchos simpatizantes del Movimiento por la vida. En la «*Evangelium vitae*» la familia ocupa un sitio central, en cuanto que es el seno de la vida humana. La palabra de mi venerado predecesor nos recuerda que *la pareja humana ha sido bendecida por Dios desde el principio para formar una comunidad de amor y de vida, a la que se le confía la misión de la procreación*. Los esposos cristianos, al celebrar el sacramento del Matrimonio, se muestran disponibles para honrar esta bendición, con la gracia de Cristo, para toda la vida. La Iglesia, por su parte, se compromete solemnemente a ocuparse de la familia que nace en ella, como don de Dios para su vida misma, en las situaciones buenas y malas: *el vínculo entre Iglesia y familia es sagrado e inviolable*. La Iglesia, como madre, nunca abandona a la familia, incluso cuando está desanimada, herida y de muchos modos mortificada. Ni siquiera cuando cae en el pecado, o cuando se aleja de la Iglesia; siempre hará todo lo posible por tratar de atenderla y sanarla, invitarla a la conversión y reconciliarla con el Señor.

Pues bien, si esta es la tarea, se ve claro *cuánta oración necesita la Iglesia* para ser capaz, en cada época, de llevar a cabo esta misión. Una oración llena de amor por la familia y por la vida. Una oración que sabe alegrarse con quien se alegra y sufrir con quien sufre.

He aquí entonces lo que, juntamente con mis colaboradores, hemos pensado proponer hoy: *renovar la oración por el Sínodo de los obispos sobre la familia*. Relanzamos este compromiso hasta el próximo mes de octubre, cuando tendrá lugar la Asamblea sinodal ordinaria dedicada a la familia. Quisiera que esta oración, como todo el camino sinodal, esté animada por la compasión del buen Pastor por su rebaño, especialmente por las personas y las familias que por diversos motivos están «extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 36). Así, sostenida y animada por la gracia de Dios, la Iglesia podrá estar aún más comprometida, y aún más unida, en el testimonio de la verdad del amor de Dios y de su misericordia por las familias del mundo, ninguna excluida, tanto dentro como fuera del redil.

Os pido, por favor, que no falte vuestra oración. Todos -Papa, cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, fieles laicos-, todos estamos llamados a rezar por el Sínodo. Esto es lo que se necesita, no de habladurías. Invito también a rezar a quienes se sienten alejados, o que ya no están acostumbrados a hacerlo. Esta *oración por el Sínodo sobre la familia* es para el bien de todos. Sé que esta mañana os han entregado una estampa, y que la tenéis entre las manos. Os invi-

to a conservarla y llevarla con vosotros, para que en los próximos meses podáis rezarla con frecuencia, con santa insistencia, como nos lo pidió Jesús. Ahora la recitamos juntos:

Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.
Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas Iglesias domésticas.
Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.
Santa Familia de Nazaret,
que el próximo Sínodo de los obispos
haga tomar conciencia a todos del carácter
sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.
Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.
Amén.

CARTAS

**Carta del Papa Francisco
a los Presidentes de las Conferencias Episcopales y a los Superiores de los
Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, acerca
de la Pontificia Comisión para la tutela de menores**

Vaticano, 2 de febrero de 2015. Fiesta de la Presentación del Señor

A los Presidentes de las Conferencias Episcopales y los Superiores de los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

En marzo del año pasado instituí la Pontificia Comisión para la tutela de menores, anunciada ya en diciembre de 2013, con el fin de ofrecer propuestas e iniciativas orientadas a mejorar las normas y los procedimientos para la protección de todos los menores y adultos vulnerables, y he llamado a formar parte de dicha Comisión a personas altamente cualificadas y notorias por sus esfuerzos en este campo.

El siguiente mes de julio, en la reunión que tuve con algunas personas que han sido objeto de abusos sexuales por parte de sacerdotes, me sentí conmovido e impresionado por la intensidad de su sufrimiento y la firmeza de su fe. Esto confirmó una vez más mi convicción de que se debe continuar haciendo todo lo posible para erradicar de la Iglesia el flagelo del abuso sexual de menores, y abrir un camino de reconciliación y curación para quien ha sufrido abusos.

Por estas razones, he añadido el pasado mes de diciembre nuevos miembros a la Comisión, en representación de las Iglesias particulares de todo el mundo. Y dentro de pocos días, todos estos miembros se reunirán en Roma por primera vez.

En este contexto, considero que la Comisión será un nuevo, válido y eficaz instrumento para ayudarme a animar y promover el compromiso de toda la Iglesia en sus diversos ámbitos -Conferencias Episcopales, diócesis, Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, etc.- para poner en práctica las actuaciones necesarias para garantizar la protección de los menores y adultos vulnerables, y dar respuestas de justicia y misericordia.

Las familias deben saber que la Iglesia no escatima esfuerzo alguno para proteger a sus hijos, y tienen el derecho de dirigirse a ella con plena confianza, porque es una casa segura. Por tanto, no se podrá dar prioridad a ningún otro tipo de consideración, de la naturaleza que sea, como, por ejemplo, el deseo de evitar el escándalo, porque no hay absolutamente lugar en el ministerio para los que abusan de los menores.

También se debe vigilar atentamente que se cumpla plenamente la circular

emanada por la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 3 de mayo de 2011, para ayudar a las Conferencias Episcopales en la preparación de las líneas maestras para tratar los casos de abuso sexual de menores por parte de clérigos. Es importante que las Conferencias Episcopales adopten un instrumento para revisar periódicamente las normas y comprobar su cumplimiento.

Corresponde al Obispo diocesano y a los Superiores mayores la tarea de verificar que en las parroquias y en otras instituciones de la Iglesia se garantice la seguridad de los menores y los adultos vulnerables. Como expresión del deber de la Iglesia de manifestar la compasión de Jesús a los que han sufrido abuso sexual, y a sus familias, se insta a las diócesis y los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica a establecer programas de atención pastoral, que podrán contar con la aportación de servicios psicológicos y espirituales. Los Pastores y los responsables de las comunidades religiosas han de estar disponibles para el encuentro con los que han sufrido abusos y sus seres queridos: se trata de valiosas ocasiones para escuchar y pedir perdón a los que han sufrido mucho.

Por todos estos motivos, pido vuestra colaboración plena y atenta con la Comisión para la tutela de los menores. La tarea que le he encomendado incluye la asistencia a vosotros y a vuestras Conferencias, mediante un intercambio mutuo de «praxis virtuosas» y de programas de educación, formación e instrucción por lo que se refiere a la respuesta que se ha de dar a los abusos sexuales.

Que el Señor Jesús infunda en cada uno de nosotros, ministros de la Iglesia, ese amor y esa predilección por los pequeños que ha caracterizado su presencia entre los hombres, y que se traduce en una responsabilidad especial respecto al bien de los menores y adultos vulnerables. Que María Santísima, Madre de la ternura, nos ayude a cumplir, con generosidad y rigor, nuestro deber de reconocer humildemente y reparar las injusticias del pasado, y a ser siempre fieles a la tarea de proteger a quienes son los predilectos de Jesús.

**Carta del Papa Francisco
al Preósito General de la Orden de los Hermanos Descalzos por los
quinientos años del nacimiento de Santa Teresa de Jesús**

Vaticano, 28 de marzo de 2015

Al Rvdmo. P. Saverio Cannistrà, Preósito general de la Orden de los Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Querido Hermano:

Al cumplirse los quinientos años del nacimiento de santa Teresa de Jesús, quiero unirme, junto con toda la Iglesia, a la acción de gracias de la gran familia

del Carmelo descalzo –religiosas, religiosos y seglares– por el carisma de esta mujer excepcional.

Considero una gracia providencial que este aniversario haya coincidido con el año dedicado a la Vida Consagrada, en la que la Santa de Ávila resplandece como guía segura y modelo atrayente de entrega total a Dios. Se trata de un motivo más para mirar al pasado con gratitud, y redescubrir “la chispa inspiradora” que ha impulsado a los fundadores y a sus primeras comunidades (cf. *Carta a los Consagrados*, 21 noviembre 2014).

¡Cuánto bien nos sigue haciendo a todos el testimonio de su consagración, nacido directamente del encuentro con Cristo, su experiencia de oración, como diálogo continuo con Dios, y su vivencia comunitaria, enraizada en la maternidad de la Iglesia!

1. Santa Teresa es sobre todo *maestra de oración*. En su experiencia, fue central el descubrimiento de la humanidad de Cristo. Movidada por el deseo de compartir esa experiencia personal con los demás, escribe sobre ella de una forma vital y sencilla, al alcance de todos, pues consiste simplemente en “tratar de amistad con quien sabemos nos ama” (*Vida* 8,5). Muchas veces la misma narración se convierte en plegaria, como si quisiera introducir al lector en su diálogo interior con Cristo. La de Teresa no fue una oración reservada únicamente a un espacio o momento del día; surgía espontánea en las ocasiones más variadas: “Cosa recia sería que sólo en los rincones se pudiera traer oración” (*Fundaciones* 5, 16). Estaba convencida del valor de la oración continua, aunque no fuera siempre perfecta. La Santa nos pide que seamos perseverantes, fieles, incluso en medio de la sequedad, de las dificultades personales o de las necesidades apremiantes que nos reclaman.

Para renovar hoy la vida consagrada, Teresa nos ha dejado un gran tesoro, lleno de propuestas concretas, caminos y métodos para rezar, que, lejos de encerrarnos en nosotros mismos o de buscar un simple equilibrio interior, nos hacen recomenzar siempre desde Jesús y constituyen una auténtica escuela de crecimiento en el amor a Dios y al prójimo.

2. A partir de su encuentro con Jesucristo, Santa Teresa vivió “otra vida”; se convirtió en una comunicadora incansable del Evangelio (cf. *Vida* 23,1). Deseosa de servir a la Iglesia, y a la vista de los graves problemas de su tiempo, no se limitó a ser una espectadora de la realidad que la rodeaba. Desde su condición de mujer y con sus limitaciones de salud, decidió –dice ella– “hacer *eso poquito que era en mí*, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo” (*Camino* 1,2). Por eso comenzó la reforma teresiana, en la que pedía a sus hermanas que no gastasen el tiempo tratando “con Dios negocios de poca importancia” cuando estaba “ardiendo el mundo” (*Camino* 1,5). Esta dimensión misionera y eclesial

ha distinguido desde siempre al Carmelo descalzo.

Como hizo entonces, también hoy la Santa nos abre nuevos horizontes, nos convoca a una gran empresa, a ver el mundo con los ojos de Cristo, para buscar lo que Él busca y amar lo que Él ama.

3. Santa Teresa sabía que ni la oración ni la misión se podían sostener sin una auténtica vida comunitaria. Por eso, el cimiento que puso en sus monasterios fue la fraternidad: “Aquí todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar” (*Camino* 4,7). Y tuvo mucho interés en avisar a sus religiosas sobre el peligro de la autorreferencialidad en la vida fraterna, que consiste “todo o gran parte en perder cuidado de nosotros mismos y de nuestro regalo” (*Camino* 12,2) y poner cuanto somos al servicio de los demás. Para evitar este riesgo, la Santa de Ávila encarece a sus hermanas, sobre todo, la virtud de la humildad, que no es apocamiento exterior ni encogimiento interior del alma, sino conocer cada uno lo que puede y lo que Dios puede en él (cf. *Relaciones* 28). Lo contrario es lo que ella llama la “negra honra” (*Vida* 31,23), fuente de chismes, de celos y de críticas, que dañan seriamente la relación con los otros. La humildad teresiana está hecha de aceptación de sí mismo, de conciencia de la propia dignidad, de audacia misionera, de agradecimiento y de abandono en Dios.

Con estas nobles raíces, las comunidades teresianas están llamadas a convertirse en casas de comunión, que den testimonio del amor fraterno y de la maternidad de la Iglesia, presentando al Señor las necesidades de nuestro mundo, desgarrado por las divisiones y las guerras.

Querido hermano, no quiero terminar sin dar las gracias a los Carmelos teresianos que encomiendan al Papa con una especial ternura al amparo de la Virgen del Carmen, y acompañan con su oración los grandes retos y desafíos de la Iglesia. Pido al Señor que su testimonio de vida, como el de Santa Teresa, transparente la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y convoque a muchos jóvenes a seguir a Cristo de cerca.

A toda la familia teresiana imparto mi Bendición Apostólica.

DISCURSOS**Discurso del Papa Francisco
a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede**

Sala Regia. Lunes, 12 de enero de 2015.

Excelencias, señoras y señores:

Les agradezco su presencia en este tradicional encuentro que, al comenzar el año, me da la oportunidad de dirigirles a ustedes, a sus familias y a los pueblos que representan un cordial saludo y los mejores deseos. Particularmente, agradezco al Decano, el Excelentísimo Sr. Jean Claude Michel, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos, y a cada uno de ustedes el empeño constante y los esfuerzos por favorecer e incrementar, en espíritu de colaboración recíproca, las relaciones de los países y las organizaciones internacionales que representan con la Santa Sede. En este último año, se han seguido consolidando, ya sea mediante el aumento del número de Embajadores residentes en Roma, o mediante la firma de nuevos Acuerdos bilaterales de carácter general, como el rubricado en enero con Camerún, y de interés específico, como los firmados con Malta y Serbia.

Me gustaría hacer resonar hoy con fuerza una palabra que a nosotros nos gusta mucho: paz. La anuncian los ángeles en la noche de la Navidad (cf. *Lc 2,14*) como don precioso de Dios y, al mismo tiempo, como responsabilidad personal y social que reclama nuestra solicitud y diligencia. Pero, junto a la paz, la Navidad nos habla también de otra dramática realidad: el rechazo. En algunas representaciones iconográficas, tanto de Occidente como de Oriente –pienso, por ejemplo, en el espléndido icono de la Natividad de Andréi Rubliov–, el Niño Jesús no aparece recostado en una cuna sino en un sepulcro. Esta imagen, que pretende unir las dos fiestas cristianas principales –la Navidad y la Pascua–, indica que, junto a la acogida gozosa del recién nacido, está también todo el drama que sufre Jesús, despreciado y rechazado hasta la muerte en Cruz.

Los mismos relatos de Navidad nos permiten ver el corazón endurecido de la humanidad, a la que le cuesta acoger al Niño. Desde el primer momento es rechazado, dejado fuera, al frío, obligado a nacer en un establo porque no había sitio en la posada (cf. *Lc 2,7*). Y, si así ha sido tratado el Hijo de Dios, ¡cuánto más lo son tantos hermanos y hermanas nuestros! Hay un tipo de rechazo que nos afecta a todos, que nos lleva a no ver al prójimo como a un hermano al que acoger, sino a dejarlo fuera de nuestro horizonte personal de vida, a transformarlo más bien en un adversario, en un súbdito al que dominar. Esa es la mentalidad

que genera la cultura del descarte que no respeta nada ni a nadie: desde los animales a los seres humanos, e incluso al mismo Dios. De ahí nace la humanidad herida y continuamente dividida por tensiones y conflictos de todo tipo.

En los relatos evangélicos de la infancia, es emblemático en este sentido el rey Herodes, que viendo amenazada su autoridad por el Niño Jesús, hizo matar a todos los niños de Belén. La mente vuela enseguida a Pakistán, donde hace un mes fueron asesinados cien niños con una crueldad inaudita. Deseo expresar de nuevo mi pésame a sus familias y asegurarles mi oración por los muchos inocentes que han perdido la vida.

Así pues, a la dimensión personal del rechazo, se une inevitablemente la dimensión social: una cultura que rechaza al otro, que destruye los vínculos más íntimos y auténticos, acaba por deshacer y disgregar toda la sociedad y generar violencia y muerte. Lo podemos comprobar lamentablemente en numerosos acontecimientos diarios, entre los cuales la trágica masacre que ha tenido lugar en París estos últimos días. Los otros «ya no se ven como seres de la misma dignidad, como hermanos y hermanas en la humanidad, sino como objetos» (*Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de la Paz*, 8 diciembre 2014, 4). Y el ser humano libre se convierte en esclavo, ya sea de las modas, del poder, del dinero, incluso a veces de formas tergiversadas de religión. Sobre estos peligros, he pretendido alertar en el *Mensaje* de la pasada Jornada Mundial de la Paz, dedicado al problema de las numerosas esclavitudes modernas. Todas ellas nacen de un corazón corrompido, incapaz de ver y de hacer el bien, de procurar la paz.

Constatamos con dolor las dramáticas consecuencias de esta mentalidad de rechazo y de la «cultura de la esclavitud» (*ibid.*, 2) en la constante proliferación de conflictos. Como una auténtica guerra mundial combatida por partes, se extienden, con modalidades e intensidad diversas, a diferentes zonas del planeta, como en la vecina Ucrania, convertida en un dramático escenario de confrontación y para la que deseo que, mediante el diálogo, se consoliden los esfuerzos que se están realizando para que cese la hostilidad, y las partes implicadas emprendan cuanto antes, con un renovado espíritu de respeto a la legalidad internacional, un sincero camino de confianza mutua y de reconciliación fraterna que permita superar la crisis actual.

Mi pensamiento se dirige, sobre todo, a Oriente Medio, comenzando por la amada tierra de Jesús, que he tenido la alegría de visitar el pasado mes de mayo y a la que no nos cansaremos nunca de desear la paz. Así lo hicimos, con extraordinaria intensidad, junto al entonces Presidente israelí, Shimon Peres, y al Presidente palestino, Mahmud Abbas, con la esperanza firme de que se puedan retomar las negociaciones entre las dos partes, para que cese la violencia y se alcance una solución que permita, tanto al pueblo palestino como al israelí, vivir finalmente en paz, dentro de unas fronteras claramente establecidas y reconocidas

internacionalmente, de modo que “la solución de dos Estados” se haga efectiva.

Desgraciadamente, Oriente Medio sufre otros conflictos, que se arrastran ya durante demasiado tiempo y cuyas manifestaciones son escalofriantes también a causa de la propagación del terrorismo de carácter fundamentalista en Siria e Irak. Este fenómeno es consecuencia de la cultura del descarte aplicada a Dios. De hecho, el fundamentalismo religioso, antes incluso de descartar a seres humanos perpetrando horribles masacres, rechaza a Dios, relegándolo a mero pretexto ideológico. Ante esta injusta agresión, que afecta también a los cristianos y a otros grupos étnicos de la Región –los yazidíes, por ejemplo–, es necesaria una respuesta unánime que, en el marco del derecho internacional, impida que se propague la violencia, reestablezca la concordia y sane las profundas heridas que han provocado los incesantes conflictos. Aprovecho esta oportunidad para hacer un llamamiento a toda la comunidad internacional, así como a cada uno de los gobiernos implicados, para que adopten medidas concretas en favor de la paz y la defensa de cuantos sufren las consecuencias de la guerra y de la persecución y se ven obligados a abandonar sus casas y su patria. Con una carta enviada poco antes de la Navidad, he querido manifestar personalmente mi cercanía y asegurar mi oración a todas las comunidades cristianas de Oriente Medio, que dan un testimonio valioso de fe y coraje, y tienen un papel fundamental como artífices de paz, de reconciliación y de desarrollo en las sociedades civiles de las que forman parte. Un Oriente Medio sin cristianos sería un Oriente Medio desfigurado y mutilado. A la vez que pido a la comunidad internacional que no sea indiferente ante esta situación, espero que los dirigentes religiosos, políticos e intelectuales, especialmente musulmanes, condenen cualquier interpretación fundamentalista y extremista de la religión, que pretenda justificar tales actos de violencia.

En otras partes del mundo, tampoco faltan parecidas formas de crueldad, que con frecuencia generan víctimas entre los más pequeños e indefensos. Pienso especialmente en Nigeria, donde no cesa la violencia que sufre indiscriminadamente la población, y crece cada vez más el trágico fenómeno de los secuestros de personas, a menudo jóvenes raptadas para ser objeto de trata. ¡Es un tráfico execrable que no puede continuar! Una plaga que hay que arrancar y que afecta a todos, desde las familias a la comunidad mundial (cf. *Discurso a los nuevos Embajadores acreditados ante la Santa Sede*, 12 diciembre 2013).

Sigo también con preocupación los no pocos conflictos de carácter civil que afectan a otras partes de África, como Libia, devastada por una larga guerra intestina que causa incontables sufrimientos entre la población y tiene graves repercusiones en el delicado equilibrio de la Región. Pienso en la dramática situación de la República Centroafricana, en la que constatamos con dolor cómo la buena voluntad que ha animado los trabajos de quienes quieren construir un futuro de paz, seguridad y prosperidad, encuentra resistencias e intereses egoístas de

parte que ponen en peligro las expectativas de un pueblo que ha sufrido tanto y desea construir libremente su futuro. Particularmente preocupante es también la situación de Sudán del Sur y algunas regiones de Sudán, del Cuerno de África y de la República Democrática del Congo, donde no deja de aumentar el número de víctimas entre la población civil, y miles de personas, muchas de ellas mujeres y niños, se ven obligadas a huir y a vivir en condiciones de extrema necesidad. A este respecto, espero que los gobiernos y la comunidad internacional lleguen a un compromiso común para que se ponga fin a todo tipo de lucha, de odio y de violencia y se apueste por la reconciliación, la paz y la defensa de la dignidad trascendente de la persona.

No podemos olvidar que las guerras llevan consigo otro horrible crimen: la violación. Se trata de una ofensa gravísima a la dignidad de la mujer, que no sólo es deshonrada en la intimidad de su cuerpo, sino también en su alma, con un trauma que difícilmente desaparecerá y cuyas consecuencias son también de carácter social. Lamentablemente, se constata que también allí donde no hay guerras, muchas mujeres sufren violencia hoy.

Todos los conflictos bélicos son la manifestación más clara de la cultura del descarte, pues, en ellos, las vidas son deliberadamente pisoteadas por quien ostenta la fuerza. Existen, sin embargo, formas más sutiles y veladas de rechazo, que alimentan también esa cultura. Pienso sobre todo en los enfermos, aislados y marginados, como los leprosos de los que habla el Evangelio. Entre los leprosos de nuestro tiempo están también los afectados por esta nueva y tremenda epidemia del Ébola, que, especialmente en Liberia, Sierra Leona y Guinea, ha acabado con más de seis mil vidas. Quiero reconocer y agradecer hoy públicamente el trabajo de los agentes sanitarios que, junto a religiosos y voluntarios, prestan todos los cuidados posibles a los enfermos y a sus familiares, sobre todo a los niños que se han quedado huérfanos. Al mismo tiempo, hago de nuevo un llamamiento a la comunidad internacional para que se asegure una adecuada asistencia humanitaria a los pacientes y hagan un esfuerzo común por erradicar el virus.

A la lista de las vidas descartadas a causa de las guerras y de las enfermedades, hay que añadir las de los numerosos desplazados y refugiados. También en este caso podemos sacar luz de la infancia de Jesús, que es testigo de otra forma de cultura del descarte que rompe las relaciones y “deshace” la sociedad. Efectivamente, ante la crueldad de Herodes, la Sagrada Familia se ve obligada a huir a Egipto, de donde regresará unos años más tarde (cf. *Mt* 2,13-15). Las situaciones de conflicto que acabamos de describir provocan con frecuencia la huida de miles de personas de su lugar de origen. A veces ni siquiera en busca de un futuro mejor, sino simplemente de un futuro, porque permanecer en su patria puede significar una muerte segura. ¿Cuántas personas pierden la vida en viajes inhumanos, sometidas a vejaciones por parte de auténticos verdugos, ávidos de

dinero? Ya me referí a esto en mi reciente visita al Parlamento Europeo, indicando que «no se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio» (*Discurso al Parlamento Europeo*, Estrasburgo, 25 noviembre 2014). Hay también otro dato alarmante: muchos emigrantes, sobre todo en América, son niños solos, más expuestos a los peligros y necesitados de mayor atención, cuidados y protección.

Cuando llegan sin documentos a lugares desconocidos, cuya lengua no hablan, es difícil para los inmigrantes situarse y encontrar trabajo. Además de los peligros de la huida, tienen que afrontar también el drama del rechazo. Es necesario un cambio de actitud: pasar de la indiferencia y del miedo a una sincera aceptación del otro. Esto requiere naturalmente «poner en práctica legislaciones adecuadas que sean capaces de tutelar los derechos de los ciudadanos y de garantizar al mismo tiempo la acogida a los inmigrantes» (*ibid.*). A la vez que expreso mi agradecimiento a cuantos, incluso a costa de su propia vida, se dedican a prestar asistencia a los refugiados y a los inmigrantes, exhorto tanto a los Estados como a las Organizaciones internacionales a actuar decididamente para resolver estas graves situaciones humanitarias y prestar la ayuda necesaria a los países de origen de los inmigrantes para favorecer su desarrollo socio-político y la superación de los conflictos internos, que son la causa principal de este fenómeno. «Es necesario actuar sobre las causas y no solamente sobre los efectos» (*ibid.*). Además, esto consentirá a los inmigrantes volver un día a su patria y contribuir a su crecimiento y desarrollo.

Junto a los inmigrantes, a los desplazados y a los refugiados, hay también tantos «exiliados ocultos» (*Ángelus*, 29 diciembre 2013), que viven en el seno de nuestras casas y en nuestras mismas familias. Me refiero a los ancianos y a los discapacitados, y también a los jóvenes. Los primeros son rechazados cuando se convierten en un peso y en «presencias que estorban» (*ibid.*), mientras que los últimos son descartados porque se les niega la posibilidad de trabajar para forjarse su propio futuro. No existe peor pobreza que aquella que priva del trabajo y de la dignidad del trabajo (cf. *Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de Movimientos Populares*, 28 octubre 2014), y que convierte el trabajo en una forma de esclavitud. Ya me referí a esto en un reciente encuentro con los Movimientos populares, que están fuertemente comprometidos en la búsqueda de soluciones adecuadas a algunos problemas de nuestro tiempo, como la plaga cada vez más extendida del desempleo juvenil y del trabajo negro, y el drama de tantos trabajadores, especialmente niños, explotados por codicia. Todo esto es contrario a la dignidad humana y es fruto de una mentalidad que pone en el centro el dinero, los beneficios y los intereses económicos en detrimento del hombre.

No pocas veces, la misma familia es objeto de descarte, a causa de una cada vez más extendida cultura individualista y egoísta que anula los vínculos y tiende a

favorecer el dramático fenómeno de la disminución de la natalidad, así como de leyes que privilegian diversas formas de convivencia en lugar de sostener adecuadamente a la familia por el bien de toda la sociedad.

Una de las causas de estos fenómenos es esa globalización uniformante que descarta incluso a las culturas, acabando así con los factores propios de la identidad de cada pueblo que constituyen la herencia imprescindible para un sano desarrollo social. En un mundo uniformado y carente de identidad, es fácil percibir el drama y la frustración de tantas personas, que han perdido literalmente el sentido de la vida. Este drama se ve agravado por la persistente crisis económica, que provoca desconfianza y favorece la conflictividad social. He podido notar sus consecuencias incluso aquí en Roma, donde me he encontrado con muchas personas que viven situaciones difíciles, y en los diversos viajes realizados en Italia.

Precisamente a la querida nación italiana quiero dedicarle unas palabras llenas de esperanza para que, en el continuo clima de incertidumbre social, política y económica, el pueblo italiano no ceda al desaliento y a la tentación del enfrentamiento, sino que redescubra los valores de la atención recíproca y la solidaridad sobre los que se funda su cultura y su convivencia ciudadana, y que son fuente de confianza tanto en el prójimo como en el futuro, sobre todo para los jóvenes.

Pensando en la juventud, deseo mencionar mi viaje a Corea, donde, el pasado mes de agosto, me encontré con miles de jóvenes en la VI Jornada de la Juventud Asiática y donde recordé que es necesario valorar a los jóvenes, «intentando transmitirles el legado del pasado aplicándolo a los retos del presente» (*Discurso a las Autoridades*, Seúl, 14 agosto 2014). Para eso, es necesario reflexionar «sobre el modo adecuado de transmitir nuestros valores a la siguiente generación y sobre el tipo de mundo y sociedad que estamos construyendo para ellos» (*ibid.*).

Esta tarde tendré la alegría de volver a Asia, para visitar Sri Lanka y Filipinas, y mostrar así el interés y la solicitud pastoral con que sigo los acontecimientos de los pueblos de ese vasto continente. A ellos y a sus gobiernos, deseo manifestarles una vez más el deseo de la Santa Sede de contribuir al bien común, a la armonía y a la concordia social. Especialmente, espero que se retome el diálogo entre las dos Coreas, países hermanos, que hablan la misma lengua.

Excelencias, señoras y señores:

Al inicio del nuevo año, no queremos, sin embargo, que nuestra mirada quede dominada por el pesimismo, los defectos y las deficiencias de nuestro tiempo. Queremos también dar las gracias a Dios por lo que nos ha dado, por los beneficios que nos ha dispensado, por los diálogos y los encuentros que nos ha concedido y por algunos frutos de paz que nos ha dado la alegría de saborear.

Una clara demostración de que la cultura del encuentro es posible, la he experimentado durante mi visita a Albania, una nación llena de jóvenes, que son esperanza de futuro. A pesar de las heridas de su historia reciente, el país se caracteriza

por «la convivencia pacífica y la colaboración entre los que pertenecen a diversas religiones» (*Discurso a las Autoridades*, Tirana, 21 septiembre 2014), en un clima de respeto y confianza recíproca entre católicos, ortodoxos y musulmanes. Es un signo importante de que la fe sincera en Dios abre al otro, genera diálogo y contribuye al bien, mientras que la violencia nace siempre de una mistificación de la religión, tomada como pretexto para proyectos ideológicos que tienen como único objetivo el dominio del hombre sobre el hombre. Asimismo, en el reciente viaje a Turquía, puente histórico entre Oriente y Occidente, he podido constatar los frutos del diálogo ecuménico e interreligioso, además del compromiso a favor de los refugiados provenientes de otros países de Oriente Medio. He encontrado este mismo espíritu de acogida en Jordania, país que visité al inicio de mi peregrinación a Tierra Santa, así como en los testimonios que me llegan del Líbano, al que deseo que pueda superar las dificultades políticas actuales.

Un ejemplo que aprecio particularmente de cómo el diálogo puede verdaderamente edificar y construir puentes es la reciente decisión de los Estados Unidos de América y Cuba de poner fin a un silencio recíproco que ha durado medio siglo y de acercarse por el bien de sus ciudadanos. En este mismo sentido, dirijo un pensamiento al pueblo de Burkina Faso, que está pasando por un período de importantes transformaciones políticas e institucionales, para que un renovado espíritu de colaboración pueda contribuir al desarrollo de una sociedad más justa y fraterna. Quiero destacar también con satisfacción la firma, el pasado mes de mayo, del Acuerdo que pone fin a largos años de tensión en Filipinas. Igualmente, animo los esfuerzos realizados para lograr una paz estable en Colombia, así como las iniciativas encaminadas a restablecer la concordia en la vida política y social de Venezuela. Sin olvidar los esfuerzos realizados hasta el momento, espero que se pueda llegar cuanto antes a un entendimiento definitivo entre Irán y el así llamado Grupo 5+1, sobre el uso de la energía nuclear para fines pacíficos. Me llena de satisfacción también la decisión de los Estados Unidos de cerrar la cárcel de Guantánamo, para lo cual algunos países han manifestado generosamente su disponibilidad para acoger a los presos, lo cual les agradezco de corazón. Finalmente, deseo expresar mi reconocimiento y animar a todos aquellos países que están comprometidos activamente en la consecución del desarrollo humano, la estabilidad política y la convivencia civil entre sus ciudadanos.

Excelencias, señoras y señores:

El 6 de agosto de 1945, la humanidad asistía a una de las catástrofes más tremendas de su historia. De un modo nuevo y sin precedentes, el mundo experimentaba hasta qué punto podía llegar el poder destructivo del hombre. De las cenizas de aquella terrible tragedia que ha sido la segunda Guerra mundial surgió una voluntad nueva de diálogo y de encuentro entre las naciones que dio vida a la Organización de las Naciones Unidas, cuyo 70º Aniversario celebraremos este

año. En la visita que realizó al Palacio de Cristal mi predecesor, el Beato Pablo VI, hace ya cincuenta años, recordaba que «la sangre de millones de hombres, que sufrimientos inauditos e innumerables, que masacres inútiles y ruinas espantosas sancionan el pacto que les une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo. ¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad» (Pablo VI, *Discurso a las Naciones Unidas*, Nueva York, 4 octubre 1965).

También yo pido lo mismo para el nuevo año, en el que además culminarán dos importantes procesos: la redacción de la Agenda del Desarrollo post-2015, con la adopción de los Objetivos del desarrollo sostenible, y la elaboración de un nuevo Acuerdo sobre el clima, que es algo urgente. Su condición indispensable es la paz, que proviene de la conversión del corazón, antes incluso que del final de las guerras.

Con estos sentimientos, les deseo de nuevo a cada uno de ustedes, a sus familias y a sus conciudadanos, un año 2015 de esperanza y de paz.

Discurso del Papa Francisco con ocasión de la inauguración del Año Judicial del Tribunal de la Rota Romana

Sala Clementina. Viernes, 23 de enero de 2015.

Queridos jueces, oficiales, abogados y colaboradores del Tribunal apostólico de la Rota romana:

Os saludo cordialmente, comenzando por el Colegio de prelados auditores, con su decano, monseñor Pio Vito Pinto, a quien agradezco las palabras con las que ha introducido nuestro encuentro. A todos os expreso mis mejores deseos para el Año judicial que inauguramos hoy.

En esta ocasión, quiero reflexionar sobre el *contexto humano y cultural en el que se forma la intención matrimonial*.

Está claro que la crisis de valores en la sociedad no es un fenómeno reciente. El beato Pablo VI, hace ya cuarenta años, dirigiéndose precisamente a la Rota romana, condenaba las enfermedades del hombre moderno, «a veces vulnerado por un relativismo sistemático que lo induce a las elecciones más fáciles de la situación, de la demagogia, de la moda, de la pasión, del hedonismo, del egoísmo, de manera que, exteriormente, intenta impugnar la “autoridad de la ley”, e interiormente, casi sin percatarse, sustituye el imperio de la conciencia moral con el capricho de la conciencia psicológica» (*Discurso*, 31 de enero de 1974: AAS

66 [1974], p. 87). En efecto, el abandono de una perspectiva de fe desemboca inexorablemente en un falso conocimiento del matrimonio, que no deja de tener consecuencias para la maduración de la voluntad nupcial.

Ciertamente, el Señor, en su bondad, concede que la Iglesia se alegre por las numerosas familias que, sostenidas y alimentadas por una fe sincera, realizan, con el esfuerzo y la alegría de cada día, los bienes del matrimonio, aceptados con sinceridad en el momento del matrimonio y vividos con fidelidad y tenacidad. Pero la Iglesia conoce también el sufrimiento de muchos núcleos familiares que se disgregan, dejando detrás de sí los escombros de relaciones afectivas, proyectos y expectativas comunes. El juez está llamado a realizar su análisis judicial cuando existe la duda de la validez del matrimonio, para establecer si hay un vicio de origen en el consentimiento, sea directamente por defecto de intención válida, sea por *déficit* grave en la comprensión del matrimonio mismo, de tal modo que determine la voluntad (cf. canon 1099). En efecto, la crisis del matrimonio es a menudo, en su raíz, crisis de conocimiento iluminado por la fe, es decir, por la adhesión a Dios y a su designio de amor realizado en Jesucristo.

La experiencia pastoral nos enseña que hoy existe un gran número de fieles en situación irregular, en cuya historia ha tenido una fuerte influencia la generalizada mentalidad mundana. En efecto, existe una especie de *mundanidad espiritual*, «que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia» (Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 93), y que lleva a perseguir, en lugar de la gloria del Señor, el bienestar personal. Uno de los frutos de dicha actitud es «una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos» (*ibidem*, n. 94). Es evidente que, para quien sigue esta actitud, la fe carece de su valor orientativo y normativo, dejando el campo libre a las componendas con el propio egoísmo y con las presiones de la mentalidad actual, que ha llegado a ser dominante a través de los medios de comunicación.

Por eso el juez, al ponderar la validez del consentimiento expresado, debe tener en cuenta el contexto de valores y de fe -o de su carencia o ausencia- en el que se ha formado la intención matrimonial. De hecho, el desconocimiento de los contenidos de la fe podría llevar a lo que el Código define *error que determina a la voluntad* (cf. canon 1099). Esta eventualidad ya no debe considerarse excepcional, como en el pasado, justamente por el frecuente predominio del pensamiento mundano sobre el magisterio de la Iglesia. Semejante error no sólo amenaza la estabilidad del matrimonio, su exclusividad y fecundidad, sino también la orientación del matrimonio al bien del otro, el amor conyugal como «principio vital» del consentimiento, la entrega recíproca para constituir el consorcio de toda la

vida. «El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno» (Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 66), impulsando a los contrayentes a la reserva mental sobre la duración misma de la unión, o su exclusividad, que decaería cuando la persona amada ya no realizara sus expectativas de bienestar afectivo.

Por lo tanto, quiero exhortaros a un mayor y apasionado compromiso en vuestro ministerio, como garantía de unidad de la jurisprudencia en la Iglesia. ¡Cuánto trabajo pastoral por el bien de tantas parejas y de tantos hijos, a menudo víctimas de estas situaciones! También aquí se necesita una *conversión pastoral* de las estructuras eclesísticas (cf. *ibídem*, n. 27), para ofrecer el *opus iustitiae* a cuantos se dirigen a la Iglesia para aclarar su propia situación matrimonial.

Vuestra difícil misión, como la de todos los jueces en las diócesis, es esta: no encerrar la salvación de las personas dentro de las estrecheces de la juridicidad. La función del derecho se orienta a la *salus animarum*, a condición de que, evitando sofismas lejanos de la carne viva de las personas en dificultad, ayude a establecer la verdad en el momento del consentimiento, es decir, si fue fiel a Cristo o a la mentirosa mentalidad mundana. Al respecto, el beato Pablo VI afirmó: «Si la Iglesia es un designio divino -*Ecclesia de Trinitate*-, sus instituciones, aun siendo perfectibles, deben constituirse con el propósito de comunicar la gracia divina y favorecer, según los dones y la misión de cada una, el bien de los fieles, finalidad esencial de la Iglesia. Dicha finalidad social, la salvación de las almas, la *salus animarum*, sigue siendo la finalidad suprema de las instituciones, del derecho, de las leyes» (*Discurso a los participantes en el II Congreso internacional de derecho canónico*, 17 de septiembre de 1973: *Communicationes* 5 [1973], p. 126).

Es útil recordar cuanto prescribe la instrucción *Dignitas connubii* en el número 113, en conformidad con el canon 1490 del Código de derecho canónico, sobre la presencia necesaria de personas competentes en cada tribunal eclesiástico para dar consejo solícito sobre la posibilidad de introducir una causa de nulidad matrimonial; al mismo tiempo, también se requiere la presencia de patronos estables, retribuidos por el mismo tribunal, que ejerzan la función de abogados. Al desear que en cada tribunal estén presentes estas figuras para favorecer un acceso real de todos los fieles a la justicia de la Iglesia, me agrada destacar que un importante número de causas en la Rota romana tienen patrocinio gratuito en favor de partes que, por las condiciones económicas difíciles en las que se encuentran, no pueden procurarse un abogado. Este es un punto que quiero poner de relieve: los sacramentos son gratuitos. Los sacramentos nos dan la gracia. Y un proceso matrimonial tiene que ver con el sacramento del matrimonio. ¡Cómo quisiera que todos los procesos fueran gratuitos!

Queridos hermanos, os renuevo a cada uno mi agradecimiento por el bien

que hacéis al pueblo de Dios sirviendo a la justicia. Invoco la ayuda divina sobre vuestro trabajo, y de corazón os imparto la bendición apostólica.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Plenaria del Consejo Pontificio para la Cultura

Sala del Consistorio. Sábado, 7 de febrero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas:

Os acojo con agrado al final de vuestra asamblea plenaria en la que os dedicasteis a la reflexión y a la investigación sobre el tema *Las culturas femeninas: igualdad y diferencia*. Agradezco al cardenal Ravasi las palabras que me ha dirigido también en nombre de todos vosotros. Deseo expresar mi agradecimiento, en particular, a las mujeres presentes, pero también a todas las que -y sé que son muchas- contribuyeron de diferentes modos a la preparación y a la realización de este trabajo.

El argumento que elegisteis me interesa mucho, y ya en diversas ocasiones tuve la posibilidad de abordarlo e invitar a profundizarlo. Se trata de estudiar criterios y modalidades nuevos para que las mujeres no se sientan huéspedes, sino plenamente partícipes en los varios ámbitos de la vida social y eclesial. La Iglesia es mujer, es *la* Iglesia, no *el* Iglesia. Este es un desafío que ya no se puede postergar. Lo digo a los pastores de las comunidades cristianas que están aquí en representación de la Iglesia universal, pero también a las laicas y laicos comprometidos de diversas maneras en la cultura, en la educación, en la economía, en la política, en el mundo del trabajo, en las familias, en las instituciones religiosas.

El orden de las temáticas que programasteis para el desarrollo del trabajo de estos días -trabajo que, ciertamente, también proseguirá en el futuro- me permite indicaros un itinerario, ofrecer os algunas líneas directrices para realizar dicho compromiso en cualquier parte de la tierra, en el corazón de todas las culturas, en diálogo con las diferentes confesiones religiosas.

El primer tema es: *Entre igualdad y diferencia: en busca de un equilibrio*. Pero un equilibrio que sea armonioso, no sólo balanceado. No hay que afrontar ideológicamente este aspecto, porque la «lente» de la ideología impide ver bien la realidad. La igualdad y la diferencia de las mujeres -como, por lo demás, de los hombres- se perciben mejor en la perspectiva del *con*, de la relación, que en la del *contra*. Desde hace tiempo hemos dejado atrás, al menos en las sociedades occidentales, el modelo de *subordinación social* de la mujer al hombre, modelo secular que, sin embargo, jamás ha agotado del todo sus efectos negativos.

También hemos superado un segundo modelo, el miedo a la pura y simple *paridad*, aplicada mecánicamente, y a la *igualdad* absoluta. Así, se ha configurado un nuevo paradigma, el de la *reciprocidad* en la equivalencia y en la diferencia. La relación hombre-mujer, pues, debería reconocer que ambos son necesarios porque poseen, sí, una naturaleza idéntica, pero con modalidades propias. Una es necesaria para el otro, y viceversa, para que se realice verdaderamente la plenitud de la persona.

El segundo tema, *La «generatividad» como código simbólico*, dirige una mirada intensa a todas las madres, y ensancha el horizonte a la transmisión y protección de la vida, no limitada a la esfera biológica, que podríamos sintetizar con cuatro verbos: *desear, dar a luz, cuidar y dejar ir*.

En este ámbito tengo presente, y aliento, la contribución de tantas mujeres que trabajan en la familia, en el campo de la educación en la fe, en la actividad pastoral, en la formación escolar, pero también en las estructuras sociales, culturales y económicas. Vosotras, mujeres, sabéis encarnar el rostro tierno de Dios, su misericordia, que se traduce en disponibilidad a dar tiempo más que a ocupar espacios, a acoger en lugar de excluir. En este sentido, me complace describir la dimensión femenina de la Iglesia como seno acogedor que regenera la vida.

El tercer tema, *El cuerpo femenino entre cultura y biología*, nos recuerda la belleza y la armonía del cuerpo que Dios ha dado a la mujer, pero también las dolorosas heridas que se les han causado, a veces con cruel violencia, por ser mujeres. Símbolo de la vida, el cuerpo femenino a menudo es agredido y desfigurado incluso por quienes deberían ser sus custodios y compañeros de vida.

Por lo tanto, las numerosas formas de esclavitud, de mercantilización, de mutilación del cuerpo de las mujeres, nos comprometen a trabajar para vencer esta forma de degradación que lo reduce a simple objeto para malvender en los distintos mercados. En este contexto, deseo atraer la atención sobre la dolorosa situación de tantas mujeres pobres, obligadas a vivir en condiciones de peligro, de explotación, relegadas al margen de las sociedades y convertidas en víctimas de una cultura del descarte.

Cuarto tema: *Las mujeres y la religión: ¿fuga o búsqueda de participación en la vida de la Iglesia?* Aquí los creyentes son interpelados de modo particular. Estoy convencido de la urgencia de ofrecer espacios a las mujeres en la vida de la Iglesia y de acogerlas, teniendo en cuenta las específicas y cambiadas sensibilidades culturales y sociales. Por lo tanto, es de desear una presencia femenina más amplia e influyente en las comunidades, para que podamos ver a muchas mujeres partícipes en las responsabilidades pastorales, en el acompañamiento de personas, familias y grupos, así como en la reflexión teológica.

No se puede olvidar el papel insustituible de la mujer *en la familia*. Las dotes de delicadeza, peculiar sensibilidad y ternura, de la que es rica el alma femenina,

no sólo representan una fuerza genuina para la vida de las familias, para la irradiación de un clima de serenidad y armonía, sino también una realidad sin la cual la vocación humana sería irrealizable.

Además, se trata de alentar y promover la presencia eficaz de las mujeres en numerosos ámbitos de la *esfera pública*, en el mundo del trabajo y en los lugares donde se adoptan las decisiones más importantes y, al mismo tiempo, mantener su presencia y atención preferencial y del todo especial en y para la familia. No hay que dejar solas a las mujeres mientras llevan este peso y toman decisiones, sino que todas las instituciones, incluida la comunidad eclesial, están llamadas a garantizar la libertad de elección a las mujeres para que tengan la posibilidad de asumir responsabilidades sociales y eclesiales de un modo armónico con la vida familiar.

Queridos amigos y amigas: Os aliento a llevar adelante este compromiso, que encomiendo a la intercesión de la bienaventurada Virgen María, ejemplo concreto y sublime de mujer y madre. Os pido, por favor, que recéis por mí, y os bendigo de corazón. Gracias.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Plenaria del Consejo Pontificio para los laicos

Sala Clementina. Sábado, 7 de febrero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas:

Con alegría acojo al Consejo pontificio para los laicos reunido en asamblea plenaria, y agradezco al cardenal presidente las palabras que me ha dirigido.

El tiempo transcurrido desde vuestra última plenaria ha sido para vosotros un período de actividad y realización de iniciativas apostólicas. En ellas habéis adoptado la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* como texto programático y brújula para orientar vuestra reflexión y vuestra acción. El año que acaba de comenzar se caracterizará por una importante celebración: el 50º aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II. Al respecto, sé que estáis preparando oportunamente un acto conmemorativo de la publicación del decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*. Aliento esta iniciativa, que no sólo mira al pasado sino también al presente y al futuro de la Iglesia.

El tema que habéis elegido para esta asamblea plenaria, *Encontrar a Dios en el corazón de la ciudad*, se sitúa en la línea de la invitación de la *Evangelii Gaudium* a entrar en los «desafíos de las culturas urbanas» (nn. 71-75). El fenómeno del urbanismo ya ha asumido dimensiones globales: más de la mitad de los hombres

del planeta vive en las ciudades. Y el contexto urbano tiene un fuerte impacto en la mentalidad, la cultura, los estilos de vida, las relaciones interpersonales y la religiosidad de las personas. En tal contexto, tan variado y complejo, la Iglesia ya no es la única «promotora de sentido», y los cristianos absorben «lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el Evangelio» (*ibidem*, n. 73). Las ciudades presentan grandes oportunidades y grandes riesgos: pueden ser magníficos espacios de libertad y realización humana, pero también terribles espacios de deshumanización e infelicidad. Parece precisamente que cada ciudad, incluso la que se muestra más floreciente y ordenada, tenga la capacidad de generar dentro de sí una oscura «anti-ciudad». Parece que junto a los ciudadanos también existen los no-ciudadanos: personas invisibles, pobres de recursos y calor humano, que habitan en «no-lugares», que viven de las «no-relaciones». Se trata de personas a las que nadie les dirige una mirada, una atención, un interés. No sólo son los «anónimos», son los «anti-hombres». Y esto es terrible.

Pero ante estos tristes escenarios, debemos recordar siempre que Dios no ha abandonado la ciudad; Él vive en la ciudad. El título de vuestra plenaria quiere destacar precisamente que es posible encontrar a Dios en el corazón de la ciudad. Esto es muy hermoso. Sí, Dios sigue estando presente también en nuestras ciudades, tan frenéticas y distraídas. Por eso es necesario no abandonarse jamás al pesimismo y al derrotismo, sino tener *una mirada de fe sobre la ciudad*, una mirada contemplativa «que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas» (*ibidem*, n. 71). Y Dios nunca está ausente de la ciudad, porque nunca está ausente del corazón del hombre. En efecto, «la presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas» (*ibidem*). La Iglesia quiere estar al servicio de esta búsqueda sincera que existe en muchos corazones y los abre a Dios. Los fieles laicos, sobre todo, están llamados a salir sin temor para ir al encuentro de los hombres de las ciudades: en las actividades diarias, en el trabajo, como particulares o como familias, junto con la parroquia o en los movimientos eclesiales de los que forman parte, pueden derribar el muro de anonimato e indiferencia que a menudo reina indiscutiblemente en las ciudades. Se trata de encontrar la valentía de dar el primer paso de acercamiento a los demás, para ser apóstoles en el barrio.

Al convertirse en anunciadores felices del Evangelio a sus conciudadanos, los fieles laicos descubren que hay muchos corazones que *el Espíritu Santo ya ha preparado* para acoger su testimonio, su cercanía, su atención. En la ciudad existe a menudo un terreno de apostolado mucho más fértil de lo que muchos se imaginan. Por consiguiente, es importante cuidar la *formación de los laicos*: educarlos para que tengan esa mirada de fe, llena de esperanza, que sepa ver la ciudad con los ojos de Dios. Ver la ciudad con los ojos de Dios. Animarlos a vivir el Evange-

lio, sabiendo que toda vida cristianamente vivida tiene siempre un fuerte impacto social. Al mismo tiempo, es necesario alimentar su deseo de testimonio, para que puedan dar con amor a los demás el don de la fe que han recibido, acompañando con afecto a sus hermanos que dan los primeros pasos en la vida de fe. En una palabra, los laicos están llamados a vivir un protagonismo humilde en la Iglesia y convertirse en *fermento de vida cristiana para toda la ciudad*.

Es importante, además, que en este renovado impulso misionero hacia la ciudad los fieles laicos, en comunión con sus pastores, propongan el corazón del Evangelio, no sus «apéndices». También el entonces obispo Montini, a los participantes en la gran misión ciudadana de Milán, les hablaba de la «búsqueda de lo esencial», e invitaba a ser, ante todo nosotros mismos, «esenciales», es decir, auténticos, genuinos, y a vivir lo que cuenta verdaderamente (cf. *Discorsi e scritti milanesi* 1954-1963, Instituto Pablo VI, Brescia-Roma, 1997-1998, p. 1483). Sólo así se puede proponer con su fuerza, su belleza y su sencillez, el anuncio liberador del amor de Dios y de la salvación que Cristo nos ofrece. Sólo así se va con actitud de respeto hacia las personas; se ofrece lo esencial del Evangelio.

Encomiendo vuestro trabajo y vuestros proyectos a la protección maternal de la Virgen María, peregrina junto a su Hijo en el anuncio del Evangelio de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, y os imparto de corazón mi bendición a todos vosotros y a vuestros seres queridos. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Plenaria de la Academia Pontificia para la Vida

Sala Clementina. Jueves, 5 de marzo de 2015.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo cordialmente con ocasión de vuestra asamblea general, llamada a reflexionar sobre el tema «Asistencia al anciano y cuidados paliativos», y agradezco al presidente sus amables palabras. Me complace saludar especialmente al cardenal Sgreccia, que es un pionero... ¡gracias!

Los cuidados paliativos son expresión de la actitud propiamente humana de cuidarse unos a otros, especialmente a quien sufre. Testimonian que la persona humana es siempre valiosa, aunque esté marcada por la ancianidad y la enfermedad. En efecto, la persona, en cualquier circunstancia, es un bien para sí misma y para los demás, y es amada por Dios. Por eso, cuando su vida se vuelve muy frágil y se acerca la conclusión de su existencia terrena, sentimos la responsabilidad de

asistirla y acompañarla del mejor modo.

El mandamiento bíblico que nos pide honrar a los padres, en sentido lato, nos recuerda que debemos honrar a todas las personas ancianas. A este mandamiento Dios asocia una doble promesa: «Para que se prolonguen tus días» (*Ex* 20, 12) y -la otra- «seas feliz» (*Dt* 5, 16). La fidelidad al cuarto mandamiento no sólo asegura el don de la tierra, sino sobre todo la posibilidad de disfrutar de ella. En efecto, la sabiduría que nos lleva a reconocer el valor de la persona anciana y a honrarla, es la misma sabiduría que nos permite apreciar los numerosos dones que recibimos diariamente de la mano providente del Padre y ser felices. El precepto nos revela la fundamental relación pedagógica entre padres e hijos, entre ancianos y jóvenes, con referencia a la custodia y a la transmisión de la enseñanza religiosa y sapiencial a las generaciones futuras. Respetar esta enseñanza y a quienes la transmiten es fuente de vida y de bendición.

Al contrario, la Biblia reserva una severa advertencia a quienes descuidan o maltratan a los padres (cf. *Ex* 21, 17; *Lv* 20, 9). Este mismo juicio vale hoy cuando los padres, siendo ancianos y menos útiles, permanecen marginados hasta el abandono; y tenemos muchos ejemplos.

La Palabra de Dios es siempre viva, y vemos bien cómo el mandamiento tiene apremiante actualidad para la sociedad contemporánea, en la que la lógica de la utilidad prevalece sobre la de la solidaridad y la gratuidad, incluso en el seno de las familias. Por lo tanto, escuchemos con corazón dócil la Palabra de Dios que nos viene de los mandamientos, los cuales, recordémoslo siempre, no son vínculos que aprisionan, sino palabras de vida.

«Honrar» hoy también podría traducirse como el deber de tener máximo respeto y cuidar a quien, por su condición física o social, podría ser abandonado para morir o «dejarlo morir». Toda la medicina tiene una función especial dentro de la sociedad como testigo de la honra que se debe a la persona anciana y a todo ser humano. Evidencia y eficiencia no pueden ser los únicos criterios que orienten la actuación de los médicos, ni lo son las reglas de los sistemas sanitarios y el beneficio económico. Un Estado no puede pensar en obtener beneficio con la medicina. Al contrario, no hay deber más importante para una sociedad que el de cuidar a la persona humana.

Vuestro trabajo durante estos días explora nuevas áreas de aplicación de los cuidados paliativos. Hasta ahora han sido un valioso acompañamiento para los enfermos oncológicos, pero hoy las enfermedades son muchas y variadas, a menudo relacionadas con la ancianidad, caracterizada por un desmejoramiento crónico progresivo, y para las que puede servir este tipo de asistencia. Ante todo, los ancianos tienen necesidad del cuidado de sus familiares, cuyo afecto ni siquiera las estructuras públicas más eficientes o los agentes sanitarios más competentes y caritativos pueden sustituir. Cuando no son autosuficientes o tienen enferme-

dades avanzadas o terminales, los ancianos pueden disponer de una asistencia verdaderamente humana y recibir respuestas adecuadas a sus exigencias gracias a los cuidados paliativos ofrecidos como integración y apoyo a la atención prestada por sus familiares. Los cuidados paliativos tienen el objetivo de aliviar el sufrimiento en la fase final de la enfermedad y al mismo tiempo garantizar al paciente un adecuado acompañamiento humano (cf. Carta encíclica *Evangelium Vitae*, 65). Se trata de un apoyo importante, sobre todo para los ancianos, que, a causa de su edad, reciben cada vez menos atención de la medicina curativa y a menudo permanecen abandonados. El abandono es la «enfermedad» más grave del anciano, y también la injusticia más grande que puede sufrir: quienes nos han ayudado a crecer no deben ser abandonados cuando tienen necesidad de nuestra ayuda, nuestro amor y nuestra ternura.

Por lo tanto, aprecio vuestro compromiso científico y cultural para garantizar que los cuidados paliativos puedan llegar a todos los que los necesitan. Animo a los profesionales y a los estudiantes a especializarse en este tipo de asistencia, que no tiene menos valor por el hecho de que «no salva la vida». Los cuidados paliativos realizan algo igualmente importante: valoran a la persona. A todos los que, de diferentes modos, están comprometidos en el campo de los cuidados paliativos, los exhorto a poner en práctica este compromiso, conservando íntegro el espíritu de servicio y recordando que el conocimiento médico es verdaderamente ciencia, en su significado más noble, sólo si se considera un auxilio con vistas al bien del hombre, un bien que jamás se alcanza «contra» su vida y su dignidad.

Esta capacidad de servicio a la vida y a la dignidad de la persona enferma, aunque sea anciana, mide el verdadero progreso de la medicina y de toda la sociedad. Repito la exhortación de Juan Pablo ii: «¡Respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda vida humana! ¡Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad!» (*ibidem*, n. 5).

Deseo que continuéis el estudio y la investigación, para que la obra de promoción y defensa de la vida sea cada vez más eficaz y fecunda. Que os proteja la Virgen Madre, Madre de la vida, y os acompañe mi bendición. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

HOMILÍAS

Homilía del Papa Francisco
durante la Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.
XLVII Jornada Mundial de la Paz

Basílica Vaticana. Jueves 1 de enero de 2015

Vuelven hoy a la mente las palabras con las que Isabel pronunció su *bendición sobre la Virgen Santa*: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,42-43).

Esta bendición está *en continuidad con la bendición sacerdotal* que Dios había sugerido a Moisés para que la transmitiese a Aarón y a todo el pueblo: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26). Con la celebración de la solemnidad de María, la Santa Madre de Dios, la Iglesia nos recuerda que María es la primera destinataria de esta bendición. Se cumple en ella, pues ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, que dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar.

Además de contemplar el rostro de Dios, también podemos alabarlo y glorificarlo como los pastores, que volvieron de Belén con un canto de acción de gracias después de ver al niño y a su joven madre (cf. Lc 2,16). Ambos estaban juntos, como lo estuvieron en el Calvario, porque *Cristo y su Madre son inseparables*: entre ellos hay una estrecha relación, como la hay entre cada niño y su madre. La carne de Cristo, que es el eje de la salvación (Tertuliano), se ha tejido en el vientre de María (cf. Sal 139,13). Esa inseparabilidad encuentra también su expresión en el hecho de que María, elegida para ser la Madre del Redentor, ha compartido íntimamente toda su misión, permaneciendo junto a su hijo hasta el final, en el Calvario.

María está tan unida a Jesús porque él le ha dado el conocimiento del corazón, el conocimiento de la fe, alimentada por la experiencia materna y el vínculo íntimo con su Hijo. La Santísima Virgen es la mujer de fe que dejó entrar a Dios en su corazón, en sus proyectos; es la creyente capaz de percibir en el don del Hijo el advenimiento de la «plenitud de los tiempos» (Ga 4,4), en el que Dios, eligiendo la vía humilde de la existencia humana, entró personalmente en el surco de la historia de la salvación. Por eso no se puede entender a Jesús sin su Madre.

Cristo y la Iglesia son igualmente inseparables, porque la Iglesia y María están siempre unidas y éste es precisamente el misterio de la mujer en la comunidad eclesial, y no se puede entender la salvación realizada por Jesús sin considerar la maternidad de la Iglesia. Separar a Jesús de la Iglesia sería introducir una «*dicotomía absurda*», como escribió el beato Pablo VI (cf. Exhort. ap. N. *Evangelii*

nuntiandi, 16). No se puede «amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia» (*ibid.*). En efecto, la Iglesia, la gran familia de Dios, es la que nos lleva a Cristo. Nuestra fe no es una idea abstracta o una filosofía, sino la relación vital y plena con una persona: Jesucristo, el Hijo único de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó para salvarnos y vive entre nosotros. ¿Dónde lo podemos encontrar? Lo encontramos en la Iglesia, en nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica. Es la Iglesia la que dice hoy: «Este es el Cordero de Dios»; es la Iglesia quien lo anuncia; es en la Iglesia donde Jesús sigue haciendo sus gestos de gracia que son los sacramentos.

Esta acción y la misión de la Iglesia expresa su *maternidad*. Ella es como una madre que custodia a Jesús con ternura y lo da a todos con alegría y generosidad. Ninguna manifestación de Cristo, ni siquiera la más mística, puede separarse de la carne y la sangre de la Iglesia, de la concreción histórica del Cuerpo de Cristo. Sin la Iglesia, Jesucristo queda reducido a una idea, una moral, un sentimiento. Sin la Iglesia, nuestra relación con Cristo estaría a merced de nuestra imaginación, de nuestras interpretaciones, de nuestro estado de ánimo.

Queridos hermanos y hermanas. *Jesucristo es la bendición* para todo hombre y para toda la humanidad. La Iglesia, al darnos a Jesús, nos da la plenitud de la bendición del Señor. Esta es precisamente la misión del Pueblo de Dios: irradiar sobre todos los pueblos la bendición de Dios encarnada en Jesucristo. Y María, la primera y perfecta discípula de Jesús, la primera y perfecta creyente, modelo de la Iglesia en camino, es la que abre esta vía de la *maternidad de la Iglesia* y sostiene siempre su misión materna dirigida a todos los hombres. Su testimonio materno y discreto camina con la Iglesia desde el principio. Ella, la Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia y, a través de la Iglesia, es Madre de todos los hombres y de todos los pueblos.

Que esta madre dulce y premurosa nos obtenga la bendición del Señor para toda la familia humana. De manera especial hoy, Jornada Mundial de la Paz, invocamos su intercesión para que el Señor *nos de la paz en nuestros días*: paz en nuestros corazones, paz en las familias, paz entre las naciones. Este año, en concreto, el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz lleva por título: «*No más esclavos, sino hermanos*». Todos estamos llamados a ser libres, todos a ser hijos y, cada uno de acuerdo con su responsabilidad, a luchar contra las formas modernas de esclavitud. Desde todo pueblo, cultura y religión, unamos nuestras fuerzas. Que nos guíe y sostenga Aquel que para hacernos a todos hermanos se hizo nuestro servidor.

Miremos a María, contemplemos a la Santa Madre de Dios. Os propongo que juntos la saludemos como hizo aquel pueblo valiente de Éfeso, que gritaba cuando sus pastores entraban en la Iglesia: «¡Santa Madre de Dios!». Qué bonito saludo para nuestra Madre... Hay una historia que dice, no sé si es verdadera,

que algunos de ellos llevaban bastones en sus manos, tal vez para dar a entender a los obispos lo que les podría pasar si no tenían el valor de proclamar a María como «Madre de Dios». Os invito a todos, sin bastones, a ponerlos en pie y saludarla tres veces con este saludo de la primitiva Iglesia: «¡Santa Madre de Dios!».

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor

Basílica Vaticana. Martes, 6 de enero de 2015.

Ese Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente. Y precisamente hoy, la Iglesia nos invita a meditar y rezar sobre los Magos y su camino en busca del Mesías.

Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de esa gran procesión de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60,1-6). Una procesión que desde entonces no se ha interrumpido jamás, y que en todas las épocas reconoce el mensaje de la estrella y encuentra el Niño que nos muestra la ternura de Dios. Siempre hay nuevas personas que son iluminadas por la luz de la estrella, que encuentran el camino y llegan hasta él.

Según la tradición, los Magos eran hombres sabios, estudiosos de los astros, escrutadores del cielo, en un contexto cultural y de creencias que atribuía a las estrellas un significado y un influjo sobre las vicisitudes humanas. Los Magos representan a los hombres y a las mujeres *en busca de Dios en las religiones y filosofías del mundo entero*, una búsqueda que no acaba nunca. Hombres y mujeres en búsqueda.

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera: «*Lumen requirunt lumine*», dice un himno litúrgico de la Epifanía, refiriéndose precisamente a la experiencia de los Magos; «*Lumen requirunt lumine*». Siguiendo *una* luz ellos buscan *la* luz. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el signo de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, hicieron un largo viaje.

El *Espíritu Santo* es el que los llamó e impulsó a ponerse en camino, y en este camino tendrá lugar también su *encuentro personal* con el Dios verdadero.

En su camino, los Magos encuentran *muchas dificultades*. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y encuentran *una tentación*, puesta ahí por el diablo, es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el

otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una «inmensa alegría» (Mt 2,10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron «al niño con María, su madre» (Mt 2,11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos *la segunda gran tentación*: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: «cayendo de rodillas lo adoraron», ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. *La gracia del Espíritu Santo* es la que siempre los ayuda. Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora *los introduce en el misterio*. Esta estrella que les ha acompañado durante el camino los introduce en el misterio. Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Y ahora nos preguntamos: ¿Cuál es *el misterio en el que Dios se esconde*? ¿Dónde puedo encontrarlo? Vemos a nuestro alrededor guerras, explotación de los niños, torturas, tráfico de armas, trata de personas... Jesús está en todas estas realidades, en todos estos hermanos y hermanas más pequeños que sufren tales situaciones (cf. Mt 25, 40.45). El pesebre nos presenta un camino distinto al que anhela la mentalidad mundana. Es el camino del *anonadamiento de Dios*, de esa humildad del amor de Dios que se abaja, se anonada, de su gloria escondida en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, en el hermano y en la hermana que sufren.

Los Magos *han entrado en el misterio*. Han pasado de los cálculos humanos al misterio, y éste es el camino de su conversión. ¿Y la nuestra? Pidamos al Señor que nos conceda vivir el mismo camino de conversión que vivieron los Magos. Que nos defienda y nos libre de las tentaciones que oscurecen la estrella. Que tengamos siempre la inquietud de preguntarnos, ¿dónde está la estrella?, cuando, en medio de los engaños mundanos, la hayamos perdido de vista. Que aprendamos a conocer siempre de nuevo el misterio de Dios, que no nos escandalicemos de la “señal”, de la indicación, de aquella señal anunciada por los ángeles: «un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12), y que tengamos la humildad de pedir a la Madre, a nuestra Madre, que nos lo muestre. Que encontremos el valor de liberarnos de nuestras ilusiones, de nuestras presunciones, de nuestras “luces”, y que busquemos este valor en la humildad de la fe y así

encontremos la Luz, *Lumen*, como han hecho los santos Magos. Que podamos entrar en el misterio. Que así sea.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la Fiesta del Bautismo del Señor

Capilla Sixtina. Domingo, 11 de enero de 2015.

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos *un alimento sustancioso*. A través del profeta Dios dice: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?» (*Is 55, 2*). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es *su Palabra*: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. *Is 55, 10-11*). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos *la leche* -incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres -son muchas, lamentablemente- que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: *la Palabra de Dios hace crecer la fe*. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el *Bautismo*. Hemos escuchado al apóstol Juan: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios» (*1 Jn 5, 1*). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es *vuestra* fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será *su* fe, su personal «sí» a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe *de la Iglesia*. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito

esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos *consagrados por el Espíritu Santo*. La palabra «cristiano» significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue *inmerso* Jesús en toda su existencia terrena. Él es el «Cristo», el ungido, el consagrado, los bautizados somos «cristianos», es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinan, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer «inmersos» en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. «¿Usted reza, señora?» -«Sí» -«¿A quién reza?» -«Yo rezo a Dios» -Pero «Dios», así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. «¿Tú a quién rezas?» -«Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo». Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el «Padrenuestro», rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

**Homilía del Papa Francisco
durante la celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión de
San Pablo Apóstol**

Basílica de San Pablo Extramuros. Domingo, 25 de enero de 2015.

En viaje desde Judea a Galilea, Jesús pasó por Samaría. Él no tiene ninguna

dificultad en encontrarse con los samaritanos, considerados herejes, cismáticos, separados de los judíos. Su actitud nos da a entender que confrontarse con los que son diferentes de nosotros puede hacernos crecer. Jesús, cansado del viaje, no duda en pedir de beber a la mujer samaritana. Su sed, lo sabemos, va mucho más allá de la sed física: es también sed de encuentro, deseo de entablar un diálogo con aquella mujer, ofreciéndole así la posibilidad de un camino de conversión interior. Jesús es paciente, respeta a la persona que tiene ante él, se revela a ella gradualmente. Su ejemplo alienta a buscar una confrontación pacífica con el otro. Para entenderse y crecer en la caridad y en la verdad, es preciso detenerse, acogerse y escucharse. De este modo, se comienza ya a experimentar la unidad. La unidad se hace en el camino, nunca se queda parada. La unidad se hace caminando.

La mujer de Sicar pregunta a Jesús sobre el verdadero lugar de adoración a Dios. Jesús no toma partido en favor del monte o del templo, sino que va más allá, va a lo esencial, derribando todo muro de separación. Él se refiere a la verdad de la adoración: «Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad» (*Jn* 4,24). Muchas controversias entre los cristianos, heredadas del pasado, pueden superarse dejando de lado cualquier actitud polémica o apologética, y tratando de comprender juntos en profundidad lo que nos une, es decir, la llamada a participar en el misterio del amor del Padre, revelado por el Hijo a través del Espíritu Santo. La unidad de los cristianos —estamos convencidos— no será el resultado de refinadas discusiones teóricas, en las que cada uno tratará de convencer al otro del fundamento de las propias opiniones. Vendrá el Hijo del hombre y todavía nos encontrará discutiendo. Debemos reconocer que, para llegar a las profundidades del misterio de Dios, nos necesitamos unos a otros, necesitamos encontrarnos y confrontarnos bajo la guía del Espíritu Santo, que armoniza la diversidad y supera los conflictos, reconcilia las diversidades.

Poco a poco, la mujer samaritana entiende que quien le ha pedido de beber, puede saciarla. Jesús se le presenta como la fuente de la que brota el agua viva que apaga para siempre su sed (cf. *Jn* 4,13-14). La existencia humana revela aspiraciones ilimitadas: la búsqueda de la verdad, la sed de amor, de justicia y libertad. Son deseos satisfechos sólo en parte, porque desde lo más profundo de su ser el hombre se mueve hacia un «más», un absoluto capaz de satisfacer su sed de manera definitiva. La respuesta a estas aspiraciones la da Dios en Jesucristo, en su misterio pascual. Del costado traspasado de Jesús fluyó sangre y agua (cf. *Jn* 19,34): Él es la fuente de la que brota el agua del Espíritu Santo, es decir, «el amor de Dios derramado en nuestros corazones» (*Rm* 5,5) el día del Bautismo. Por obra del Espíritu, nos hemos convertido en uno con Cristo, hijos en el Hijo, verdaderos adoradores del Padre. Este misterio de amor es la razón más profunda de unidad que une a todos los cristianos, y que es mucho más grande que las

divisiones que se han producido a lo largo de la historia. Por esta razón, en la medida en que nos acercamos con humildad al Señor Jesucristo, nos acercamos también entre nosotros.

El encuentro con Jesús transforma a la mujer samaritana en una misionera. Al haber recibido un don más grande e importante que el agua del pozo, la mujer deja allí su cántaro (cf. *Jn* 4,28) y corre a decir a sus conciudadanos que ha encontrado al Cristo (cf. *Jn* 4,29). El encuentro con él le ha devuelto el sentido y la alegría de vivir, y ella siente el deseo de comunicarlo. Hoy existe una multitud de hombres y mujeres cansados y sedientos, que nos piden a los cristianos que les demos de beber. Es una petición a la que no podemos sustraernos. En la llamada a ser evangelizadores, todas las Iglesias y Comunidades eclesiales encuentran un ámbito fundamental para una colaboración más estrecha. Para llevar a cabo este cometido con eficacia, se ha de evitar cerrarse en los propios particularismos y exclusivismos, así como imponer uniformidad según los planes meramente humanos (cf. Exhort. ap., *Evangelii gaudium*, 131). El compromiso común de anunciar el Evangelio permite superar toda forma de proselitismo y la tentación de la competición. Todos estamos al servicio del único y mismo Evangelio.

En este momento de oración por la unidad, quisiera recordar a nuestros mártires de hoy. Ellos dan testimonio de Jesucristo y son perseguidos y ejecutados por ser cristianos, sin que los persecutores hagan distinción entre las confesiones a las que pertenecen. Son cristianos, y por eso perseguidos. Esto es, hermanos y hermanas, el ecumenismo de la sangre.

Con el recuerdo de este testimonio de nuestros mártires de hoy, y con esta gozosa certeza, dirijo mi saludo cordial y fraterno a Su Eminencia el Metropolitano Gennadios, representante del Patriarcado Ecuménico, a Su Gracia David Moxon, representante personal en Roma del Arzobispo de Canterbury, y a todos los representantes de las diversas Iglesias y Comunidades eclesiales reunidos aquí en la Fiesta de la Conversión de San Pablo. Además, me complace saludar a los miembros de la Comisión Mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales, a quienes deseo un trabajo fructífero para la sesión plenaria que tendrá lugar los próximos días en Roma. Saludo también a los estudiantes del *Ecumenical Institute of Bossey* y a los jóvenes que se benefician de las becas ofrecidas por el Comité de Colaboración Cultural con las Iglesias ortodoxas, que actúa en el Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.

También están hoy presentes aquí religiosos y religiosas pertenecientes a diferentes Iglesias y Comunidades eclesiales, que han participado estos días en un encuentro ecuménico, organizado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en colaboración con el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, con ocasión del Año

de la vida consagrada. La vida religiosa, como profecía del mundo futuro, está llamada a ofrecer en nuestro tiempo el testimonio de esa comunión en Cristo que va más allá de toda diferencia, y que está hecha de decisiones concretas de acogida y de diálogo. En consecuencia, la búsqueda de la unidad de los cristianos no puede ser prerrogativa sólo de alguna persona o comunidad religiosa particularmente sensible a esta problemática. El conocimiento mutuo de las diferentes tradiciones de vida consagrada, y un fecundo intercambio de experiencias, puede ser útil para la vitalidad de todas las formas de vida religiosa en las diversas Iglesias y Comunidades eclesiales.

Queridos hermanos y hermanas, hoy nosotros, que estamos sedientos de paz y fraternidad, invocamos con corazón confiado que el Padre celestial, por medio de Jesucristo, único Sacerdote y mediador, y por la intercesión de la Virgen María, el apóstol Pablo y todos los santos, nos dé el don de la plena comunión de todos los cristianos, para que pueda brillar «el sagrado misterio de la unidad de la Iglesia» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 2), como signo e instrumento de reconciliación para el mundo entero. Así sea.

**Homilía del Papa Francisco
durante la fiesta de la Presentación del Señor.
XIX Jornada de la Vida Consagrada**

Basílica Vaticana. Lunes, 2 de febrero de 2015.

Pongamos ante los ojos de la mente el icono de María Madre que va con el Niño Jesús en brazos. Lo lleva al Templo, lo lleva al pueblo, lo lleva a encontrarse con su pueblo.

Los brazos de su Madre son como la «escalera» por la que el Hijo de Dios baja hasta nosotros, *la escalera de la condescendencia de Dios*. Lo hemos oído en la primera Lectura, tomada de la Carta a los Hebreos: Cristo «tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fiel» (2,17). Es el doble camino de Jesús: *bajó*, se hizo uno de nosotros, para *subirnos* con Él al Padre, haciéndonos semejantes a Él.

Este movimiento lo podemos contemplar en nuestro corazón imaginando la escena del Evangelio: María que entra en el templo con el Niño en brazos. La Virgen es la que va caminando, pero su Hijo *va delante de ella*. Ella lo lleva, pero es Él quien la lleva a Ella por ese camino de Dios, que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él.

Jesús ha recorrido nuestro camino, y nos ha mostrado el «camino nuevo y vivo» (cf. *Hb* 10,20) que es Él mismo. *Y para nosotros, los consagrados, este es el*

único camino que, de modo concreto y sin alternativas, tenemos que recorrer con alegría y perseverancia.

Hasta en cinco ocasiones insiste el Evangelio en la *obediencia de María y José a la "Ley del Señor"* (cf. Lc 2,22.23.24.27.39). Jesús no vino para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre; y esto –dijo Él– era su «alimento» (cf. Jn 4,34). Así, quien sigue a Jesús se pone en el camino de la obediencia, imitando la «condescendencia» del Señor, abajándose y haciendo suya la voluntad del Padre, incluso hasta la negación y la humillación de sí mismo (cf. Flp 2,7-8). Para un religioso, caminar significa abajarse en el servicio, es decir, recorrer el mismo camino de Jesús, que «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios» (Flp 2,6). Rebajarse haciéndose siervo para servir.

Y este camino adquiere *la forma de la regla*, que recoge el *carisma del fundador*, sin olvidar que la regla insustituible, para todos, es siempre el Evangelio. El Espíritu Santo, en su infinita creatividad, lo traduce también en diversas reglas de vida consagrada que nacen todas de la *sequela Christi*, es decir, de este camino de abajarse sirviendo.

Mediante esta «ley» los consagrados pueden alcanzar la *sabiduría*, que no es una actitud abstracta sino obra y don del Espíritu Santo. Y signo evidente de esa sabiduría es la alegría. Sí, la alegría evangélica del religioso es consecuencia del camino de abajamiento con Jesús... Y, cuando estamos tristes, nos vendrá bien preguntarnos: «¿Cómo estoy viviendo esta dimensión *kenótica*?».

En el relato de la Presentación de Jesús, la *sabiduría* está representada por los *dos ancianos*, Simeón y Ana: personas *dóciles al Espíritu Santo* (se los nombra 3 veces), guiadas por Él, animadas por Él. El Señor les concedió la *sabiduría* tras un largo camino de obediencia a su ley. Obediencia que, por una parte, humilla y abate, pero que por otra parte levanta y custodia la esperanza, haciéndolos creativos, porque estaban llenos de Espíritu Santo. Celebran incluso una especie de liturgia en torno al Niño cuando entra en el templo: Simeón alaba al Señor y Ana «predica» la salvación (cf. Lc 2,28-32.38). Como María, también el anciano lleva al Niño en sus brazos, pero, en realidad, es el Niño quien toma y guía al anciano. La liturgia de las primeras Vísperas de la Fiesta de hoy lo expresa con claridad y belleza: «*Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*». Tanto María, joven madre, como Simeón, anciano «abuelo», llevan al Niño en brazos, pero es el mismo Niño quien los guía a ellos.

Es curioso advertir que, en esta ocasión, los creativos no son los jóvenes sino los ancianos. Los jóvenes, como María y José, siguen la ley del Señor a través de la obediencia; los ancianos, como Simeón y Ana, ven en el Niño el cumplimiento de la Ley y las promesas de Dios. Y son capaces de hacer fiesta: son creativos en la alegría, en la sabiduría.

Y el Señor *transforma la obediencia en sabiduría* con la acción de su Espíritu

Santo.

A veces, Dios puede dar el don de la *sabiduría* a un joven inexperto, pero a condición de que esté dispuesto a recorrer el camino de la obediencia y de la docilidad al Espíritu. Esta obediencia y docilidad no es algo teórico, sino que está bajo el régimen de la encarnación del Verbo: docilidad y obediencia a un fundador, docilidad y obediencia a una regla concreta, docilidad y obediencia a un superior, docilidad y obediencia a la Iglesia. Se trata de una docilidad y obediencia concreta.

Perseverando en el camino de la obediencia, madura la *sabiduría* personal y comunitaria, y así es posible también *adaptar las reglas a los tiempos*: de hecho, la verdadera «actualización» es obra de la *sabiduría*, forjada en la docilidad y la obediencia.

El *fortalecimiento* y la *renovación* de la Vida Consagrada pasan por *un gran amor a la regla*, y también por la capacidad de *contemplar y escuchar a los mayores* de la Congregación. Así, el «depósito», el carisma de una familia religiosa, queda *custodiado tanto por la obediencia como por la sabiduría*. Y este camino nos salva de vivir nuestra consagración de manera “*light*”, desencarnada, como si fuera una gnosis, que reduce la vida religiosa a una “caricatura”, una caricatura en la que se da un seguimiento sin renuncia, una oración sin encuentro, una vida fraterna sin comunión, una obediencia sin confianza y una caridad sin trascendencia.

También nosotros, como María y Simeón, queremos llevar hoy en brazos a Jesús para que se encuentre con su pueblo, y seguro que lo conseguiremos si nos dejamos poseer por el misterio de Cristo. Guiemos el pueblo a Jesús dejándonos a su vez guiar por Él. Eso es lo que debemos ser: guías guiados.

Que el Señor, por intercesión de María nuestra Madre, de San José y de los santos Simeón y Ana, nos conceda lo que le hemos pedido en la Oración colecta: «Ser presentados delante de ti con el alma limpia». Así sea.

Homilía del Papa Francisco en la capilla papal, en el Consistorio Ordinario público para la creación de nuevos cardenales

Basílica Vaticana. Sábado, 14 de febrero de 2015.

Queridos hermanos cardenales

El cardenalato ciertamente es una dignidad, pero no una distinción honorífica. Ya el mismo nombre de «cardenal», que remite a la palabra latina «*cardo* - quicio», nos lleva a pensar, no en algo accesorio o decorativo, como una con-

decoración, sino en un perno, un punto de apoyo y un eje esencial para la vida de la comunidad. Sois «quicios» y estáis *incardinados* en la Iglesia de Roma, que «*preside toda la comunidad de la caridad*» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 13; cf. Ign. Ant., *Ad Rom.*, Prólogo).

En la Iglesia, toda presidencia proviene de la caridad, se desarrolla en la caridad y tiene como fin la caridad. La Iglesia que está en Roma tiene también en esto un papel ejemplar: al igual que ella preside en la caridad, toda Iglesia particular, en su ámbito, está llamada a presidir en la caridad.

Por eso creo que el «himno a la caridad», de la primera carta de san Pablo a los Corintios, puede servir de pauta para esta celebración y para vuestro ministerio, especialmente para los que desde este momento entran a formar parte del Colegio Cardenalicio. Será bueno que todos, yo en primer lugar y vosotros conmigo, nos dejemos guiar por las palabras inspiradas del apóstol Pablo, en particular aquellas con las que describe las características de la caridad. Que María nuestra Madre nos ayude en esta escucha. Ella dio al mundo a Aquel que es «el camino más excelente» (cf. *1 Co* 12,31): Jesús, caridad encarnada; que nos ayude a acoger esta Palabra y a seguir siempre este camino. Que nos ayude con su actitud humilde y tierna de madre, porque la caridad, don de Dios, crece donde hay humildad y ternura.

En primer lugar, san Pablo nos dice que la caridad es «*magnánima*» y «*benevolente*». Cuanto más crece la responsabilidad en el servicio de la Iglesia, tanto más hay que ensanchar el corazón, dilatarlo según la medida del Corazón de Cristo. La *magnanimidad* es, en cierto sentido, sinónimo de catolicidad: es saber amar sin límites, pero al mismo tiempo con fidelidad a las situaciones particulares y con gestos concretos. Amar lo que es grande, sin descuidar lo que es pequeño; amar las cosas pequeñas en el horizonte de las grandes, porque «*non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est*». Saber amar con gestos de bondad. La *benevolencia* es la intención firme y constante de querer el bien, siempre y para todos, incluso para los que no nos aman.

A continuación, el apóstol dice que la caridad «*no tiene envidia; no presume; no se engríe*». Esto es realmente un milagro de la caridad, porque los seres humanos –todos, y en todas las etapas de la vida– tendemos a la envidia y al orgullo a causa de nuestra naturaleza herida por el pecado. Tampoco las dignidades eclesiásticas están inmunes a esta tentación. Pero precisamente por eso, queridos hermanos, puede resaltar todavía más en nosotros la fuerza divina de la caridad, que transforma el corazón, de modo que ya no eres tú el que vive, sino que Cristo vive en ti. Y Jesús es todo amor.

Además, la caridad «*no es mal educada ni egoísta*». Estos dos rasgos revelan que quien vive en la caridad está des-centrado de sí mismo. El que está auto-centrado carece de respeto, y muchas veces ni siquiera lo advierte, porque el «respeto» es

la capacidad de tener en cuenta al otro, su dignidad, su condición, sus necesidades. El que está auto-centrado busca inevitablemente su propio interés, y cree que esto es normal, casi un deber. Este «interés» puede estar cubierto de nobles apariencias, pero en el fondo se trata siempre de «interés personal». En cambio, la caridad te des-centra y te pone en el verdadero centro, que es sólo Cristo. Entonces sí, serás una persona respetuosa y preocupada por el bien de los demás.

La caridad, dice Pablo, «*no se irrita; no lleva cuentas del mal*». Al pastor que vive en contacto con la gente no le faltan ocasiones para enojarse. Y tal vez entre nosotros, hermanos sacerdotes, que tenemos menos disculpa, el peligro de enojarnos sea mayor. También de esto es la caridad, y sólo ella, la que nos libra. Nos libra del peligro de reaccionar impulsivamente, de decir y hacer cosas que no están bien; y sobre todo nos libra del peligro mortal de la ira acumulada, «alimentada» dentro de ti, que te hace llevar cuentas del mal recibido. No. Esto no es aceptable en un hombre de Iglesia. Aunque es posible entender un enfado momentáneo que pasa rápido, no así el rencor. Que Dios nos proteja y libre de ello.

La caridad, añade el Apóstol, «*no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad*». El que está llamado al servicio de gobierno en la Iglesia debe tener un fuerte sentido de la justicia, de modo que no acepte ninguna injusticia, ni siquiera la que podría ser beneficiosa para él o para la Iglesia. Al mismo tiempo, «goza con la verdad»: ¡Qué hermosa es esta expresión! El hombre de Dios es aquel que está fascinado por la verdad y la encuentra plenamente en la Palabra y en la Carne de Jesucristo. Él es la fuente inagotable de nuestra alegría. Que el Pueblo de Dios vea siempre en nosotros la firme denuncia de la injusticia y el servicio alegre de la verdad.

Por último, la caridad «*disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites*». Aquí hay, en cuatro palabras, todo un programa de vida espiritual y pastoral. El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, nos permite vivir así, ser así: personas capaces de perdonar siempre; de dar siempre confianza, porque estamos llenos de fe en Dios; capaces de infundir siempre esperanza, porque estamos llenos de esperanza en Dios; personas que saben soportar con paciencia toda situación y a todo hermano y hermana, en unión con Jesús, que llevó con amor el peso de todos nuestros pecados.

Queridos hermanos, todo esto no viene de nosotros, sino de Dios. *Dios es amor* y lleva a cabo todo esto si somos dóciles a la acción de su Santo Espíritu. Por tanto, así es como tenemos que ser: *incardinados y dóciles*. Cuanto más incardinados estamos en la Iglesia que está en Roma, más dóciles tenemos que ser al Espíritu, para que la caridad pueda dar forma y sentido a todo lo que somos y hacemos. Incardinados en la Iglesia que preside en la caridad, dóciles al Espíritu Santo que derrama en nuestros corazones el amor de Dios (cf. *Rm 5,5*). Que así sea.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa con los nuevos cardenales

Basílica Vaticana. Domingo, 15 de febrero de 2015.

«Señor, si quieres, puedes limpiarme...» Jesús, sintiendo lástima; extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio» (cf. *Mc* 1,40-41). La compasión de Jesús. Ese *padecer con* que lo acercaba a cada persona que sufre. Jesús, se da completamente, se involucra en el dolor y la necesidad de la gente... simplemente, porque Él sabe y quiere *padecer con*, porque tiene un corazón que no se avergüenza de tener *compasión*.

«No podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado» (*Mc* 1, 45). Esto significa que, además de curar al leproso, Jesús ha tomado sobre sí la marginación que la ley de Moisés imponía (cf. *Lv* 13,1-2. 45-46). Jesús no tiene miedo del riesgo que supone asumir el sufrimiento de otro, pero paga el precio con todas las consecuencias (cf. *Is* 53,4).

La *compasión* lleva a Jesús a actuar concretamente: a *reintegrar al marginado*. Y éstos son los tres conceptos claves que la Iglesia nos propone hoy en la liturgia de la palabra: la *compasión* de Jesús ante la *marginación* y su voluntad de *integración*.

Marginación: Moisés, tratando jurídicamente la cuestión de los leprosos, pide que sean alejados y marginados por la comunidad, mientras dure su mal, y los declara: «Impuros» (cf. *Lv* 13,1-2. 45.46).

Imaginat cuánto sufrimiento y cuánta vergüenza debía de sentir un leproso: físicamente, socialmente, psicológicamente y espiritualmente. No es sólo víctima de una enfermedad, sino que también se siente culpable, castigado por sus pecados. Es un muerto viviente, como «si su padre le hubiera escupido en la cara» (*Nm* 12,14).

Además, el leproso infunde miedo, desprecio, disgusto y por esto viene abandonado por los propios familiares, evitado por las otras personas, marginado por la sociedad, es más, la misma sociedad lo expulsa y lo fuerza a vivir en lugares alejados de los sanos, lo excluye. Y esto hasta el punto de que si un individuo sano se hubiese acercado a un leproso, habría sido severamente castigado y, muchas veces, tratado, a su vez, como un leproso.

Es verdad, la finalidad de esa norma era la de *salvar a los sanos, proteger a los justos* y, para salvaguardarlos de todo riesgo, marginar *el peligro*, tratando sin piedad al contagiado. De aquí, que el Sumo Sacerdote Caifás exclamase: «Conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera» (*Jn* 11,50).

Integración: Jesús revoluciona y sacude fuertemente aquella mentalidad cerra-

da por el miedo y recluida en los prejuicios. Él, sin embargo, no deroga la Ley de Moisés, sino que la lleva a plenitud (cf. *Mt* 5, 17), declarando, por ejemplo, la ineficacia contraproducente de la ley del talión; declarando que Dios no se complace en la observancia del Sábado que desprecia al hombre y lo condena; o cuando ante la mujer pecadora, no la condena, sino que la salva de la intransigencia de aquellos que estaban ya preparados para lapidarla sin piedad, pretendiendo aplicar la Ley de Moisés. Jesús revoluciona también las conciencias en el Discurso de la montaña (cf. *Mt* 5) abriendo nuevos horizontes para la humanidad y revelando plenamente la lógica de Dios. La lógica del amor que no se basa en el miedo sino en la libertad, en la caridad, en el sano celo y en el deseo salvífico de Dios, Nuestro Salvador, «que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*1Tm* 2,4). «Misericordia quiero y no sacrificio» (*Mt* 12,7; *Os* 6,6).

Jesús, nuevo Moisés, ha querido curar al leproso, ha querido tocar, ha querido reintegrar en la comunidad, sin *autolimitarse* por los prejuicios; sin adecuarse a la mentalidad dominante de la gente; sin preocuparse para nada del contagio. Jesús responde a la súplica del leproso sin dilación y sin los consabidos aplazamientos para estudiar la situación y todas sus eventuales consecuencias. Para Jesús lo que cuenta, sobre todo, es alcanzar y salvar a los lejanos, curar las heridas de los enfermos, reintegrar a todos en la familia de Dios. Y eso escandaliza a algunos.

Y Jesús no tiene miedo de este tipo de escándalo. Él no piensa en las personas obtusas que se escandalizan incluso de una curación, que se escandalizan de cualquier apertura, a cualquier paso que no entre en sus esquemas mentales o espirituales, a cualquier caricia o ternura que no corresponda a su forma de pensar y a su pureza ritualista. Él ha querido integrar a los marginados, salvar a los que están fuera del campamento (cf. *Jn* 10).

Son dos lógicas de pensamiento y de fe: el miedo de perder a los salvados y el deseo de salvar a los perdidos. Hoy también nos encontramos en la encrucijada de estas dos lógicas: a veces, la de los doctores de la ley, o sea, alejarse del peligro apartándose de la persona contagiada, y la lógica de Dios que, con su misericordia, abraza y acoge reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio.

Estas dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: *marginar y reintegrar*. San Pablo, dando cumplimiento al mandamiento del Señor de llevar el anuncio del Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. *Mt* 28,19), escandalizó y encontró una fuerte resistencia y una gran hostilidad sobre todo de parte de aquellos que exigían una incondicional observancia de la Ley mosaica, incluso a los paganos convertidos. También san Pedro fue duramente criticado por la comunidad cuando entró en la casa de Cornelio, el centurión pagano (cf. *Hch* 10).

El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración. Esto no quiere decir

menospreciar los peligros o hacer entrar los lobos en el rebaño, sino acoger al hijo pródigo arrepentido; sanar con determinación y valor las heridas del pecado; actuar decididamente y no quedarse mirando de forma pasiva el sufrimiento del mundo. El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero; el camino de la Iglesia es precisamente el de salir del propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las “periferias” esenciales de la existencia; es el de adoptar integralmente la lógica de Dios; el de seguir al Maestro que dice: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,31-32).

Curando al leproso, Jesús no hace ningún daño al que está sano, es más, lo libra del miedo; no lo expone a un peligro sino que le da un hermano; no desprecia la Ley sino que valora al hombre, para el cual Dios ha inspirado la Ley. En efecto, Jesús libra a los sanos de la tentación del «hermano mayor» (cf. Lc 15,11-32) y del peso de la envidia y de la murmuración de los trabajadores que han soportado el peso de la jornada y el calor (cf. Mt 20,1-16).

En consecuencia: *la caridad no puede ser neutra, aséptica, indiferente, tibia o imparcial. La caridad contagia, apasiona, arriesga y compromete. Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita* (cf. 1Cor 13). La caridad es creativa en la búsqueda del lenguaje adecuado para comunicar con aquellos que son considerados incurables y, por lo tanto, intocables. Encontrar el lenguaje justo... El contacto es el auténtico lenguaje que transmite, fue el lenguaje afectivo, el que proporcionó la curación al leproso. ¡Cuántas curaciones podemos realizar y transmitir aprendiendo este lenguaje del contacto! Era un leproso y se ha convertido en mensajero del amor de Dios. Dice el Evangelio: «Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho» (Mc 1,45).

Queridos nuevos Cardenales, ésta es la lógica de Jesús, éste es el camino de la Iglesia: no sólo acoger y integrar, con valor evangélico, aquellos que llaman a la puerta, sino salir, ir a buscar, sin prejuicios y sin miedos, a los lejanos, manifestándoles gratuitamente aquello que también nosotros hemos recibido gratuitamente. «Quien dice que permanece en Él debe caminar como Él caminó» (1Jn 2,6). ¡La disponibilidad total para servir a los demás es nuestro signo distintivo, es nuestro único título de honor!

Pensadlo bien en estos días en los que habéis recibido el título cardenalicio. Invoquemos la intercesión de María, Madre de la Iglesia, que sufrió en primera persona la marginación causada por las calumnias (cf. Jn 8,41) y el exilio (cf. Mt 2,13-23), para que nos conceda el ser siervos fieles de Dios. Ella, que es la Madre, nos enseñe a no tener miedo de acoger con ternura a los marginados; a no tener miedo de la ternura. Cuántas veces tenemos miedo de la ternura. Que Ella nos enseñe a no tener miedo de la ternura y de la compasión; nos revista de paciencia

para acompañarlos en su camino, sin buscar los resultados del éxito mundano; nos muestre a Jesús y nos haga caminar como Él.

Queridos hermanos nuevos Cardenales, mirando a Jesús y a nuestra Madre, os exhorto a servir a la Iglesia, en modo tal que los cristianos –edificados por nuestro testimonio– no tengan la tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados, aislándose en una casta que nada tiene de auténticamente eclesial. Os invito a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, por el motivo que sea; a ver al Señor en cada persona excluida que tiene hambre, que tiene sed, que está desnuda; al Señor que está presente también en aquellos que han perdido la fe, o que, alejados, no viven la propia fe, o que se declaran ateos; al Señor que está en la cárcel, que está enfermo, que no tiene trabajo, que es perseguido; al Señor que está en el leproso – de cuerpo o de alma -, que está discriminado. No descubrimos al Señor, si no acogemos auténticamente al marginado. Recordemos siempre la imagen de san Francisco que no tuvo miedo de abrazar al leproso y de acoger a aquellos que sufren cualquier tipo de marginación. En realidad, queridos hermanos, sobre el evangelio de los marginados, se juega y se descubre y se revela nuestra credibilidad.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza

Basílica de Santa Sabina. Miércoles, 18 de febrero de 2015.

Como pueblo de Dios comenzamos el camino de Cuaresma, tiempo en el que tratamos de unirnos más estrechamente al Señor para compartir el misterio de su pasión y su resurrección.

La liturgia de hoy nos propone, ante todo, el pasaje del profeta Joel, enviado por Dios para llamar al pueblo a la penitencia y a la conversión, a causa de una calamidad (una invasión de langostas) que devasta la Judea. Sólo el Señor puede salvar del flagelo y, por lo tanto, es necesario invocarlo con oraciones y ayunos, confesando el propio pecado.

El profeta insiste en la conversión interior: «Volved a mí de todo corazón».

Volver al Señor «de todo corazón» significa emprender el camino de una conversión no superficial y transitoria, sino un itinerario espiritual que concierne al lugar más íntimo de nuestra persona. En efecto, el corazón es la sede de nuestros sentimientos, el centro en el que maduran nuestras elecciones, nuestras actitudes. El «volved a mí de todo corazón» no sólo implica a cada persona, sino que también se extiende a toda la comunidad, es una convocatoria dirigida a todos: «Reunid a la gente, santificad a la comunidad, llamad a los ancianos; congregad

a los muchachos y a los niños de pecho, salga el esposo de la alcoba y la esposa del tálamo» (v. 16).

El profeta se refiere, en particular, a la oración de los sacerdotes, observando que va acompañada por lágrimas. Nos hará bien a todos, pero especialmente a nosotros, los sacerdotes, al comienzo de esta Cuaresma, pedir el don de lágrimas, para hacer que nuestra oración y nuestro camino de conversión sean cada vez más auténticos y sin hipocresía. Nos hará bien hacernos esta pregunta: «¿Lloro? ¿Llora el Papa? ¿Lloran los cardenales? ¿Lloran los obispos? ¿Lloran los consagrados? ¿Lloran los sacerdotes? ¿Está el llanto en nuestras oraciones?». Precisamente este es el mensaje del Evangelio de hoy. En el pasaje de Mateo, Jesús relee las tres obras de piedad previstas en la ley mosaica: la limosna, la oración y el ayuno. Y distingue el hecho externo del hecho interno, de ese llanto del corazón. A lo largo del tiempo estas prescripciones habían sido corroídas por la herrumbre del formalismo exterior o, incluso, se habían transformado en un signo de superioridad social. Jesús pone de relieve una tentación común en estas tres obras, que se puede resumir precisamente en la hipocresía (la nombra tres veces): «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos... Cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas... Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie para que los vea la gente... Y cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas» (Mt 6, 1. 2. 5. 16). Sabed, hermanos, que los hipócritas no saben llorar, se han olvidado de cómo se llora, no piden el don de lágrimas.

Cuando se hace algo bueno, casi instintivamente nace en nosotros el deseo de ser estimados y admirados por esta buena acción, para tener una satisfacción. Jesús nos invita a hacer estas obras sin ninguna ostentación, y a confiar únicamente en la recompensa del Padre «que ve en lo secreto» (Mt 6, 4. 6. 18).

Queridos hermanos y hermanas: El Señor no se cansa nunca de tener misericordia de nosotros, y quiere ofrecernos una vez más su perdón -todos tenemos necesidad de Él-, invitándonos a volver a Él con un corazón nuevo, purificado del mal, purificado por las lágrimas, para compartir su alegría. ¿Cómo acoger esta invitación? Nos lo sugiere san Pablo: «En nombre de Cristo os pedimos: ¡que os reconciliéis con Dios» (2 Co 5, 20). Este esfuerzo de conversión no es solamente una obra humana, es *dejarse* reconciliar. La reconciliación entre nosotros y Dios es posible gracias a la misericordia del Padre que, por amor a nosotros, no dudó en sacrificar a su Hijo unigénito. En efecto, Cristo, que era justo y sin pecado, fue hecho pecado por nosotros (v. 21) cuando cargó con nuestros pecados en la cruz, y así nos ha rescatado y justificando ante Dios. «En Él» podemos llegar a ser justos, en Él podemos cambiar, si acogemos la gracia de Dios y no dejamos pasar en vano este «tiempo favorable» (6, 2). Por favor, detengámonos, detengámonos un poco y dejémonos reconciliar con Dios.

Con esta certeza, comencemos con confianza y alegría el itinerario cuaresmal. Que María, Madre inmaculada, sin pecado, sostenga nuestro combate espiritual contra el pecado y nos acompañe en este momento favorable, para que lleguemos a cantar juntos la exultación de la victoria el día de Pascua. Y en señal de nuestra voluntad de dejarnos reconciliar con Dios, además de las lágrimas que estarán «en lo secreto», en público realizaremos el gesto de la imposición de la ceniza en la cabeza. El celebrante pronuncia estas palabras: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás» (cf. *Gn* 3, 19), o repite la exhortación de Jesús: «Convertíos y creed el Evangelio» (cf. *Mc* 1, 15). Ambas fórmulas constituyen una exhortación a la verdad de la existencia humana: somos criaturas limitadas, pecadores siempre necesitados de penitencia y conversión. ¡Cuán importante es escuchar y acoger esta exhortación en nuestro tiempo! La invitación a la conversión es, entonces, un impulso a volver, como hizo el hijo de la parábola, a los brazos de Dios, Padre tierno y misericordioso, a llorar en ese abrazo, a fiarse de Él y encomendarse a Él.

VIAJES

VIAJE APOSTÓLICO A SRI LANKA Y FILIPINAS DEL 12 AL 19 DE ENERO DE 2015

Discurso del Papa Francisco durante la Santa Misa con los obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos

Catedral de la Inmaculada Concepción, Manila. Viernes 16 de enero de 2015

«¿Me amas?... Apacienta mis ovejas» (*Jn 21,15-17*). Las palabras de Jesús a Pedro en el Evangelio de hoy son las primeras que os dirijo, queridos hermanos obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas y jóvenes seminaristas. Estas palabras nos recuerdan algo esencial. Todo ministerio pastoral nace del amor... nace del amor. La vida consagrada es un signo del amor reconciliador de Cristo. Al igual que santa Teresa de Lisieux, cada uno de nosotros, en la diversidad de nuestras vocaciones, está llamado de alguna manera a ser el amor en el corazón de la Iglesia.

Os saludo a todos con gran afecto. Y os pido que hagáis llegar mi afecto a todos vuestros hermanos y hermanas ancianos y enfermos, y a todos aquellos que no han podido estar aquí con nosotros hoy. Ahora que la Iglesia en Filipinas mira hacia el quinto centenario de su evangelización, sentimos gratitud por el legado que han dejado tantos obispos, sacerdotes y religiosos de generaciones pasadas. Ellos trabajaron, no sólo para predicar el Evangelio y edificar la Iglesia en este país, sino también para forjar una sociedad animada por el mensaje del Evangelio de la caridad, el perdón y la solidaridad al servicio del bien común. Hoy vosotros continuáis esa obra de amor. Como ellos, estáis llamados a construir puentes, a apacentar las ovejas de Cristo, y preparar caminos nuevos para el Evangelio en Asia, en los albores de una nueva era.

«El amor de Cristo nos apremia» (*2 Co 5,14*). En la primera lectura de hoy, san Pablo nos dice que el amor que estamos llamados a proclamar es un amor reconciliador, que brota del corazón del Salvador crucificado. Estamos llamados a ser «embajadores de Cristo» (*2 Co 5,20*). El nuestro es un ministerio de reconciliación. Proclamamos la Buena Nueva del amor infinito, de la misericordia y de la compasión de Dios. Proclamamos la alegría del Evangelio. Pues el Evangelio es la promesa de la gracia de Dios, la única que puede traer la plenitud y la salvación a nuestro mundo quebrantado. Es capaz de inspirar la construcción de un orden social verdaderamente justo y redimido.

Ser embajador de Cristo significa, en primer lugar, invitar a todos a un renovado encuentro personal con el Señor Jesús (*Evangelii Gaudium*, 3), nuestro

encuentro personal con él. Esta invitación debe estar en el centro de vuestra conmemoración de la evangelización de Filipinas. Pero el Evangelio es también una llamada a la conversión, a examinar nuestra conciencia, como personas y como pueblo. Como los obispos de Filipinas han enseñado justamente, la Iglesia en Filipinas está llamada a reconocer y combatir las causas de la desigualdad y la injusticia, profundamente arraigadas, que deforman el rostro de la sociedad filipina, contradiciendo claramente las enseñanzas de Cristo. El Evangelio llama a cada cristiano a vivir una vida de honestidad, integridad e interés por el bien común. Pero también llama a las comunidades cristianas a crear «ambientes de integridad», redes de solidaridad que se extienden hasta abrazar y transformar la sociedad mediante su testimonio profético.

Los pobres. Los pobres están en el centro del Evangelio, son el corazón del Evangelio: si quitamos a los pobres del Evangelio no se comprenderá el mensaje completo de Jesucristo. Como embajadores de Cristo, nosotros, obispos, sacerdotes y religiosos, debemos ser los primeros en acoger en nuestros corazones su gracia reconciliadora. San Pablo explica con claridad lo que esto significa: rechazar perspectivas mundanas y ver todas las cosas de nuevo a la luz de Cristo; ser los primeros en examinar nuestras conciencias, reconocer nuestras faltas y pecados, y recorrer el camino de una conversión constante, de una conversión cotidiana. ¿Cómo podemos proclamar a los demás la novedad y el poder liberador de la Cruz, si nosotros mismos no dejamos que la Palabra de Dios sacuda nuestra complacencia, nuestro miedo al cambio, nuestros pequeños compromisos con los modos de este mundo, nuestra «mundanidad espiritual» (cf. *Evangelii Gaudium*, 93)?

Para nosotros, sacerdotes y personas consagradas, la conversión a la novedad del Evangelio implica un encuentro diario con el Señor en la oración. Los santos nos enseñan que ésta es la fuente de todo celo apostólico. Para los religiosos, vivir la novedad del Evangelio significa también encontrar una y otra vez en la vida comunitaria y en los apostolados de la comunidad el incentivo de una unión cada vez más estrecha con el Señor en la caridad perfecta. Para todos nosotros, significa vivir de modo que se refleje en nuestras vidas la pobreza de Cristo, cuya existencia entera se centró en hacer la voluntad del Padre y en servir a los demás. Naturalmente, el gran peligro es el materialismo que puede deslizarse en nuestras vidas y comprometer el testimonio que ofrecemos. Sólo si somos pobres, sólo si somos pobres nosotros mismos, y eliminamos nuestra complacencia, seremos capaces de identificarnos con los últimos de nuestros hermanos y hermanas. Veremos las cosas desde una perspectiva nueva, y así responderemos con honestidad e integridad al desafío de anunciar la radicalidad del Evangelio en una sociedad acostumbrada a la exclusión social, a la polarización y a la desigualdad escandalosa.

Quisiera decir unas palabras especialmente a los jóvenes sacerdotes, religiosos y seminaristas, aquí presentes. Os pido que compartáis la alegría y el entusiasmo de vuestro amor a Cristo y a la Iglesia con todos, y especialmente con los de vuestra edad. Que estéis cerca de los jóvenes, que pueden estar confundidos y desanimados, pero que siguen viendo a la Iglesia como compañera en el camino y fuente de esperanza. Estar cerca de aquellos que, viviendo en medio de una sociedad abrumada por la pobreza y la corrupción, están abatidos, tentados de darse por vencidos, de abandonar los estudios y vivir en la calle. Proclamar la belleza y la verdad del mensaje cristiano a una sociedad que está tentada por una visión confusa de la sexualidad, el matrimonio y la familia. Como sabéis, estas realidades sufren cada vez más el ataque de fuerzas poderosas que amenazan con desfigurar el plan de Dios sobre la creación y traicionan los verdaderos valores que han inspirado y plasmado todo lo mejor de vuestra cultura.

La cultura filipina, en efecto, ha sido modelada por la creatividad de la fe. Los filipinos son conocidos en todas partes por su amor a Dios, su ferviente piedad y su cálida devoción a Nuestra Señora y el rosario. Este gran patrimonio contiene un gran potencial misionero. Es la forma en la que vuestro pueblo ha inculturado el Evangelio y sigue viviendo su mensaje (cf. *Evangelii Gaudium*, 122). En vuestros trabajos para preparar el quinto centenario, construid sobre esta sólida base.

Cristo murió por todos para que, muertos en él, ya no vivamos para nosotros mismos, sino para él (cf. *2 Co* 5,15). Queridos hermanos obispos, sacerdotes y religiosos: pido a María, Madre de la Iglesia, que os conceda un celo desbordante que os lleve a gastaros con generosidad en el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Que de esta manera, el amor reconciliador de Cristo penetre cada vez más profundamente en el tejido de la sociedad filipina y, a través de vosotros, hasta los confines de la tierra. Amén.

Discurso del Papa Francisco en el encuentro con las familias

Mall of Asia Arena, Manila. Viernes, 16 de enero de 2015.

Estimadas familias, queridos amigos en Cristo:

Muchas gracias por vuestra presencia aquí esta noche y por el testimonio de vuestro amor a Jesús y a su Iglesia. Agradezco a monseñor Reyes, Presidente de la Comisión Episcopal de Familia y Vida, sus palabras de bienvenida. Y, de una manera especial, doy las gracias a los que han presentado sus testimonios – gra-

cias – y han compartido su vida de fe con nosotros. La Iglesia de Filipinas está bendecida por el apostolado de muchos movimientos que se ocupan de la familia, y yo les agradezco su testimonio.

Las Escrituras rara vez hablan de san José, pero cuando lo hacen, a menudo lo encuentran descansando, mientras un ángel le revela la voluntad de Dios en sueños. En el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar, nos encontramos con José que descansa no una vez sino dos veces. Esta noche me gustaría descansar en el Señor con todos vosotros. Tengo necesidad de descansar en el Señor con las familias, y recordar mi familia: mi padre, mi madre, mi abuelo, mi abuela... Hoy descanso con vosotros y quisiera reflexionar con vosotros sobre el don de la familia.

Pero antes quisiera decir algo sobre el sueño. Mi inglés es tan pobre. Si me lo permitís, pediré a Mons. Miles de traducir y hablaré en español. A mí me gusta mucho esto de soñar en una familia. Toda mamá y todo papá soñó a su hijo durante nueve meses ¿es verdad o no? [Sí] Soñar cómo será el hijo. No es posible una familia sin soñar. Cuando en una familia se pierde la capacidad de soñar los chicos no crecen, el amor no crece, la vida se debilita y se apaga. Por eso les recomiendo que a la noche, cuando hacen el examen de conciencia, se hagan también esta pregunta: ¿Hoy soñé con el futuro de mis hijos? ¿hoy soñé con el amor de mi esposo, de mi esposa? ¿hoy soñé con mis padres, mis abuelos que llevaron la historia hasta mí. ¡Es tan importante soñar! Primero de todo soñar en una familia. No pierdan esta capacidad de soñar.

Y también cuántas dificultades en la vida del matrimonio se solucionan si nos tomamos un espacio de sueño. Si nos detenemos y pensamos en el cónyuge, en la cónyuge. Y soñamos con las bondades que tiene, las cosas buenas que tiene. Por eso es muy importante recuperar el amor a través de la ilusión de todos los días. ¡Nunca dejen de ser novios!

A José le fue revelada la voluntad de Dios durante el descanso. En este momento de descanso en el Señor, cuando nos detenemos de nuestras muchas obligaciones y actividades diarias, Dios también nos habla. Él nos habla en la lectura que acabamos de escuchar, en nuestra oración y testimonio, y en el silencio de nuestro corazón. Reflexionemos sobre lo que el Señor nos quiere decir, especialmente en el Evangelio de esta tarde. Hay tres aspectos de este pasaje que me gustaría que considerásemos. Primero: *descansar en el Señor*. Segundo: *levantarse con Jesús y María*. Tercero: *ser una voz profética*.

Descansar en el Señor. El descanso es necesario para la salud de nuestras mentes y cuerpos, aunque a menudo es muy difícil de lograr debido a las numerosas obligaciones que recaen sobre nosotros. Pero el descanso es también esencial para nuestra salud espiritual, para que podamos escuchar la voz de Dios y entender lo que él nos pide. José fue elegido por Dios para ser el padre putativo de Jesús y el

esposo de María. Como cristianos, también vosotros estáis llamados, al igual que José, a construir un hogar para Jesús. Preparar una casa para Jesús. Le preparáis un hogar en vuestros corazones, vuestras familias, vuestras parroquias y comunidades.

Para oír y aceptar la llamada de Dios, y preparar una casa para Jesús, debéis ser capaces de descansar en el Señor. Debéis dedicar tiempo cada día a descansar en el Señor, a la oración. Rezar es descansar en el Señor. Es posible que me digáis: Santo Padre, lo sabemos, yo quiero orar, pero tengo mucho trabajo. Tengo que cuidar de mis hijos; además están las tareas del hogar; estoy muy cansado incluso para dormir bien. Tenéis razón, seguramente es así, pero si no oramos, no conoceremos la cosa más importante de todas: la voluntad de Dios sobre nosotros. Y a pesar de toda nuestra actividad y ajetreo, sin la oración, lograremos realmente muy poco.

Descansar en la oración es especialmente importante para las familias. Donde primero aprendemos a orar es en la familia. No olvidéis: cuando la familia reza unida, permanece unida. Esto es importante. Allí conseguimos conocer a Dios, crecer como hombres y mujeres de fe, vernos como miembros de la gran familia de Dios, la Iglesia. En la familia aprendemos a amar, a perdonar, a ser generosos y abiertos, no cerrados y egoístas. Aprendemos a ir más allá de nuestras propias necesidades, para encontrar a los demás y compartir nuestras vidas con ellos. Por eso es tan importante rezar en familia. Muy importante. Por eso las familias son tan importantes en el plan de Dios sobre la Iglesia. Rezar juntos en familia es descansar en el Señor.

Yo quisiera decirles también una cosa personal. Yo quiero mucho a san José, porque es un hombre fuerte y de silencio y en mi escritorio tengo una imagen de san José durmiendo y durmiendo cuida a la Iglesia. Sí, puede hacerlo, lo sabemos. Y cuando tengo un problema, una dificultad, yo escribo un papelito y lo pongo debajo de san José, para que lo sueñe. Esto significa para que rece por ese problema.

Otra consideración: *levantarse con Jesús y María*. Esos momentos preciosos de reposo, de descanso con el Señor en la oración, son momentos que quisiéramos tal vez prolongar. Pero, al igual que san José, una vez que hemos oído la voz de Dios, debemos despertar, levantarnos y actuar (cf. *Rm 13,11*). Como familia, debemos levantarnos y actuar. La fe no nos aleja del mundo, sino que nos introduce más profundamente en él. Esto es muy importante. Debemos adentrarnos en el mundo, pero con la fuerza de la oración. Cada uno de nosotros tiene un papel especial que desempeñar en la preparación de la venida del reino de Dios a nuestro mundo.

Del mismo modo que el don de la sagrada Familia fue confiado a san José, así a nosotros se nos ha confiado el don de la familia y su lugar en el plan de Dios.

Lo mismo que con san José. A san José el regalo de la Sagrada Familia le fue encomendado para que lo llevara adelante, a cada uno de ustedes y de nosotros – porque yo también soy hijo de una familia – nos entregaron el plan de Dios para llevarlo adelante. El ángel del Señor le reveló a José los peligros que amenazaban a Jesús y María, obligándolos a huir a Egipto y luego a instalarse en Nazaret. Así también, en nuestro tiempo, Dios nos llama a reconocer los peligros que amenazan a nuestras familias para protegerlas de cualquier daño.

Estemos atentos a las nuevas colonizaciones ideológicas. Existen colonizaciones ideológicas que buscan destruir la familia. No nacen del sueño, de la oración, del encuentro con Dios, de la misión que Dios nos da. Vienen de afuera, por eso digo que son colonizaciones. No perdamos la libertad de la misión que Dios nos da, la misión de la familia. Y así como nuestros pueblos en un momento de su historia llegaron a la madurez de decirle ‘no’ a cualquier colonización política, como familia tenemos que ser muy, muy sagaces, muy hábiles, muy fuertes para decir ‘no’ a cualquier intento de colonización ideológica sobre la familia. Y pedirle a san José, que es amigo del ángel, que nos mande la inspiración para saber cuándo podemos decir ‘sí’ y cuándo debemos decir ‘no’.

Las dificultades que hoy pesan sobre la vida familiar son muchas. Aquí, en las Filipinas, multitud de familias siguen sufriendo los efectos de los desastres naturales. La situación económica ha provocado la separación de las familias a causa de la migración y la búsqueda de empleo, y los problemas financieros gravan sobre muchos hogares. Si, por un lado, demasiadas personas viven en pobreza extrema, otras, en cambio, están atrapadas por el materialismo y un estilo de vida que destruye la vida familiar y las más elementales exigencias de la moral cristiana. Éstas son las colonizaciones ideológicas. La familia se ve también amenazada por el creciente intento, por parte de algunos, de redefinir la institución misma del matrimonio, guiados por el relativismo, la cultura de lo efímero, la falta de apertura a la vida.

Pienso en el beato Pablo VI en un momento donde se le proponía el problema del crecimiento de la población tuvo la valentía de defender la apertura a la vida de la familia. Él sabía las dificultades que había en cada familia, por eso en su Carta Encíclica era tan misericordioso con los casos particulares. Y pidió a los confesores que fueran muy misericordiosos y comprensivos con los casos particulares. Pero él miró más allá, miró a los pueblos de la tierra y vio esta amenaza de destrucción de la familia por la privación de los hijos. Pablo VI era valiente, era un buen pastor y alertó a sus ovejas de los lobos que venían. Que desde el cielo nos bendiga esta tarde.

Nuestro mundo necesita familias buenas y fuertes para superar estos peligros. Filipinas necesita familias santas y unidas para proteger la belleza y la verdad de la familia en el plan de Dios y para que sean un apoyo y ejemplo para otras familias. Toda amenaza para la familia es una amenaza para la propia sociedad.

Como afirmaba a menudo san Juan Pablo II, el futuro de la humanidad pasa por la familia (cf. *Familiaris Consortio*, 86). El futuro pasa a través de la familia. Así pues, ¡custodiad vuestras familias! ¡proteged vuestras familias! Ved en ellas el mayor tesoro de vuestro país y sustentarlas siempre con la oración y la gracia de los sacramentos. Las familias siempre tendrán dificultades, así que no le añadáis otras. Más bien, sed ejemplo vivo de amor, de perdón y atención. Sed santuarios de respeto a la vida, proclamando la sacralidad de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. ¡Qué gran don para la sociedad si cada familia cristiana viviera plenamente su noble vocación! Levantaos con Jesús y María, y seguid el camino que el Señor traza para cada uno de vosotros.

Por último, el Evangelio que hemos escuchado nos recuerda nuestro deber cristiano de ser *voces proféticas* en medio de nuestra sociedad. José escuchó al ángel del Señor, y respondió a la llamada de Dios a cuidar de Jesús y María. De esta manera, cumplió su papel en el plan de Dios, y llegó a ser una bendición no sólo para la sagrada Familia, sino para toda la humanidad. Con María, José sirvió de modelo para el niño Jesús, mientras crecía en sabiduría, edad y gracia (cf. *Lc* 2,52). Cuando las familias tienen hijos, los forman en la fe y en sanos valores, y les enseñan a colaborar en la sociedad, se convierten en una bendición para nuestro mundo. Las familias pueden llegar a ser una bendición para el mundo. El amor de Dios se hace presente y operante a través de nuestro amor y de las buenas obras que hacemos. Extendemos así el reino de Cristo en este mundo. Y al hacer esto, somos fieles a la misión profética que hemos recibido en el bautismo.

Durante este año, que vuestros obispos han establecido como el *Año de los Pobres*, os pediría, como familias, que fuerais especialmente conscientes de vuestra llamada a ser discípulos misioneros de Jesús. Esto significa estar dispuestos a salir de vuestras casas y atender a nuestros hermanos y hermanas más necesitados. Os pido además que os preocupéis de aquellos que no tienen familia, en particular de los ancianos y niños sin padres. No dejéis que se sientan nunca aislados, solos y abandonados; ayudadlos para que sepan que Dios no los olvida. Hoy quedé sumamente conmovido en el corazón después de la Misa, cuando visité ese hogar de niños solos, sin familia. Cuánta gente trabaja en la Iglesia para que ese hogar sea una familia. Esto significa llevar adelante proféticamente qué significa una familia. Incluso si vosotros mismos sufrís la pobreza material, tenéis una abundancia de dones cuando dais a Cristo y a la comunidad de su Iglesia. No escondáis vuestra fe, no escondáis a Jesús, llevadlo al mundo y dad el testimonio de vuestra vida familiar.

Queridos amigos en Cristo, sabed que yo rezo siempre por vosotros. Rezo por las familias, lo hago. Rezo para que el Señor siga haciendo más profundo vuestro amor por él, y que este amor se manifieste en vuestro amor por los demás y por la Iglesia. No olvidéis a Jesús que duerme. No olvidéis a san José que duerme. Jesús ha dormido con la protección de José. No lo olvidéis: el descanso de la familia

es la oración. No olvidéis de rezar por la familia. No dejéis de rezar a menudo y que vuestra oración dé frutos en todo el mundo, de modo que todos conozcan a Jesucristo y su amor misericordioso. Por favor, dormid también por mí y rezad también por mí, porque necesito verdaderamente vuestras oraciones y siempre cuento con ellas. Muchas gracias.

**Discurso del Papa Francisco
en el encuentro con sacerdotes, religiosas, religiosos, seminaristas
y familias de los supervivientes del tifón**

Catedral de la Transfiguración del Señor, Palo. Sábado, 17 de enero de 2015.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con gran afecto en el Señor. Me alegro de que podamos encontrarnos en esta catedral de la Transfiguración del Señor. Esta casa de oración, como tantas otras, ha sido reparada gracias a la notable generosidad de muchas personas. Se alza como un signo elocuente del inmenso esfuerzo de reconstrucción que vosotros y vuestros vecinos habéis llevado a cabo tras la devastación causada por el tifón Yolanda. También nos recuerda a todos nosotros que, a pesar de los desastres y el sufrimiento, nuestro Dios actúa constantemente, haciendo nuevas todas las cosas.

Muchos de vosotros habéis sufrido enormemente, no sólo por la destrucción causada por el tifón, sino por la pérdida de familiares y amigos. Hoy encomendamos a la misericordia de Dios a todos los que han muerto, e invocamos su consuelo y paz para todos los que aún lloran. Tengamos presente de una manera particular a cuantos el dolor les hace difícil ver el camino a seguir. Al mismo tiempo, demos gracias al Señor por todos los que, en estos meses, se han esforzado por retirar los escombros, visitar a los enfermos y moribundos, consolar a los afligidos y enterrar a los muertos. Su bondad, y la generosa ayuda que provenía de tantas personas en todo el mundo, son una señal cierta de que Dios nunca nos abandona.

De una manera especial, me gustaría agradecer a los numerosos sacerdotes y religiosos que respondieron con desbordante generosidad a las necesidades urgentes de los habitantes de las zonas más afectadas. Con vuestra presencia y caridad, habéis dado testimonio de la belleza y la verdad del Evangelio. Habéis hecho presente a la Iglesia como una fuente de esperanza, salvación y misericordia. Junto con muchos de vuestros vecinos, habéis demostrado también la profunda fe y la fortaleza del pueblo filipino. Los numerosos testimonios de bondad y abnegación que se produjeron en esos días oscuros han de ser recordados y transmitidos a las generaciones futuras.

Hace unos momentos, he bendecido el nuevo Centro para los pobres, que se erige como un nuevo signo de la atención y preocupación de la Iglesia por nuestros hermanos y hermanas necesitados. Son muchos, y el Señor los ama a todos. Hoy, desde este lugar que ha conocido un sufrimiento y una necesidad humana tan profundos, pido que se haga mucho más por los pobres. Por encima de todo, pido que en todo el país se trate a los pobres de manera justa, que se respete su dignidad, que las medidas políticas y económicas sean equitativas e inclusivas, que se desarrollen oportunidades de trabajo y educación, y que se eliminen los obstáculos para la prestación de servicios sociales. El trato que demos a los pobres será el criterio con el que seremos juzgados (cf. *Mt* 25,40. 45). Os pido a todos vosotros, y a cuantos son responsables de la marcha de la sociedad, que renovéis vuestro compromiso a favor de la justicia social y la promoción de los pobres, tanto aquí como en toda Filipinas.

Por último, me gustaría dirigir unas palabras de sincero agradecimiento a los jóvenes aquí presentes, y entre ellos a los seminaristas y jóvenes religiosos. Muchos de vosotros habéis mostrado una generosidad heroica en los momentos posteriores al tifón. Espero que siempre tengáis presente que la verdadera felicidad viene como consecuencia de ayudar a los demás, entregándose a ellos con abnegación, misericordia y compasión. De esta manera, seréis una fuerza poderosa para la renovación de la sociedad, no sólo en la reconstrucción de los edificios, sino más importante aún, en la edificación del reino de Dios, en la santidad, la justicia y la paz en vuestra tierra.

Queridos sacerdotes y religiosos, queridas familias y amigos. En esta catedral de la Transfiguración del Señor, pidamos que nuestras vidas sigan siendo sustentadas y transfiguradas por el poder de su resurrección. Os encomiendo a todos a la protección amorosa de María, Madre de la Iglesia. Que ella obtenga para vosotros, y para todo el amado pueblo de estas tierras, abundantes bendiciones de consuelo, alegría y paz en el Señor. Que Dios os bendiga.

Discurso del Papa Francisco en el encuentro con los jóvenes

Campo de deportes de la Universidad de Santo Tomás, Manila. Domingo, 18 de enero de 2015.

Queridos jóvenes:

Cuando hablo espontáneamente, lo hago en español porque no conozco la lengua inglesa. ¿Puedo hacerlo? Muchas gracias. Está aquí el P. Mark, un buen traductor.

Primero de todo, una noticia triste. Ayer, mientras estaba por empezar la Misa, se cayó una de las torres, como ésa. Y, al caer, hirió a una muchacha que estaba trabajando y murió. Su nombre es Cristal. Ella trabajó en la organización de esa Misa. Tenía 27 años. Era joven como ustedes y trabajaba para una asociación que se llama *Catholic Relief Services*. Era una voluntaria. Yo quisiera que nosotros, todos juntos, ustedes jóvenes como ella, rezáramos en silencio un minuto y, después, invocáramos a nuestra Madre del cielo. Oremos.

[Silencio]

Ave María...

También hagamos una oración por su papá y su mamá. Era única hija. Su mamá está llegando de Hong Kong. Su papá ha venido a Manila a esperar a su mamá.

Padre nuestro...

Me alegro de estar con ustedes esta mañana. Mi saludo afectuoso a cada uno, y mi agradecimiento a todos los que han hecho posible este encuentro. En mi visita a Filipinas, he querido reunirme especialmente con ustedes los jóvenes, para escucharlos y hablar con ustedes. Quiero transmitirles el amor y las esperanzas que la Iglesia tiene puestas en ustedes. Y quiero animarles, como cristianos ciudadanos de este país, a que se entreguen con pasión y sinceridad a la gran tarea de la renovación de su sociedad y ayuden a construir un mundo mejor.

Doy las gracias de modo especial a los jóvenes que me han dirigido las palabras de bienvenida: Jun Chura, Leandro Santos II y Rikki Macalor. Muchas gracias. Y la pequeña representación de las mujeres. ¡Demasiado poco! Las mujeres tienen mucho que decirnos en la sociedad de hoy. A veces, somos demasiado machistas, y no dejamos lugar a la mujer. Pero la mujer es capaz de ver las cosas con ojos distintos de los hombres. La mujer es capaz de hacer preguntas que los hombres no terminamos de entender. Presten ustedes atención. Ella [la chica Glyzelle] hoy ha hecho la única pregunta que no tiene respuesta. Y no le alcanzaron las palabras. Necesitó decirlo con lágrimas. Así que, cuando venga el próximo Papa a Manila, que haya más mujeres.

Yo te agradezco, Jun, que hayas expresado tan valientemente tu experiencia. Como dije recién, el núcleo de tu pregunta casi no tiene respuesta. Solamente cuando somos capaces de llorar sobre las cosas que vos viviste, podemos entender algo y responder algo. La gran pregunta para todos: ¿Por qué sufren los niños? ¿por qué sufren los niños? Recién cuando el corazón alcanza a hacerse la pregunta y a llorar, podemos entender algo. Existe una compasión mundana que no nos sirve para nada. Vos hablaste algo de eso. Una compasión que, a lo más, nos lleva a meter la mano en el bolsillo y a dar una moneda. Si Cristo hubiera tenido esa compasión, hubiera pasado, curado a tres o cuatro y se hubiera vuelto al Padre. Solamente cuando Cristo lloró y fue capaz de llorar, entendió nuestros dramas.

Queridos chicos y chicas, al mundo de hoy le falta llorar. Lloran los marginados, lloran aquellos que son dejados de lado, lloran los despreciados, pero aquellos que llevamos una vida más o menos sin necesidades no sabemos llorar. Solamente ciertas realidades de la vida se ven con los ojos limpios por las lágrimas. Los invito a que cada uno se pregunte: ¿Yo aprendí a llorar? ¿Yo aprendí a llorar cuando veo un niño con hambre, un niño drogado en la calle, un niño que no tiene casa, un niño abandonado, un niño abusado, un niño usado por una sociedad como esclavo? ¿O mi llanto es el llanto caprichoso de aquel que llora porque le gustaría tener algo más? Y esto es lo primero que yo quisiera decirles: Aprendamos a llorar, como ella [Glyzelle] nos enseñó hoy. No olvidemos este testimonio. La gran pregunta: ¿Por qué sufren los niños?, la hizo llorando; y la gran respuesta que podemos hacer todos nosotros es aprender a llorar.

Jesús, en el Evangelio, lloró. Lloró por el amigo muerto. Lloró en su corazón por esa familia que había perdido a su hija. Lloró en su corazón cuando vio a esa pobre madre viuda que llevaba a enterrar a su hijo. Se conmovió y lloró en su corazón cuando vio a la multitud como ovejas sin pastor. Si vos no aprendés a llorar, no sos un buen cristiano. Y éste es un desafío. Jun Chura y su compañera, que habló hoy, nos han planteado este desafío. Y, cuando nos hagan la pregunta: ¿Por qué sufren los niños? ¿Por qué sucede esto o esto otro o esto otro de trágico en la vida?, que nuestra respuesta sea o el silencio o la palabra que nace de las lágrimas. Sean valientes. No tengan miedo a llorar.

Y después vino Leandro Santos II. También hizo preguntas sobre el mundo de la información. Hoy, con tantos medios, estamos informados, hiper-informados, y ¿eso es malo? No. Eso es bueno y ayuda, pero corremos el peligro de vivir acumulando información. Y tenemos mucha información, pero, quizás, no sabemos qué hacer con ella. Corremos el riesgo de convertirnos en “jóvenes museos”, que tienen de todo, pero no saben qué hacer. No necesitamos “jóvenes museos”, sino jóvenes sabios. Me pueden preguntar: Padre, ¿cómo se llega ser sabio? Y éste es otro desafío: el desafío del amor. ¿Cuál es la materia más importante que tienen que aprender en la Universidad? ¿Cuál es la materia más importante que hay que aprender en la vida? Aprender a amar. Y éste es el desafío que la vida te pone a vos hoy: Aprender a amar. No sólo acumular información. Llega un momento que no sabes qué hacer con ella. Eso es un museo. Sino, a través del amor, que esa información sea fecunda. Para esto el Evangelio nos propone un camino sereno, tranquilo: usar los tres lenguajes, el lenguaje de la mente, el lenguaje del corazón y el lenguaje de las manos. Y los tres lenguajes armoniosamente: lo que pensás, lo sentís y lo realizás. Tu información baja al corazón, lo conmueve y lo realiza. Y esto armoniosamente: pensar lo que se siente y lo que se hace; sentir lo que pienso y lo que hago; hacer lo que pienso y lo que siento. Los tres lenguajes. ¿Se animan a repetir los tres lenguajes? Pensar, sentir, hacer. En voz alta. Y todo esto armoniosamente.

El verdadero amor es amar y dejarme amar. Es más difícil dejarse amar que amar. Por eso es tan difícil llegar al amor perfecto de Dios, porque podemos amarlo, pero lo importante es dejarnos amar por él. El verdadero amor es abrirse a ese amor que está primero y que nos provoca una sorpresa. Si vos tenés sólo toda la información, estás cerrado a las sorpresas. El amor te abre a las sorpresas, el amor siempre es una sorpresa, porque supone un diálogo entre dos: entre el que ama y el que es amado. Y de Dios decimos que es el Dios de las sorpresas, porque él siempre nos amó primero y nos espera con una sorpresa. Dios nos sorprende. Dejémonos sorprender por Dios. Y no tengamos la psicología de la computadora de creer saberlo todo. ¿Cómo es esto? Espera un momento y la computadora tiene todas las respuestas: ninguna sorpresa. En el desafío del amor, Dios se manifiesta con sorpresas.

Pensemos en san Mateo. Era un buen comerciante. Además, traicionaba a su patria porque le cobraba los impuestos a los judíos para pagárselos a los romanos. Estaba lleno de plata y cobraba los impuestos. Pasa Jesús, lo mira y le dice: Ven, sígueme. No lo podía creer. Si después tienen tiempo, vayan a ver el cuadro que Caravaggio pintó sobre esta escena. Jesús lo llama; le hace así. Los que estaban con él dicen: «¿A éste, que es un traidor, un sinvergüenza?». Y él se agarra a la plata y no la quiere dejar. Pero la sorpresa de ser amado lo vence y sigue a Jesús. Esa mañana, cuando Mateo fue al trabajo y se despidió de su mujer, nunca pensó que iba volver sin el dinero y apurado para decirle a su mujer que preparara un banquete. El banquete para aquel que lo había amado primero, que lo había sorprendido con algo muy importante, más importante que toda la plata que tenía.

¡Déjate sorprender por Dios! No le tengas miedo a las sorpresas, que te mueven el piso, nos ponen inseguros, pero nos meten en camino. El verdadero amor te lleva a quemar la vida, aun a riesgo de quedarte con las manos vacías. Pensemos en san Francisco: dejó todo, murió con las manos vacías, pero con el corazón lleno.

¿De acuerdo? No jóvenes de museo, sino jóvenes sabios. Para ser sabios, usar los tres lenguajes: pensar bien, sentir bien y hacer bien. Y para ser sabios, dejarse sorprender por el amor de Dios, y andá y quemá la vida.

¡Gracias por tu aporte de hoy!

Y el que vino con un buen plan para ayudarnos a ver cómo podemos andar en la vida fue Rikki. Contó todas las actividades, todo lo que hace, todo lo que hacen los jóvenes, todo lo que pueden hacer. Gracias, Rikki, gracias por lo que hacés vos y tus compañeros. Pero yo te voy a hacer una pregunta: Vos y tus amigos van a dar, dan, dan, ayudan, pero vos ¿dejás que te den? Contéstate en el corazón. En el Evangelio que escuchamos recién, hay una frase que para mí es la más importante de todas. Dice el Evangelio que Jesús a ese joven lo miró y lo

amó. Cuando uno ve el grupo de compañeros de Rikki y Rikki, uno los quiere mucho porque hacen cosas muy buenas, pero la frase más importante que dice Jesús: Sólo te falta una cosa. Cada uno de nosotros escuchemos en silencio esta palabra de Jesús: Sólo te falta una cosa.

¿Qué cosa me falta? Para todos los que Jesús ama tanto porque dan tanto a los demás, yo les pregunto: ¿Vos dejás que los otros te den de esa otra riqueza que no tenés?

Los saduceos, los doctores de la ley de la época de Jesús daban mucho al pueblo: le daban la ley, le enseñaban, pero nunca dejaron que el pueblo les diera algo. Tuvo que venir Jesús para dejarse conmover por el pueblo. ¡Cuántos jóvenes, no lo digo de vos, pero cuántos jóvenes como vos que hay aquí saben dar, pero todavía no aprendieron a recibir!

Sólo te falta una cosa. Hazte mendigo. Esto es lo que nos falta: aprender a mendigar de aquellos a quienes damos. Esto no es fácil de entender. Aprender a mendigar. Aprender a recibir de la humildad de los que ayudamos. Aprender a ser evangelizados por los pobres. Las personas a quienes ayudamos, pobres, enfermos, huérfanos, tienen mucho que darnos. ¿Me hago mendigo y pido también eso? ¿O soy suficiente y solamente voy a dar? Vos que vivís dando siempre y crees que no tenés necesidad de nada, ¿sabés que sos un pobre tipo? ¿sabés que tenés mucha pobreza y necesitás que te den? ¿Te dejás evangelizar por los pobres, por los enfermos, por aquellos que ayudás? Y esto es lo que ayuda a madurar a todos aquellos comprometidos como Rikki en el trabajo de dar a los demás: aprender a tender la mano desde la propia miseria.

Había algunos puntos que yo había preparado. Primero, ya lo dije, aprender a amar y aprender a dejarse amar. Hay un desafío, además, que es el desafío por la integridad. Y está el desafío, la preocupación por el medio ambiente. Y esto no sólo porque su país esté probablemente más afectado que otros por el cambio climático. Y, finalmente, está el desafío de los pobres. Amar a los pobres. Vuestros obispos quieren que miren a los pobres de manera especial este año. ¿Vos pensás en los pobres? ¿vos sentís con los pobres? ¿vos hacés algo por los pobres? ¿y vos pedís a los pobres que te den esa sabiduría que tienen? Esto es lo que quería decirles.

Perdónenme porque no leí casi nada de lo que tenía preparado. Pero hay una frase que me consuela un poquito: «La realidad es superior a la idea». «La realidad es superior a la idea». Y la realidad que ellos plantearon, la realidad de ustedes es superior a todas las ideas que yo había preparado. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Y recen por mí.

Texto del discurso preparado por el Santo Padre

Queridos jóvenes amigos:

Me alegro de estar con vosotros esta mañana. Mi saludo afectuoso a cada uno, y mi agradecimiento a todos los que han hecho posible este encuentro. En mi visita a Filipinas, he querido reunirme especialmente con vosotros los jóvenes, para escucharos y hablar con vosotros. Quiero transmitir el amor y las esperanzas que la Iglesia tiene puestas en vosotros. Y quiero animaros, como cristianos ciudadanos de este país, a que os entreguéis con pasión y sinceridad a la gran tarea de la renovación de vuestra sociedad y ayudéis a construir un mundo mejor.

Doy las gracias de modo especial a los jóvenes que me han dirigido las palabras de bienvenida. Hablando en nombre de todos, han expresado con claridad vuestras inquietudes y preocupaciones, vuestra fe y vuestras esperanzas. Han hablado de las dificultades y las expectativas de los jóvenes. Aunque no puedo responder detalladamente a cada una de estas cuestiones, sé que, junto con vuestros pastores, las consideraréis atentamente y haréis propuestas concretas de acción para vuestras vidas.

Me gustaría sugerir tres áreas clave en las que podéis hacer una importante contribución a la vida de vuestro país. En primer lugar, *el desafío de la integridad moral*. La palabra «desafío» puede entenderse de dos maneras. En primer lugar, puede entenderse negativamente, como la tentación de actuar en contra de vuestras convicciones morales, de lo que sabéis que es verdad, bueno y justo. Nuestra integridad moral puede ser amenazada por intereses egoístas, la codicia, la falta de honradez, o el deseo de utilizar a los demás.

La palabra «desafío» puede entenderse también en un sentido positivo. Se puede ver como una invitación a ser valientes, una llamada a dar testimonio profético de aquello en lo que crees y consideras sagrado. En este sentido, el reto de la integridad moral es algo a lo que tenéis que enfrentaros ahora, en este momento de vuestras vidas. No es algo que podáis diferir para cuando seáis mayores y tengáis más responsabilidades. También ahora tenéis el desafío de actuar con honestidad y equidad en vuestro trato con los demás, sean jóvenes o ancianos. ¡No huyáis de este desafío! Uno de los mayores desafíos a los que se enfrentan los jóvenes es el de aprender a amar. Amar significa asumir un riesgo: el riesgo del rechazo, el riesgo de que se aprovechen de ti, o peor aún, de aprovecharse del otro. ¡No tengáis miedo de amar! Pero también en el amor mantened vuestra integridad moral. También en esto sed honestos y justos.

En la lectura que acabamos de escuchar, Pablo dice a Timoteo: «Que nadie te menosprecie por tu juventud; sé, en cambio, un modelo para los creyentes en la palabra, la conducta, el amor, la fe y la pureza» (1 Tm 4,12). Estáis, pues, llamados a dar un buen ejemplo, un ejemplo de integridad moral. Naturalmente, al actuar así sufriréis la oposición, el rechazo, el desaliento, y hasta el ridículo. Pero vosotros habéis recibido un don que os permite estar por encima de esas dificultades. Es el don del Espíritu Santo. Si alimentáis este don con la oración diaria y

sacáis fuerzas de vuestra participación en la Eucaristía, seréis capaces de alcanzar la grandeza moral a la que Jesús os llama. También seréis un punto de referencia para aquellos amigos vuestros que están luchando. Pienso especialmente en los jóvenes que se sienten tentados de perder la esperanza, de renunciar a sus altos ideales, de abandonar los estudios o de vivir al día en las calles.

Por lo tanto, es esencial que no perdáis vuestra integridad moral. No pongáis en riesgo vuestros ideales. No cedáis a las tentaciones contra la bondad, la santidad, el valor y la pureza. Aceptad el reto. Con Cristo seréis, de hecho ya lo sois, los artífices de una nueva y más justa cultura filipina.

Una segunda área clave en la que estáis llamados a contribuir es la *preocupación por el medio ambiente*. Y esto no sólo porque vuestro país esté probablemente más afectado que otros por el cambio climático. Estáis llamados a cuidar de la creación, en cuanto ciudadanos responsables, pero también como seguidores de Cristo. El respeto por el medio ambiente es algo más que el simple uso de productos no contaminantes o el reciclaje de los usados. Éstos son aspectos importantes, pero no es suficiente. Tenemos que ver con los ojos de la fe la belleza del plan de salvación de Dios, el vínculo entre el medio natural y la dignidad de la persona humana. Hombres y mujeres están hechos a imagen y semejanza de Dios, y han recibido el dominio sobre la creación (cf. *Gn* 1, 26-28). Como administradores de la creación de Dios, estamos llamados a hacer de la tierra un hermoso jardín para la familia humana. Cuando destruimos nuestros bosques, devastamos nuestro suelo y contaminamos nuestros mares, traicionamos esa noble vocación.

Hace tres meses, vuestros obispos abordaron estas cuestiones en una Carta pastoral profética. Pidieron a todos que pensaran en la dimensión moral de nuestras actividades y estilo de vida, nuestro consumo y nuestro uso de los recursos del planeta. Os pido que lo apliquéis al contexto de vuestras propias vidas y vuestro compromiso con la construcción del reino de Cristo. Queridos jóvenes, el justo uso y gestión de los recursos de la tierra es una tarea urgente, y vosotros tenéis mucho que aportar. Vosotros sois el futuro de Filipinas. Interesaos por lo que le sucede a vuestra hermosa tierra.

Una última área en la que podéis contribuir es muy querida por todos nosotros: la *ayuda a los pobres*. Somos cristianos. Somos miembros de la familia de Dios. No importa lo mucho o lo poco que tengamos individualmente, cada uno de nosotros está llamado a acercarse y servir a nuestros hermanos y hermanas necesitados. Siempre hay alguien cerca de nosotros que tiene necesidades, ya sea materiales, emocionales o espirituales. El mayor regalo que le podemos dar es nuestra amistad, nuestro interés, nuestra ternura, nuestro amor por Jesús. Quien lo recibe lo tiene todo; quien lo da hace el mejor regalo.

Muchos de vosotros sabéis lo que es ser pobres. Pero muchos también habéis podido experimentar la bienaventuranza que Jesús prometió a los «pobres de

espíritu» (cf. *Mt* 5,3). Quisiera dirigir una palabra de aliento y gratitud a todos los que habéis elegido seguir a nuestro Señor en su pobreza mediante la vocación al sacerdocio y a la vida religiosa. Con esa pobreza enriqueceréis a muchos. Os pido a todos, especialmente a los que podéis hacer y dar más: Por favor, ¡haced más! Por favor, ¡dad más! Qué distinto es todo cuando sois capaces de dar vuestro tiempo, vuestros talentos y recursos a la multitud de personas que luchan y que viven en la marginación. Hay una absoluta necesidad de este cambio, y por ello seréis abundantemente recompensados por el Señor. Porque, como él ha dicho: «Tendrás un tesoro en el cielo» (*Mt* 10,21).

Hace veinte años, en este mismo lugar, san Juan Pablo II dijo que el mundo necesita «un tipo nuevo de joven», comprometido con los más altos ideales y con ganas de construir la civilización del amor. ¡Sed vosotros de esos jóvenes! ¡Que nunca perdáis vuestros ideales! Sed testigos gozosos del amor de Dios y de su maravilloso proyecto para nosotros, para este país y para el mundo en que vivimos. Por favor, rezad por mí. Que Dios os bendiga.

Discurso del Papa Francisco durante la Santa Misa

Rizal Park, Manila. Domingo, 18 de enero de 2015.

«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Lc* 9,5). Es una gran alegría para mí celebrar el domingo del Santo Niño con vosotros. La imagen del Santo Niño Jesús acompañó desde el principio la difusión del Evangelio en este país. Vestido como un rey, coronado y sosteniendo en sus manos el cetro, el globo y la cruz, nos recuerda continuamente la relación entre el Reino de Dios y el misterio de la infancia espiritual. Nos lo dice el Evangelio de hoy: «Quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (*Mt* 10,15). El Santo Niño sigue anunciándonos que la luz de la gracia de Dios ha brillado sobre un mundo que habitaba en la oscuridad, trayendo la Buena Nueva de nuestra liberación de la esclavitud y guiándonos por los caminos de la paz, el derecho y la justicia. Nos recuerda también que estamos llamados a extender el Reino de Cristo por todo el mundo.

En estos días, durante mi visita, he escuchado la canción: «Todos somos hijos de Dios». Esto es lo que el Santo Niño nos dice. Nos recuerda nuestra identidad más profunda. Todos somos hijos de Dios, miembros de la familia de Dios. Hoy san Pablo nos ha dicho que hemos sido hechos hijos adoptivos de Dios, hermanos y hermanas en Cristo. Eso es lo que somos. Ésa es nuestra identidad. Hemos visto una hermosa expresión de esto cuando los filipinos se volcaron con nuestros

hermanos y hermanas afectados por el tifón.

El Apóstol nos dice que gracias a la elección de Dios hemos sido abundantemente bendecidos. Dios «nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos» (*Ef* 1, 3). Estas palabras tienen una resonancia especial en Filipinas, ya que es el principal país católico de Asia; esto ya es un don especial de Dios, una especial bendición. Pero es también una vocación. Los filipinos están llamados a ser grandes misioneros de la fe en Asia.

Dios nos ha escogido y bendecido con un propósito: «Para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia» (*Ef* 1,4). Nos eligió a cada uno de nosotros para ser testigos de su verdad y su justicia en este mundo. Creó el mundo como un hermoso jardín y nos pidió que cuidáramos de él. Pero, con el pecado, el hombre desfiguró aquella belleza natural; destruyó también la unidad y la belleza de nuestra familia humana, dando lugar a estructuras sociales que perpetúan la pobreza, la falta de educación y la corrupción.

A veces, cuando vemos los problemas, las dificultades y las injusticias que nos rodean, sentimos la tentación de resignarnos. Parece como si las promesas del Evangelio no se fueran a cumplir; que fueran irreales. Pero la Biblia nos dice que la gran amenaza para el plan de Dios sobre nosotros es, y siempre ha sido, la mentira. El diablo es el padre de la mentira. A menudo esconde sus engaños bajo la apariencia de la sofisticación, de la fascinación por ser «moderno», «como todo el mundo». Nos distrae con el señuelo de placeres efímeros, de pasatiempos superficiales. Y así malgastamos los dones que Dios nos ha dado jugando con artilugios triviales; malgastamos nuestro dinero en el juego y la bebida; nos encerramos en nosotros mismos. Y no nos centramos en las cosas que realmente importan. Esto es el pecado: olvidar en nuestro propio corazón que somos hijos de Dios. Por ser hijos, tal como nos enseña el Señor, los niños tienen su propia sabiduría, que no es la sabiduría del mundo. Por eso el mensaje del Santo Niño es tan importante. Nos habla al corazón de cada uno de nosotros. Nos recuerda nuestra identidad más profunda, que estamos llamados a ser la familia de Dios.

El Santo Niño nos recuerda también que hay que proteger esta identidad. El Niño Jesús es el protector de este gran país. Cuando vino al mundo, su propia vida estuvo amenazada por un rey corrupto. Jesús mismo tuvo que ser protegido. Tenía un protector en la tierra: san José. Tenía una familia humana, la Sagrada Familia de Nazaret. Así nos recuerda la importancia de proteger a nuestras familias, y las familias más amplias como son la Iglesia, familia de Dios, y el mundo, nuestra familia humana. Lamentablemente, en nuestros días, la familia con demasiada frecuencia necesita ser protegida de los ataques y programas insidiosos, contrarios a todo lo que consideramos verdadero y sagrado, a lo más hermoso y noble de nuestra cultura.

En el Evangelio, Jesús acoge a los niños, los abraza y bendice. También no-

sotros necesitamos proteger, guiar y alentar a nuestros jóvenes, ayudándoles a construir una sociedad digna de su gran patrimonio espiritual y cultural. En concreto, tenemos que ver a cada niño como un regalo que acoger, querer y proteger. Y tenemos que cuidar a nuestros jóvenes, no permitiendo que les roben la esperanza y queden condenados a vivir en la calle.

Un niño frágil, que necesitaba ser protegido, trajo la bondad, la misericordia y la justicia de Dios al mundo. Se enfrentó a la falta de honradez y la corrupción, que son herencia del pecado, y triunfó sobre ellos por el poder de su cruz. Ahora, al final de mi visita a Filipinas, os encomiendo a él, a Jesús que vino a nosotros niño. Que conceda a todo el amado pueblo de este país que trabaje unido, protegiéndose unos a otros, comenzando por vuestras familias y comunidades, para construir un mundo de justicia, integridad y paz. Que el Santo Niño siga bendiciendo a Filipinas y sostenga a los cristianos de esta gran nación en su vocación a ser testigos y misioneros de la alegría del Evangelio, en Asia y en el mundo entero.

Por favor, no dejéis de rezar por mí. Que Dios os bendiga.

VISITA PASTORAL DEL PAPA FRANCISCO A POMPEYA Y NÁPOLES. 21 DE MARZO DE 2015

Discurso del Papa Francisco durante el encuentro con los jóvenes en el Paseo Marítimo Caracciolo

Nápoles. Sábado, 21 de marzo de 2015.

(Pregunta de Bianca, una joven)

En nombre de todos los jóvenes le doy la bienvenida a Nápoles. Santidad, usted nos enseña que el apóstol debe esforzarse por ser una persona amable, serena, entusiasta y alegre, que transmite alegría donde sea que se encuentre, y esto vale para nosotros. Sin embargo, es también grande el hambre de sueños y esperanzas que hay en nuestro corazón, por lo que a menudo se hace difícil conjugar los valores cristianos que llevamos dentro con los horrores, las dificultades y las corrupciones que nos rodean en la vida diaria. Padre Santo, en medio de tales «silencios de Dios», ¿cómo sembrar brotes de alegría y semillas de esperanza para hacer fructificar la tierra de la autenticidad, la verdad, la justicia, el amor verdadero, que supera todo límite humano?

(Santo Padre)

Disculpadme si estoy sentado, pero estoy verdaderamente cansado, porque vo-

sotros napolitanos hacéis que me mueva... Dios, nuestro Dios, es un Dios de las palabras, es un Dios de los gestos, es un Dios de los silencios. El Dios de las palabras, lo sabemos porque en la Biblia están las palabras de Dios: Dios nos habla, nos busca. El Dios de los gestos es el Dios que sale al encuentro. Pensemos en la parábola del buen pastor que va a buscarnos, que nos llama por nombre, que nos conoce mejor que nosotros mismos, que siempre nos espera, que siempre nos perdona, que siempre nos comprende con gestos de ternura. Y luego el Dios del silencio. Pensad en los grandes silencios en la Biblia: por ejemplo el silencio en el corazón de Abrahán, cuando iba con su hijo para ofrecerlo en sacrificio. Dos días subiendo al monte, pero él no lograba decir nada al hijo, incluso si el hijo, que no era tonto, intuía. Y Dios callaba. Pero el más grande silencio de Dios fue la Cruz: Jesús escuchó el silencio del Padre, hasta definirlo «abandono»: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Y luego sucedió ese milagro de Dios, esa palabra, ese gesto grandioso que fue la Resurrección. Nuestro Dios es también el Dios de los silencios y existen silencios de Dios que no se pueden explicar si no miras al Crucificado. Por ejemplo, ¿por qué sufren los niños? ¿Cómo me explicas esto? ¿Dónde encuentras una palabra de Dios que explique por qué sufren los niños? Este es uno de los grandes silencios de Dios. Y el silencio de Dios no digo que se puede «comprender», pero podemos acercarnos a los silencios de Dios mirando a Cristo crucificado, a Cristo que muere, a Cristo abandonado, desde el Huerto de los Olivos hasta la Cruz. Estos son los silencios. «Pero Dios nos creó para ser felices». -«Sí, es verdad». Y Él muchas veces calla. Y esta es la verdad. Yo no puedo engañarte diciendo: «No, ten fe e irá todo bien, serás feliz, tendrás buena suerte, tendrás dinero...»: No, nuestro Dios también guarda silencio. Recuerda: es el Dios de las palabras, el Dios de los gestos y el Dios de los silencios, estas tres cosas las debes unir en tu vida. Esto es lo que se me ocurre decirte. Discúlpame. No tengo otra «receta».

(Pregunta de Erminia, anciana de 95 años)

Padre Santo, me llamo Erminia, tengo 95 años. Doy gracias a Dios por el don de una vida larga. Y también le agradezco a usted porque no pierde ocasión para defenderla. ¡Se necesita tanto hacerlo! Porque es un don que en nuestra sociedad parece causar miedo y a menudo se rechaza y descarta. Con el paso de los años me encontré sola tras la muerte de mi marido, más frágil y necesitada de ayuda. Tuve miedo de tener que dejar mi casa y acabar en cualquier residencia, en uno de esos «depósitos para viejos» de los que usted ha hablado. Así, muchas veces los ancianos se ven impulsados a preguntarse si su vida aún tiene sentido. Tuve la gracia de encontrar una comunidad cristiana que no perdió su espíritu y donde se vive el afecto y la gratuidad. De este modo, en mi vejez, llegaron «ángeles», como les llamo yo, jóvenes y menos jóvenes que me ayudan, me visitan, me sostienen en las dificultades de cada día. La amistad con ellos me ha dado mucha fuerza y

mucho ánimo. También rezar juntos me ayuda mucho: soy débil, pero rezando por los pobres, los enfermos, los necesitados del mundo, por la paz, por el bien de la Iglesia, y también por el Papa, encuentro la fuerza para ayudar y proteger a los demás. De este modo, quienes ayudan y quienes reciben ayuda forman una única familia: jóvenes y ancianos juntos. ¿Cómo podemos vivir todos nosotros en mayor medida una Iglesia que sea familia de todas las generaciones, sin descartar a los ancianos y haciéndoles sentir parte viva de la comunidad?

(Santo Padre)

Tome asiento, porque cuando escucho que usted tiene 95 años, tengo ganas de decir: pero si usted tiene 95 años, yo soy Napoleón. ¡Enhorabuena por cómo los lleva! Usted dijo una palabra clave de nuestra cultura: «descartar». Los ancianos son descartados, porque esta sociedad tira lo que no es útil: usa y tira. Los niños no son útiles: ¿para qué tener niños? Mejor no tenerlos. Pero yo igualmente tengo afecto, me arreglo incluso con un perrito y un gato. Nuestra sociedad es así: ¡cuánta gente prefiere descartar a los niños y consolarse con el perrito o con el gato! Se descartan a los niños, se descartan a los ancianos, porque se les deja solos. Nosotros ancianos tenemos achaques, problemas, y llevamos problemas a los demás, y la gente tal vez nos descarta por nuestros achaques, porque ya no servimos. Y está también esa costumbre -disculpadme la palabra- de dejarlos morir, y como nos gusta tanto usar eufemismos, decimos una palabra técnica: eutanasia. Pero no sólo la eutanasia realizada con una inyección -y te mando al otro lado- sino la eutanasia oculta, la de no darte las medicinas, no proporcionarte los tratamientos, haciendo triste tu vida, y así se muere, se acaba.

Este camino, que usted dice haber encontrado, es la mejor medicina para vivir largo tiempo: la cercanía, la amistad, la ternura. A veces pregunto a los hijos que tienen padres ancianos: ¿estáis cercanos a vuestros padres ancianos? Y si los tenéis en una residencia -porque en casa sucede que no se pueden tener por el hecho de que trabajan tanto el papá como la mamá-, ¿vais a visitarlos? En la otra diócesis, cuando visitaba las residencias, me encontré muchos ancianos a quienes preguntaba: «¿Y vuestros hijos?». «Bien, bien, bien». «¿Vienen a visitarlos?». Se quedaban callados y yo me daba cuenta inmediatamente... «¿Cuándo vinieron la última vez?». «Por Navidad», y estábamos en el mes de agosto. Los dejan allí sin afecto, y el afecto es la medicina más importante para un anciano. Todos necesitamos afecto, y con la edad aún más. A vosotros, hijos, que tenéis padres ancianos, os pido que hagáis un examen de conciencia: ¿cómo vives el cuarto mandamiento? ¿Vas a visitarlos? ¿Les brindas ternura? ¿Pasas tiempo con tu papá o con tu mamá ancianos? Me gusta contar una historia que cuando era niño me contaban en casa. Había un abuelo que vivía con el hijo, la nuera y los nietos. Pero el abuelo envejeció y al final, pobrecillo, cuando comía, tomaba la sopa y se ensuciaba un poco. Un día el papá decidió que el abuelo ya no comiera en la mesa de la familia

porque no quedaba bien, no se podía invitar a los amigos. Hizo comprar una mesita y el abuelo comía solo en la cocina. La soledad es el veneno más grande para los ancianos. Un día, el papá al regresar del trabajo encuentra al hijo de cuatro años jugando con madera, clavos y un martillo. Y le dijo: «¿Qué haces?». «Una mesita, para que cuando seas anciano puedas comer allí». Lo que se siembra, se recoge. A vosotros, hijos, os recuerdo el cuarto mandamiento. ¿Das afecto a tus padres, los abrazas, les dices que los quieres? Si gastan mucho dinero en medicinas, ¿los reprendes? Haced un buen examen de conciencia. El afecto es la medicina más grande para nosotros ancianos. Este testimonio que da usted, con sus amigos -¡que son buenos!- debe contarle mucho, para que la gente se anime a hacer lo mismo. Nunca descartar a un anciano. Nunca.

(Pregunta de la familia Russo)

Santidad, usted nos dijo recientemente que hay que comunicar la belleza de la familia, en cuanto que es el lugar privilegiado del encuentro de la gratuidad del amor. El desafío requiere compromiso, conocimiento y resistencia a las corrientes contrarias, reconsiderando la capacidad de elecciones valientes que defienden el sentido auténtico de la familia como recurso de la sociedad y como medio privilegiado de transmisión de la fe. Usted nos incita a «no dejarnos robar la esperanza», pero en una ciudad como Nápoles, patria de tantos santos pero también sede de tantos sufrimientos y contradicciones donde la familia se ve atacada, ¿cómo podemos construir una pastoral de la familia en salida, a la ofensiva y no replegada en la defensa, y que cuente a todos su belleza? ¿Cómo podemos conjugar nuestra excesiva secularidad con la espiritualidad e, inspirándonos en las palabras de nuestro arzobispo, «abrid paso a la esperanza»?

(Santo Padre)

La familia está en crisis: esto es verdad, no es una novedad. Los jóvenes no quieren casarse, prefieren convivir, tranquilos y sin compromisos; luego, si viene un hijo se casarán obligados. Hoy no está de moda casarse. Además, muchas veces en los matrimonios por la Iglesia pregunto: «Tú que vienes a casarte, ¿lo haces porque de verdad quieres recibir de tu novio y de tu novia el Sacramento, o vienes porque socialmente se debe hacer así?». Sucedió hace poco que, tras una larga convivencia, una pareja que yo conozco decidió casarse. «¿Y cuándo?». «Todavía no lo sabemos, porque estamos buscando la iglesia que armonice con el vestido, y luego estamos buscando que el restaurante esté cerca de la iglesia, y además tenemos que hacer los recuerdos, y luego...». «Pero dime, ¿con qué fe te casas?». La crisis de la familia es una realidad social. Luego están las colonizaciones ideológicas sobre las familias, modalidades y propuestas que existen en Europa y vienen incluso de más allá del océano. Luego ese error de la mente humana que es la teoría del *gender*, que crea tanta confusión. Así la familia se ve atacada. ¿Qué se puede hacer con la secularización en acción? ¿Cómo proceder

con estas colonizaciones ideológicas? ¿Qué se puede hacer con una cultura que no considera a la familia, donde se prefiere no casarse? Yo no tengo la receta. La Iglesia es consciente de esto y el Señor ha inspirado convocar el Sínodo sobre la familia, sobre tantos problemas. Por ejemplo, el problema de la preparación al matrimonio por la Iglesia. ¿Cómo se preparan las parejas que vienen a casarse? Algunas veces se hacen tres charlas... ¿Es suficiente esto para verificar la fe? No es fácil. La preparación al matrimonio no es cuestión de un curso, como podría ser un curso de idiomas: convertirse en esposo en ocho lecciones. La preparación al matrimonio es otra cosa. Debe comenzar en casa, con los amigos, en la juventud, en el noviazgo. El noviazgo perdió el sentido sagrado del respeto. Hoy, normalmente, noviazgo y convivencia son casi la misma cosa. No siempre, porque existen hermosos ejemplos... ¿Cómo preparar un noviazgo que madure? Porque cuando el noviazgo es bueno, llega a un punto que tienes que casarte, porque ha madurado. Es como la fruta: si no la recoges cuando está madura, después no es lo mismo. Pero es toda una crisis, y os pido que recéis mucho. Yo no tengo recetas para esto. Pero es importante el testimonio del amor, el testimonio del modo de resolver los problemas.

En el matrimonio también se pelea y... vuelan los platos. Doy siempre un consejo práctico: pelead hasta que queráis, pero no acabéis el día sin hacer las paces. Para hacer esto no es necesario ponerse de rodillas, es suficiente una caricia, porque cuando se discute, hay algo de rencor dentro, y si hay reconciliación inmediatamente, todo está bien. El rencor frío del día anterior es mucho más difícil de quitar, por lo tanto haced las paces el mismo día. Es un consejo. Además es importante preguntar siempre al otro si le gusta o no le gusta algo: sois dos, el «yo» no es muy válido en el matrimonio, lo que cuenta es el «nosotros». Es también verdad lo que se dice de los matrimonios: alegría en dos, tres veces alegría; pena y dolor en dos, media pena, medio dolor. Así hay que vivir la vida matrimonial y esto se hace con la oración, mucha oración y con el testimonio, para que el amor no se apague. Porque siempre hay pruebas difíciles en la vida, no se puede tener la ilusión de encontrar a otra persona y decir: «Ah, si yo hubiese conocido a esta antes o a este antes, me hubiese casado con este o con esta». Pero no lo has conocido antes, ha llegado tarde. ¡Cierra inmediatamente la puerta! Estad atentos a estas cosas y seguid adelante con vuestro testimonio y de este modo vuelvo al inicio: la familia está en crisis y no es fácil dar una respuesta, pero es necesario el testimonio y la oración.

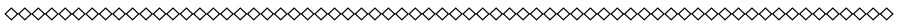
(Al final del encuentro)

Os doy las gracias por esta acogida y los testimonios. Y os pido que recéis por mí. Os pido que recéis por los jóvenes: hoy es el primer día de primavera, el día de la esperanza, el día de los jóvenes. Tal vez cada primavera se retoma el camino de la juventud, se florece otra vez. A los jóvenes repito: no perdáis la esperanza

de seguir siempre adelante. A los ancianos: llevad hacia delante la sabiduría de la vida; los ancianos son como el buen vino cuando envejece. Y el buen vino tiene algo bueno que sirve tanto a los jóvenes como a los ancianos. Jóvenes y ancianos juntos: los jóvenes tienen la fuerza, los ancianos la memoria y la sabiduría. Un pueblo que no atiende a los jóvenes, que los deja sin trabajo, desocupados, y que no cuida a los ancianos, no tiene futuro. Si queremos que nuestro pueblo tenga futuro, tenemos que cuidar a los jóvenes buscando para ellos trabajo, buscando para ellos vías de salida de esta crisis, dándoles valores con la educación; y tenemos que cuidar a los ancianos que son quienes traen la sabiduría de la vida. Ahora recemos a la Virgen y a san José para que protejan a los jóvenes, a los ancianos y a las familias: [Ave María...] Ahora me despido de Nápoles porque regreso a Roma. Os deseo lo mejor y «*ca Maronna v'accumpagne!*».



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

Fiesta de la Sagrada Familia

28 de diciembre de 2014

En este primer domingo, después de la Natividad del Señor, la liturgia de la Iglesia nos invita a que volvamos la mirada de nuestros corazones a Belén, la *Casa del pan*, en donde se nos ofrece a nuestra contemplación el misterio de esa *trinidad de la tierra* que es la Sagrada Familia compuesta por: *María, José y el Niño* (Lc. 2, 16). Hoy es la fiesta de la Sagrada Familia que este año, providencialmente, la celebramos en este día 28 de Diciembre, día de los Mártires Inocentes.

Cualquier momento es bueno para dar gracias a Dios por el don de la familia que hoy, más que nunca, se percibe con más fuerza su importancia y misión en el mundo y en la Iglesia.

Todos este año 2014, y el próximo que estamos a punto de comenzar, son momentos extraordinarios para contemplar la realidad del matrimonio y de la familia de una manera positiva y descubrir y anunciar *el evangelio* de la familia en toda su belleza. No nos olvidamos, hermanos y hermanas míos, *la verdad convence por medio de su belleza*.

Pero ¿dónde está la belleza de la Familia? Sólo la encontramos si somos capaces de descubrirla a la luz de ese Evangelio de la Alegría, en él se nos presenta a un hombre y a una mujer – José y María- y a un hijo. Nos ofrece, por tanto, una alianza matrimonial por la que el hombre y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda su vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los esposos y a la generación y educación de los hijos. Tan importante es esto que el primer libro de la Biblia – el libro de muchos millones de creyentes en el Dios verdadero - nos presenta ya en los primeros capítulos cual es el verdadero sentido del ser humano: El ser humano aparece como un ser creado por Dios y como tal, algo bueno en sí mismo; pero además, querido como hombre y mujer. Esta última realidad nos abre a un sinfín de posibilidades porque la realidad corpórea y, por consiguiente, la sexualidad humana, es algo que ha sido querido por Dios como algo bueno que afecta al ser más íntimo de lo humano; algo tan bueno y hermoso que llega a definir al ser humano en su: masculinidad y feminidad, y en esta realidad se apoya aquel mandato: *Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla* (Gén. 1, 28)

Para nosotros, desde la luz de la fe, Dios es el autor del matrimonio y de su consecuencia lógica, la familia. Otras construcciones que han surgido a lo largo

del tiempo y, de manera especial en estos últimos años, que aplican el nombre de matrimonio a cualquier tipo de unión y de familia, se ha convertido en una realidad aleatoria, indefinible; todo esto constituye ese conjunto de modas y opiniones con las que tenemos que convivir – porque somos, por cristianos, tolerantes y respetuosos - pero nadie nos puede obligar a cambiar lo que Dios, en su infinita sabiduría, ha plasmado desde el principio.

La Iglesia –decía el papa Francisco - *ofrece una concepción de la familia, que es la del libro del Génesis. De la unidad en la diferencia entre hombre y mujer, y de su fecundidad. En esta realidad reconocemos que es un bien para todos, porque es la primera sociedad natural.* Esto quiere decir que la familia, así constituida y concebida sigue siendo *el primer y principal sujeto constructor de la sociedad* y como tal debe ser protegida, de ahí que desde la Iglesia proclamamos una *ecología del hombre*.

Vivimos en unos momentos en donde nos emocionamos y enternecemos cuando vemos lo que le sucede a unos animalillos; sin embargo ¿qué nos sucede cuando se nos habla del cuantioso número de abortos procurados, de tantos mártires inocentes que encuentran la muerte apenas abiertos a la existencia! La conciencia de muchos de nuestros contemporáneos, también creyentes, está *aletargada y abducida* por tanta publicidad y por la agresiva ideología de un falso progreso que está pervirtiendo nuestra concepción de la realidad ¿Cómo ese *crimen abominable* (así denomina al aborto el Concilio Vaticano II) puede ser presentado como un derecho? ¿Cómo podemos callarnos ante los *muchos niños asesinados antes de nacer* (dice Francisco)? ¿Podemos permanecer en silencio ante ese *continuo holocausto de vidas inocentes*? (San Juan Pablo II, 29-12-1997). Para que la cruda realidad no afecte a la sensibilidad democrática de algunos ciudadanos, se cambia de nombre a las cosas. No se habla de aborto, sino de interrupción del embarazo. Es necesario llamar a las cosas por su nombre como lo hace la doctrina de la Iglesia recogida en el catecismo y en la predicación de sus pastores, entre ellos el Santo Padre. A Francisco le están concediendo una gran atención los medios ¡se lo merece! Pero silencian algunos de sus mensajes, sobre todo aquellos que no son políticamente correctos. De ahí que algunos pretenden que la Iglesia cambie su doctrina de acuerdo con las circunstancias del momento. Sin embargo, la Iglesia si abre sus entrañas a la misericordia y acoge a todos: sanos y enfermos, ricos y pobres, casados y divorciados pero no puede justificar lo que no está bien. Es necesario distinguir siempre a la persona, de su situación existencial. Como creyentes en el seno de la Iglesia *rechazados, con toda firmeza, cualquier tipo de violencia contra niñas y mujeres, y también toda discriminación injusta por razón de la orientación sexual de las personas*; y, con la Iglesia, queremos prestar ayuda a toda persona que sufre cualquier tipo de violencia, con entrañas de misericordia, sin juzgar a las personas.

Sin embargo, esta actitud de la Iglesia y de los fieles que luchan por estar en comunión con Ella, son impugnados, fuertemente criticados y a veces, acosados moralmente, porque se nos pide que justifiquemos lo injustificable.

Nosotros queremos vivir de acuerdo con ese proyecto de amor trazado por Dios, desde los orígenes de la humanidad, sobre la belleza de ese amor entre un hombre y una mujer, *una unión maravillosa entre el amor, la fecundidad y la relación hombre y mujer* que constituye la identidad profunda de la persona humana y de su sexualidad. Esa unión singular conforma la *familia* en donde el ser humano, cada uno de nosotros, *puede*, o ya *ha descubierto* un camino firme donde *construir su vida*.

Mis queridos hermanos y hermanas: ¡queridas familias!, *la verdad del matrimonio y la familia se revela al ser del hombre* en la medida en que descubre *la vocación al amor* que es la luz de su vida. No perdamos nuestras energías discutiendo acerca del “matrimonio” entre personas del mismo sexo; ni de la persona que falta a la fidelidad de su primer matrimonio y busca una segunda o tercera unión que quiere justificar como si fuese la primera, etc. De esa discusión no vendrá la luz, ni la paz. Así nos lo decía, recientemente el Santo Padre. Es necesario volver la mirada de nuestro corazón *a lo más humano del corazón de los hombres y mujeres*, nuestros contemporáneos. Es decir, solo sabremos responder a tantos planteamientos e interrogantes, si somos capaces de contestar a esta pregunta: ¿Qué es el hombre para ti?

Os invito a que volvamos la mirada de fe a la familia de Nazaret, ahí encontramos el modelo del mejor *taller de humanidad*, porque es ahí en donde la persona es amada por lo que ella es, sin apelativos ni circunstancias. ¿Acaso se puede exigir a la madre de un niño con síndrome de Down que deje de quererlo? No admite razonamientos ¡lo ama y basta! El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano. Y solo desde la perspectiva de ser amado se entiende la entrega fiel, la constancia en el amor y la apertura al otro; y, precisamente, en esa apertura al otro-otra, surge la fecundidad del amor. Aquel amor que se encierra en uno mismo y no es capaz de abrirse al otro, no es fecundo. Agradecemos a la madre Iglesia que nos ayude a descubrir la belleza del Matrimonio para que, esforzándonos por vivirlo con autenticidad, sepamos ser los auténticos evangelizadores de la familia.

¿Acaso existe alguna institución en el mundo que defienda el amor entre un hombre y una mujer, y lo vea como cauce de humanización? Solo la Iglesia Católica nos ofrece la belleza del matrimonio y de la familia porque lo contempla a la luz de la realidad vivida del misterio de la Santísima Trinidad, la familia de Dios, de ahí que cuando el ser humano pierde a Dios o consiente que este Dios muera en su corazón, también, paulatinamente, se va muriendo lo más humano del corazón del hombre y de la mujer de hoy y de siempre. Porque, para poder

matar lo más humano del hombre - su capacidad de amor- es necesario matar a Dios. Donde Dios molesta, y su Iglesia se presenta como retrograda y anclada en épocas preteridas, entonces es lógico que nos encontremos con esas construcciones artificiosas acerca de los sacramentos (primeras comuniones civiles, bodas civiles, etc.) y acerca del matrimonio: hombres y hombres, mujeres y mujeres, etc. Que son un camino sin retorno.

No perdamos el proyecto de Dios sobre el hombre, el matrimonio y la familia, y nos daremos cuenta de que, si somos fieles, llevaremos a cabo esa revolución del amor que necesitamos para que el mundo crea en el Dios de la Vida, del Amor y de la Misericordia.

Exequias del Rvdo. D. Manuel Fernández Cougil Iglesia parroquial de Santo Tomás de Barxa. 19 de enero de 2015

Mis queridos hermanos sacerdotes. Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Permitidme que salude con especial afecto a los familiares de D. Manuel Fernández Cougil y transmitirle, en mi nombre y en el de todo el Presbiterio Diocesano nuestro pésame. Un pesar que también es un sentimiento compartido por el Obispo y por todo el Presbiterio Diocesano y en especial por los sacerdotes de la Residencia Sacerdotal San Juan de Ávila y por los que residen en el Geriátrico “Divino Maestro”.

La Liturgia de la Palabra de este lunes de la 2ª Semana del Tiempo Ordinario nos ofrece un texto que nos puede ayudar en nuestra celebración. Hemos leído: *todo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr. 5, 1)

En una sociedad como la nuestra en donde el pragmatismo y la eficacia constituyen la urdimbre sobre la cual se van entretejiendo nuestras vidas, la muerte de un sacerdote carece de importancia. En ocasiones ni siquiera es llorado, sin embargo, desde la perspectiva de la fe qué valiosa y elocuente es su existencia. Ayer tarde, apenas llegado de Madrid, me acerqué a la capilla ardiente instalada con tanta delicadeza y cuidado en la Casa Sacerdotal, para rezar por D. Manuel, allí me quede por unos momentos yo solo y contemplé aquel cadáver y, de manera especial, mis ojos se centraron en aquellas manos artríticas del querido sacerdote anciano, y vinieron a mi pensamiento tantas bendiciones y absoluciones que realizaron aquellas manos; tantas unciones con el Santo Crisma en los muchos bautizos celebrados; cuántas consagraciones del Pan y del Vino –de la Eucaristía- que se realizaron con aquellas manos. En definitiva ¡cuánta misericordia de Dios derramada sobre el mundo y sobre los hombres y mujeres de nuestra tierra! ¡Cuánto amor de Dios hecho servicio, especialmente, en Castrelo de Cima, Castrelo de

Abaixo, Bobadela, Pinta, Poedo, Sabariz, Villar de Santos, Guillamil, Barxa y, en los últimos años en la Casa Sacerdotal y en la Residencia del Divino Maestro, y tantos otros lugares en donde ejerció y vivió el ministerio sacerdotal recibido y vivido al servicio de Dios y de los hermanos en esta Iglesia de Ourense.

¡Qué hermosa es la vida del sacerdote que escogido de entre los hombres está puesto para representar a los hombres y mujeres de este pueblo en todo aquello que se refiere al *culto de Dios*! Y fue escogido para ofrecer dones y sacrificios, predicar la Palabra de Señor, servir y ayudar a los hermanos, de manera especial a los necesitados. Por eso, por medio de esta Santa Eucaristía queremos dar gracias al Señor por el don del sacerdocio hecho realidad en D. Manuel y, al mismo tiempo, suplicarle al Buen Dios que le conceda el descanso eterno a aquel que, a pesar de las dificultades de la vida y de las miserias y pecados quiso ser y vivir como sacerdote de Jesucristo.

La vida y la muerte de nuestro hermano sacerdote es una ocasión propicia para que todos nosotros, obispo, sacerdotes, religiosos y laicos sepamos acoger las palabras del Evangelio de San Marcos que acaban de ser proclamadas y así nos preparemos para el momento de la venida del Señor, convirtiendo nuestras existencias en *esos odres* en donde el vino siempre nuevo de la Palabra de Dios pueda dar sus frutos. Y sabemos bien que daremos frutos de vida eterna si nos convertimos de corazón a la gracia del Señor y luchamos por movernos dentro del ámbito de la gracia que nos transforma en esos ministros –es decir– en esos servidores disponibles del don Dios a nuestros hermanos.

Ante la muerte de nuestro hermano volvemos la mirada hacia la realidad de nuestro Pueblo y ante sus necesidades espirituales y nos damos cuenta de que el amor de Dios nos apremia ¡sí! nos apremia a ponernos en situación *de salida*, como nos lo recuerda el Santo Padre, y con nuestra disponibilidad en manos de la Iglesia, salgamos a recorrer, como lo hicieron los primeros discípulos de Jesucristo - los primeros misioneros - por los pueblos de nuestra querida Diócesis, anunciando el Evangelio de Cristo, celebrando los sacramentos de la salvación y haciendo presente el ministerio de la caridad y de la solidaridad.

Si en ocasiones, algunos de nuestros sacerdotes nos dicen que cuando muere una persona en el mundo rural, una casa se cierra, en el caso de la muerte de un sacerdote, no se cierra una casa, sino que tenemos que abrirnos a una esperanza nueva, a una pastoral renovada y a una estrategia apostólica más misionera. El proyecto pastoral: *Ourense en Misión con María*, no es un lema más o menos bonito, sino que es una apuesta por un trabajo pastoral en comunión y en fraternidad, más solidario y evangélico, en esa misma línea trazada por el papa Francisco en su primera exhortación *Evangelii gaudium*.

No cerremos las puertas de nuestra existencia a la esperanza. No dejemos que las losas frías de un sepulcro – como las que van acoger dentro de un momento

los restos mortales de D. Manuel - aplasten nuestros proyectos apostólicos y pastorales. Abramos nuestra inteligencia a la historia milenaria de nuestra Iglesia y aprendamos a descubrir sus raíces misioneras que dieron tantos frutos de santidad. Nuestra Iglesia no ha nacido en la década de los años cincuenta del siglo pasado cuando había que crear parroquias nuevas para acoger la demanda del mucho clero. Nuestra historia pastoral nos ayuda a abrir nuestro corazón a la misión, a la comunión, al trabajo pastoral en equipo y a buscar la cooperación de los fieles laicos en aquellas tareas eclesiales a las que el Concilio Vaticano II se refería y que, en muchos casos, todavía no hemos puesto en actuación.

A la luz de la vida, de su historia pastoral y de la muerte pacífica de D. Manuel, una vida larga, de casi 96 años, hagamos un acto de fe en la Providencia de Dios y pidámosle ayuda para luchar por crecer y trabajar esa *pastoral de la santidad* que hoy, más que nunca, es una *urgencia pastoral* y nos daremos cuenta de que con nuestros corazones y manos sacerdotales más unidas llegaremos a más y seremos más fecundos.

En las manos de Dios de la misericordia dejamos a nuestro hermano D. Manuel, suplicamos que el Buen Pastor al que quiso imitar durante su vida le lleve a esos cielos nuevos y a esa tierra nueva y descanse en paz.

Amen.

Intervención del Sr. Obispo durante el encuentro con los Comunicadores en la Fiesta de San Francisco de Sales. Seminario Mayor

23 de enero de 2015.

Los Medios son, hoy más que nunca, uno de los instrumentos del ingenio humano al que más le debemos en nuestro proceso de humanización. A ellos ha dedicado la Iglesia un especial interés y hace más de 50 años, el mismo Vaticano II le dedico uno de sus decretos: *Inter Mirifica (Entre los maravillosos inventos de la técnica)*. A partir de aquel momento y, de manera especial, desde el pontificado del beato Pablo VI, se han instaurado unas jornadas especiales para celebrar, anualmente, la importancia de los Medios, en este año estamos celebrando la ***XLVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales***.

Con esta ocasión el Santo Padre nos ha obsequiado con un mensaje que, desgraciadamente, está pasando desapercibido. Este año, con el estilo peculiar del papa Francisco nos ofrece una carta que lleva por título ***Comunicación al servicio de una autentica cultura del encuentro***. Ya solo considerando el título en sí mismo, es todo un programa de vida.

En muchas ocasiones nos quedamos en el valor instrumental de los Medios, de

sus avances tecnológicos, de su inmediatez y, sobre todo, de su importancia en la construcción de esa “aldea global” que nos lleva a construir nuestro mundo como una realidad muy pequeña de tal modo que, bien usado, se pueden convertir en agentes de humanización, de cercanía entre los hombres y mujeres de este mundo; en definitiva, en creadores de una *cultura del encuentro*.

En el fragmento que hemos leído, el Santo Padre nos manifiesta que estos Medios deben ayudar a construir *la unidad de la familia humana* de ahí que, gracias a ellos, podéis ayudar a nuestros contemporáneos, por medio de vuestros trabajos, especialmente técnicos y cuidados, en la construcción de un mundo más auténtico y verdadero, más solidario y justo, menos cruel e injusto, en definitiva más hermoso y fraterno.

Mis queridos amigos y amigas:

Sed conscientes del gran poder que la tecnología de la comunicación ha puesto en vuestras manos; no os olvidéis que esta es una gran conquista humana, más que puramente tecnológica. Vosotros sois el alma de la comunicación, de ahí que Francisco, en nombre de toda la Iglesia sale a vuestro encuentro para ofreceros lo mejor que tenemos: la alegría del Evangelio de Jesucristo. Esa ha sido y sigue siendo la más auténtica Buena Noticia.

No deseamos que claudiquéis en vuestros criterios y faltas de conducta que son dignas de nuestro respecto, solo os pedimos que os concedáis algo de vuestro poco tiempo para que abriendo un espacio en vuestra vida –como nos recuerda el Santo Padre- a los grandes valores inspirados por el cristianismo que, en sí mismos, están llenos de una gran humanidad, y no os olvidéis de que para la Iglesia nada que es auténticamente humano, deja de ser divino. Por eso el Santo Padre nos lo repito a menudo: *entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autoreferencialidad, prefiero sin duda la primera*. Y las calles del mundo son el lugar donde la gente vive, donde nos podemos encontrar con ellos, con sus vidas y problemas; no nos olvidemos que entre esas numerosas calles también se encuentran las digitales, pobladas de humanidad que, con frecuencia está herida: hombres y mujeres que buscan una salvación o una esperanza, en ocasiones un refugio para sus traumas. Por otra parte, gracias a las redes de información, el mensaje cristiano puede viajar «*hasta los confines de la tierra*» (Hch. 1,8). De ahí que cuando el Santo Padre nos invita a *abrir las puertas de las iglesias*, esta afirmación también significa *abrir las al mundo digital*, tanto para que todo tipo de gente pueda entrar, sea cual sea la situación de vida en la que se encuentre, en la puerta de Iglesia no exigimos ninguna identificación, ni la realización de signos o gestos que puedan agredir cualquier sensibilidad, salvando las normas del mínimo decoro. Pero cuando las abrimos a esas autopistas de la información hacemos realidad que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos. Por consiguiente, Estamos llamados a dar

testimonio de una Iglesia que sea la casa de todos. ¿Somos capaces de comunicar este rostro de la Iglesia? La comunicación contribuye a dar forma a la vocación misionera de toda la Iglesia; y las redes sociales son hoy uno de los lugares donde vivir esta vocación redescubriendo la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación sirve una Iglesia que logre llevar calor y encender los corazones para que **renazca la esperanza**.

Vigilia por la Unidad de los Cristianos

Santa Iglesia Catedral de San Martiño, 24 de enero de 2015.

Jesús le dice: “Dame de beber” (Jn 4, 7)

La Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos es una hermosa iniciativa que se viene celebrando en la mayoría de las confesiones cristianas desde 1908, de manera especial en el seno de la Iglesia Católica. Aquel deseo de Jesús expresado en su oración al Padre en la última Cena: *Que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea (Jn 17, 21)* constituye para todos los cristianos un compromiso y, al mismo tiempo, una meta a la que se dirigen tantas oraciones y sacrificios.

En el mensaje que los Obispos de la *Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales* se nos comunica que en *los últimos años en Brasil han surgido muchas pequeñas comunidades cristianas de carácter pentecostal o evangélico que compiten entre sí para tener más fieles, más presencia en los medios de comunicación y más subvención estatal. Esta competencia lleva a veces a considerar a las otras comunidades cristianas como adversarias con las que es mejor no tener ningún trato y de las que no hay nada que aprender, haciendo que se marquen bien las diferencias.*

Por este motivo, el texto bíblico de referencia para este año y el lema han sido elegidos para exhortarnos a dejar atrás una mentalidad competitiva entre las distintas comunidades cristianas y reconocer la necesidad que tenemos los unos de los otros. Como sabéis, ese texto, viene acompañado de una imagen muy elocuente en el que se plasma el encuentro entre **Jesús y la mujer samaritana junto al pozo de Jacob**, que narra el evangelista Juan (Jn 4, 1-42) y que constituye el texto bíblico de referencia para este año. Como es de todos conocido, el Señor, cansado del camino, pide a la mujer agua: *Dame de beber (Jn 4, 7)*. Poco después él añadirá que le pueda dar a ella *agua viva*, un agua que se convertirá dentro de ella en un *manantial* (mejor que surtidor) *de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14)*. De este modo, en la propuesta de oración para este año se nos invita a probar agua de un pozo diferente y a dar un poco de la nuestra, es decir, a saber

reconocer y valorar el don de Dios y las riquezas y valores que están presentes en los demás, a compartir, a darnos cuenta de que la diversidad no es una amenaza, sino que puede convertirse en una riqueza. A lo largo de los ocho días de oración se ha ido desplegando esta propuesta a través de la proclamación del Dios Uno y Trino que nos ha creado a su imagen, de la denuncia de situaciones de pecado que causan las discriminaciones injustas, la renuncia a actitudes pecaminosas que excluyen a los demás y el testimonio común de la bondad de Dios.

Estas actitudes han encontrado un eco especialmente significativo en la peregrinación del papa Francisco a Tierra Santa con ocasión del 50 aniversario del encuentro en Jerusalén entre el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras. Casi todos hemos podido contemplar una serie de imágenes que nos han llenado de emoción porque ha sido un viaje lleno de gestos. En la *Declaración Conjunta*, firmada en Jerusalén por el papa Francisco y el patriarca ecuménico Bartolomé I, el pasado 25 de mayo 2014, después de constatar la importancia del abrazo que se dieron el beato Pablo VI y el patriarca Atenágoras hace 50 años se afirma lo siguiente:

Aun siendo plenamente conscientes de no haber alcanzado la meta de la plena comunión, confirmamos hoy nuestro compromiso de avanzar juntos hacia aquella unidad por la que Cristo nuestro Señor oró al Padre para que “todos sean uno” (Jn 17, 21). Con el convencimiento de que dicha unidad se pone de manifiesto en el amor de Dios y en el amor al prójimo, esperamos con impaciencia que llegue el día en el que finalmente participemos juntos en el banquete eucarístico. En cuanto cristianos, estamos llamados a prepararnos para recibir este don de la comunión eucarística, mediante la confesión de la única fe, la oración constante, la conversión interior, la vida nueva y el diálogo fraterno. Hasta llegar a esta esperada meta, manifestaremos al mundo el amor de Dios, que nos identifica como verdaderos discípulos de Jesucristo (cf. Jn 13, 35).

A estas manifestaciones hay que añadir la cercanía y cordialidad mostrada por el papa Francisco con los pastores y las comunidades cristianas del ámbito pentecostal y evangélico, tanto en Italia como en otros lugares del mundo, a los que ha ido a visitar o a las que ha enviado mensajes con motivo de sus reuniones.

Todo esto nos llena de ilusión y nos mueve con más fuerza, si cabe, a esforzarnos en nuestro cometido a favor de la unidad de los cristianos y del diálogo interreligioso, conscientes de la importancia que esto tiene para el sucesor de Pedro y para toda la Iglesia, especialmente para esta Iglesia particular de Ourense que, con su pastor a la cabeza, con su Presbiterio y con los miembros de la Vida Consagrada, los Institutos de Vida Apostólica y los Institutos Seculares queremos acoger el deseo del Señor que se manifiesta en el Salmo 24 que nos propone la liturgia del III Domingo del Tiempo Ordinario, que nos dice: **Señor enséñame tus caminos.**

El camino del Señor para nosotros que formamos parte de esta Iglesia está trazado desde el primer momento en nuestro Plan Diocesano de Pastoral: *Ourense en Misión con María* es, sobre todo una *invitación a la conversión personal*. Tanto el texto de la profecía de Jonás, como el Evangelio de Marcos, nos sitúan en esta clave.

Ante la predicación del profeta, el pueblo *se convierte de su conducta y cambia de vida*. Marcos nos apremia con la certeza de que *se ha cumplido el tiempo y está cerca* el Reino, de ahí que se hace muy actual el grito de la Palabra de Dios: *Convertíos y creed en el Evangelio*. Sólo si nos situamos en esta dinámica auténticamente cristiana seremos constructores de unidad en medio de nuestras comunidades, de nuestra familia, y de nuestros grupos apostólicos evitando todo aquello que siembra desunión y genera enfrentamientos estériles. Pensemos por momentos en lo que nos dice el Santo Padre: las envidias que pueden llenar nuestras vidas de mezquindad; las críticas y las murmuraciones que emponzoña nuestra fraternidad y generan enfrentamientos y disputas; las faltas de correspondencia a los hermanos/as que tantas veces extienden sus manos en busca de ayuda y se pueden encontrar con nuestro yo encerrado en sus opiniones que le convierten en autorreferencial. La Palabra del Señor no nos puede dejar impasibles; es necesario que nos dejemos interpelar por ella. Acojámosla con valentía y con apertura de corazón.

Fijáos bien, mis hermanos/as: después de la invitación a la conversión de la que nos habla Marcos, se nos presenta la llamada de Jesús a los primeros discípulos: *Venid conmigo y os haré pescadores de hombres*. *Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron*.

Es necesario dejarse encontrar por Jesús y atrevernos a dedicarle tiempo para que Él nos pueda mirar al corazón, solo así seremos capaces de escuchar su voz y la invitación a seguirle: *Os haré pescadores de hombres*.

Para dejarse encontrar por Dios es necesario que luchemos por vivir la unidad dentro de nuestro corazón y así poder ser constructores de esa unidad, dentro de la pluriformidad de carismas y estilos en la comunión de la Iglesia. Un cristiano/a auténtico es una persona abierta y respetuosa con los demás, no es excluyente, ni exclusivo, lucha contra la acepción de personas, no divide, sino que lucha por unir. Cuando así actuamos estamos haciendo vivo y operativo el deseo de Jesús: *¡que todos sean uno!*

Si nosotros los hijos y las hijas de Dios, con la riqueza de estilos y carismas, no somos uno, cómo podremos pedirle al Señor por la unión del resto de los cristianos? Si caemos, con gusto, en la tentación de decir que estos o aquellos son sectarios ¿cómo puede hacerse realidad en nuestra vida la auténtica comunión de la Iglesia Católica?

Os invito a que volváis la mirada de vuestro corazón a esa imagen de Santa

María Madre que se encuentra en el hermoso retablo de nuestra catedral, Ella que es Madre de la Iglesia y desde el primer momento ayudó a los discípulos de Jesús a vivir el espíritu de comunión en el seno de la única Iglesia y entorno a Pedro. Lo mismo acontece hoy en este gran cenáculo que es esta Catedral. Dejemos que Ella, vida, dulzura y esperanza nuestra, con su mirada misericordiosa, nos dé de beber esa *agua pura* que salta hasta la vida eterna y sacia todo deseo de bien y de verdad. ¡Que así sea!

Exequias por Sor María del Carmen, Hija de Santa Clara del Monasterio de Damas Pobres de santa Clara de Allariz

25 de enero de 2015.

*Mi queridos Hermanos sacerdotes
Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad*

Hermanas y Hermanos míos en el Señor, en especial saludo, con cordial afecto, a la madre, hermanos y demás familiares de Sor Carmen y les manifiesto en mi nombre y en el del Presbiterio de esta Iglesia de Ourense que está aquí representado por este numeroso grupo de sacerdotes y de los seminaristas, mi más expresivo sentimiento por el paso a la eternidad de nuestra Hermana Clarisa.

Estamos celebrando en la Iglesia el Día del Señor, ese *Octavo día* misterioso, un día fuera del tiempo cronológico en el que la eternidad y el tiempo se encuentran en el horizonte de Dios, en donde lo finito y lo infinito se juntan en nuestro corazón. Y a esta hora de la tarde, en el marco de esta celebración exequial, acabamos de escuchar la proclamación de la Palabra de Dios de este III Domingo del Tiempo Ordinario; a través de ella el Señor sale a nuestro encuentro y, entre otras cosas, nos dice:

Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio (Mc 1, 15).

Podemos decir, de forma coloquial, que ésta es la síntesis de la primera predicación de Jesús. De ahí que estas palabras siguen siendo muy actuales y están cargadas de fuerza de tal modo que nos interpelan cada vez que las escuchamos con el corazón abierto. Hoy lo son especialmente en este momento en el que asistimos a esta Misa exequial por nuestra Hermana Sor María del Carmen, monja clarisa. Mis queridos hermanos y hermanas: La muerte es siempre esa realidad inherente a nuestra naturaleza finita y a la que nada ni nadie en este mundo que pasa se puede sustraer. *Por este camino nos iremos todos* (cf. Dt 34,5) los que hemos llegado a la vida.

Ante la muerte caben muchas posturas y planteamientos. Nosotros, que luchamos por vivir nuestra existencia desde la luz de la fe: *Creemos en la resurrección de los muertos y en la vida eterna*. Esta es nuestra fe. Esto es lo que esperamos; por eso, cada vez que asistimos a un acto como este tenemos que reactivar nuestra fe en *la resurrección de la carne*.

Podríamos hacer aquí una reflexión catequético-existencial sobre el morir humano, soy consciente de que este no es el momento ni el lugar; pero os ruego que me permitáis dirigirme a mis Hermanas Clarisas, que están viviendo un momento de especial desconsuelo.

Mis queridas Madres y Hermanas Clarisas: cuando esta mañana me disponía a hacer la meditación acostumbrada, inmediatamente volví a pensar en vosotras y se me hizo presente una idea que ahora quisiera transmitir, a través de la pobreza de mis palabras, y no sé si seré capaz de hacerlo como sería mi deseo. Me pregunté: ¿qué os diría la santa Madre Clara de Asís, vuestra fundadora, si estuviese entre vosotras, físicamente, en este momento?

De todos es sabido que nuestro seráfico padre san Francisco llamó a la muerte *Hermana* y, aquel *juglar de Dios*, la recibió cantando. Pero los cronistas del momento nos dicen que santa Clara acogió la muerte dando gracias al Padre por haberla creado. Como bien sabéis, estas fueron sus últimas palabras: *Gracias, Señor, por haberme creado... porque me has cuidado con ternura como la madre al niño pequeño....* este pensamiento sintetizan la historia de una vida entregada a su Señor, dueño de la vida y de la muerte, y la aceptación del morir como un tránsito natural, previsto en la naturaleza humana y que, según ella, es un acontecimiento bueno, aunque nos cuesta mucho entenderlo así.

¿Por qué santa Clara, que se encontró con la muerte aún no cumplidos los sesenta años, se enfrentó con ella de esta manera?

La clave de esta respuesta está en su propia vida. Una existencia entregada a la santa pobreza, una vida de total disponibilidad al querer de Dios, de aceptación de la precariedad de la existencia humana, de desapropiación radical; una vida cuya clave está en la humildad de su vida. ¿Qué ejemplo tan grande nos dan los santos, los mejores hijos e hijas de la Iglesia! A la luz de su ejemplo y del testimonio de su vida, y en la medida en que cuidamos nuestra existencia y dejamos que la gracia del Señor vaya transformando nuestro corazón de tal modo que nos vayamos despegando de las cosas y de las personas, liberándonos del poder y del poseer, y de lo que más nos cuesta ¡de nuestro propio yo!, en la medida en que dejamos que Dios actúe en nuestra vida, nuestro corazón se hace más libre – *más ligero* diría la vuestra santa Madre - y así, sin obstáculos podemos caminar con mayor presteza hacia la eternidad.

Del mismo modo cantaba también esta realidad del morir aquella otra gran mujer, muchos años después de santa Clara, me refiero a santa Teresa de Jesús,

cuyo V Centenario estamos celebrando. Ella decía: *Caminemos hacia el cielo*. La eternidad, el cielo como decimos coloquialmente, se consigue caminando. Y, ante la muerte de nuestra querida Sor Carmen, transformada por el sufrimiento, recobran un nuevo sentido aquellas palabras que fueron las últimas de la Santa de Ávila ¡*es hora de caminar!*

Sí, mis hermanas, no podemos dejar que el dolor atenace vuestro corazón y os repliegue en vosotras mismas generando pensamientos negativos, pensamientos que tantas veces llenan el corazón de nuestros contemporáneos, y esto sucede porque no tienen – quizás sería mejor decir, no tenemos - el corazón libre *sino pesado*, como diría Clara de Asís; es decir, lleno de cosas, de poder, de nuestro propio yo, y con todo esto no se puede avanzar por el camino. Con tantas cosas como llenan el corazón éste se hace cada vez más pesado; es necesario tener el arrojo y coraje de reconocerlo, hermanas y hermanos míos, nos duele enfrentarnos con el morir porque estamos muy atados a las cosas y a nuestro propio yo. No tenemos un corazón libre, sino demasiado atado, de tal modo que tantas ataduras ¡y cada uno sabe las suyas! nos impiden caminar con libertad y esperanza; en ocasiones puede ser que nos bloqueen de tal modo que no seamos capaces de escuchar la voz del mismo Señor que nos dice: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso* (Mt 11,28-30)

Santa Clara, con ocasión de la muerte de vuestra Hermana de Comunidad os pondría delante un retablo vivo, como un espejo; ese sería la contemplación de la muerte del Hijo de Dios. Toda reflexión en torno a la muerte corporal debe hacerse en cristiano a la luz de la muerte de Cristo. Por consiguiente, vuestra santa Madre os diría que fijarais la mirada de vuestros ojos, hoy llenos de lágrimas, en el Crucificado amante, obediente, desnudo, entregado..., y morir con él en un acto de entrega, de obediencia, de desapropiación, de amor sponsal; tal como ella mismo ha dejado escrito: *Y en lo alto del mismo espejo contempla la inefable caridad: con ella escogió padecer en el leño de la cruz y morir en él con la muerte más infamante»* (4 CtaCl 23).

En definitiva, mis queridas Madres Clarisas: Jesús es el espejo de la eternidad donde santa Clara contempla su rostro, es decir, su propia vida, para recuperar la imagen y semejanza que desde el primer momento el mismo Dios le ha concedido por amor. El Señor, el Crucificado-Resucitado – esto último lo añadido yo - es el espejo en el que ella fija su mirada para imitarle; es el espejo en el que anhela transfigurarse, toda entera, por la comunión de sentimientos. Y, curiosamente, como bien sabéis ese espejo, o bien, ese retablo, tiene tres partes en las que se contempla el Misterio de Cristo: el nacimiento del Señor pobre en Belén; en el centro del retablo, la vida pública Jesús, la vida cotidiana; y en lo alto, la escena de la muerte y resurrección (4 CtaCl).

Mis queridas Hermanas, no quisiera cansaros porque estos dos últimos días ha sido especialmente tensos para vuestra Comunidad. Solo deseo manifestaros que, ante este hecho que ha golpeado vuestro corazón, volváis la mirada al Crucificado, como tantas veces lo ha hecho nuestra Hermana Carmen, y de manera especial en estos últimos días. Habéis sido testigos predilectos de que ha muerto como fiel hija de la Iglesia y de santa Clara. El Señor le concedió vivir su tránsito a la eternidad en esta su casa: casa de *damas pobres*, de hijas de santa Clara de Allariz en donde deseó vivir y morir con fidelidad al Señor.

Acoged aquellas hermosas palabras de santa Clara en estos momentos: *Señor, tú eres Dulzura. Tú eres mansedumbre*. Sabéis, mejor que nadie, que no hay dulzura comparable a la que fluye de la mirada del Crucificado. Que estas situaciones tan amargas, como la que estáis viviendo, se puedan transformar inmediatamente en dulzura. Si el camino que os propone vuestra santa Fundadora es fijar los ojos, la mente y el corazón en el Hijo de Dios Crucificado para volverse como él: pobre, humilde, amoroso, manso..., ¿qué será morir? Será imitar al Esposo teniendo en poco el sufrir, dando gracias y gozando de la proximidad del encuentro, como nos recuerda vuestra Santa Madre en una de sus cartas: *Contempla con anhelo de imitar a tu Esposo... muriendo entre atroces angustias en la cruz... si mueres con él en la cruz de la tribulación, poseerás las moradas eternas en el esplendor de los santos* (2 CtaCl 20-21).

Mis queridas Clarisas y, también vosotros, mis hermanos y hermanas que asistís a esta celebración. Quien persevera a lo largo de la vida en el cultivo de la oración personal y comunitaria, con la frecuencia de los sacramentos; en definitiva, quien lucha por caminar dentro de la dinámica de la santidad y lo hace contemplando el misterio del Crucificado-Resucitado, olvidándose de sí mismo y no convirtiéndose en una realidad autoreferencial, será conducido a ese cielo nuevo y a esa tierra nueva que el Buen Dios tiene preparada para los que le aman. En el caso de nuestra Hermana Clarisa recibirá ese abrazo que la identifica, como virgen pobre que será transfigurada totalmente, no según sus obras, sino de acuerdo con la pobreza, humildad, paciencia, mansedumbre y dulzura del Hijo de Dios; entonces, iluminada por el amor misericordioso, ella que ha muerto con Cristo – su esposo – reinará con Él y, como nos recuerda santa Clara en otra de sus cartas: *Recibirá la corona de la inmortalidad* (CtaEr 4).

Volvamos la mirada a la Santísima Virgen, nuestra Madre Inmaculada, para que acoja bajo su manto de misericordia a esta su hija buena y fiel y a todas vosotras Hermanas mías os conceda el consuelo de Dios y a todos los presentes nos dé una mayor esperanza cristiana en la vida eterna. ¡Que así sea!

Fiesta de Santo Tomas en el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”

Capilla del Seminario Mayor. 28 de enero de 2015.

El que tenga oídos para oír que oiga (Mc. 4,1-10)

Mis queridos hermanos: En esta fiesta de santo Tomás, príncipe de las escuelas católicas, el Evangelio de san Marcos nos ha ofrecido una hermosa enseñanza de Jesús. La escena está llena de una gran frescura porque transcurre junto al lago - el mar de Tiberiades - aquel mar que guarda tantos secretos de la vida y de la predicación de Jesús. Y, en aquel ambiente marinero, les propone la parábola del sembrador y nos ofrece su explicación. Después de la proclamación de este Evangelio que nos ofrece la *lectio continua*, sería conveniente mantener un largo silencio meditativo para dejarnos interpelar por ella. Os invito a que os preguntemos, mejor, a que nos preguntemos.

¿Nuestra existencia es como el *borde del camino*, o quizás como ese terreno pedregoso; puede ser que nuestro corazón sea como el zarzal? Cada uno, dejándose iluminar por la Palabra del Señor, necesita suplicarle al Señor que nos conceda la luz necesaria para que sepamos discernir nuestra situación y así seremos capaces de reaccionar de tal modo que el *Evangelio de la Alegría, Evangelio eterno* siempre pueda penetrar más adentro de nuestra existencia para evangelizarla.

¡Cierto! Sea cual sea nuestra vida: como la tierra que está al borde del camino, o en terreno pedregoso, o quizás lleno de zarzas, lo que sí es verdad es que todos poseemos en lo más íntimo de nosotros mismos el deseo sincero de ser tierra buena. Hay un largo recorrido entre el *querer* y el *ser*, por eso es necesario que nos fiemos más de Aquel que puede transformar toda nuestra vida. Necesitamos dejar espacio a Dios. Permitidme que os cuente aquella locución que tuvo Santa Teresa – es bueno mencionarla en este V Centenario de su Nacimiento, y no solo mencionarla sino leerla o releerla, seguro que será para nuestro bien - en cierta ocasión estaba Santa Teresa preocupada por la situación de la Orden de los Descalzos y el Señor le dijo:

Haz lo que es en ti, y déjame tu a mí y no te inquietes por nada, goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande (1570 - 71)

¡Querer es ser! ¡qué gran diferencia ¡y que importante es esta distinción. Para querer, y de manera especial, querer la voluntad de Dios es necesario vivir con autenticidad, como diría Santa Teresa: *Haz lo que es en ti*. Es decir, obremos de acuerdo con lo que hay de más auténtico en nosotros, con honestidad y verdad ¡con sinceridad de vida! Y, si obramos así dejaremos hacer al Señor en nosotros: *Déjame tú a mí*.

Pero para ello es imprescindible la humildad que nos convierte en esa *tierra buena* en donde, al caer la semilla de la Palabra, es decir, el querer de Dios, damos fruto, el ciento por uno, y conseguimos la vida eterna

Con razón Santo Tomas afirmaba que *a nadie se le concede la Palabra de Dios, sino al que da de ella frutos* (Catena Aurea). Pero ¿cómo puede fructificar la Palabra del Señor en nosotros, si no cuidamos nuestra vida personal, es decir nuestra vida de oración y de pureza de conciencia? ¿Os acordáis de aquellos consejos que Santo Tomas daba al joven Fray Juan para el estudio de esa Palabra? Entre los primeros consejos está:

1/ ir de lo más fácil a lo más difícil.

2/ cuidar la lengua: Sé tardo para hablar e incorpórate tarde a los coloquios. A esos coloquios el Santo Padre le llama chácharas.

3/ Purifica tu conciencia y,

4/ No abandones el tiempo dedicado a la oración, etc. ¡hasta 16 consejos! ¡Aprovechémoslos!

Por eso no basta con oír la Palabra, así nos lo recuerda nuestro santo, *no son buenos delante de Dios los que oyen su Palabra, sino los que obran según ella* (Catena Aurea). Si queremos, con verdad, ser tierra buena, hagámosle caso al gran Maestro y Doctor de la Iglesia en su comentario al Credo, que en el contexto de una especie de charlas cuaresmales decía al pueblo: *Es preciso que consideremos continuamente la Palabra de Dios que habita en nosotros, porque es necesario no solo creerla sino meditarla; de otro modo no sería de provecho* y esto es necesario porque *es menester hacer partícipes a los demás de la Palabra de Dios*.

En definitiva, utilizando el lenguaje del papa Francisco: es necesario dejarnos evangelizar para ser evangelizadores y, para poder ser evangelizados necesitamos ser humildes y dejarnos ayudar para caminar en verdad, si así actuamos seremos esa *tierra buena* que dará frutos apostólicos ¡Que Santa María, trono de la sabiduría nos ayude en este propósito!

Misa de Apertura del Bicentenario del nacimiento de D. Bosco, 1815-2015

S. I. C. Basílica de S. Martin. 31 de enero de 2015.

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Hnos. Sacerdotes concelebrantes.

Miembros de la Vida Consagrada y de los Institutos de Vida Apostólica.

Mis Hermanos sacerdotes Salesianos, a vosotros, y a todos los que formáis parte de la gran Familia Salesiana, os saludo con especial afecto.

Hermanos y hermanas: Este templo, en donde se encuentra la cátedra del Obis-

po de esta Iglesia particular, os recibe esta tarde para celebrar la Eucaristía y con ella dar gracias a Dios por la vida, el ministerio y la obra de San Juan Bosco en el bicentenario de su nacimiento.

Don Bosco – como le llamamos los que le tenemos especial devoción - fue un sacerdote de la diócesis de Turín, escogido por Dios para ser *padre y maestro de la juventud. Fundador de la Sociedad de san Francisco de Sales, del Instituto de Hijas de María Auxiliadora y de los cooperadores y cooperadoras salesianos.*

Hoy como ayer, al igual que en la durísima época que le toco vivir a este santo sacerdote, nos damos cuenta de que ser testigos de la fe en Jesucristo es una tarea difícil, pero posible. A la luz de la Palabra de Dios que ha sido proclamada en esta solemne liturgia hemos sido invitados a vivir con autenticidad nuestra vocación. Todos, sin excepciones, hemos sido llamados con una vocación grande, ser *pastores y ovejas*. Pero, no nos olvidemos, para ser pastores, de esos que *siguen el rastro de su rebaño cuando se encuentran las ovejas dispersas... sacándolas de la oscuridad*. Pastores que buscan *las ovejas perdidas y descarriadas, para vendar sus heridas, curar a las enfermas y apacientarlas debidamente*, para ser un pastor así es necesario vivir con fidelidad nuestra vocación cristiana. He ahí nuestro timbre de gloria ¡ser buenos cristianos!

San Juan Bosco, sacerdote secular, un buen servidor fiel y obediente, no se contentó con criticar o censurar el ambiente de su época, ni a sus propios compañeros, ni a la jerarquía ¡se puso en camino! Se convenció de que aquella multitud de niños y jóvenes que vivían en medio de las graves circunstancias sociales del momento, condenados a ser como el desperdicio de la sociedad, eran unos rostros a través de los cuales contemplaba a Nuestro Señor Jesucristo. Así nos lo manifiesta, todavía hoy, a través de sus escritos:

Miremos como a hijos a aquellos sobre los cuales debemos ejercer alguna autoridad. Pongámonos a su servicio, a imitación de Jesús, el cual vino para obedecer y no para mandar, y avergoncémonos de todo lo que pueda tener incluso apariencia de dominio; si algún dominio ejercemos sobre ellos, ha de ser para servirlos mejor. (Liturgia de las Horas, vol. III, p.1169)

Este texto podríamos sintetizarlo en pocas palabras: *el mejor señorío de un cristiano es servir*. Servir es y supone ponerse en camino; es decir, trabajar por la causa del Evangelio, de la alegría que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús.

¿Cómo podemos lograr que tantos de nuestros contemporáneos se encuentren con Jesús? Si contemplamos la vida de los santos seguro que encontramos respuesta a esta interrogante que hoy, como en el siglo XIX, siguen siendo ejemplo de vida.

San Juan Bosco es uno de esos grandes santos que no solo es patrimonio de la Familia Salesiana, sino de toda la Iglesia ¡Fijémonos en su vida y no caigamos en la tentación de pensar que en su tiempo las cosas eran más fáciles!. Sabemos, por

los datos de la historia más crítica, que no era así ¡todo lo contrario!

Estoy por asegurar que muchos de los que estáis aquí habéis leído las *Memorias del Oratorio*, escritas por Don Bosco con carácter confidencial para los Salesianos del momento, con su mandato expreso de que no se publicasen. Mis hermanos y hermanas, si en algún momento hubiese alguna justificación para no obedecer los mandatos de un santo, en uno de sus muchos arranques de humildad, sin ninguna duda este sería uno de ellos ¡Qué sería de nosotros si se hubiese perdido esta joya que contiene el testimonio de vida de un hijo santo de la Iglesia!

Al leer y releer esas memorias que nos cautivan, inmediatamente, con su lectura viva y existencial, nos damos cuenta de cuáles eran las motivaciones de aquel santo sacerdote. Recién ordenado sacerdote el arzobispo de Turín no le da ningún encargo pastoral, sino que lo envía a un *convictorio eclesiástico de San Francisco de Asís*, algo así como uno de estos años de pastoral que tenemos ahora en el programa de formación para el presbiterado. Allí descubre y aprende el lado práctico de la teología, y lo aprende conviviendo y contemplando el estilo de vida de un pequeño grupo de sacerdotes fieles, cultos, apostólicos y entregados a la causa de la evangelización, unos sacerdotes que no buscan prebendas eclesiásticas, ni compensaciones económicas. Curiosamente, entre las prácticas pastorales que se le encomienda a Don Bosco es visitar las cárceles de aquel Turín de mediados del siglo XIX. Es allí en donde comienza a emerger el carisma salesiano en aquel joven sacerdote. Así nos lo refiere el mismo:

Me horrorice al contemplar una muchedumbre de muchachos, de doce a dieciocho años; al verlos allí, sanos, robustos y de ingenio despierto, pero ociosos, picoteados por los insectos y faltos de pan espiritual y material. Esos infelices personificaban el oprobio de la patria, el deshonor de las familias y su propia infancia. Cuál no sería mi asombro y sorpresa al descubrir que muchos de ellos salían con el propósito firme de una vida mejor y, sin embargo, luego regresaban al lugar de castigo de donde habían salido pocos días antes.

Al contemplar aquella situación con ojos críticos ¡que así son los ojos de los santos! surgiría su pedagogía preventiva. En este mismo sentido como nos entenece *el dialogo* con aquel muchacho: Bartolomé Garelli. Las preguntas que le hace Don Bosco, a nosotros expertos en acciones y dinámicas pastorales, nos descolocan.

¿Has hecho la primera comunión? ¿Te has confesado alguna vez? ...¿cuándo quieres que comencemos nuestro catecismo? ¡Era solo un joven! Fijaos bien, hermanas y hermanos míos ¡era solo un joven! Y cuantas veces se oye decir hoy ¿cómo voy a montar una catequesis para dos o tres niños? ¡Solo tengo cinco niños en la parroquia, no tengo tiempo para ellos, cuando haya más, entonces organizaré una catequesis! Si hubiese pensado Don Bosco de la misma manera hoy la familia salesiana no existiría y segurísimo que no estaríamos, doscientos años más tarde,

celebrando su nacimiento.

Pero ¿Qué hizo de extraordinario este sacerdote? ¡Nada! y ¡Mucho! Comenzó a enseñar al joven Garelli como se hacía la señal de la cruz. Esta acción nos recuerda aquello que también hacía el Santo Cura de Ars y el patrono de las misiones, San Francisco Javier.

En el proyecto pastoral de Don Bosco había una concepción de la Iglesia en salida a las periferias existenciales. Al contemplar su vida nos damos cuenta de que los santos estaban convencidos de la prioridad de la pastoral de la santidad, por ello, como fundamento de toda conversión pastoral, supieron poner el acento en lo sustantivo de la acción apostólica: santidad personal. ¿Cómo lo conseguían?

Se esforzaron por lograr una conversión y exigencia personal y, como consecuencia de ella, una identificación con los sentimientos de Jesucristo que quiere la salvación de los hombres. Para Don Bosco ese proyecto pastoral estaba claro; así nos lo dice en sus memorias: *buscar los medios adecuados para que nuestros jóvenes no careciesen, en aquellos meses, de la ayuda espiritual de la confesión, el catecismo, las prácticas y las amenas diversiones (p. 104)*

Todo esto desde la perspectiva de la alegría, luchando por estar, a pesar de las dificultades, siempre alegres (Filp.4,4) y no con *cara de funeral* y teniendo en cuenta *todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o merito (Filp. 4,4-9)*.

Mis hermanos y hermanas: Si para nosotros es una llamada especial este Año de Don Bosco, para toda la Familia Salesiana es una *oportunidad para esa verdadera renovación espiritual y pastoral*, para vivir así vuestra tarea siendo fieles a vuestro carisma que consiste en buscar el bien de los niños y niñas adolescentes y jóvenes, en especial de los más necesitados.

Os invito a que volváis la mirada de vuestro corazón a este hermoso retablo que preside la Capilla Mayor de nuestra catedral y que le supliquéis a María, Auxilio de los Cristianos, que nos ayude a ser esos testigos alegres que podamos comunicar y transmitir el Evangelio de la alegría a nuestros hermanos. ¡Que así sea!

Exequias del Rvdo. D. Álvaro Selas Gómez Iglesia parroquial de San Miguel de Calvelle, 3 de febrero de 2015.

Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. (Jn. 12, 25)

Mis queridos hermanos sacerdotes, en especial quisiera saludaros a vosotros, los sacerdotes del Arciprestazgo da Baixa Limia, que habéis sido testigos de la vida de servicio y de fidelidad de D. Álvaro.

Queridos familiares de nuestro querido hermano sacerdote, os manifiesto, en mi nombre y en el del Presbiterio Diocesano, mi más sincero pésame, aunque bien sabéis que ese dolor es compartido por todos nosotros.

Hermanos y hermanas. Este hermano sacerdote se convierte hoy en ese grano de trigo, del que nos habla el Señor; *grano de trigo que si no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto*. Con dolor, pero con esperanza, entregamos en el surco de la tierra el cuerpo sin vida de D. Álvaro para que dé mucho fruto. Los que le habéis conocido y tratado sabéis mejor que yo que este sacerdote fiel se esforzó por amar y servir a los hermanos. Fue un sacerdote en el que el Obispo podía descansar el ejercicio de su ministerio, incluso ahora, ya a sus más de ochenta años, recordando aquel pensamiento y actitud de San Martín de Tours, casi al borde de la muerte: *Señor, si aún soy necesario... no rehuyó el trabajo; hágase tu voluntad*. Este pensamiento viene a mi mente cuando recuerdo, de manera muy viva, una de las últimas conversaciones que tuve con él cuando le manifesté que tenía que asumir el servicio de ser Arcipreste da Baixa Limia para ser el servidor de los hermanos sacerdotes de aquella zona tan extensa. Ciertamente, expuso sus motivos, o mejor, el único motivo que me aducía, con justicia: su mucha edad ¡ya pasaba de los ochenta y no se encontraba bien! Aún así no rehuyó el encargo que se le confiaba.

Mis hermanos sacerdotes, somos un Presbiterio lleno de contrastes muy vivos que le confiere una rica fisonomía; en él se encuentran muchos sacerdotes que viven para la Iglesia y que se identificaron con ella. Existe un maridaje tan íntimo que la Iglesia y ellos constituyen la misma realidad; uno de esos sacerdotes era D. Álvaro. Fiel, entregado, generoso, alegre, servicial y desprendido que solo buscaba la gloria de Dios y el bien de los hermanos, y lo hacía sin ruido, los amaba sirviéndolos. Para él todos eran buenos, siempre sabía descubrir aspectos buenos y positivos de cada uno de sus compañeros.

Alguien ha dicho que lo que se le pide a un sacerdote es que sea un buen cristiano; sin ninguna duda D. Álvaro lo era. Él había meditado, ya desde sus lejanos años del Seminario, estos textos de San Juan que hemos proclamado y se esforzó por darles vida en su existencia. *En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos (1 Jn. 3, 16)*

Y dar la vida no significa hacer cosas grandes, esas heroicidades cargadas de espectáculo, no, para nuestro hermano, dar la vida consistió en *servir con alegría*, a pesar de las dificultades propias y ajenas. Así lo atestigua su presencia en los distintos ministerios que se le han encomendado: Santa María la Real de Entrimo, en donde inicio su ministerio como coadjutor y, a partir de entonces, San Facundo de Pereira, el Divino Salvador de Torno, San Martín de Grou, San Pedro de Parada de Ventosa, San Martín de Araujo. En estos últimos años los vecinos de

Torno y todo el Arciprestazgo son testigos de su entrega por amor hasta el último instante ¡hasta que no pudo más!

Nuestra Iglesia en Ourense es deudora de estos sacerdotes que, como D. Álvaro, han sido, y algunos siguen siendo, testigos vivos del amor de Dios en medio de nuestros pueblos y de los hermanos sacerdotes.

Entregamos su cuerpo sin vida, sin esa sonrisa tan tuya, a la tierra y rogamos a Dios nuestro Señor que dé mucho fruto, como nos lo recuerda el Evangelio que acabamos de proclamar.

Con el tránsito de nuestro hermano a la eternidad se hace viva y necesaria una nueva tarea pastoral.

Mis hermanos y hermanas: No podemos seguir al mismo ritmo pastoral; no podemos pretender llevar a cabo las mismas presencias sacerdotales que cuando había un cura por cada parroquia. Urge un nuevo replanteamiento de nuestra pastoral. A vosotros, hermanas y hermanos míos laicos, que vivís vuestra fe en la zona da Baixa Limia, tenéis que ser conscientes de que la Iglesia no son los curas, también vosotros, como bautizados, sois Iglesia y debéis asumir vuestra responsabilidad y misión a la hora de preocuparos por la parroquia. No podéis convertir a vuestros curas en *hacedores de misas*. Sabed que la Iglesia solo les da permiso para celebrar tres misas los domingos y festivos, todo lo que pase de ahí es comenzar a deslizarnos por una pastoral de conservación, como nos lo recuerda el Santo Padre.

Ciertamente, la celebración de la Misa constituye para un hijo e hija de la Iglesia el acontecimiento más importante al que puede asistir los domingos y festivos. Si nuestro sacerdote no puede celebrarla en vuestra parroquia, seguro que a muy pocos kilómetros podéis encontrar una Misa. A veces las exigencias de tantas misas va en proporción directa a la falta de una fe más comprometida apostólicamente y, en ocasiones, es consecuencia de una pastoral de simple mantenimiento. Al deciros esto recuerdo la preocupación de D. Álvaro como Arcipreste cuando se estudiaba alguna reestructuración de un encargo sacerdotal. Las muchas misas y las exigencias de los fieles para que se celebre una misa en su propia parroquia, aunque sólo existan seis personas, eran motivos de preocupación.

Mis hermanos y hermanas, ante los restos mortales de este sacerdote, bueno, fiel y alegre, servidor auténtico de la Iglesia, quisiera recordaros que no se trata de suprimir por suprimir, sino de hacer más viva y fecunda la presencia de la comunidad cristiana. El papa Francisco nos está invitando a una nueva tarea evangelizadora, necesitamos descubrir la frescura y la alegría del Evangelio de Jesucristo que transformó el corazón y la vida entera de hombres como D. Álvaro, llevándole a preocuparse por el bien de todos, sobre todo, por el bien espiritual, sin desentender las graves necesidades materiales que también remedió.

Nuestro hermano sacerdote recibió la invitación de Jesús para convertirse en

servidor, supo descubrir que el mejor señorío de un cristiano es servir, servir a Dios y a la Iglesia, como ella quiere ser servida, y solo se la sirve si somos fieles a nuestra vocación de ministros de la Palabra y de los Sacramentos, y cauces vivos de la caridad.

El apóstol Juan nos ha dicho: *Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida : lo sabemos porque amamos a los hermanos* (1Jn.3,14)

Esta certeza llenó la vida de D. Álvaro, por eso ahora, la muerte para él es un paso a la eternidad y rogamos al Buen Dios que ese su paso por la muerte le lleve a la gloria. ¡Por la cruz a la gloria! ese fue el camino abierto por Nuestro Señor Jesucristo: *Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre*. La hora de la gloria del Hijo de Dios pasa por la muerte en cruz, esta realidad la hizo presente D. Álvaro cada vez que celebraba la Eucaristía y en su propia vida. Que esta celebración le sirva para entrar en la gloria a aquel que con su vida sencilla y de servicio a los demás solo buscó la gloria de Dios y no la suya.

Descansa en paz querido D. Álvaro y esta Iglesia que peregrina por esta tierra te deja en las manos de Santa María para que ella te lleve en su regazo maternal a la gloria ¡Que así sea!

Exequias por el M. I. Sr. D. Emilio Losada Castiñeiras, Canónigo Lectoral emérito, exVicario para la Pastoral de la Diócesis y profesor del Seminario Iglesia parroquial de Santa María de Cartelle. 5 de febrero de 2015

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Saludo con especial afecto a los familiares de Mons. Losada Castiñeiras, nuestro querido D. Emilio, y os manifiesto, en mi nombre y en el del Presbiterio Diocesano nuestro pésame, sabiendo que compartimos, como familia sacerdotal, el mismo sentimiento y dolor que vosotros.

Hermanas y hermanos míos: A la luz de la Palabra de Dios que acaba de ser proclamada en esta liturgia, os invito a que abráis vuestra vida a la esperanza. Algunos sacerdotes aquí presentes nos volvemos a encontrar por segunda vez en esta semana. Con solo tres días de diferencia entregados en el surco de la tierra a dos sacerdotes. Rogamos con especial fervor pidiendo que este sacerdote bueno y fiel, como trigo de Cristo, al ser depositado en la tierra de esta parroquia de Cartelle, en donde nació hace 91 años, tierra fecunda y antaño rica en vocaciones, y pedimos a Dios Nuestro Señor que siga siendo semilla de vocaciones para el ministerio sacerdotal.

Ante el hecho de morir de uno de los hermanos venerables de nuestro clero sentimos la necesidad de volver a renovar nuestra fe en el Resucitado. Ciertamen-

te, ante la muerte de uno de nuestros hermanos, amigo y maestro, crecen por momentos sentimientos propios de nuestra condición humana, pero el abismo de la muerte queda colmado por otro abismo aún más grande, el abismo del amor de Dios, de modo que la muerte ya no tiene la última palabra, ni poder sobre el Crucificado-Resucitado, ni tampoco sobre aquellos que por la fe y el Bautismo somos asociados a él; recordemos: *Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.*

Nuestra fe en la vida eterna nos da la valentía necesaria para esforzarnos por amar más intensamente nuestra tierra y trabajar por construir un futuro y una esperanza verdadera y firme. Sabemos que no tenemos aquí una morada eterna, que la precariedad de nuestra existencia nos invita a vivirla como una peregrinación, teniendo la mirada fija en la meta: esos *cielos nuevos y esa tierra nueva*. Ante esta perspectiva debemos estar siempre atentos y vigilantes; debemos cuidar y luchar con esmero *en lo fundamental* de nuestra vida creyente, tal como nos enseñaron los mejores de nuestros hermanos sacerdotes y nos lo recuerda la Madre Iglesia a través del testimonio de los santos. Pero, me preguntareis ¿qué es lo fundamental?

Ante los restos mortales de este hermano sacerdote, que fue maestro de muchos de vosotros, lo más importante en nuestra vida es luchar por ser buenos cristianos ¡todos! También el obispo y los sacerdotes debemos entender nuestra vida como esa peregrinación para la que necesitamos muy pocas cosas, solo nuestra fidelidad cristiana vivida en esos pequeños detalles de nuestra jornada y, sobre todo, aprovechar nuestra vida mortal para vivir el espíritu de las Bienaventuranzas que se concretan de una forma operativa en la realización de las obras de misericordia. Porque, hermanos míos *¿de qué le sirve al hombre –y mucho más a nosotros sacerdotes – ganar y poseer el mundo entero si se pierde o hipoteca nuestra alma?* Que importante es saber dedicar toda nuestra vida –larga o corta, siempre está en las manos de Dios – a lo verdadera y auténticamente importante. Mientras el Señor nos concede la vida debemos realizar esas obras de santidad y de verdad, y la más importante es realizar nuestro ministerio sacerdotal con entrega y disponibilidad a las necesidades del Reino y, los demás fieles laicos, luchando por ser coherentes con su fe, de tal modo que exista una verdadera adecuación entre la fe que decimos profesar y nuestra existencia.

Ante nosotros, hoy se hace presente la persona y el ministerio de este buen sacerdote, maestro de sacerdotes. Podemos decir que, a lo largo de su vida, se esforzó por ser y vivir como un buen sacerdote de Jesucristo. Los que le habéis conocido y tratado sois testigos de lo que digo. Yo mismo, en estos escasos tres años, y en las ocasiones en las que nos hemos podido encontrar, casi siempre en el Seminario y, últimamente, en el Hospital, me he dado cuenta de su vivencia auténtica del sacerdocio y de su alegría.

Hoy quisiera poner sobre el altar de la parroquia natal de D. Emilio, su minis-

terio y toda su vida de servicio a esta Iglesia ourensana. Sus méritos, reconocidos antaño por mis predecesores, son hoy acogidos por todos nosotros y los ponemos en las manos de Aquel que es rico en misericordia. Y, ante este hecho, queremos aprender ¡porque siempre se ésta aprendiendo! A descubrir con nueva intensidad lo que ya sabemos y predicamos, que la realidad del morir forma parte de nuestro vivir, y esto no solo al final de nuestra existencia, sino que, si lo consideramos bien, en todos los instantes de nuestra vida. De ahí que ante la muerte de nuestro hermano tenemos que hacer el propósito de vivir mejor nuestra entrega a la causa del Evangelio de la alegría que es lo único que llena y transforma la vida entera de cada uno de nosotros.

Si vivimos, vivimos para Dios; si morimos, morimos para Dios; en la vida y en la muerte somos del Señor. Así lo cantamos con los labios pero, en ocasiones, este pensamiento es extraño a nuestro corazón.

Don Emilio fue un sacerdote-sacerdote, entregado a la Iglesia y a sus labores; supo aceptar la *precariedad* en su vida y esto le ayudó a estar disponible en las manos de la Iglesia a través de los obispos con los que colaboró de forma diligente y fiel. Su vida, tras un pequeño paréntesis como párroco en Xunqueira de Espadanedo, estuvo dedicada al Seminario y a la pastoral diocesana, de manera especial ayudando al Obispo a organizar, regular y plantear los proyectos pastorales adecuados para llevar a cabo la tarea de evangelización sobre el territorio diocesano.

Al finalizar el sermón de las bienaventuranzas se nos dice: *Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt. 5,12)*

Nos llena de esperanza la certeza de que, a pesar de nuestras fragilidades y pobreza, el Señor nos cubre con su misericordia. Esa misma certeza tenemos al contemplar la vida y el ministerio de D. Emilio. Ante los restos mortales de este sacerdote alegre y entrañable os suplico que roguéis al *Dueño de la mies* para que el Señor nos conceda vocaciones auténticas para el ministerio sacerdotal y a los que ya lo somos, por don de Dios, que nos ayude a perseverar con fidelidad y a situar nuestra vida, como lo hizo nuestro hermano, bajo la dinámica de la santidad. Lo sabéis mejor que yo, D. Emilio, aunque no lo dijo, siempre estuvo convencido de que la urgencia de nuestra pastoral es la santidad personal; solo si luchamos por *convertirnos*, diariamente, dentro de ese gran proyecto de la santidad, solo así seremos capaces de lograr esa *conversión pastoral* de las estructuras diocesanas, de las parroquias, de las demás comunidades cristianas y abrirnos a los nuevos métodos y a las estructuras renovadas de una pastoral misionera.

Dichoso tú, hermano sacerdote, que has vivido una existencia larga con fidelidad, entregado, generoso y siempre disponible porque seguro que has recibido el ciento por uno y, ahora, rogamus al Señor, y a su Santísima Madre, que te conceda la gloria eterna.

Dichoso tú que has muerto en el Señor, descansa de tus fatigas, porque tus

obras te acompaña; unas obras que han quedado inscritas en las manos de Dios y en el corazón de tantos de nuestros sacerdotes; obras que son las mejores credenciales para la eternidad.

Que Santa María Nai, de la que era especial devoto haga con él lo que deseamos haga un día con nosotros, que cuando se encuentre ante la presencia del Señor le diga cosas buenas de este buen sacerdote y le acompañe con su protección misericordia. ¡Que así sea!

Misa de Acción de gracias en los 50 años del traslado de los restos mortales del Siervo de Dios Mons. Blanco Nájera y los 70 años de su entrada en esta Diócesis

Capilla del Seminario Mayor del “Divino Maestro”, 11 de febrero de 2015.

Su madre dice a los sirvientes: Haced lo que él os diga (Jn. 2,5)

Todos nosotros, sintiéndonos discípulos misioneros, como lo desea el Santo Padre, nos abrimos a la escucha de la Palabra del Señor y acogemos la invitación de Santa María que, en medio de la indiferencia del entorno de aquellos invitados a la boda, que andaban cada cual a lo suyo, Ella, percatándose del problema, les indica a los que sí están preocupados del bien de los demás, cual es la solución: id a Jesús el Maestro y *Haced lo que él os diga*.

A vosotras mis queridas Hermanas Religiosas del Divino Maestro que el Obispo de Ourense las tiene como algo muy suyo porque sois obra de uno de mis venerables predecesores, os ruego que os pongáis a la escucha del Divino Maestro, como os lo dejó trazado el siervo de Dios D. Francisco y la Madre Soledad. Hoy este Maestro sale a nuestro encuentro y, por medio del apóstol San Pablo nos ha dicho: *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!* (1 Cor. 9,16-19).

Nuestra pasión fundamental ha sido, y sigue siéndolo quizás hoy mucho más que ayer, *dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde... y haciéndonos siervos de todos para ganar a los más posibles...me he hecho todo en todos, para ganar, sea como sea, a algunos.* (cf. 1 Cor. 9,22-23).

Ha sido el gran proyecto que la Iglesia tiene desde siempre: la Evangelización. Ha sido lo que cautivó el corazón y la vida entera de Mons. Blanco Nájera desde su llegada a esta Diócesis, el 11 de febrero de 1945, hace hoy setenta años, su objetivo fue claro: Recristianización del pueblo fiel y desarrollo de la Congregación Religiosa por él fundada.

Todo esto bajo su lema episcopal *Omina et in ómnibus Christo*. “*Todo y en todas las cosas Cristo*”.

Para ello era consciente de que tenía que luchar por ser otro Cristo, sufriendo,

callando y sonriendo. Se puede decir aquello que en su vida se hizo realidad: *Sé bien que el mejor señorío es servir*. Servir enseñando con su testimonio. Servir enseñando con la doctrina a través de sus cartas y exhortaciones. A lo largo de su breve pontificado y, por medio de visitas a las parroquias mejor comunicadas del momento, predicaba con fuerza, inauguraba centros de la Acción Católica, establecía la Obra de la Santa Infancia y de las Vocaciones. De su celo pastoral surgen, además, varias parroquias: San Francisco de Regis - hoy parroquia-santuario de Fátima en el barrio del Couto - ; Santa Lucía de Rairo; la Asunción de Nuestra Señora en Mande; Virgen del Pilar en los Peares y San Benito en Cabeza de Vaca.

¡Cómo me llama la atención el tiempo que podía dedicar al confesionario, diariamente! ¡Cuánto me gustaría poder imitarlo en esto y en otras muchas cosas! Dirigía tandas de Ejercicios Espirituales y algunos recordareis aquella famosa frase suya: *Dadme una Casa de Ejercicios y yo recristianizaré la Diócesis*. Es verdad que por ser fiel a la normativa de la Iglesia tuvo que sufrir algunas situaciones críticas con los diocesanos y con parte del clero; a pesar de todo, el siguió adelante: catequesis, escuelas, visitas a las parroquias, horas de confesionario y vocaciones.

Pero en este día, y en este lugar, quisiera decir algo que también yo llevo en mi corazón:

Mons. Blanco Nájera sabía muy bien que la clave fundamental en su proyecto evangelizador eran los sacerdotes, sus primeros colaboradores; ellos eran los agentes de pastoral más importantes. Había que formarlos bien y procurar que tuviesen una vida espiritual intensa y se fijaba en su honradez. Potenció la *Asociación Beato Ávila* para el clero diocesano que tanto bien ha generado y que bueno sería retomar aquel proyecto sacerdotal bajo el patrocinio de San Juan de Ávila. Y el otro proyecto fue el Seminario en donde nos encontramos y que logró inaugurar, falleciendo a los pocos días, 15 de enero de 1952. Aquí reposaron sus restos mortales hasta que, hace 50 años fueron trasladados a la casa de Montealegre.

¡Qué razón tenía este siervo de Dios! *Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes sean, será tu Diócesis*. Ese pensamiento me acompaña como impulso matriz de mi existencia teniendo esculpido en mi mesa de trabajo.

Exequias por Sor M^a Josefa Sofía de San José, Hermanita de los Ancianos Desamparados del “Hogar Santa María”

Verín, 5 de marzo de 2015.

Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza

Con estas palabras del profeta Jeremías que nos propone la liturgia de este día

quisiera dirigirme a los sacerdotes presentes y, en especial, a los concelebrantes; a la Superiora Provincial y a la de este Hogar de Santa María y a toda la Comunidad de Hermanitas de los Ancianos Desamparados. A los familiares de Sor María Josefa Sofía de San José, a toda esta Comunidad aquí presente deseo expresaros, en mi nombre y en el de toda esta Iglesia ourensana, mi sincero pesar por el fallecimiento de esta religiosa que era y es hija de esta Diócesis, cuyos ojos vieron la luz bajo la mirada de Nuestra Señora del Destierro en A Corna -Piñor de Cea-; nos consuela pensar que ha sido acogida en el regazo de la Madre de Dios de los Desamparados, excelsa patrona de la Congregación en la que vivió con fidelidad durante más de 75 años de su vida religiosa.

Si, hermanas y hermanos míos: *Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza (Jr.17, 5-10).*

Así han hecho los mejores hijos e hijas de la Iglesia, y así nos lo enseñaron a nosotros; ¡así lo hizo Sor Sofía! al estilo de aquella gran mujer que fue Santa Teresa de Jesús Jourmet Ibars, a la que hoy veneramos como patrona de la Ancianidad. Nuestra Hermana, según el testimonio de quienes la trataron más de cerca, siempre buscó en todo la *voluntad de Dios* que encontraba su expresión más elocuente en el trato con las Hermanitas de la Comunidad y con los ancianos a los que dedicó todos los años de su vida. Todavía la recuerdan en Sarria, Betanzos, Mondoñedo y, por último, en esta casa. Esa voluntad de Dios fue el objetivo de su vida consagrada y pudo realizarlo porque dejó que su corazón ¡toda su vida! Se llenase del querer del Señor como nos recuerda el texto de la profecía que se nos ha proclamado: *Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas para dar al hombre según su conducta, según el fruto de sus acciones (Jer.17, 10).*

Una falsa e incierta teología ha pretendido, en los últimos lustros, allanar el camino a la eternidad. Lo notáis todos, lo mismo que yo; hoy una persona, cuya vida y obras puede estar patente para todos, a veces vidas rotas y lejanas del querer de Dios, cuando no hostiles a la misma Iglesia y a su doctrina, se mueren y parece que las canonizamos en vida ¡los colocamos en el cielo! Sin embargo, la Santa Escritura nos manifiesta otra doctrina. Hoy, en nuestro camino cuaresmal el Evangelio que la Iglesia nos invita a contemplar es una parábola que Jesús ofrece a los expertos en las cosas de Dios, que se creían justos.

En este texto, el evangelista Lucas nos presenta de forma antitética a dos personajes:

- Un rico que vestía de púrpura y lino y banqueteaba espléndidamente cada día.
- Y un mendigo – del que nos da el nombre: Lázaro – que estaba echado en su portal – el de la casa del rico – cubierto de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico.

Esta Palabra del Señor, con ocasión de la muerte de Sor Sofía, y en esta segunda semana de cuaresma se convierte para todos nosotros en un retablo elocuente de lo que será la eternidad. En el texto escriturístico se nos da el nombre del pobre, se llamaba Lázaro ¡recordadlo! De algún modo se nos quiere decir que al aplicarnos a nosotros mismos este ejemplo que nos propone Jesús, tenemos que situarnos en la posibilidad de que cada uno de nosotros corremos el riesgo de ser ese personaje rico e insensible ante las necesidades de los demás. No caigamos en la tentación de pensar que somos el pobre, ¡no!, él es Lázaro.

Esta realidad ante la que nos coloca la Palabra de Dios nos interpela fuertemente porque, de esa situación de vida que nosotros observamos en nuestra existencia cotidiana, depende lo que acontezca después de la muerte. Así lo vivían los santos y así nos lo enseñan tantos hombres y mujeres ¡los consagrados! Que de un lugar para otro, con su vida en una pequeña maleta, viviendo la más radical precariedad se pusieron y ponen en camino para hacer la voluntad de Dios allí donde la obediencia los manda. Así son los religiosos y las religiosas. Así quiso hacerlo Sor M^a Josefa Sofía de San José.

Un eco de esa realidad es la vida consagrada en nuestra Iglesia. Su presencia en la sociedad actual, lo hemos podido comprobar hace tan solo poco más de una semana en ese congreso de la Vida Consagrada realizado en nuestra Diócesis, sigue siendo imprescindible; la vida consagrada es y sigue siendo un reclamo de eternidad. Hermanas y hermanos míos no os dejéis engañar, la vida eterna existe y en esa vida – nos lo recuerda el texto evangélico y el Catecismo de la Iglesia Católica – en esa vida hay cielo e infierno, y entre ellos *se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar* aunque quieran (...) ni puedan de allí venir hacia nosotros. Pero ese cielo y esa tierra comienzan ya aquí. Evidentemente, las existencias al estilo de aquel acaudalado, que lo tenía todo y no dejaba que ni siquiera las migajas que caían de su mesa alimentaran al Lázaro pobre y enfermo, se cierra a cualquier realidad de trascendencia porque se convierte en realidades autoreferenciales, giran en torno a su propio yo ¡he ahí la gran pobreza de los que tienen tanto!

Me diréis que solo es una parábola ¡un ejemplo!, cierto, pero que nos lo ofrece el Señor para cambiar de conducta y vivir la ley de Dios con gozo, como nos recuerda el Salmo 1: *Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor... su gozo es la ley del Señor y medita su ley día y noche...* Así han hecho los hombres y mujeres de bien, entre ellos Sor Sofía; sin hacer ruido, sin dejarse notar; ella, siguiendo el consejo de su Madre Fundadora puso amor donde notaba que faltaba amor y obtuvo más amor. Un amor que ahora se transformará en más cielo.

Que descanse en Paz. Nuestra querida Hermana y que sus obras le acompañen. ¡Que así sea!

Exequias del Rvdo. D. Adolfo Enríquez Méndez

Santuario del Cristal, 13 de marzo de 2015.

Mis Queridos hermanos sacerdotes.

Ilmas. Autoridades.

Os saludo con especial afecto a vosotros, hermanos, sobrinos y demás familia de D. Adolfo.

Queridos feligreses del Divino Salvador de Vilanova dos Infantes; de San Lorenzo de Cañón; de Sta. María de Ansemil y de San Martiño de Domés; y a todos los devotos de la Santísima Virgen, Señora del Cristal.

Hermanas y hermanos míos, permitidme que mis primeras palabras sean para manifestaros en mi nombre, y en el de esta gran familia de la Diócesis de Ourense, que es nuestro Presbiterio Diocesano, nuestro más sincero pesar por el dolor ante la pérdida de este sacerdote bueno y fiel, un dolor que también es nuestro porque D. Adolfo formaba parte de esta familia sacerdotal cuyas raíces brotan del querer de Dios a través del Sacramento del Orden Sacerdotal

A pesar de la tristeza que embarga nuestro corazón quisiera manifestaros que es necesario abrir una puerta a la esperanza, porque a pesar de lo incomprensible que nos resulta a todos encontrarnos con la realidad del morir humano, más nos desconcierta cuando este hecho llega de una manera tan inesperada y violenta.

En medio del dolor que, por momentos, atenaza nuestras vidas, e iluminados por la Palabra del Señor que acaba de ser proclamada en este templo al aire libre, en el que en tantas ocasiones muchos de vosotros habéis participado en los santos ministerios presididos por Don Adolfo, nos reunimos, también hoy, en este día tan especial para todos, y para este hermano sacerdote, cuyo cuerpo sin vida vamos a depositar en un sepulcro en espera de la resurrección final, cuando la verdad de Dios iluminará nuestra historia personal y colectiva, y nos hará ver con claridad la verdad de las cosas, también aquellas que hoy se convierten en dolorosos interrogantes acerca de la muerte de nuestro hermano sacerdote; queremos hacerlo con fe y con esperanza. Dejemos que esta dolorosa certeza – la muerte de D. Adolfo - se vaya clarificando, humanamente, y mientras luchemos por realizar nuestra vida de acuerdo con el proyecto de Dios del que tantas veces os ha hablado D. Adolfo desde este mismo lugar.

El Evangelio de san Marcos de este día, viernes de la III Semana de Cuaresma, nos presenta la palabra de Jesús que nos recuerdan una doctrina que se convirtió en una fuerza transformadora de la vida de tantos hombres y mujeres, llegando a cambiar, además, la faz de tantos pueblos, aldeas, villas y ciudades.

A Jesús, el Señor, le preguntan: *¿Qué mandamiento es el primero de todos? El*

mismo Jesús respondió: El primero es: “Escucha, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos” (Mc. 12, 29-31).

En esta realidad doctrinal, predicada por el cristianismo en estas tierras, se asientan los cimientos de la construcción del Reino de Dios. Lo sabía muy bien D. Adolfo desde niño. Lo aprendió en el seno de su familia. Luchó toda su vida desde la infancia hasta el momento de su muerte por hacerlo carne en su propia experiencia. Estoy seguro de ello ¡vosotros también! Porque conocéis el tenor de su vida sacerdotal, un hombre entregado y fiel, sencillo y humilde ¡un hombre de fe! Que todos los días luchaba por descubrir en el rostro de los demás –sobre todo de los necesitados -, el rostro de Jesucristo. ¡Cierto!, ¡pensareis! Que en ocasiones fue engañado, pero este buen sacerdote sabía bien que la limosna cubre la multitud de los pecados a aquel que la hace, no a aquellos ¡que también los hay en este mundo de hoy! que explotan los sentimientos y la nobleza de las almas generosas; para ellos esa limosna mal adquirida se convierte en causa de condenación si no cambian de conducta.

Aquellos que instrumentalizan y se aprovechan de las almas buenas y generosas; los que se apropian de los bienes de los demás o que lesionan los sentimientos de la piedad de nuestro pueblo con hurtos sacrílegos como acontecen, en ocasiones, en algunos de los templos y santuarios de nuestros pueblos dispersos por la geografía diocesana, esos tales tienen que saber que caminan por una vía sin retorno y su fin está lejos del Reino de Dios. Recemos por ellos, como nos enseñó nuestro hermano sacerdote, y nos lo recuerda la Iglesia, para que se conviertan de conducta y vivan.

Don Adolfo, como un sacerdote fiel, un buen testigo del amor de Jesucristo, en todos los destinos que tuvo en esta Diócesis se esforzó por ser un sacerdote 100/100. Sacerdote-sacerdote. Lo recuerdan en San Vicente de Lobás, en San Miguel de Feás, en Sta. Eufemia de la ciudad de Ourense, en San Miguel de Orga, en Sta. María de Castromao, en San Lorenzo de Cañón, también prestó valiosos servicios en nuestro Seminario Diocesano a aquellos alumnos, muchos de ellos sacerdotes y hoy forman parte de esta corona de concelebrantes que son una expresión viva de la fraternidad sacerdotal de nuestro Presbiterio Diocesano.

En estas últimas décadas, D. Adolfo desempeñó su ministerio sirviendo al pueblo de Dios que peregrina por este arquiprestazgo de Celanova y ayudando e impulsando, además, el movimiento de Cursillos de Cristiandad de toda la Diócesis.

Como muchos de nuestros sacerdotes, servidores fieles y solícitos, imprescindibles colaboradores en el ejercicio del ministerio pastoral del Obispo en toda

la Diócesis, este sacerdote, delante de cuyos restos mortales nos encontramos, ha sabido vivir su ministerio encarnándose en medio de su pueblo, viviendo entre vosotros, no teóricamente, sino de una manera práctica y real como la vida misma, estando siempre a vuestro servicio. En una sociedad como la nuestra eclipsada por el *poder* y el *tener*, aplastada por las modas de ese *laicismo excluyente* en donde el hecho religioso es algo que solo quieren tolerar y reducir al ámbito de lo privado, y que algunos medios solo buscan para escarnecer a la institución eclesial, desacreditarla y apartarla de la vida de los ciudadanos; en un mundo como el nuestro, el testimonio de la vida de un sacerdote como D. Adolfo es un despertador de ese amor misericordioso de Dios. Dios existe, Dios sigue comprometido con los hombres y mujeres de nuestro pueblo. Dios se visibiliza a través de la Iglesia que, como madre y maestra de humanidad se hace presente a través del rostro de cada uno de sus hijos. Todos nosotros somos el rostro de la Iglesia, no solo el cura y el obispo, lo somos todos.

Si pudiéramos evaluar solo la aportación humana, sin tener en cuenta el dinamismo espiritual que tan solo puede valorarlo Dios mismo, de estos sacerdotes que se han ido a las *periferias* y allí se han quedado convirtiéndose en auténticos agentes de humanización, constructores de esa socialización propia del humanismo cristiano, en esos testigos silenciosos de la Buena Nueva de Nuestro Señor Jesucristo, si pudiéramos evaluar ese tipo de presencia – vuelvo a repetir - nos quedaríamos sorprendidos. Quisiera subrayar solo un hecho: en algunas de nuestras parroquias rurales, en donde siempre quedan los más pobres - los ancianos con sus dependencias y necesidades – la única persona que les visita con frecuencia es el sacerdote. Y ese día que les visita el cura es para todos ellos un día fiesta.

Hermanas y hermanos míos, estamos aquí reunidos para rezar juntos viviendo la más hermosa y fecunda de las oraciones que tenemos los cristianos: la Eucaristía. Os ruego que no dejéis la Santa Misa de los domingos y fiestas ¡que vayáis a Misa con frecuencia! Aunque no se pueda celebrar en vuestra propia parroquia, estad seguros que, a pocos kilómetros, podéis encontrar alguna Misa. Está llegando el momento en el que nuestros sacerdotes no puedan atender a todas las comunidades cristianas, pero todavía hay, gracias a Dios, muchos lugares, más o menos cercanos a vuestros hogares, en donde podéis vivir la Santa Eucaristía dominical y festiva; no os olvidéis que somos católicos y esto quiere decir que nuestra parroquia nunca puede tener fronteras, y yo os pido que en esas misas, pidáis por las necesidades de los vivos y por los difuntos, que hagáis presente al Buen Dios nuestras necesidades, pero os suplico que recéis mucho por los niños y jóvenes para que sean fuertes en la fe en la que han sido bautizados y no la dejen perder a causa de esas falsas ideologías que en tantas ocasiones generan enfrentamientos, violencia y falta de paz. Pedid también por los sacerdotes para que seamos fieles servidores y auténticos testigos de Jesucristo como nos han

enseñado tantos buenos y santos sacerdotes que nos han precedido. Suplicadle al Buen Dios que nos conceda vocaciones sacerdotales.

Quisiera finalizar mis palabras encomendando a D. Adolfo a la Santísima Virgen, Señora del Cristal. Este sacerdote ha sabido mantener el culto y la devoción a la Madre de Dios en este lugar y ha luchado por convertir este santuario en un centro de peregrinación que debemos potenciar. Uno de sus grandes orgullos era –así me lo dijo él, la primera vez que visité este santuario – ser custodio y guardián de la pequeña y venerada imagen del cristal, creemos firmemente que lo ha sido hasta el final.

Estaba preparando la próxima novena de la Virgen, lo hacía como siempre, con dedicación y entrega. Os ruego, mis queridos hermanos y hermanas, fieles devotos de Nuestra Señora del Cristal, que este año hagáis la novena con mucha piedad, que os acerquéis a la confesión, que no os olvidéis de pedir por D. Adolfo con la seguridad que la Madre de Dios lo ha acogido en su regazo y le ha dicho a Dios cosas buenas sobre él.

Descansa en paz, mi querido D. Adolfo, que tus obras te acompañen y que el cariño maternal de Santa María, Señora del Cristal, de la que has sido en este mundo custodio y guardián, te conduzca a ese cielo nuevo y a esa tierra nueva reservada por el Señor a los que lucharon por hacer creíble el Reino de Dios en este mundo. ¡Que así Sea!

Misa de Ordenación de Diáconos

Capilla del Seminario Mayor, 15 de marzo de 2015.

Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo (Ef. 2,4-10)

Por puro don de su misericordia, por gracia, hemos sido recreados en Cristo para que nos dediquemos a las buenas obras. Este ha sido y sigue siendo el designio de Dios sobre todos sus hijos. Si esto acontece por puro don, mucho más en aquellos que han recibido una llamada especial del Señor para ejercer el ministerio ordenado.

Mis queridos Enmanuel, Yerai, Álvaro y José Manuel: Dentro de unos momentos escucharéis que se hará una pregunta que os afecta a vosotros radicalmente: *¿sabes si son dignos?* Esa interrogante la escuchamos dentro de la liturgia de la Iglesia en dos ocasiones, en la ordenación de presbíteros y hoy, en la de diáconos. Los que hemos pasado por estos dos momentos en nuestra vida, sabemos que cuando la oímos de nuevo algo se estremece en lo más íntimo del corazón, por-

que nadie se siente digno, ni tiene derecho alguno para recibir el Sacramento del Orden ¡nadie! El don del ministerio ordenado pertenece a la Iglesia, por eso el Obispo puede imponer las manos sobre los que habéis sido elegidos, porque *según el parecer de quienes os presentan, después de consultar al pueblo cristiano, habéis sido considerados dignos.*

Habéis vivido un período de discernimiento, de maduración humana, espiritual, intelectual; en definitiva, habéis experimentado un proceso personal que se debe continuar a lo largo de la vida porque la persona humana es una criatura en camino ¡siempre en camino! ¡Qué bien lo sabían los santos! Caminaban y caían, se volvían a levantar y seguían caminando, y volvían a caer y se levantaban de nuevo. Acordaos de san Agustín que nos dejó escrito estas bellas palabras en uno de sus sermones: *Canta como suelen cantar los viandantes; canta, pero camina; alivia con el canto tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina. ¿Qué significa «camina»? Avanza, avanza en el bien. Según el Apóstol, hay algunos que van a peor. Tú, si avanzas, caminas; pero avanza en el bien, en la recta fe, en las buenas obras: canta y camina. No te salgas del camino, no te vuelvas atrás, no te quedes parado* (Sermón 256). Así es la vida del creyente ¡Así lo supo vivir, también, Santa Teresa de Jesús, esa monja andariega de la que estamos celebrando el V Centenario de su Nacimiento, ella, para hacer la voluntad de Dios, anduvo de un lugar para otro, cansada, enferma y acompañada por las críticas de los buenos; al final de su existencia sus últimas palabras fueron emblemáticas, dijo a sus monjas reunidas en torno a su lecho de moribunda: ¡*Es hora de caminar!*, así han obrado los buenos cristianos, pero alguno de nosotros, en ocasiones, pensamos que para dar un paso importante como el que hoy vais a dar, se necesita haber adquirido la plenitud y la perfección personal. Sabéis que no es así. Esa *radical precariedad de vuestra existencia* lo experimentaréis con fuerza cuando os postréis rostro en tierra y escuchéis cómo ora por vosotros toda la comunidad de la tierra y del cielo.

Hoy, os suplico que os fieis de Dios y de su misericordia. En sus manos dejad vuestra historia tantas veces rota por la debilidad y el pecado, por la pobreza de las limitaciones humanas. No os olvidéis de que vais a recibir la ordenación diaconal como un don de Dios, no a vosotros, sino a esta Iglesia particular y si sois conscientes de esto el Señor os dará un corazón sencillo y humilde para acoger el ministerio con conciencia clara de que sois una *vasija de barro*, tal como nos lo recuerda el Apóstol, para que *nadie pueda presumir. Pues somos obra suya* (Ef. 2, 4-10).

A lo largo de esta experiencia de gracia que hoy reemprendéis con un dinamismo nuevo, la Iglesia os invita a que confiéis en Dios, rico en misericordia, que por el gran amor con que os amó, y sigue amándoos, quiere renovaros: Os quiere hombres nuevos. Hombres que sepan ser testigos de esta misericordia en nuestro mundo y en medio de los hombres y mujeres con los que estáis llamados

a desplegar vuestra existencia. También con aquellos que no creen, no aceptan o incluso rechazan a este mismo Dios y no quieren oír hablar de la Iglesia. Tenéis que ser hombres de la misericordia y servidores fieles de la comunidad. El diácono recibe de manera especial el ministerio del servicio.

Para serlo necesitáis adentraros en la realidad misteriosa de esta celebración. Antes de la imposición de manos manifestareis que queréis consagraros al servicio de la Iglesia, de servirla como ella quiere que la sirvamos. Amigos míos, os ruego que no digáis hoy que sí y después, a medida que os adentráis en la espesura de la vida ministerial, podéis ir acotando espacios de vuestra existencia cotidiana para defender vuestros intereses y criterios pastorales, convirtiéndoos en autoreferenciales, llegando incluso a observar posturas de cerrazón y de aislamiento en la manera de vivir la fraternidad sacerdotal que, en ocasiones pueda situaros cerca de la ruptura de la comunión eclesial.

Con el querer de vuestro “sí”, afirmación generosa de vuestro corazón joven que hoy vais a pronunciar, seréis y viviréis como auténticos consagrados si os empeñáis con humildad y sencillez el diaconado convirtiéndoos en los mejores colaboradores de los sacerdotes. La Iglesia, por ministerio de vuestro Obispo, os hará entrega del libro del Evangelio, acogedlo con alma limpia y libre de ataduras, con un corazón libre –célibe– para que la Palabra, acogida, leída, estudiada y meditada fecunde vuestro corazón y así os podáis convertir en auténticos evangelizadores porque antes os habéis dejado evangelizar. La Palabra de Dios debe convertirse en el pan cotidiano que alimenta vuestra oración personal. Os ruego que no la dejéis nunca aunque sean muchas vuestras ocupaciones pastorales. La oración así vivida, como ese trato de corazón con nuestro Dios y Señor os dará un dinamismo para toda vuestra vida.

Al final de ese interrogatorio, previo a la imposición de manos, se os preguntará: *¿Prometes respeto y obediencia a mí y a mis sucesores?* Estar unidos al Obispo supone sentirse inmerso en la comunión de la Iglesia. No os olvidéis de estos compromisos y promesas. Sed honestos y sinceros con Dios y con vosotros mismos, si lo hacéis así, también lo seréis con vuestro Obispo y con el Presbiterio Diocesano.

En una sociedad como la nuestra debemos ser conscientes de que la Iglesia debe saber redescubrir los desafíos pastorales que hoy nos reclaman mayor atención; para ello necesitamos descubrir la llamada a la conversión misionera, que nos está haciendo continuamente el Santo Padre, y este deseo de la Iglesia viene recogido, también, por nuestro Plan Pastoral Diocesano: ***Ourense en misión con María***. Como sabéis esta conversión pastoral nos invita a abandonar el cómodo criterio del *siempre se hizo así*. Fijaos en muchos de nuestros pueblos, si no hay Misa no hay nada y, entendedme bien, no seré yo el que diga nada contra la Eucaristía y ponga en duda su valor absoluto ¡todo lo contrario! Necesitamos una

catequesis más viva para todos.

El Santo Padre nos invita a *ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades* (EG, nº 33). Si nos esforzamos por vivir y realizarlo todo en *clave misionera*, el mensaje del Evangelio podrá llegar con mayor claridad a nuestros contemporáneos. No pensemos que esas misas rápidas y, a veces sin que se nos oiga bien o con prisas, les gustan o satisfacen a nuestros hermanos laicos. Este no es el camino de la misión, ni de la evangelización que hoy se nos pide. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia es contemplar la triste realidad de que muchos de nuestros hermanos – casi siempre los más jóvenes – van abandonando nuestras comunidades.

Es verdad que muchos de nuestros sacerdotes lo intentan con todas sus fuerzas y los fieles se lo agradecen, pero no es menos cierto que algunos se han instalado en la estructura eclesial y siguen con los mismos esquemas de hace más de cincuenta años; han aplicado la ley de la oferta y la demanda en su ministerio, llegándolo a empobrecer y a convertirlo en caldo de anticlericalismo ¡cuántas cosas puede hacer un sacerdote si vive de acuerdo con lo que pide la Iglesia y los Planes Pastorales! y también es cierto ¡cuánto daño hacen aquellos que ejercen el ministerio de una manera autoreferencial, convirtiéndose en “islas pastorales” que de acuerdo con sus criterios aplican normas que están en desuso en la Iglesia desde el siglo pasado ¡y todavía no se han enterado, ni quieren enterarse! Una pastoral cristalizada que los fieles la entienden solo desde la perspectiva de una transacción económica esta avocada a la extinción y al fracaso más estrepitoso de cualquier proyecto evangelizador ¡si actuamos así no somos testigos creíbles!

En nuestra Diócesis vemos como tantos sacerdotes están intentando llevar a cabo esa conversión pastoral y están preocupados por descubrir esos nuevos métodos pastorales de los que habla el papa Francisco. Algunos comprueban con dolor esa especie de globalización de la indiferencia que afecta a la vivencia de la religión cristiana que tantas veces queda anestesiada por la cultura del bienestar, el fetichismo del dinero y del poder, y por las fuertes corrientes hedonistas que surcan el corazón de los hombres y mujeres de nuestro pueblo ¡quizás también el nuestro! apagando todo dinamismo espiritual que se deja sentir en esta desertización vocacional que percibimos en nuestra tierra, antaño generosa en hijos y en vocaciones.

Contra todo esto hay un arma poderosa que la Iglesia ha vivido desde sus orígenes: **el ejercicio de la caridad** y el **testimonio coherente de servicio incondicional de los ministros del Evangelio**. Esto hace que a pesar de todas las dificultades, la Iglesia Católica – nos dice el Santo Padre – *siga siendo una institución creíble sobre todo gracias al ejercicio de la solidaridad y de la preocupación por los más necesitados*, tanto material como espiritualmente.

Los Diáconos han sido instituidos en la Iglesia de los primeros momentos para el ejercicio de la caridad ¡no lo olvidéis! No penséis que es un ministerio para lucir una dalmática que, a veces, puede ser más vistosa que la casulla del presbítero. El Orden del Diaconado es para servir. Aquel que no sea capaz de servir rezando por la necesidades de la Iglesia y de los demás; o que no pueda vivir una existencia limpia y honesta; aquel que reduzca su ministerio solo al culto y busque que le sirvan y no servir a los demás, ese tal no estaría acreditado para el ejercicio del ministerio sacerdotal, porque el sacerdote sabe bien que su vocación es el servicio imitando a Aquel que no vino a ser servido, sino a servir y que nos enriqueció con su pobreza ¡Este es el camino de la perseverancia fiel, y de la verdadera alegría! ¡Servir y estar disponible en las manos de la Iglesia! He ahí el mejor señorío: ¡Servir a los demás!

Os invito a que volvamos nuestra mirada a la Santísima Virgen, Señora de los Milagros, y a lo largo de estos días os ruego que la invoquéis con frecuencia bajo el título de Señora del Cristal. Pidámosle que proteja a este grupo de seminaristas que van a ser ordenados diáconos en los que pone tantas esperanzas nuestra Iglesia, para que no la defrauden, ni le causen dolor ni preocupación, sino que se goce en su fidelidad y entrega. Pidámosle a Nuestra Señora, Madre del Divino Maestro, que ilumine el corazón de nuestros niños y jóvenes para que no apaguen en sus vidas la llamada que el Buen Dios sigue haciendo para seguirlo en el sacerdocio. Supliquémosle para que el Obispo y todo el Presbiterio Diocesano nos dejemos convertir y así poder llevar a cabo esa nueva tarea evangelizadora en nuestra Diócesis. ¡Qué así sea!

CARTAS

**Carta a los diocesanos con motivo de la
Celebración de la Campaña contra el Hambre.**

¿Te apuntas a luchar contra la pobreza?

Año tras año, desde 1959, las mujeres de la Acción Católica en España constituyeron lo que hoy es una hermosa y fecunda realidad: *Manos Unidas*.

En el ámbito social, no solo religioso, estas dos palabras simbolizan un proyecto que cautiva a muchos. Mis manos, pobres, pequeñas y frágiles, unidas a las tuyas, y a otras muchas más, pueden construir una cadena solidaria contra las pobrezas de nuestro mundo. Todos somos conscientes de que estas manos unidas a otras son como nuestros pocos, que, unidos a otros muchos pocos, se convierten en una hermosa realidad de amor.

Manos Unidas es una expresión plástica de un corazón abierto. Solo aquellos que son capaces de salir del horizonte de sus fronteras, que les pueden clausurar en su egoísmo y enfermarles hasta morir a causa de un individualismo insatisfecho, solo ellos son capaces de abrirse a los otros y descubrir esa realidad que le interpela: *la de tantas pobrezas*.

Manos Unidas nos sacude la conciencia aburguesada, por lo menos una vez al año, y nos presenta la *Campaña contra el hambre*. Tras esa palabra, *hambre*, tanto nosotros como nuestros contemporáneos, descubren una serie de carencias inmediatas que, en muchas ocasiones, se procuran aquietar de forma inmediata: *dar de comer a quien tiene hambre*. Sin embargo, tras esa palabra, se esconde una realidad muy compleja que sintetizamos con esta otra: *pobreza*.

Este año el lema de la campaña reza así: ***Luchamos contra la pobreza, ¿te apuntas?*** La pobreza para los que tenemos fe se ha convertido en una *categoría teológica* antes que cultural, sociológica, política o filosófica (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nº198) que debe ocupar la primacía en el ejercicio de la caridad cristiana. Una caridad de cuyo ejercicio cotidiano no se puede dispensar ningún discípulo de Jesucristo, ya que el ejercicio de la caridad se convirtió en uno de los elementos esenciales del cristianismo, desde el primer momento de su existencia, junto con el anuncio de la Palabra y la celebración de la Eucaristía. Ella ha sido y sigue siendo una característica determinante de toda comunidad cristiana auténtica.

Los últimos papas nos han enseñado cuál era el auténtico camino de los creyentes y de tantos hombres y mujeres de buena voluntad, y en el momento presente es Francisco el que nos está marcando la pauta: *una Iglesia pobre para los pobres*. Solo si entendemos bien lo que se nos quiere decir con esta frase breve y clara, pero muy comprometida, sabremos descubrir el rostro de las auténticas pobrezas que nos interpelan con fuerza para no estar sosegadamente tranquilos

mientras otros sufren y mueren, mientras que nosotros podemos justificarnos y apoyarnos en las manos de los otros para remediar tantos males. ¡No basta! *Manos Unidas* nos invita no solo a descubrir la cara de las muchas pobreza, sino que nos reta a apuntarnos a la lucha.

Apuntarnos a la lucha contra la pobreza no es solo dar un donativo, casi siempre esa calderilla que molesta en el bolsillo y no sirve para comprar casi nada. Apuntarnos a esa lucha supone más que un simple activismo ocasional o una colaboración con un programa de forma puntual, aunque todo esto sea bueno, no es suficiente. La verdadera lucha contra la pobreza comienza por nuestro corazón; es decir, necesitamos curar nuestro yo de sus individualidades y genialidades con el fin de poder prestar atención al otro. Esta atención al otro, como una persona concreta, como otro yo similar al mío, es la clave para descubrir esas lacerantes e insidiosas pobreza que azotan el corazón de los hermanos de cerca y de lejos. De ahí que esta apertura afectiva al otro, al necesitado, es el comienzo del camino de toda auténtica lucha contra las hambres que atentan la existencia de muchos de nuestros contemporáneos.

Solo si actuamos así responderemos con autenticidad a la invitación que hoy nos hace *Manos Unidas* y no nos quedaremos en simples acciones, hermosas acciones, pero que son realidades externas que, la mayor parte de las veces, las realizan otras manos y, las nuestras, para no ser menos, puede ser que también se unan a esas manos, pero no de forma radical, sino tan solo ocasionalmente. Ese estilo de lucha es una realidad epidérmica que no entra en el corazón del ser humano sino que se queda en la epidermis de la existencia. Esa lucha es pura apariencia.

La *opción preferencial por los pobres*, una categoría teológica que ha sido proclamada por san Juan Pablo II en su visita a Latinoamérica, supone una empatía general de toda nuestra existencia. Solo así estaremos dispuestos a trabajar contra las hambres que azotan a nuestros hermanos. De lo contrario, nos podemos quedar en programas, acciones, compromisos puntuales, pero no seremos capaces de apuntarnos radicalmente en esa lucha diaria contra tantas pobreza que se encuentran en nosotros, en nuestro entorno, en los demás, y se despliegan por todo nuestro mundo como esas ondas que, si no las cortamos a tiempo, se expanden por todos los lugares de la tierra.

La invitación que este año nos hace *Manos Unidas* nos brinda la oportunidad de luchar contra toda pobreza que no pueda ser ahogada por ese mar de palabras y de mensajes que, en una sociedad tan superficial como la nuestra, puede apagar hasta los mejores proyectos que se nos ofrecen. Luchemos contra este tipo de *mundanidad* y así podremos ir a la raíz de toda pobreza que se encuentra en el corazón humano.

+ J. Leonardo Lemos Montanet,
Bispo de Ourense.

Carta pastoral con motivo de la Visita pastoral, 2015

¡Qué la paz del Señor esté con vosotros!

*Que en sus días florezca la justicia
y la paz abunde eternamente. (Sal. 71)*

Mis queridos amigos sacerdotes, hermanas y hermanos míos en el Señor,

Quiero comenzar esta carta con motivo del inicio oficial de mi Visita pastoral a toda la Diócesis, con las palabras que me ofrece la liturgia de este día. Lo hago pensando en cada uno de los sacerdotes, religiosos/as, seminaristas, catequistas y profesores de Religión, agentes de pastoral y demás fieles laicos que trabajan en nuestra Iglesia particular.

Fueron las palabras del Salmo 71 las que me dieron el lema para esta Visita: *¡Qué la paz del Señor esté con vosotros!* Quisiera decirlos que esto es mucho más que un saludo litúrgico, es un deseo que brota del corazón de aquel que *es enviado como pastor, en nombre de Cristo, para cuidar de una porción del Pueblo de Dios¹* y visitar las diferentes comunidades cristianas para desearles que *la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, esté siempre con cada una de las parroquias de esta Iglesia, y así florezca la santidad en cada uno de sus miembros²*. Un signo de esa santidad de vida es que reine la paz en nuestras comunidades, porque donde no hay paz, ni caridad, ni justicia, ni comprensión, ni perdón, ni fraternidad, no hay amor, y donde no hay amor, allí no está Dios, porque *Él es Amor³*. La paz es un don del amor de Dios y con su presencia se renuevan todas las cosas.

¡Qué dolor experimentamos cuando nos encontramos comunidades cristianas que están desunidas y llenas de bandos! *“Yo soy de Pablo”, y otro: “Yo de Apolo”⁴*, no podemos olvidar que donde hay desunión, enfrentamientos, críticas negativas, discordias entre los hermanos, todo esto quebranta el orden y la armonía entre las personas y resquebraja la comunión, porque los verdaderos frutos del Espíritu son *amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza⁵*. Todos los bautizados debemos contribuir a que la comunión sea una realidad efectiva en nuestras comunidades y, de manera especial, los que hemos recibido un ministerio particular para servir a esa porción de la Iglesia que son las parroquias y, en definitiva, la Iglesia misma.

El sacerdote, y en especial el obispo, saben bien que *deben ofrecer el santo sa-*

1 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, nº 43.

2 Cf. 2 Cor. 1,2.

3 1 Jn. 4, 7-8.

4 1 Cor. 3,4.

5 Ga. 5,22.

crifcio de la misa, orar, enseñar y, si es obispo, hacer visitas pastorales ⁶; sin ninguna duda, el obispo tiene que hacer suyos aquellos sentimientos que se encuentran bellamente expresados en la oración de San Francisco de Asís:

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Que allí donde haya odio, ponga yo amor;

donde haya ofensa, ponga yo perdón;

donde haya discordia, ponga yo unión;

donde haya error, ponga yo verdad;

donde haya duda, ponga yo fe;

donde haya desesperación, ponga yo esperanza;

donde haya tinieblas, ponga yo luz;

*donde haya tristeza, ponga yo alegría.*⁷

Este es el programa de vida que la Iglesia desea que se haga experiencia viva en nuestros corazones y, a partir de ahí, se logrará cambiar nuestras comunidades parroquiales, las zonas pastorales, el Arciprestazgo, en definitiva, la Diócesis.

Desde el primer momento en que he asumido el ministerio episcopal, para servicio de esta amada Iglesia que peregrina por las nobles tierras ourensanas, ha sido mi intención visitar todas las comunidades parroquiales y demás instituciones eclesiales de la Diócesis. No he podido realizar, plenamente, mi deseo; primero, porque gran parte de los fines de semana del año 2012-2013, con motivo del *Año de la fe*, he tenido que recibir y presidir diversos actos atendiendo las peregrinaciones de los arciprestazgos a la Catedral de San Martiño; ahora, en parte, nos encontramos inmersos en el *Año Jubilar Mariano* y este evento supone también prestarle especial atención; además de esto, el mucho tiempo que debo dedicar a solventar delicadas cuestiones del gobierno pastoral me atan más de lo que me imaginaba y me impiden atender otras tareas de mi ministerio. A pesar de todo, siempre que he sido invitado por los sacerdotes, en la medida de mis posibilidades, acudí a las parroquias con motivo de algún acontecimiento eclesial. Desde O Tameirón, hasta A Corna; desde San Juan de Río, hasta Entrimo, pasando por las villas y todas las parroquias de la ciudad de Ourense he podido comprobar, personalmente, cuál es la situación de nuestra Iglesia, y por ello, *doy gracias sin cesar a Dios, recordándoos en mis oraciones pues tengo noticias de vuestra caridad y de vuestra fe para con el Señor Jesús y para bien de todos.*⁸

Gracias a esas oportunidades que se me han ofrecido y a la celebración del Sacramento de la Confirmación, pude encontrarme, varias veces, con los fieles de algunas parroquias, en cambio, hay otras muchas que todavía no las conozco

6 BEATO BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES, *Estímulo de pastores*, edición bilingüe, Braga 1981, p. 206-207.

7 Oración atribuida a San Francisco de Asís (1182-1226)

8 Cf. Flm. 1,4-6.

físicamente. Siendo consciente de *mi obligación de visitar la Diócesis cada año total o parcialmente*⁹, deseo ir realizando esta visita, sistemáticamente, a todas las parroquias teniendo en cuenta las circunstancias y las disponibilidades que de las mismas me manifiesten los sacerdotes que son mis principales colaboradores.

De entre los cuidados pastorales principales la Visita pastoral ocupa un lugar preeminente; de hecho, tal como nos lo recuerdan los santos pastores: *la visita es como el alma del gobierno episcopal, ya que por medio de ella el pastor se comunica directamente con todos los fieles, cuyo bien y provecho debe buscar. El auténtico obispo, cuando sale a visitar las parroquias de su Diócesis, es como el sol cuando sale a iluminar las tierras, realizando los tres actos jerárquicos, que vienen a ser: purificar, iluminar y perfeccionar (...) Son innumerables los bienes que se obtienen de una visita personal del obispo.*¹⁰

Si esta Visita viene así recogida en la vida de los santos obispos y en la praxis de la Iglesia, esto quiere decir que debe prepararse con intensidad. No es un simple acto protocolario, ni una especie de auditoría eclesial, sino que es una ocasión de gracia y constituye *una expansión de la presencia espiritual del obispo entre sus fieles*¹¹. Por otra parte, no podemos olvidar que esta Visita la vamos a iniciar en el marco de este proyecto pastoral que nos hemos trazado para estos próximos cursos: *Ourense en misión con María*. De ahí que debe ser una ocasión propicia para *ponernos en misión*, porque si algo tenemos claro es que el impulso misionero se convierte en la señal más elocuente de la madurez en la fe de una comunidad eclesial¹², porque ya el mismo san Juan Pablo II afirmaba que *la misión renueva la Iglesia*¹³

Os invito, pues, a que siguiendo lo que nos recomienda la Iglesia¹⁴, aprovechéis esta ocasión para llevar a cabo una catequesis intensa sobre el misterio de la Iglesia, la importancia que tiene el obispo en la Diócesis y el sentido profundo que supone esta visita para la vida de una comunidad eclesial, de manera especial para una parroquia. Os aconsejo que organicéis algunos grupos de reflexión y de oración por el fruto de la Visita, así como unas charlas de divulgación catequético-doctrinal; no estaría de más ofrecer a los fieles unos ejercicios espirituales abiertos y adaptados a los horarios de sus ocupaciones, o bien, realizar una misión popular, tal como nos lo recomienda el *Directorio para el ministerio pastoral*

9 CIC, can. 396§1

10 BEATO BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES, Op. cit., p. 168.

11 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, nº 46.

12 Cf. BEATO PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, nº 14; BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini*, nº 95-96.

13 SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris misio*, nº 1.

14 CIC, can. 770

de los obispos¹⁵; por otra parte, os ruego que, en todas las Eucaristías que se celebren en la Diócesis durante este tiempo, procurad que en la Oración de los fieles siempre haya una plegaria por el obispo y las necesidades de la Diócesis, así como por los frutos de la Visita pastoral.

Todas estas iniciativas debieran ser preparadas y vividas dentro del marco de la pastoral de comunión. No nos olvidemos de que la auténtica renovación de la Iglesia pide una verdadera unión entre obispo y presbíteros, como cabeza y miembros; entre fieles laicos y pastores; porque solo en la unidad crece la verdadera renovación. Solos podemos poco. Es necesario reunir a los fieles de varias parroquias en los centros de referencia o en los Arciprestazgos, sobre todo en el ámbito rural, porque la visita de *aquel que viene en el nombre del Señor*¹⁶ debe ser una ocasión de gracia con la que se hace presente *en medio de los fieles el Señor Jesucristo, Pontífice supremo*¹⁷.

Entre otras iniciativas quisiera subrayar unas cuantas actividades que considero imprescindibles, sin pretender ser exhaustivo y siempre abierto a las posibilidades que tanto los sacerdotes como la Vicaría para la Pastoral me podéis ofrecer.

Sin ninguna duda, la celebración de la Santa Eucaristía en cada parroquia debe ser el centro neurálgico de la visita. Teniendo en cuenta la realidad de nuestro mundo rural y sabiendo que hay bastantes sacerdotes que ejercen su ministerio en varias comunidades eclesiales, no podré celebrar tantas misas cuantas parroquias atiende el sacerdote, sino solo las que la Iglesia nos permite¹⁸, de ahí que esta sea una ocasión propicia para indicarle a los fieles el porqué, de entre un número determinado de parroquias, solo dos de ellas – excepcionalmente tres – pueden ser constituidas como *centros de referencia* para una zona pastoral, o bien de una *Unidad de atención parroquial*; de este modo es el obispo el que manifiesta a los miembros de las diferentes comunidades que no existe, por parte del sacerdote encargado, ninguna simpatía o antipatía contra una u otra parroquia, sino que se busca el mejor servicio del Pueblo de Dios. Allí donde no se pueda celebrar la Eucaristía sería conveniente organizar una Liturgia de la Palabra que reúna a los fieles el Día del Señor para orar en comunidad, escuchar la proclamación del Evangelio del día y recibir la Comunión, si se está dispuesto; o bien, teniendo en cuenta la arraigada devoción a la Santísima Virgen, siempre sería oportuno realizar un acto mariano, o un responso solemne por los difuntos de la parroquia.

En caso de que fuese pastoralmente prudente se podría celebrar alguno de los

15 Cf. CONGREGACION PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos*, 2004, n° 222.

16 Mt. 21,9

17 Cf. VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium*, n° 21.

18 *Si hay escasez de sacerdotes, el Ordinario del lugar puede conceder que, con causa justa, celebren dos veces al día, e incluso. Cuando lo exige una necesidad pastoral, tres veces los domingos y fiestas de precepto* (Can. 905 § 2)

sacramentos de la iniciación cristiana, contando con la preparación catequética previa. En las pequeñas parroquias, en donde los nacimientos son pocos, se le podría dar especial importancia al bautismo del último de los nacidos. O si es el tiempo oportuno, conferir la Primera Comunión o la Confirmación.

Estimo de especial importancia el encuentro del obispo con los niños y jóvenes de la catequesis. Si hubiera un colegio en los límites de la parroquia sería conveniente un acto, bien en el colegio, bien en el templo parroquial, con los profesores y alumnos, aunque el encuentro con todos juntos no es recomendable porque es poco efectivo, ya que con los alumnos se requiere otro ámbito y otro estilo; con las personas que ayudan al sacerdote en la administración pastoral: sacristanes, catequistas, miembros del Consejo Pastoral y de Asuntos Económicos— si los hay —, o bien con aquellos que colaboran en los diferentes movimientos, si los hubiera. Sería también muy importante tener un encuentro con los profesores de Religión y aquellos docentes cristianos de otras disciplinas.

Es de gran utilidad organizar un acto con las personas ancianas y enfermas de la parroquia, así como la visita a las residencias y geriátricos. En este marco se puede estudiar la conveniencia o no de celebrar, comunitariamente, la Santa Unción de Enfermos. Esto no es óbice de que el obispo pueda visitar, en sus propios domicilios, a aquellos enfermos que lo deseen.

Si la visita del obispo es una ocasión de gracia, no me puedo negar a escuchar y atender, personalmente, a aquellos fieles que tengan una necesidad seria y objetiva de hablar, en conciencia, con su obispo. Es necesario buscar el momento y el lugar para ese encuentro y, si no es factible, concretar una entrevista posterior en el Obispado.

Atención especial merece el encuentro y el intercambio de impresiones con los sacerdotes, el equipo sacerdotal de la *Unidad de atención parroquial*, o bien de los sacerdotes que atienden una misma zona pastoral. Ellos son *el alma de toda la actividad* pastoral.

No podemos olvidar que el obispo, al ser *custodio de los bienes de la Iglesia*, tanto espirituales como materiales, no debe olvidar el examen de la administración y conservación de los bienes y estructuras que forman parte de la parroquia¹⁹, también eso es importante; de hecho, por el cuidado de las cosas materiales que afectan a la vida administrativa parroquial se deduce la buena marcha de las demás tareas pastorales. Los libros parroquiales, mobiliario, orfebrería, vestiduras y libros litúrgicos, el despacho y los demás elementos de la actividad parroquial, deben ser objeto de esa visita. En nuestro caso, procuraré que dos sacerdotes, especialmente designados para el caso, me ayuden en esta tarea y se encuentren unos días antes con los sacerdotes responsables de las diferentes parroquias, con

19 Cf. CONGREGACION DE LOS OBISPOS, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum successores*, n° 221.

el fin de que durante la visita me pueda centrar en lo estrictamente pastoral.

1.- El rostro de la parroquia.

San Juan Pablo II, buen pastor y uno de los exponentes católicos de la llamada filosofía personalista, nos ha dejado hermosas reflexiones sobre el sentido y significado del *rostro*; en este sentido os invito a releer el bellissimo capítulo segundo de la carta apostólica *Novo millennio ineunte*. Desde esa perspectiva tengo que decir que el verdadero rostro de nuestras comunidades parroquiales sois vosotros, los sacerdotes.

Por la fuerza y el dinamismo de la gracia bautismal, y por virtud de los sacramentos, en especial la Eucaristía y la Penitencia, que podemos recibir reiteradamente, se reactualiza en nuestra vida el ser de Cristo, llegándonos a configurar con él²⁰ y convirtiéndonos en *otros cristos*²¹, en el rostro de Cristo; un rostro que nos ayuda a descubrirle presente en el hermano, en todo hermano, de manera especial en el más necesitados. Este hecho, que desde la perspectiva sobrenatural se convierte en una realidad existencial que nos empuja a comprometernos más por la causa de *lo más humano* de nuestros contemporáneos, nos ayuda a descubrir, querámoslo o no, que el rostro más elocuente de una comunidad parroquial es el del sacerdote. Esta afirmación queda confirmada, de manera plástica, por algo que a fuerza de costumbre ya no le damos importancia, pero la tiene. Somos conocedores de una situación que todavía hoy se percibe. Cuando un sacerdote se entrega al servicio de una comunidad y la convierte en su propia vida, se llega a una especie de transferencia afectiva que, incluso el pueblo fiel percibe, llegando, paulatinamente, a generarse un proceso según el cual el sacerdote llega a perder su nombre y apellido y, tanto sus propios compañeros como los demás fieles, se refieren a él por el nombre de la parroquia con la que se sienten identificados. Lo mismo sucede en el caso de los obispos.

Esta realidad, fenomenológicamente constatable, es prueba fehaciente de que el verdadero rostro de una comunidad parroquial es el sacerdote, porque el encargo pastoral que la Iglesia, a través del obispo, hace de un sacerdote un *ser para los fieles* y esto no le desarraiga de su *ser con ellos*²²; en este sentido se entiende la expresión agustiniana: *Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros*²³, que muy bien se podría aplicar a los presbíteros.

La preocupación pastoral sobre todas y cada una de las comunidades cristianas de esta Iglesia particular es tarea fundamental del obispo y en el ejercicio de esta misión es ayudado, especialmente, por el Presbiterio, así como por los miembros

20 Cf. Rom. 6, 3-12

21 Cf. Jn. 17, 21-23.

22 Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, n. 44

23 SAN AGUSTÍN, *Sermón*, 340, 1.

de la Vida consagrada y por los demás fieles. Por la llamada especial que el Señor me hizo, en la Iglesia, para llevar a cabo este ministerio pastoral en Ourense, soy consciente de que presido una comunidad de fe – unión de muchas comunidades más pequeñas – que deben ser alimentadas por la Palabra de Dios y edificadas, constantemente, por la Eucaristía y la celebración de los otros sacramentos; de ahí brotarán con fuerza las demás actividades pastorales y las obras de caridad.

Sin embargo, en todas estas tareas los sacerdotes sois los que ejercéis la *cura de almas* y sobre vosotros recae esa responsabilidad de forma inmediata, porque sois *mis principales e insustituibles colaboradores*, siendo *corresponsables* del bien de esta Iglesia particular.²⁴

Para que todo este proyecto funcione es necesario mantener viva la idea fundamental de nuestro ministerio y hacerla operativa. Si esto sucede así nos evitaríamos tantos contratiempos y tantas crisis personales y estructurales. No podemos perder de vista la idea fundamental de nuestro proyecto sacerdotal que cautivó nuestra vida antes y dentro del Seminario, y fue impulsora de tanto dinamismo personal y comunitario. En nuestros años de formación y en los primeros momentos del ejercicio de nuestro ministerio pensar en *la salvación de las almas*, en llevar a cabo proyectos catequético-formativos de los miembros de nuestras comunidades, buscar recursos para mantener operativos los centros de culto y las demás dependencias parroquiales, etc., para muchos sacerdotes esa idea era la fuerza que les impulsaba a mantener una auténtica tensión espiritual para así servir más y mejor. La idea que poseemos es la mejor de todas, no es nuestra, es la Buena Nueva de Jesucristo que nos llega a través de la comunión de la Iglesia. De nosotros depende llevar esa idea a la práctica.

Es imprescindible apartar de nosotros el pensamiento destructivo de que las cosas no funcionan por culpa de las estructuras diocesanas, o de los otros; este tipo de planteamientos puede golpear nuestro espíritu y deteriorar nuestras tareas pastorales. Somos hombres de esperanza y para la esperanza, porque vivimos confiados en Dios, nos esforzamos por caminar por su senda y hemos puesto en él nuestra esperanza.²⁵

En nuestra Iglesia nos están insistiendo en que debemos vivir la comunión y la fraternidad; si para toda tarea profesional es muy importante el trabajo en equipo, mucho más para llevar a cabo las tareas pastorales. No podemos pretender hacerlo todo nosotros mismos, esto nos llevaría a caer en el individualismo y en el personalismo empobrecedor. Es imprescindible la colaboración con los otros, la cooperación mutua, la generosidad en la entrega, y sobre todo, la disponibilidad.

24 Cf. CONGREGACION DE LOS OBISPOS, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum successores*, nº 77; Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, nº 28 y *Presbiterorum ordinis*, nº 2.

25 Cf. Is. 26,8.

El ser más íntimo del sacerdote nace en el ámbito de la comunión de la Iglesia y es acogido en un Presbiterio que da sentido a su misión y tarea pastoral, por eso el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado²⁶.

Tenemos, como ya he dicho, la mejor de las ideas – la Buena Nueva de Jesucristo –, contamos con la mejor de las ayudas tanto espirituales como materiales; solo necesitamos ayudarnos para crear un ambiente más optimista y esperanzado; no podemos ir por la vida con *cara de funeral*, ni *de vinagre*²⁷, como nos lo recuerda el papa Francisco, porque la propuesta que se nos ofrece es *vivir en un nivel superior*, ya que *la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*²⁸. Y esa vida es el mismo Jesucristo que siempre es *Evangelio eterno* y *fuerza de constante verdad* y clave de la auténtica alegría para todos los que creen en él.

Que esta Visita pastoral nos ayude a compenetrarnos más: Obispo, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos, evitando esa dialéctica perniciosa y poco evangélica, de unos y otros, los de la Curia y los de la pastoral, el Obispado y las parroquias, etc. Debemos asumir que el proyecto no es nuestro, ni de los otros, es el que Jesucristo ha entregado a su Iglesia y, en ella, a nosotros, que como Diócesis somos un eslabón más de esa cadena de fidelidades que no podemos quebrar con nuestros individualismos más o menos originales²⁹.

Es necesario, si queremos ser eficaces, identificarnos y hacer nuestros los objetivos del Plan Pastoral Diocesano. Os invito a que, de cara a la próxima Visita pastoral, con humildad y amable exigencia, os dejéis llevar de un auténtico espíritu de autocritica para analizar con la mayor objetividad posible los éxitos y los fracasos pastorales, las dificultades y problemas, tanto propios como de las comunidades en las que desempeñamos nuestro ministerio. No tengamos miedo al fracaso, porque en clave cristiana, *los fracasos santifican, las omisiones no*.

2.- La parroquia y sus rostros.

Ya en mi primera carta pastoral³⁰ le he dedicado una especial reflexión a la importancia que tiene la parroquia, entendida como ese ámbito geográfico en donde se hace presente la realidad eclesial y lugar privilegiado en el que se realiza la pastoral ordinaria del Pueblo de Dios; ella es la referencia del bautizado y el

26 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG), n° 164.

27 FRANCISCO, EG, n° 10 y 85

28 V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* (29 de junio 2007) n° 360.

29 Cf. FRANCISCO, EG, n° 78, 87-89.

30 *¡Querer creer!* Carta pastoral con motivo del “Año de la Fe”, pp. 43-54.

eje en torno al cual gira la vida de la comunidad de los fieles: ámbito de escucha de la Palabra de Dios, del crecimiento en la vida cristiana, del anuncio, del diálogo, de la caridad, de la adoración y de la celebración, porque es *Comunidad de comunidades*³¹. La parroquia es mucho más que una especie de *supermercado de lo religioso* o una *estación de servicios*; no se entiende dentro del esquema al que tan habitualmente estamos acostumbrados: *pago y que me den lo que pido, y a ser posible sin muchas exigencias, y al menor coste*. Soy consciente de que esta es una caricatura de la parroquia, pero es bueno expresarse así, como lo hace cotidianamente el papa Francisco. La parroquia así entendida queda mutilada y empobrecida, no se percibe como esa parte del Pueblo de Dios en camino que acoge y proclama la Palabra, celebra la liturgia y expresa su fe comunicándola a través de la misión, de la catequesis y del ejercicio de la caridad.

Si es innegable que el rostro que visibiliza a la parroquia es el sacerdote, no es menos cierto que el sacerdote, y con él el obispo, saben descubrir en los fieles los diferentes rostros que conforman una comunidad cristiana. No es lo mismo esta apreciación acerca de los rostros que hacen presente la vida de una comunidad parroquial del mundo rural, que aquellas del ámbito urbano. La cercanía de las personas que viven su fe en el seno de las parroquias rurales es más vivo y expresivo, aunque, en ocasiones, ese sentimiento se puede convertir, en razón de las miserias humanas, en causa de enfrentamiento entre los vecinos de la misma parroquia o con los de la que está al lado que, en muchas ocasiones, tienen que compartir los servicios pastorales del mismo sacerdote. Cuántas dificultades generan estas situaciones de enfrentamiento a la hora de llevar a cabo un proyecto de pastoral de comunión.

El mundo rural ha cambiado mucho en los últimos años y la perspectiva inmediata, de acuerdo con los datos que nos ofrecen, se prevé que siga en esta deriva poblacional. La parroquia rural está experimentando una fuerte despoblación, un envejecimiento alarmante y un traslado de sus vecinos a las villas más cercanas y a la capital. Este movimiento nos lleva a realizar una reflexión más objetiva y certera, pastoralmente hablando.

En estos momentos, bastantes sacerdotes dedicados a la cura pastoral están viendo una realidad fáctica que me preocupa: la *agregación de parroquias*. Este sistema está causando un grave deterioro no solo en el ejercicio del ministerio sino también en la misma persona del sacerdote. Los fieles más sensibles saben aceptar las dificultades que experimentan los sacerdotes a la hora de querer prestarles los servicios pastorales de los que antes se beneficiaban; sin embargo, siempre hay personas que siguen exigiéndoles lo mismo que cuando tenían *cura propio*.

Es imprescindible y urgente una catequización de los fieles. Necesitamos una nueva tarea evangelizadora que nos ayude a descubrir el auténtico rostro del mis-

31 FRANCISCO, EG, n° 28

terio de la Iglesia y a enseñárselo así a nuestra gente. Ya no basta con el simple cumplimiento o con la ritualización del misterio.

En nuestra Diócesis creo que estamos dando los pasos necesarios, aunque muy tímidamente, porque no todos están dispuestos a cambiar de orientación debido a la inercia pastoral que nos afecta. Queremos convertir la agrupación de las parroquias del mundo rural en *Unidades de atención parroquial* a cargo, bien de un sacerdote o de un equipo. Lo ideal sería la creación de equipos sacerdotales de tal modo que, no solo se encargasen de las parroquias de una misma zona pastoral, sino que ellos mismos se sintiesen acompañados y ayudados. Las reticencias con las que nos encontramos no nos inquietan ni nos impiden caminar hacia adelante porque las circunstancias de nuestro clero y de las muchas parroquias nos lo están demandando. Quizás necesitemos más tiempo, sin embargo, el proceso está en marcha.

Si es verdad que el rostro de una parroquia es como una realidad poliédrica que conviene tener muy en cuenta, no es menos cierto que todas esas facetas que conforman una comunidad parroquial deben ser replanteadas. Estoy convencido de que la Visita pastoral puede ser una ocasión propicia para ser estudiadas con mayor objetividad las reestructuraciones pastorales de una manera más adecuada y oportuna, así como el momento preciso para crear esos Consejos de pastoral y de Asuntos económicos que le ayuden al sacerdote en la gestión de la vida parroquial.

3.1.- Los edificios de culto.

Son setecientas treinta y cinco parroquias y un número considerable de capillas y santuarios dispersos por la geografía diocesana lo que constituye la realidad inmueble de nuestra Iglesia. Es imprescindible que, como ya he dicho, con ocasión de la Visita pastoral, los fieles sean informados y convenientemente educados acerca de la administración de todos esos bienes materiales. Pensar como antes que eso es cosa del cura, obispo o del Obispado es ignorar el sentido de la realidad y no saber en qué consiste la comunión de la Iglesia. A algunos de nuestros fieles es necesario ayudarles a descubrir que *a nosa parroquia*, como ente de referencia absoluta para ellos, tiene que abrirse a la realidad de la Iglesia diocesana y, por ende, a la Iglesia universal, de lo contrario se cae en planteamientos individualistas y casi sectarios.

Es necesario que en nuestra reunión previa a la Visita concretemos, de la manera más objetiva posible, cuáles deben ser los *centros de referencia* para el culto dominical y festivo, dejando los otros templos y capillas para actos puntuales: entierros, aniversarios, novenas, romerías, o bien para celebrar en ellos el *Día del Señor* de forma alternativa. Es aconsejable que durante la semana se celebre la Eucaristía en esos lugares religiosos, que aunque jurídicamente son parroquias,

efectivamente no reúnen las condiciones que definen a la que debe ser *comunidad de comunidades*, pero necesitamos mantenerlas, custodiarlas y protegerlas a ellas y a su entorno, especialmente cuando les rodea el cementerio.

3.2.- Los archivos y el patrimonio sacro.

De todos es conocida la falta de seguridad que se está viviendo en el ámbito rural, que se encuentra más abandonado, así como la precariedad de los medios de seguridad y prevención que posee nuestro patrimonio, de tal modo que nos inquietan los atentados contra los bienes patrimoniales y, en ocasiones, hemos vivido con dolorosa preocupación los graves incidentes contra algunos de nuestros sacerdotes que no solo prestan sus servicios en las parroquias rurales, sino que siguen viviendo en ellas.

Las autoridades civiles nos avisan y previenen acerca de las frágiles medidas de seguridad de muchos de nuestros templos y casas parroquiales, sobre todo de aquellos que se encuentra dispersos y aislados por la geografía diocesana. Los fieles y, en ocasiones, también algunos sacerdotes son reacios a la hora de dar cumplimiento a lo establecido por mis predecesores, la Conferencia Episcopal y la Dirección Xeral de Patrimonio referente a los bienes histórico-artísticos: libros, ornamentos, tallas y, sobre todo, orfebrería, a la hora de depositarlos en el lugar habilitado por la Diócesis, que goza de un mayor nivel de seguridad. No se trata de incautar los bienes o expropiarlos, sino de custodiarlos y protegerlos debidamente

En ocasiones, algunos sacerdotes tienen depositado en las casas de los vecinos algunas piezas de especial valor; sin embargo, la grave situación por la que pasan algunas familias, la falta de afección de las nuevas generaciones con respecto a la Iglesia; el concepto, ampliamente extendido de que el patrimonio de la parroquia *é do pobo*, ya ha generado en algunas Diócesis pérdidas de elementos histórico-artísticos. Otras piezas, especialmente de orfebrería, a pesar de estar inventariadas, se han podido recuperar, pasado algún tiempo, en tiendas de anticuariado, en donde fueron vendidos tras el fallecimiento de algún sacerdote. No podemos dejar que se disperse en manos de particulares, o se pierda ese rico patrimonio que pertenece a la Iglesia y del cual nosotros solo somos custodios, no propietarios. Este patrimonio es imprescindible depositarlo, debidamente inventariado, en los lugares asignados por los obispos anteriores, sabiendo que siempre que se necesiten para las fiestas especiales en las parroquias, santuarios o capillas estarán a disposición de los sacerdotes.

En nuestra Iglesia particular ya se han dado pasos muy importantes en este sentido, aunque no suficientes; sin embargo, todos tenemos que ayudarnos y estimularnos en la custodia de estos bienes porque la inseguridad va en aumento y nos urgen a que tomemos medidas adecuadas para proteger nuestro hermoso y valioso patrimonio.

3.3.- Consejo de Economía.

La legislación canónica obliga al obispo, custodio de los bienes de la Iglesia, a constituir un Consejo de Asuntos Económicos³² para que le ayude, oriente y, si hace falta, evite que se puedan realizar gestiones económicas que perjudiquen a la Administración Diocesana. De igual modo, en cada parroquia debe existir un Consejo de Economía³³ para que los fieles presten ayuda al párroco, o a aquellos que hacen sus veces, en la administración de los diferentes bienes de la parroquia o de otras entidades eclesíásticas.

Dada la complejidad de las parroquias rurales, muchas veces aisladas y en zonas poco protegidas, el sacerdote debe hacerse presente por medio de los fieles católicos que viven más cerca de los templos, capillas, ermitas y santuarios, así como de las casas parroquiales y de los diestros correspondientes, con el fin de que el patrimonio sea convenientemente protegido y cuidado.

El sacerdote debe informar con claridad a los fieles sobre las diferentes clases de bienes que configuran el patrimonio eclesíástico y la finalidad de los mismos. Una catequesis adecuada y clarificadora acerca de la distinción de los *bienes de fábrica*, de *rectoral y diestros*, las *fundaciones pías* y *legados testamentarios*, etc. sería de mucha utilidad y evitaría situaciones desagradables.

Por otra parte, no podemos olvidar que los bienes materiales en la Iglesia Católica están destinados al bien de las almas, a la atención y formación de los ministros sagrados y al cuidado temporal de los mismos bienes. Es necesario ser muy transparentes en estos asuntos, informar debidamente a los fieles, a ser posible por escrito, o por medio de algún boletín, y preocuparse por la gestión y administración, bien personalmente o delegando en seglares de confianza vinculados afectiva y efectivamente a la parroquia, contando siempre con el *placet* del obispo.

Estos bienes, su registro y control son objeto de Visita que procuraré que se realice, de forma previa a la misma, por medio de algunos sacerdotes nombrados para ello. Os ruego que los acogáis y atendáis a las observaciones que os ofrezcan que, seguro, serán realizadas como corresponde a toda corrección fraterna. Si hubiese alguna dificultad hablaríamos sobre ello en un momento oportuno.

3.4.- La catequesis.

Como ministros de la Palabra, los que recibimos el Sacramento del Orden hemos sido elegidos para ser testigos, portadores del mensaje del Evangelio y maestros ante el pueblo que la Iglesia nos ha confiado. Si la misión es grande, también es cierto que las ayudas no nos faltan. Es necesario dejarnos ayudar por Él, que como un misterioso cireneo está siempre a nuestro lado para animarnos,

32 Cf. CIC, can. 492-494.

33 Cf. CIC, can. 537.

impulsarnos y, sobre todo, acompañarnos, basta que le abramos nuestra vida.

Al pensar en nuestros pueblos y en sus gentes sentimos el apremio de ese Dios misericordioso que nos está diciendo por medio de la Escritura: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de vida (...) y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó*³⁴

Necesitamos hacer la experiencia cotidiana de escuchar la Palabra y lo haremos en la medida en que rezamos con la Escritura³⁵; en ella y por ella seremos capaces de transmitir lo que hemos *oído, visto, contemplado y palpado* acerca del que es Vida. A lo largo de los últimos años se emplearon muchos recursos en la labor catequética de nuestra Diócesis, creo que este esfuerzo valió la pena. Hoy, más que ayer, dentro del marco de esta nueva tarea evangelizadora que se nos pide desde el proyecto: *Ourense en misión con María*, es necesario seguir esforzándonos por llevar a cabo las labores catequéticas, no solo con los niños y los jóvenes, sino que en estos momentos, debido a la grave ignorancia en cuestiones religiosas, también es muy necesaria la catequesis de adultos y conviene dar los pasos necesarios para establecer un proceso catecumenal. Ya en 1974 el Concilio Pastoral de Galicia afirmaba la ineficacia de la catequesis reducida a la infancia y se comprometía a promover una educación permanente en la fe y a dar prioridad a la catequesis de adultos, plateando desde ésta toda acción con la infancia³⁶ y proclamaba la *urgencia de una catequesis con una dimensión evangelizadora*; es más, ya se afirmaba entonces, que *la tarea evangelizadora y misionera se evidencia como primordial para la educación en la fe de los adultos*³⁷. Como se puede comprobar, en aquellos momentos, anticipándose a lo que afirma el Santo Padre en la *Evangelii gaudium*, la Iglesia en Galicia sostenía que era necesario renovar la tarea catequética sobre todo en lo que respecta a *instituciones, métodos, contenidos y agentes de la educación en la fe*³⁸.

En una sociedad como la nuestra en donde tantos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos se apartan de Dios a causa de la proliferación de mensajes contrarios a la fe católica y, tantas veces, hostiles a la Iglesia, es necesario apostar por la revitalización de la catequesis a todos los niveles. Sé muy bien que en muchas de nuestras comunidades rurales apenas hay niños; en otras, muy pocos. Esta realidad no nos puede llevar al derrotismo, ni al pesimismo estéril; no podemos perder de vista que el cristianismo se fue expandiendo, lentamente, a través de

34 1 Jn. 1, 1-3.

35 Cf. FRANCISCO, EG, nº 152.

36 CONCILIO PASTORAL DE GALICIA, *Ministerio de la Palabra*, nº 1-8.

37 *Ibid.*, III, 1.

38 *Ibid.* III, 2, a.

muy pocas personas y, con muchos fracasos, pero sobre todo con una confianza plena en el Señor.

Es imprescindible volver al primer anuncio, como en el principio. Este *kerigma*³⁹, siempre antiguo y perennemente actualizado por la fidelidad de tantos de nuestros sacerdotes, vivida en la comunión de la santa Iglesia, es la clave del éxito pastoral. Necesitamos repetir, una y otra vez, el mensaje central de nuestra fe, porque hoy es urgente debido a la situación actual caracterizada por la indiferencia, el rechazo, el relativismo doctrinal y la ignorancia, también en muchos bautizados. Todo esto se convierte en un reto para la catequesis. A pesar de todo, no cejéis en esta tarea evangelizadora y os animo a vivirla de forma renovada.

La parroquia debe acoger en su seno, con especial predilección, a las familias que viven su compromiso de fe y pedirles que se ofrezcan para convertir sus hogares en un ámbito en donde se pueda impartir la catequesis para esos pocos niños que sus padres o abuelos acercan a la parroquia. Por su parte, los matrimonios cristianos, fundamento natural de la familia, que es la estructura básica de la comunidad, debieran convertirse en catequistas para preparar a aquellos que quieren recibir los sacramentos: Primera Confesión, Primera Comunión, Confirmación y Matrimonio. Os ruego que, a pesar de las muchas dificultades con las que os encontréis, no dejéis la catequesis; si para ello necesitáis recurrir a algún medio extraordinario, os ruego que lo hagáis.

No os olvidéis de que en nuestra Diócesis se ha conseguido, estoy por asegurar que con mucho esfuerzo, que la preparación de la Confirmación y la celebración de este sacramento se haga más comunitaria, bien por zonas pastorales o por arciprestazgos. ¿No sería conveniente reunir a los niños de las parroquias vecinas en uno o dos centros de atención pastoral, en donde los niños se pueden encontrar no solo para recibir la catequesis adecuada, sino poder celebrar y vivir la fe con otros de su edad?

Quisiera hablaros de un cauce ordinario que tenemos en nuestras manos y que debiéramos de aprovechar mejor: **la homilía**. En la exhortación *Evangelii gaudium*, el Santo Padre le concede mucha importancia y llega a afirmar que es un *gran ministerio*⁴⁰ porque es piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo. Después del Vaticano II se ha recuperado esta predicación dentro de la celebración litúrgica y se ha comprobado que es muy eficaz en la nueva tarea evangelizadora. La homilía semanal de los domingos y festivos, en los tiempos litúrgicos fuertes, o la brevísima reflexión diaria, es un instrumento catequético a través del cual la mayoría de nuestros fieles no tendrá otro contacto con la luz de la Buena Nueva, ni con la doctrina y praxis moral de la Iglesia. A través de nuestras palabras, que siempre deben estar

39 FRANCISCO, EG, n° 164.

40 *Ibíd.*, EG, n° 135.

alimentadas, previamente, por la contemplación de la Palabra, *es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana*⁴¹.

Si en vuestras parroquias existe algún santuario, que también visitaré, no os olvidéis que estos lugares son *un precioso tesoro de la Iglesia Católica*⁴²; es más, el Santo Padre llega a afirmar que *las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un “lugar teológico” al que debemos prestar atención*⁴³. En ellos muchos de nuestros bautizados manifiestan su fe a través de la piedad popular. O ruego que cuidéis estos centros de la espiritualidad de nuestro pueblo, evitad todo mercantilismo y aprovechad esos ámbitos de la realidad sacra para dar catequesis y formación a los fieles que sean claras y breves; evitense los sermones decimonónicos, que aunque estén cargados de recta doctrina, por su expresión solemne no tocan el corazón. El papa Francisco, con las breves homilías diarias en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae*, es un claro exponente de lo que debemos hacer en nuestras predicaciones. Fundados siempre en la Palabra contemplada y ayudados por los catecismos aprobados por la Conferencia Episcopal que aportan una riqueza de ideas, debemos ser breves, incisivos, y con un mensaje concreto para la vida cotidiana. Aprovechémonos de tanto material como tenemos a nuestra disposición para realizar con eficacia esa catequesis semanal a través de nuestras homilías que deben ser mistagógicas, kerigmáticas y existenciales.

3.5.- La creatividad de la caridad.

Desde los mismos orígenes de la Iglesia la caridad ha sido una de las características determinantes de toda comunidad cristiana⁴⁴, de ahí que la parroquia, expresión viva de esta Iglesia en un área geográfica determinada, debe saber descubrir que junto con el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos, el ejercicio de la caridad es uno de los elementos esenciales de su actividad, y esto es así porque *si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas*⁴⁵. Es más, teniendo en cuenta las dificultades de nuestra sociedad y de muchos de nuestros contemporáneos, la *creatividad de la caridad* se convierte, en el momento actual, en el mejor de los cauces misioneros y evangelizadores. Una comunidad parroquial será tanto más creíble, cuando más se implique en la constitución orgánica de la caridad.

41 Ibid., nº 136.

42 Ibid., nº 123.

43 Ibid., nº 126.

44 Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nº 24 final.

45 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, nº 27

A través de ella se encuentran esos cauces para acercar a tantos de los fieles que desencantados se han distanciado de nuestras comunidades.

No podemos consentir que el compromiso socio-caritativo y solidario quede diluido o surja como un efecto que queda bien en un discurso pero no toca el corazón de los creyentes. Es necesario que exista una relación intrínseca entre la acción pastoral: el anuncio de la Palabra – formación en la fe y catequesis-, la celebración litúrgica y la vida comunitaria, y la prolongación esencial de esa vivencia de comunión de todos los bautizados con las estructuras de corresponsabilidad solidaria. Si falta el compromiso caritativo organizado, aunque este sea muy elemental, tanto en el rural como en lo urbano, y sin duda supraparroquial, la fe de los fieles corre el riesgo de quedarse reducida al ámbito individual e intimista y el rostro de la Iglesia se reduce única y exclusivamente a los ritos.

Es necesario redescubrir la conexión entre fe y caridad, celebración y compromiso social⁴⁶. Como ya hemos dicho, la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los sacramentos y la Palabra⁴⁷. Es absolutamente necesario que en todas nuestras comunidades parroquiales, aunque sean pobres en personas y en recursos, se haga la colecta mensual de Cáritas, aunque sea muy pequeña su aportación. Esa limosna se convierte en el mejor termómetro que evalúa la fe auténtica de una comunidad. Una predicación adecuada ayudará a los fieles a descubrir que la parroquia debe ser cada día una comunidad de caridad.

Las propuestas pastorales de nuestra Diócesis nos indican unos caminos: Colecta del primer domingo para los pobres bien de la comunidad, bien compartido a través del grupo de Cáritas de zona pastoral, de la Unidad de atención parroquial, del Arciprestazgo, en aquellas parroquias más pequeñas; o bien interparroquial, o diocesana. Lo que sí os recomiendo, vivamente, es que los fieles sean informados de todas las gestiones, aunque sean solo unos céntimos. No nos olvidemos de la valiosa enseñanza de Jesús con el pasaje de la viuda pobre del Evangelio⁴⁸. No se trata de cantidades, sino de poner en acción la fe y el despertar del sentido comunitario: Nuestro poco, al lado de otros pocos, se convierte en una hermosa ayuda de amor. No olvidemos que *la fe se hace activa por la caridad*⁴⁹, porque *la fe sin obras es inútil*⁵⁰. El mismo papa Benedicto nos ha dejado una hermosa síntesis de esta realidad: *La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y la caridad se*

46 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n° 25a

47 Cf. *Ibíd.*, n° 20-24.

48 Lc. 21, 1-4.

49 Cf. Ga. 5, 6.

50 Sant. 2,20.

*necesitan mutuamente, de modo que una permita a la otra seguir su camino*⁵¹.

Esto quiere decir que una parroquia por muchas expresiones celebrativas de la fe que realice, si no vive su proyección caritativa de modo orgánico, no es una auténtica comunidad de fe. Todo requiere un equilibrio, pues si una comunidad cristiana se centrara solo en lo social y no fundamentara su acción en una fe madura y celebrada que tiene como centro la Eucaristía, se convertiría en una simple ONG y *la Iglesia no es una ONG, es otra cosa más importante*⁵².

De todo lo que se ha dicho podemos subrayar dos acciones concretas:

Con los desfavorecidos: En muchas de nuestras comunidades se encuentran personas necesitadas: enfermos, personas mayores que viven solas, aquellas que padecen necesidad. Atenderlas no es una actividad coyuntural fruto de una situación histórica ya que *para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica*⁵³; de tal modo que: *La opción preferencial por los pobres nos impulsa a salir en busca de ellos y a trabajar a su favor para que se encuentren a gusto en la Iglesia*⁵⁴. El cauce ordinario que se encuentra en nuestras parroquias es el voluntariado de Cáritas y la acogida cordial y fraterna.

No quisiera pasar por alto, dentro del ejercicio del ministerio de la caridad, lo que se denomina *Pastoral de la salud* que encierra unas connotaciones propias. Se trata de descubrir el rostro de los necesitados en los enfermos, en los dolientes, en las personas discapacitadas y en las que precisan de cuidados especiales. El sufrimiento de Cristo está presente y tiene un gran poder misionero y testimonial.

La comunidad debe tener conocimiento de los enfermos que hay en ella, tratar de que se sientan integrados y ser conscientes de que *toda iniciativa pastoral de y con los enfermos ha de tener presente que ellos mismos son agentes de evangelización*⁵⁵. Por otra parte, no podemos olvidarnos de que el panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente y a las formas de siempre hoy necesitamos añadir otras realidades de pobreza que requieren de todos *una mayor creatividad*, de ahí que se nos pida reactivar la *imaginación de la caridad*⁵⁶.

La organización de Cáritas es la expresión viva del amor de la comunidad parroquial que brota de la fe en Cristo y se traduce en una entrega cordial y cercana a los hermanos necesitados. La organización de Cáritas forma parte de la misma naturaleza pastoral de toda parroquia y la lleva a *actuar de tal manera*

51 BENEDICTO XVI, Motu proprio *Porta fidei*, nº 14.

52 FRANCISCO, *Discurso a los jóvenes argentinos en la JMJ de Rio de Janeiro*, julio 2013.

53 FRANCISCO, EG, nº 198.

54 *Proposiciones del Sínodo sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* 2012, prop. 31

55 Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, con ocasión de la *Jornada del Enfermo* 2003.

56 Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 50

que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan “como en su casa” (...) La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras⁵⁷. Esto no quiere decir que haya que olvidar la acción caritativa individual, pero tampoco se puede renunciar a que toda parroquia, por pequeña y pobre que sea, posea una estructura elemental y según las circunstancias, esa comunidad encauce la asistencia, promoción y compromiso por la solidaridad y la justicia para con los más pobres, y esto por la simple razón de que cualquier parroquia, si quiere sentirse una comunidad cristiana, necesita esa estructura al igual que siente la necesidad de la celebración de la Eucaristía dominical y festiva.

4.- La parroquia escuela de santidad.

La Iglesia exige al obispo que debe promover incansablemente una auténtica pastoral y pedagogía de la santidad⁵⁸. De acuerdo con esta grave recomendación y, siendo consciente de que la parroquia, *comunidad de comunidades*, está llamada al igual que todo el Pueblo de Dios a la santidad, me debo preocupar de como se ponen los medios para que se pueda llevar a cabo esa llamada universal proclamada por el Concilio Vaticano II⁵⁹ en nuestras comunidades parroquiales. De todos es sabido que esta vocación se hace realidad a través de todos los cauces que el Espíritu del Señor le concede a la parroquia, porque en ella se encuentran la Palabra de Dios y su fuerza; los sacramentos, en especial la Eucaristía; la oración de la Comunidad, y el dinamismo de la caridad y de la solidaridad fraterna.

En mi Visita pastoral prestaré atención a esta realidad que, en definitiva, es la tarea más importante en la que todos estamos comprometidos. Las circunstancias actuales de nuestro mundo, las exigencias de autenticidad y de transparencia que nuestros contemporáneos nos reclaman, las pérdidas de población en nuestros pueblos, el éxodo de los niños y de los jóvenes que se apartan de nuestras comunidades tradicionales, la estructura funcional - de la que nos habla tanto el Santo Padre - y en la que estamos instalados, etc. nos tienen que llevar a un planteamiento distinto de nuestras tareas personales y comunitarias.

La llamada a la misión que se nos hace a través del Plan Pastoral *Ourense en misión con María* es un momento oportuno y una ocasión de gracia para *ponernos en salida* y ser mejores servidores de nuestros hermanos y de nuestras comunidades, también de nuestra Iglesia Diocesana.

En los últimos años, la realización de una serie de gestiones que se centraron en la creación de los que se consideraban cauces o instrumentos para convertir la estructura diocesana en algo más dinámico, y la pretensión de modernizar la administración de esta Iglesia particular para optimizar sus resultados, lamenta-

57 Ibid., 50

58 Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, n.º 41

59 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen gentium*, cap. V, n.º 39 ss.

blemente, hemos podido constatar que este no ha sido el camino adecuado para una renovación de las estructuras, de las costumbres, de los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial de tal modo que se convirtiese en cauce para la nueva tarea evangelizadora⁶⁰.

En la actualidad necesitamos unos centros dignos para que se reúnan los sacerdotes de las zonas pastorales; no disponemos de lugares adecuados para recibir, atender y formar a los fieles laicos. Muchas de las sacristías de nuestros templos no reúnen las mínimas condiciones para una catequesis de un pequeño grupo. Esta pobreza de medios tiene que ayudarnos a recuperar el verdadero dinamismo de la *esperanza pastoral* sabiendo que la Iglesia fue tanto más fecunda cuanto más pobre se sintió. La digna y *limpia pobreza* – como diría san Juan de Ávila – nos hace más creíbles.

En esta situación vital, el papa Francisco ha sido una bendición del Señor para la Iglesia y para todos nosotros; su primera exhortación apostólica está siendo como un bálsamo en medio de nuestras cicatrices del pasado y, ciertamente, uno de los mejores acicates para animarnos a salir de nuestros miedos y ponernos en misión. No hemos sido llamados a ser gestores de entidades que nada, o muy poco tienen que ver con las tareas pastorales inherentes a la vida de la Iglesia. Somos pastores al servicio de los hermanos y seremos buenos administradores de las cosas de Dios en la medida en que abramos toda nuestra existencia al misterio de la gracia y busquemos el bien de los hombres y la gloria de Dios⁶¹. Ya san Juan Pablo II nos había dejado muy remarcada la idea de que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad⁶². He ahí la *urgencia pastoral* a la que nos invita la Iglesia en estos últimos lustros: **la santidad**.

¿Acaso no está en la falta de santidad la raíz de tantos problemas como afectan a nuestra vida personal y pastoral? Cuándo buscamos nuestros intereses y no *los de las almas* ¿esa búsqueda no es un sucedáneo de nuestra falta de santidad? Detrás de algunos conflictos de difícil solución casi siempre nos encontramos, de forma enconada, falsas determinaciones pastorales, intereses creados, mala administración, grave desorientación en los fieles. Si ponemos bajo el signo de la santidad nuestra programación pastoral general, o las pequeñas programaciones sencillas y humildes que afectan a nuestras parroquias del entorno rural y también las del ámbito urbano, enseguida nos daremos cuenta de que esta es una opción llena de consecuencias operativas y misioneras, y que además nos llenará de sano optimismo. A pesar de las dificultades del momento no podemos perder la esperanza. Si queremos una pastoral de la santidad que sea efectiva debemos

60 Cf. FRANCISCO, EG., n° 27.

61 Cf. SAN IRENEO, Contra las herejías, Libro 4, 20, 5-7. *La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios.*

62 Cf. SAN JUANPABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n° 30.

aprender a vivir las fecundas implicaciones de la pobreza personal y comunitaria. Si seguimos atados a nosotros mismos y a nuestros criterios, a nuestras estructuras y seguridades, a los ecos gloriosos de la historia pasada, no seremos capaces de adentrarnos en el camino de la santidad, que es el único camino seguro de un futuro pastoral fecundo.

Algunas veces, los pastores nos quejamos de nuestros fieles; pero, ¿nos hemos parado un momento a prestar oídos a lo que ellos dicen de nuestro quehacer pastoral y de nuestra entrega y disponibilidad? Gracias a Dios siempre hay excepciones. Pero parece que nos contentamos con una vida mediocre, vamos tirando y haciendo lo de siempre, lo que nos pidan ¡aunque sean cinco misas!; nos hemos instalado – como nos recordaba el Santo Padre hace unos días - en *una ética minimalista y en una religiosidad popular superficial* sin garra apostólica y la vida cristiana de nuestro pueblo ha ido bajando en intensidad a medida que los ministros hemos cedido en nuestras exigencias espirituales. Se da una proporción directa entre la santidad de los pastores y los fieles, y entre la generosidad de los fieles y la fecundidad vocacional. Ante este hecho es necesario cambiar la deriva a la que nos puede llevar esta *inercia pastoral* que nos está venciendo y puede arrastramos a todos ¡también a los más seguros!

Os invito a que en vuestras comunidades, aunque no sea posible la presencia frecuente del sacerdote, se creen actitudes orantes. Es imprescindible constituir pequeñas *escuelas de oración*⁶³, tal como nos lo enseñaron los mejores hijos e hijas de la Iglesia, los santos. Toda pastoral auténtica pasa, necesariamente, por la *pedagogía de la santidad* y ésta sólo se puede llevar a cabo a través del cultivo del *arte de la oración*. ¿No sería factible encontrar, también en nuestras pequeñas parroquias, algunas personas de buenas costumbres que puedan abrir la iglesia, reunir al pequeño grupo de fieles y rezar las oraciones de siempre: rosario, vísperas, la novena al santo de especial devoción, el vía crucis? En algunos lugares de misión han sido los fieles laicos los que mantuvieron la fe y las costumbres cristianas a la espera de un presbítero.

Hay acciones de Iglesia⁶⁴ que no necesitan la presencia de los ministros ordenados; sin embargo, no podemos olvidar que los fieles laicos, juntamente con los presbíteros, los religiosos y las religiosas constituyen el único Pueblo de Dios. Por eso, *los pastores han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y en la Confirmación*⁶⁵. Desde esta perspectiva el bien de todos se convierte en el bien de cada uno, y el bien de cada uno se convierte en el bien de todos, de tal modo que aquellos fieles que posean cualidades para dirigir la oración de la comunidad se enriquece-

63 Ibid., nº 43.

64 Cf. CIC, can. 230 § 3.

65 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, nº 23.

rán a sí mismos si se ponen al servicio de toda la parroquia y, por pobres que sean nuestros medios, y por pocos que sean los fieles que acuden a las celebraciones litúrgicas, si los pastores están atentos, siempre se podrá encontrar alguna persona que preste un servicio a la comunidad, sin olvidar aquello que se ha dicho: *En la Santa Iglesia cada uno sostiene a los demás y los demás le sostienen a él*⁶⁶.

En la medida en que uno de los fieles pone al servicio de la comunidad sus cualidades para dirigir la oración y prestar otros servicios de la actividad pastoral de la Iglesia está reactivando sus compromisos bautismales, porque *la vocación a la santidad también está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo*⁶⁷. Acogiendo este sentir de la Iglesia y siendo consciente de la situación de muchas de nuestras parroquias que solo se abren cuando va el sacerdote a celebrar Misa, o para un entierro, sería necesario, buscando el bien de nuestro pueblo fiel, que en algunos momentos del día, se pudieran abrir nuestros hermosos templos, siempre con las debidas cautelas, para que los fieles se reúnan para rezar juntos.

En mi carta pastoral con motivo del *Año de la fe* manifesté la importancia que tienen las mujeres y la labor insustituible en los trabajos apostólicos de la mayoría de nuestras parroquias; ellas, casi siempre, son las fieles colaboradoras de los sacerdotes⁶⁸. Los pastores deben confiar el ministerio de la oración cotidiana de la comunidad a los fieles laicos. Sin esta expresión orante desaparece la vida comunitaria y la expresión viva de la fe.

En nuestra Diócesis, desde hace años, han ido creciendo los *Grupos Bíblicos*. Animo a que en todas las parroquias, en las zonas pastorales, o en la *Unidades de atención parroquial* se puedan constituir estos grupos de fieles que siempre podrán contar con la ayuda desinteresada de los profesores del Instituto Teológico “Divino Maestro”, o bien con el equipo de la Vicaria para la Pastoral. A la luz de la Palabra de Dios se harán nuevas todas las cosas en nuestra Iglesia.

Dentro de esta pastoral de la santidad no quisiera olvidarme del Sacramento de la Reconciliación. En el rito litúrgico de la toma de posesión de un nuevo párroco, uno de los gestos expresivos del ceremonial es cuando el obispo acompaña al nuevo sacerdote recorriendo los lugares más significativos del templo: la sede, el baptisterio, el confesonario. Esto refleja, de una manera plástica, lo que la Iglesia le pide a los sacerdotes administradores y párrocos de una comunidad, a los que se les insta a que brinden a los fieles la oportunidad de confesarse, dándole las máximas facilidades e invitando a algún sacerdote para que ejerza ese ministerio, de acuerdo con la laudable costumbre que se observa en muchos lugares de nuestra Diócesis. Por su parte, al obispo se le exige que vigile para que

66 SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre el libro de Ezequiel*, II, 1, 5.

67 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, nº 17.

68 *¡Querer creer!* Carta pastoral con motivo del *Año de la fe*, 2013, p. 76.

se celebren los sacramentos y los sacramentales con el máximo respeto y diligencia⁶⁹ observándose las normas establecidas por la Iglesia. Si se estima oportuno, yo mismo, en un momento determinado de la Visita, podría atender a los fieles que lo necesitasen ofreciéndoles, en nombre de la Iglesia, este sacramento de reconciliación y de paz.

En este sentido, permitidme que os manifieste lo que les decía el Santo Padre a un grupo de sacerdotes: ***Dejen las puertas abiertas de las iglesias, así la gente entra, y dejen una luz encendida en el confesionario para señalar su presencia y verán que la fila se formará.*** En la fuerte devaluación que ha experimentado este sacramento en el corazón y en la praxis de nuestros fieles, alguna culpa hemos tenido los mismos pastores. Dentro de este proyecto de misión esforcémonos por cuidar la catequesis, la predicación y, sobre todo, nuestro propio ejemplo cuidándonos de frecuentarlo más, descubriendo la importancia que este sacramento tiene para nuestra vida pastoral. En esto, como en otras muchas cosas, nos servirá de ejemplo el papa Francisco.

De forma elocuente, nuestros fieles sabrán descubrir que es un sacramento que tiene su importancia sobre todo si les ayudamos a percibir por los sentidos que la sede confesional es un lugar noble y digno, cómodo y adaptado a las necesidades de los penitentes; en este sentido es necesario revisar con cuidado la administración de este sacramento.

CONCLUSIÓN

Con esta reflexión he querido expresaros mis sentimientos más profundos al comienzo de mi primera Visita pastoral. Sé que es una ocasión de gracia, no solo para todos los fieles, sino también para mí. Me supone un esfuerzo añadido a la jornada ordinaria, pero lo hago con gusto porque reconozco que es una de mis obligaciones y yo mismo la necesito para completar la visión que tengo de esta Iglesia particular.

Cuando sugerí a mis colaboradores inmediatos, a la luz de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, la concreción del plan pastoral *Ourense en misión con María*, lo hice con el convencimiento de que si queremos hacer algo que vaya de acuerdo con esta nueva tarea evangelizadora a la que nos invita el Santo Padre, es necesario que nos centremos en la *misión*. En este tercer año de mi presencia entre vosotros, después de numerosas visitas y encuentros con los diferentes grupos y movimientos de esta Iglesia, es necesario, teniendo en cuenta la frescura de las reflexiones y de las aportaciones del Santo Padre, que nos convenzamos de que no podemos seguir con los proyectos y esquemas pastorales que regulan, actualmente, nuestra actividad diocesana. No podemos seguir dentro de la dinámica

69 Cf. CONGREGACION DE LOS OBISPOS, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum successores*, n° 150.

de esta *inercia pastoral*.

Una serie de factores externos y también internos me hicieron comprender que nuestra manera de actuar no podrá aguantar mucho tiempo: éxodo del rural a la ciudad y a las villas; los vecinos que quedan en nuestras parroquias son pocos y, en su gran mayoría ancianos; tenemos pocos niños, o casi ninguno en muchas parroquias rurales; estamos sufriendo una irregular y poco adecuada distribución del clero; un alto porcentaje de nuestros sacerdotes son ancianos y solicitan un justo descanso; las congregaciones religiosas, antaño numerosas y activas, hoy se encuentran con serias dificultades y con pocos recursos humanos; nuestros seminarios, en un pasado reciente eran la esperanza de la Diócesis, hoy se encuentran con dificultades y, en ocasiones, les falta el apoyo necesario de los sacerdotes; nos encontramos con un excesivo número de parroquias que no corresponden a la realidad actual y son un eco de los años cincuenta del siglo pasado; en la actualidad no existe una recta proporción entre las parroquias y la población de nuestra Diócesis, etc.

Al realizar este diagnóstico se me podrá acusar de pesimista, pero creo que procuro ser lo más objetivo posible, atendiendo a los datos que se me ofrecen y, sobre todo, a las informaciones y sugerencias que me hacéis. Quisiera decir que este análisis no nos puede llevar a la inoperancia ni al *ir tirando mientras se pueda*, sería una falta de fe y de confianza en el Buen Dios, en cuyas manos providentes esta nuestra historia y la vida de nuestras comunidades. Por otra parte, no podemos olvidar que esta situación *nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo. Conviene afrontar las dificultades del presente en esta clave, de manera confiada más que resignada*⁷⁰

Cuando escribí *¡Querer creer!*, mi primera carta pastoral con motivo del *Año de la fe*, ya aventuraba algunas observaciones sobre la vida pastoral de nuestra Diócesis; en la carta sobre la reestructuración de los arciprestazgos volví a insistir en lo mismo. En esta ocasión quisiera pedir que nos pusiéramos *en salida misionera* y que nos convenciéramos de que juntos seremos capaces de responder a los numerosos retos que hoy nos lanzan nuestros contemporáneos.

La Visita pastoral nos servirá a todos para conocer la realidad objetiva de esta Iglesia particular con sus logros y conquistas, con sus aciertos y problemas, con sus dificultades y esperanzas. Necesitamos recoger con fidelidad todas las observaciones positivas y negativas que se podrán detectar con ojos de fe y con cariño fraternal. Con toda esa riqueza de experiencias, bien al finalizar el recorrido de la Visita del obispo a toda la Diócesis, o quizá antes de concluirla, después de haberlo meditado y, a pesar de las dificultades administrativas con las que nos en-

70 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, nº 21.

contramos, quisiera invitaros a un *Sínodo diocesano de la Iglesia en Ourense*. Como bien sabéis, esta es una antigua praxis de la Iglesia que se vivió en nuestra Diócesis en varias ocasiones y ha dado buenos frutos. El Sínodo se configura como un acto del gobierno episcopal y, además, como un evento de comunión para que entre todos los hijos e hijas de esta Iglesia, que peregrina desde tiempo inmemorial por las tierras de Ourense, me ayudéis a configurar los criterios pastorales necesarios para acertar en el gobierno de esta amada Iglesia particular y a prepararla, con esperanza, para el futuro inmediato que nos está reclamando una *opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta*⁷¹.

Os animo a que no tengáis miedo, a que vencáis las inercias estériles, a que seáis más constructivos y evitéis esa crítica malsana, contra la que nos previene el Santo Padre, que nos esteriliza y hace infecundos. Es necesario ponerse en camino siendo conscientes de que lo que tenemos entre manos no es nuestro, es de Jesucristo y él lo entregó a su Iglesia. Os invito a volver a la fuente de agua viva y recuperar la frescura original del Evangelio. Si lo hacemos así, brotarán nuevos caminos, métodos pastorales más creativos y adecuados a las necesidades de nuestros pueblos y de nuestra gente, descubriremos signos más elocuentes que harán más creíble la fe en Jesucristo y, nuestras palabras y obras, tendrán otra resonancia en medio de nuestros contemporáneos.

Volvamos la mirada de nuestro corazón a Santa María Nai, *estrella de la nueva evangelización*, a nuestro patrono San Martín de Tours y, de manera especial, os ruego que encomendéis el Plan Pastoral *Ourense en misión con María* a San Martín de Braga, evangelizador de nuestras tierras en momentos de graves dificultades, y a San Francisco Blanco, hijo de esta Iglesia, suplicadle que nos ayude a tener un corazón abierto a la misión para llevar a cabo esta nueva tarea evangelizadora.

Con todo afecto se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

71 FRANCISCO, EG, nº 27

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Enero

Visita Pastoral

En este año 2015 que acaba de comenzar, tendrá lugar el inicio oficial de mi Visita pastoral a toda la Diócesis. Las palabras del Salmo 71 me dieron la clave para el lema y el título de esta Visita: ¡Que la paz del Señor esté con vosotros! Es mucho más que un saludo litúrgico, es un deseo que brota del corazón de aquel que es enviado como pastor, en nombre de Cristo, para cuidar de una porción del Pueblo de Dios y visitar las diferentes comunidades cristianas para desearles que la gracia y la paz de Dios esté siempre con cada una de las parroquias de esta Iglesia particular, y así florezca la santidad en cada uno de sus miembros.

Un signo de esa santidad de vida es que reine la paz en nuestras comunidades. Donde no hay paz, no hay caridad, ni justicia, ni comprensión, ni perdón, ni fraternidad. Donde no hay paz, no hay amor, y donde no hay amor, allí no está Dios porque Él es Amor. ¡Qué dolor experimentamos cuando nos encontramos comunidades cristianas llenas de bandos! Donde hay desunión, enfrentamientos, críticas negativas, discordias entre los hermanos, todo esto quebranta el orden y la armonía entre las personas, y resquebraja la comunión, porque los verdaderos frutos del Espíritu son amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, templanza. Es este el programa de vida que el Santo Padre desea que se haga experiencia viva en nuestros corazones y, a partir de ahí, se logrará cambiar nuestras comunidades parroquiales, las zonas pastorales, el Arciprestazgo, en definitiva, la Diócesis.

Desde el primer momento en que asumí el ministerio episcopal, ha sido mi intención visitar todas las comunidades parroquiales y demás instituciones eclesiales de la Diócesis. No he podido realizar, plenamente, mi deseo; primero, porque durante el Año de la Fe, 2012-2013, he tenido que presidir distintos actos en las peregrinaciones a la Catedral de San Martín; ahora, nos encontramos inmersos en el Año Mariano, al que prestamos especial atención; por otra parte, el mucho tiempo que debo dedicar a solventar delicadas cuestiones del gobierno pastoral me atan más de lo que imaginaba. A pesar de todo, siempre que he sido invitado por los sacerdotes, en la medida de mis posibilidades, acudí a las parroquias, desde O Tameirón, hasta A Corna; desde San Juan de Rio, hasta Entrimo, pasando por las villas y todas las parroquias de la ciudad de Ourense pudiendo comprobar, personalmente, cuál es la situación de nuestra Iglesia.

Mientras que he podido encontrarme, varias veces, con los fieles de algunas parroquias, en cambio, hay otras muchas que todavía no conozco físicamente; de ahí que desee, como es mi obligación, ir visitando, poco a poco, sistemática-

mente, todas las parroquias ayudando y atendiendo a los sacerdotes, que son mis principales colaboradores en la tarea pastoral.

La Visita pastoral debe prepararse con intensidad. No es un acto protocolario, ni una auditoría pastoral, sino que es una ocasión de gracia que iniciamos en el marco de ese gran proyecto pastoral que nos hemos trazado para estos próximos cursos: Ourense en misión con María. De ahí que debe ser una oportunidad para ponernos en misión. Os invito a que aprovechéis este momento para llevar a cabo una catequesis intensa sobre el misterio de la Iglesia, la figura del Obispo en la Diócesis y el sentido de la Visita pastoral a una parroquia. Sería bueno organizar algunas conferencias o charlas para el pueblo, y ofrecer a los fieles unos ejercicios espirituales adaptados a los horarios de sus ocupaciones, o realizar una misión popular. Todas estas iniciativas debieran ser preparadas y vividas dentro del marco de la pastoral de comunión. Solos podemos poco. Es necesario reunir a los fieles de varias parroquias en los centros de referencia o en los Arciprestazgos, sobre todo en el ámbito rural, porque la visita de aquel que viene en el nombre del Señor debe ser una ocasión de gracia con la que Jesucristo se hace presente en medio de los fieles.

Con afecto, os bendice.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Febrero

Una luz en el camino de la Iglesia

Nuestra Iglesia particular ha sido, y sigue siendo, muy rica por la presencia de la vida consagrada. Dentro del proyecto de Ourense en misión con María quisiera que hiciésemos presente esta realidad en toda nuestra Iglesia particular, de manera especial teniendo en cuenta que el año 2015 ha sido declarado por el Santo Padre el Año de la vida Consagrada. Tanto la vida monástica – masculina y femenina – que nos llena de gozo con su silenciosa pero fecunda existencia, como las órdenes religiosas y las congregaciones modernas, así como los institutos seculares y las sociedades de vida apostólica, y los otros estilos de vida, constituyen una riqueza presente en esta Iglesia que tanto le debe a la vida consagrada. Hemos querido darle una especial importancia organizando el Congreso Regional de Galicia, en el que os invito a todos a participar, bajo el lema: Una luz en el camino de la Iglesia, como un signo de nuestra preocupación y estima por la riqueza que encierra esta vida en y para nuestras Iglesias particulares.

Estos hermanos y hermanas nuestros, por propia vocación, de acuerdo con sus carismas específicos, insertos en la vida de esta Diócesis están llamados a ser esos

testigos creíbles del Evangelio y, al igual que en el pasado algunos religiosos de diferentes órdenes y congregaciones, misionaron gran parte del territorio diocesano, en este momento, les invitamos a reemprender este ritmo misional que dio tantos frutos de santidad y vocaciones.

Los miembros de la vida consagrada, entendida ésta en general, deben sentirse parte muy notable en la pastoral diocesana, de la que el Obispo es el responsable último. ¡Contamos con vosotros! Sin vuestra presencia el ser de esta Iglesia estaría como mutilado, sería imperfecto. Los monasterios y las congregaciones de vida contemplativa, así como los religiosos y religiosas ancianos y enfermos son los evangelizadores que oran, trabajan y experimentan en su existencia el misterio fecundo de la cruz. Para esta tarea en la que estamos implicados necesitamos el pulmón de la oración. En el regazo de sus vidas dejamos este ambicioso proyecto pastoral de una nueva etapa evangelizadora que deseamos que sea alegre, generosa, audaz y fecunda, de modo que los cristianos se conviertan en auténticos misioneros que tengan el arrojo de manifestar a Jesucristo vivo a todos los que se han alejado, perdieron su fe, o quizás nunca la tuvieron.

De manera especial, en la Diócesis existe una presencia de un estilo peculiar de vida consagrada cuyo carisma se centra en los más desfavorecidos: ancianos abandonados, mujeres maltratadas o personas que viven en la marginalidad, niños con serias dificultades... Estas religiosas y religiosos, a través del ejercicio de la caridad, se convierten en auténticos misioneros del amor misericordioso de Dios, porque dejándose amar por el que es Amor, desean y buscan el bien de los más desfavorecidos y así hacen creíble a la Iglesia.

Por otra parte, no podemos olvidar que la Iglesia, como Madre y Maestra, lleva en sus entrañas la pasión por la docencia. Cuántas hermosas y fecundas realidades siguen todavía hoy presentes, algunas como sombras silentes de un pasado glorioso, otras como testigos actuales de las grandes instituciones monásticas de esta tierra. En esos lugares se formaron tantos cristianos, aprendieron tantas cosas para la vida y para el desarrollo mismo de los pueblos: Celanova, Oseira, Monterrei, Melón, Ribadavia, Santa Cristina, San Esteban, San Pedro de Rocas, etc. Ya en época moderna la presencia de los Mercedarios de Verín, los padres Franciscanos en la ciudad de Ourense y en Ribadavia, los Padres Paúles, los hijos de Don Bosco que no solo dirigen dos centros educativos en nuestra provincia, sino que también nos ayudan en tareas pastorales; los Hermanos Maristas, las muchas congregaciones femeninas: las Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios, las Carmelitas de la Caridad, las Franciscanas, las Calasancias, las Hijas de la Caridad, las Misioneras del Divino Maestro, las Siervas de San José, las Religiosas del Amor de Dios, las Hijas de la Providencia, etc. Son un eco elocuente de esta tarea evangelizadora que conviene valorar y es preciso revitalizar.

Todos vosotros, sea cual sea vuestra situación y edad, aunque ya no tengáis

tareas académicas directas, con el estilo alegre de vuestra vida consagrada tenéis que convertirlos en auténticos misioneros y misioneras. Que vean y perciban que vuestra manera de vivir la existencia cotidiana puede convertirse en un proyecto de esperanza que también consigue dar sentido a esas vidas que se abren al futuro inmediato y se encuentran con muchas posibilidades de “ser”. No os dejéis llevar de los respetos humanos, ni de edulcorantes presentaciones de la vida y doctrina de Jesucristo ¡Recordad vuestra llamada! Estoy seguro de que en los orígenes de vuestra vocación estuvo presente una religiosa, un religioso, un sacerdote, un confesor, un amigo que os llevó con alegría a Jesucristo. Descubrid nuevos estilos de misión y no os dejéis llevar de los pesimismos estructurales. Es verdad que los tiempos han cambiado y que nuestros niños y sus familias se mueven dentro de otros paradigmas educativos, pero vosotros sois religiosos/as, en vuestros centros debe existir siempre un “plus” diferencial que muchas veces aparece recogido específicamente en la vida de vuestros fundadores y, casi siempre se contempla en vuestros proyectos educativos y en los idearios de los centros. Olvidemos los pudores a la hora de proponer el mensaje y el estilo de vida cristiana; porque un anuncio renovado ofrece a los no creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora.

Vuestros fundadores vivieron existencias difíciles, quizás mucho más complicadas que las nuestras y supieron ser fieles a sus ideales. Os ruego que no perdáis la esperanza y volved, constantemente, a la belleza de vuestros carismas educativos y seréis auténticos misioneros y misioneras. Atrevedos a proponer, una vez más, a pesar de los muchos fracasos con los que os hayáis encontrado, la llamada de Dios a la vida religiosa, de manera especial, no sólo con las palabras, sino con el estilo de vuestra vida, porque el testimonio coherente arrastra. ¡Los niños y los jóvenes, así como las familias de Ourense os necesitan!

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Marzo

Luchemos contra la indiferencia

Tengo que reconocer, una vez más, que el Santo Padre me llena de una profunda sorpresa cada vez que le leo o le escucho. Su voz cálida y, a mismo tiempo, libre de cualquier tipo de retórica, penetra en el corazón y lo encamina al encuentro consigo mismo y con Dios. Una vez más, el mensaje para la Cuaresma de 2015 no nos deja indiferentes; es más, se centra, de forma original, en todo lo que él llama “la globalización de la indiferencia”. ¿Quién nos lo iba a decir, que

la indiferencia se convertiría en un tema de lucha para nuestra Cuaresma? Quizás porque nos sentimos tan placenteramente situados en nuestras cosas, en nuestros pequeños mundos y problemas, que no somos capaces de descubrir las tragedias que acompañan la vida de tantos de nuestros contemporáneos. Si notamos que esto sucede así, es que la indiferencia está enquistada en nuestra existencia y nos ha llevado a construir un mundo, nuestro pequeño mundo, que convertido en autorreferencial nos impide salir de él para abrirnos a tantas necesidades como nos rodean.

Esa indiferencia tiene su raíz en nuestra falta de fe. Cuando perdemos esta visión sobrenatural que nos ayuda a tener una perspectiva abierta sobre la realidad, entonces estamos incapacitados para dar gracias a Dios por tantas cosas de las que somos conscientes y, también por otras muchas que ignoramos. Cuando somos indiferentes con Dios, con la Iglesia y con los otros, terminamos pasando de todo y llega el momento en el que, incluso, podemos pasar de nosotros mismos.

Nos encontramos en una sociedad, tanto en las ciudades como en las villas y en las aldeas, en la que se vive una gran indiferencia para con Dios. Percibimos que pasar de Dios se ha convertido en un estilo de vida que viene arropado por la filosofía de moda, aquella que ha colocado el progreso en la cima de sus postulados. En nuestro mundo parece que ser modernos o actuales consiste en estar situados en la cresta de la marcha actual y supone mantener una postura de indiferencia ante Dios y ante lo que su presencia significa y no digamos contra todo aquello que se refiere a la Iglesia. ¿Cuántos de nuestros contemporáneos conocen las muchas actividades solidarias y caritativas de nuestras parroquias? ¿cuántos saben la cantidad de horas de dedicación de los voluntarios de algunas de nuestras parroquias a la causa de los inmigrantes? ¿y la ayuda material que parte de la iniciativa de nuestros curas? Si lo supiesen no estarían dándole tantas vueltas al IBI y a los impuestos de la Iglesia, y todo esto sin subrayar la profunda labor asistencial y humanizadora de muchos sacerdotes en el mundo rural, abandonado por todos. Muchos de nuestros pueblos han quedado abandonados, el pequeño grupo de personas que quedan, la mayor parte ancianos, sólo tienen la visita del sacerdote que se preocupa de ellos.

El Papa Francisco, sabio conocedor del corazón humano, nos quiere ayudar a despertar de esa indiferencia que envenena, paulatinamente, nuestro compromiso cristiano. Para ello nos propone que descubramos a la Iglesia como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad.

Para romper con esa cristalización que provoca la indiferencia ante todo y ante todos se nos propone que nos dejemos servir por Cristo y así llegar a ser como Él; esto lo podemos hacer cuando le dedicamos tiempo para acoger y escuchar la Palabra de Dios y, de manera especial, en la cuaresma. Se nos invita a dejarnos

tocar por la comunión de los santos y por las cosas santas que generan un gran bien que, recibido por nosotros, es para el bien de todos, en especial de los más necesitados.

La Palabra de Dios, acogida en nuestra vida como lo hicieron los mejores hijos e hijas de la Iglesia, nos invita a cruzar el umbral de la indiferencia y a ponernos, como auténticos discípulos misioneros, al servicio de los hermanos.

La Cuaresma de este año nos ayuda a despertar del sueño mortal de la indiferencia, a luchar contra ella y a descubrir, una vez más, que nuestros corazones, nuestras parroquias y comunidades, deben luchar por ser, en medio de nuestra sociedad, islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia.

Santa María Nai, en este Año Jubilar, nos ayudará a ponernos en camino para llevar a cabo este deseo del Papa y de la Iglesia para la Cuaresma: ¡guerra a la indiferencia!

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **20 de marzo de 2015**

Rvdo. Sr. D. José Ramón Hernández Figueiredo, *Administrador parroquial de Santo Tomé de Maside.*

Rvdo. Sr. D. Manuel Cid Cid, *Administrador parroquial de San Miguel de Ramil.*

Rvdo. Sr. D. Manuel Cacheiro Fernández, *Administrador parroquial de Santiago de Zorelle.*

Rvdo. Sr. D. Manuel Pérez Vences, *Administrador parroquial de Santa María de Niñodagua.*

DEFUNCIONES

Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

+ **D. Manuel Fernández Cougil**, párroco emérito de San Andrés de Guilla-mil. Falleció el 18 de enero de 2015, a los 95 años de edad.

+ **D. Álvaro Selas Gómez**, Párroco de San Salvador de Torno. Fallecido el 2 de febrero de 2015, a los 84 años.

+ **Mons. Emilio Losada Castiñeiras**, Canónigo emérito de la S. I. Catedral, Prelado de Honor de Su Santidad. Fallecido el 4 de febrero de 2015, a los 91 años.

+ **D. Emilio Salgado Valdés**, Capellán castrense emérito, fallecido el 28 de febrero de 2015, a los 89 años de edad.

+ **D. Adolfo Enríquez Méndez**, párroco de San Salvador de Vilanova dos In-fantes y administrador de Santa María de Ansemil, San Lorenzo de Cañón y San Martín de Domés. Falleció el 10 de marzo de 2015, a los 77 años.

DESCANSEN EN PAZ.

Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano, al Sr. Obispo, agradeciendo la aportación de la Diócesis de Ourense al Óbolo de San Pedro



SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Vaticano, 20 de enero de 2015

NN. 57.010 / 57.014

Excelencia:

A través de los buenos oficios de la Nunciatura Apostólica en ese País, y en nombre de la Diócesis de Ourense, ha tenido a bien enviar la cantidad de 1.734,58 euros, para el Óbolo de San Pedro, y una suma de 1.000 euros destinada a las necesidades de la Santa Sede, según la norma del canon 1271 del C.I.C. Dichas aportaciones se contarán en el balance del año 2014.

El Papa Francisco aprecia y agradece cordialmente este noble gesto de comunión eclesial. A la vez que pide que no lo olviden en su oración, invoca sobre Vuestra Excelencia, ministros ordenados, consagrados y fieles de esa Iglesia particular abundantes dones divinos, para que vivan con gozo el cometido de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera para llegar a todos.

Con estos sentimientos, el Sumo Pontífice imparte de corazón la Bendición Apostólica, prenda de copiosos favores celestiales.

Aprovecho gustoso la oportunidad, Excelencia, para expresarles el testimonio de mi consideración y estima en Cristo.

* Angelo Becciu
Sustituto

Mons. José Leonardo LEMOS MONTANET
Obispo de Ourense

OURÉNSE

EL INSTITUTO PARA LA SUSTENTACIÓN DEL CLERO

Decreto de constitución del Instituto para la Sustentación del Clero (ISC)



LEONARDO LEMOS MONTANET
OBISPO DE OURENSE

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

DECRETO

En su día, uno de mis Ilustres predecesores, Mons. José Diéguez Reboredo (1987-1996), constituyó el 1 de septiembre de 1988, el *Fondo Común Diocesano* para proveer al sustento del Clero.

Considerando la conveniencia de crear un sistema justo, equitativo y actualizado para procurar que a los sacerdotes, atendiendo a sus exigencias personales y ministeriales, tengan todos una justa retribución que les ayude a observar una existencia digna y sobria, procurando no dar escándalo al Pueblo de Dios.

Acogiendo el estudio y el criterio favorable del Consejo Presbiteral.

Y considerando finalmente que los presentes Estatutos del I.S.C., deben recibir el refrendo del Obispo para que gocen de la autoridad que les corresponde y tengan fuerza vinculante.

Teniendo en cuenta la experiencia de otras iglesias diocesanas y con el fin de que el I.S.C. mantenga la suficiente autonomía financiera y contable con respecto a cualquier otro organismo administrativo, por el presente

DISPONGO

Constituir, según el dictado del c. 1274 § 1, el INSTITUTO PARA LA SUSTENTACIÓN DEL CLERO (I.S.C.) que se registrará por los presentes Estatutos y, de acuerdo con los mismos, mantendrá su autonomía, delimitando claramente el capítulo del sustento del clero del resto de los fines propios de la Diócesis.

Que todo cuanto se refiere al I.S.C., se tenga por válido, a partir de 1 de enero de 2015, fecha de su constitución.

Que tanto el presente Decreto como el articulado de los Estatutos que con él se ponen en vigor sean publicados en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en Ourense, a uno de enero de dos mil quince.



Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Notifíquese y publíquese.

Por mandato de S.E. Rvdmo.
M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller Secretario

Emilio Rodríguez Álvarez

Instrucción pastoral

Acabamos de celebrar los cincuenta años de la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Este evento eclesial ha dejado una huella indeleble en el corazón de la Iglesia y una valiosa herencia de la que somos deudores. Esta Iglesia se nos presenta como *signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG nº 1)*, que va *peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*¹, anunciando al Señor Resucitado que es la clave fundamental de la existencia del ser humano. Esta Iglesia es un misterio de fe y amor de Dios para con la humanidad, *vive su misterio, lo alcanza sin cansarse nunca y busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano*². Esta Iglesia se renueva y rejuvenece con la fuerza de la alegría del Evangelio que *llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*.³

En la Iglesia, esta gran *familia de Dios en el mundo*⁴, obra de la Trinidad Beatísima, hay diversidad de miembros y oficios, pero *uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios*.⁵ Entre esos ministerios se encuentra el que ejercen, por el bien de todo el Pueblo de Dios, los obispos, con sus colaboradores, los presbíteros y diáconos⁶.

Con la finalidad de que la obra de Jesucristo se haga presente y se actualice en el seno de esta Iglesia, los sacerdotes en comunión con el obispo, deben entregarse con todo su ser al bien de todos los fieles. De ahí que desde el primer momento en el que he iniciado mi ministerio pastoral en esta Iglesia particular, he sido consciente de que el obispo y los sacerdotes hemos sido constituidos, por don de Dios, como servidores de la misión apostólica en este lugar determinado geográficamente que está enriquecido por una historia cristiana más que milenaria y por tantos signos elocuentes de santidad. Sabiendo, además, que en el ejercicio de la *cura animarum* la principal responsabilidad le afecta a los sacerdotes en virtud de su incardinación al haber sido *consagrados enteramente*⁷ al servicio de la Iglesia en Ourense he decidido fundar el **Instituto para la sustentación del Clero** (ISC), a tenor de lo establecido por el Concilio Vaticano II, en donde se afirma que el Presbiterio Diocesano *es una sola familia* cuyo padre es el obispo y está obligado a distribuir adecuada y equitativamente los ministerios sagrados

1 SAN AGUSTIN, *La ciudad de Dios*, XVIII, 52,2.

2 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, nº 7.

3 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 1

4 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, nº 23b

5 Concilio Vaticano II. Constitución dogmática *Lumen Gentium*, nº 7

6 Cf. *Lumen Gentium*, nº 20

7 Cf. *Christus Dominus*, nº 28.

entre sus sacerdotes, para ello debe gozar de la necesaria libertad a la hora de realizar los nombramientos de los oficios eclesiásticos sin que nada ni nadie le condicionen. Para lograrlo, el Concilio suprime los derechos y privilegios del clero⁸ y, de acuerdo con lo establecido en la praxis canónica⁹ y con la legislación de la Conferencia Episcopal Española¹⁰ determina que *las rentas y la misma dote de los beneficios* que existan en nuestra Diócesis serán una de las fuentes de financiación del mencionado Instituto.

Con la finalidad de que los sacerdotes se puedan dedicar *enteramente* al ejercicio del ministerio pastoral, el obispo debe preocuparse de que se cuiden *las condiciones espirituales, intelectuales y materiales de los sacerdotes, a fin de que puedan vivir santa y piadosamente y cumplir fiel y fructuosamente su ministerio*¹¹; para ello es imprescindible que reciban una adecuada y *justa remuneración*¹². Con el fin de que esta obligación no fuese descuidada por los pastores, este deseo fue recogido por la legislación de la Iglesia (c. 281). Esta asignación adecuada procurará que el sacerdote no se sienta obligado a buscar otras gratificaciones económicas complementarias ejerciendo actividades ajenas a su ministerio cosa que puede oscurecer el significado de su propia elección vocacional y reducir su actividad pastoral y espiritual¹³.

Esta Iglesia Diocesana ha procurado cumplir con estas exigencias tan humanas, siendo varias las formas empleadas a lo largo de su historia, porque *el obrero merece su salario* (Lc. 10, 7). Hasta el Concilio Vaticano II, y tal como venía recogido en el Código de 1917, la forma utilizada en nuestra Iglesia particular, al igual que en otras muchas diócesis que son mayoritariamente rurales, era el llamado sistema benefical. Cuando el obispo asignaba un “oficio”, este llevaba anejo un “beneficio” que, normalmente, estaba constituido por una serie de bienes con los que el clérigo y su familia se sostenían. En el contexto de una sociedad mayoritariamente rural, el sacerdote llegaba a “encarnarse” en aquel sistema de vida que, además del ejercicio de su ministerio en su parroquia y de la ayuda que podía prestar a los compañeros de su entorno, se dedicaba bien él mismo y sus familiares, o bien a través de terceras personas, al cuidado y a la administración de aquellos bienes, que junto con los estipendios era de lo que disponía para su mantenimiento. Evidentemente, este sistema tenía mucho de injusto, pues mientras unas parroquias poseían buenos beneficios, otras, en cambio, carecían de ellos y el sacerdote encargado de la misma vivía en condiciones adversas e injustas.

8 Cf. *Ibíd.* nº 28.

9 Cf. CIC, cc 1272,1274 y 281.

10 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Decreto sobre las normas complementarias al nuevo Código de Derecho Canónico*, art. 10, 11, 12 y 14: nº 6 (abril-junio 1985) 61-65

11 *Ibíd.* nº 16.

12 *Presbyterorum ordinis*, nº 20.

13 Cf. *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*, nº 80.

A partir del Concilio, y de manera especial del Código de 1983 –tal como ya se ha indicado – se insta a los obispos y a las Conferencias Episcopales que creen un sistema justo, equitativo y más actualizado para procurar que los sacerdotes tengan todos una misma nómina que les ayude a observar una existencia digna y sobria, procurando no dar escándalo al Pueblo de Dios con un tenor de vida disipado y consumista. En su día, uno de mis ilustres predecesores, Mons. Diéguez Reboredo (1987-1996), el 1 de septiembre de 1988, constituyó el Fondo Común Diocesano para proveer al sustento y remuneración del clero. Sin embargo, ese fondo contablemente se integraba dentro de la Administración Diocesana.

Teniendo en cuenta las experiencias de otras iglesias diocesanas y con el fin de que se mantenga la suficiente autonomía financiera y contable con respecto de cualquier otro organismo administrativo, he decido constituir este ***Instituto para la Sustentación del Clero*** (ISC) a tenor del c. 1274 § 1 que, de acuerdo con sus propios estatutos, mantenga su autonomía, delimitando claramente el capítulo de la sustentación del clero del resto de fines propios de la Diócesis.

Este Instituto se alimentará, además de las aportaciones voluntarias de los sacerdotes y otros ingresos señalados en las fuentes de financiación, de la partida asignada **para tal fin por el Fondo Común Interdiocesano**, y se regirá por los siguientes estatutos.

Estatutos por los que se rige el Instituto para la Sustentación del Clero

NATURALEZA Y FINES DEL ISC

Artículo 1. El ISC es un instituto canónico de la Diócesis de Ourense, creado a tenor del c. 1274, § 1 del Código de Derecho Canónico. Por lo tanto, la Diócesis de Ourense es titular de este Instituto Canónico que pretende facilitar el ejercicio de la comunicación cristiana de bienes, corrigiendo las injustas desigualdades económicas, entre los distintos miembros del mismo presbiterio.

Artículo 2. El ISC tiene autonomía financiera y contable con relación a la Administración Diocesana; en consecuencia, administrará, en comunión con toda la diócesis, su propio patrimonio, elaborando y ejecutando sus propios presupuestos de ingresos y gastos.

Artículo 3. Son beneficiarios de las prestaciones económicas a cargo del ISC los sacerdotes y diáconos integrados en la estructura diocesana, así como aquellos que hayan alcanzado la condición de pensionistas y/o jubilados; estos últimos en concepto de complemento de pensión que reciben de la Seguridad Social.

Artículo 4. Los **fines generales** del ISC son:

- a) Llevar a la práctica, en el aspecto económico también, la *fraternidad*

sacramental (PO 8), compartiendo los bienes o recibiendo dignamente lo que en justicia está exigiendo el espíritu de la auténtica comunión de bienes.

b) Potenciar en todos los fieles cristianos de la diócesis un clima de solidaridad fraterna y de comunicación cristiana de bienes para con los sacerdotes.

Artículo 5. Son **fines específicos** del ISC:

a) Retribuir anualmente a los sacerdotes en activo con **catorce pagas** y a los jubilados con **catorce complementos**.

b) Velar para que todos los sacerdotes y diáconos que ejerzan su ministerio integrados en la estructura diocesana, así como aquellos que hayan alcanzado la condición de pensionistas y/o jubilados, perciban la retribución necesaria para alcanzar la cuantía mensual establecida, según principios de justicia y equidad, por el Obispo.

FUENTES DE FINANCIACIÓN

Artículo 6. El ISC cuenta con las siguientes fuentes de financiación:

a) La **aportación de la Diócesis de Ourense**, que tiene como primera partida de sus gastos *el sustento del clero y demás ministros* (c. 1254 § 2). Un mínimo del 40 % de la asignación que se reciba del Fondo Común Interdiocesano.

b) El 50% de los estipendios de **misas de binación** entregados a la Diócesis.

c) Las **aportaciones voluntarias de los mismos sacerdotes**.

d) Las **aportaciones** de las instituciones que deseen contribuir con el ISC.

e) Las **colectas** que el Obispo estableciera con este destino.

f) Las **donaciones, legados y herencias** que se reciban con este fin.

g) Las **rentas** y la misma dote de los beneficios propiamente dichos que existan en nuestra Diócesis y que gradualmente se le puedan ir pasando, ateniéndose al dictado y espíritu del c. 1272.

h) Los **bienes de las fundaciones pías no autónomas** de más de cincuenta años de antigüedad, declaradas extintas en virtud de decreto episcopal, respetando otras voluntades de los fundadores expresamente manifestadas (c. 1303 § 2).

i) Las **rentas de las fundaciones que superan la plena satisfacción de las cargas fundacionales**, salvada la cantidad que destina el fundador en sus condiciones o cláusulas o que el Obispo estime conveniente para la necesaria redotación del capital.

j) Las **rentas de las fundaciones constituidas a favor del ISC**.

k) La **aportación voluntaria de los ingresos personales del clero**, a tenor del baremo acordado en su día por el Consejo Presbiteral y aprobado por el Obispo.

l) La **contribución** que el Obispo pudiera imponer a las personas jurídicas de la diócesis a tenor del c. 1263 del Código de Derecho Canónico

CRITERIOS GENERALES DE RETRIBUCIÓN

Artículo 7. Todo sacerdote que ejerce el ministerio integrado en la estructura diocesana, con disponibilidad para el servicio de la misma, tiene ***derecho a percibir la retribución que se establezca*** a tenor del art. 5 de los presentes estatutos. La disponibilidad implica que no se encuentra al servicio fijo o contratado de ninguna otra entidad estatal o privada al margen de toda intervención de la autoridad eclesiástica.

Artículo 8. La retribución, que establezca el Obispo a tenor del art. 5, deberá ser “conveniente a su condición” (cc. 281-283), teniendo en cuenta:

- la naturaleza del cargo y la dedicación
- las circunstancias de lugar y de tiempo
- la homologación con casos similares
- la posibilidad de ayudar a los pobres
- las convenientes vacaciones
- la posibilidad de pagar servicios imprescindibles
- la sencillez de vida propia del sacerdote
- la formación permanente.

Artículo 9. El Obispo, después de oír al Consejo Presbiteral, al Colegio de Consultores, al Consejo de Asuntos Económicos y a la Junta de Administración, establecerá el reglamento por el que han de regirse las retribuciones de los clérigos que prestan un servicio en la Diócesis y se abonan con cargo al ISC.

Artículo 10. La ***retribución total*** de un sacerdote con cargo al ISC por sus diversos ministerios no podrá ser superior en ningún caso al doble de la dotación básica según los criterios aprobados por el Obispo para cada año.

Artículo 11. Cuando la ***dedicación a ministerios eclesiales se retribuya en parte con fondos no diocesanos***, el sacerdote tendrá derecho a los ***complementos***, según los criterios aprobados por el Obispo y siempre que no renuncie a ellos de forma voluntaria.

Artículo 12. La ***dedicación parcial a ministerios diocesanos*** por parte de aquellos sacerdotes que se dedican a funciones no eclesiales con la aprobación del Ordinario del Lugar, da derecho a percibir los ***complementos***, según los criterios aprobados por el Obispo, a no ser que renuncie a ellos de forma voluntaria.

Artículo 13. Todo sacerdote, ***en etapa de formación y realizando estudios*** fuera de la Diócesis ***enviado por el Obispo***, tiene ***derecho a percibir de ISC la retribución que establezca*** el Obispo, a tenor del art. 5 de los presentes estatutos.

Artículo 14. Los sacerdotes ***jubilados y eméritos***, que han prestado servicios a la Iglesia durante toda su vida activa, incluidos los sacerdotes misioneros jubilados, tendrán siempre asegurada la retribución justa establecida para cada

año. El ISC entregará a cada jubilado, en concepto de **complemento mensual**, la cantidad que reste desde lo percibido de la pensión a cargo de la Seguridad Social hasta el total de su retribución justa, establecida por el Obispo.

Artículo 15. Los **miembros de vida consagrada** (IR o SVA) con dedicación plena o parcial a ministerios encomendados por el Obispo recibirán, mientras estén al servicio de la Diócesis, la misma remuneración establecida para los presbíteros diocesanos en idénticas circunstancias, sin perjuicio de los convenios establecidos.

Artículo 16. Todos los sacerdotes de la Diócesis que presten o han prestado servicios a la misma, una vez recibida la cuantía que les corresponde con cargo al ISC y no alcancen con sus ingresos normales la retribución justa establecida, se verán compensados con un **complemento** hasta alcanzar dicha cantidad.

A estos efectos, se entienden por ingresos normales los siguientes:

- La retribución establecida con cargo al ISC.
- La aportación de la Parroquia o de la institución a la que sirve, por los servicios prestados.
- Los ingresos por cualquier actividad o título ministerial, en instituciones civiles o eclesiásticas.

Artículo 17

§ 1. Los sacerdotes que tengan derecho a recibir complemento del ISC (aquellos incluidos en los artículos 11 y 12) están obligados a presentar ante la Junta de Administración de este Instituto la declaración anual de sus ingresos por todos los conceptos. En caso de no hacerlo se considerará que no tiene necesidad de complementos.

§ 2. Los sacerdotes que no reciban complemento del ISC pueden hacer ante la Junta de Administración esa declaración de ingresos en orden a contribuir libre y solidariamente en este Instituto de solidaridad fraterna.

§ 3. Las declaraciones de ingresos de los sacerdotes en uno y otro caso deben presentarse durante los primeros meses del año y se referirán a los ingresos totales anuales del año vencido.

§ 4. En caso de que a lo largo del año cambie la situación económica del sacerdote, éste debe informar al ISC para que sean atendidos sus derechos.

Artículo 18. Todos los sacerdotes a los que se refiere el art. 3 pueden solicitar ayudas para atender necesidades pastorales, personales, por enfermedad o por cualquier otro problema que requiera solución urgente, quedando a juicio del Obispo, oída la Junta de Administración, el aprobarla y fijar la forma o cuantía de la concesión.

Artículo 19. Las cantidades que deban percibir los sacerdotes, se harán a través del “abono de la nómina”, con objeto de facilitar las tareas administrativas del propio ISC.

ORGANIZACIÓN Y GOBIERNO

Artículo 20. El Obispo es el responsable último de la economía diocesana (c. 1276) con la asistencia del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos y del Colegio de Consultores (c. 1277), si bien la administración económica la lleva a cabo por medio del Ecónomo Diocesano, bajo su autoridad (c. 494).

Artículo 21

§ 1. El ISC se rige por la *Junta de Administración*, que estará presidida por el Obispo, que nombrará como miembros de esta Junta: el Administrador del ISC, el Vicario General, el Canciller Secretario General del Obispado, que actuará como Secretario de la Junta de Administración, el Delegado Episcopal para el clero, el Delegado para Asuntos Económicos, el Ecónomo Diocesano con voz pero sin voto, y dos sacerdotes elegidos por el Consejo Presbiteral para un servicio de cuatro años, todos ellos con libre acceso a las cuentas.

§ 2. La Junta de Administración tomará sus decisiones, en materia de acuerdos, con el voto de la mayoría absoluta de los presentes. Si después de dos votaciones no se llegase a la mayoría absoluta, sería suficiente, en la tercera, la mayoría relativa. Todos los acuerdos necesitarán la aprobación del Presidente

Artículo 22. Es *competencia* de la Junta de Administración:

- a) Cumplir y hacer cumplir los presentes Estatutos.
- b) Conocer y dar el parecer acerca de los expedientes sobre prestaciones reglamentarias.
- c) Urgir al cumplimiento de los deberes de los miembros del Instituto.
- d) Dar el parecer acerca de la concesión de nuevas ayudas a tenor del art. 18.
- e) Aprobar las cuentas anuales del Fondo, que serán presentadas por el Administrador del ISC al Consejo Presbiteral.

Artículo 23

§ 1. La administración del ISC se encomienda al *Administrador del mismo*, que deberá actuar de acuerdo con las normas establecidas en los presentes estatutos y bajo la dirección de la Junta de Administración, que debe aprobar todas las gestiones del Administrador.

§ 2. Una vez aprobado por parte del Obispo, oída la Junta de Administración, el balance o informe anual de la gestión del ISC, deberá presentarlo al Consejo Presbiteral y, por su medio, al clero en general.

Artículo 24. La Junta de Administración se reunirá de forma ordinaria, dos veces al año y además, extraordinariamente, siempre que sea convocada por el Obispo.

Artículo 25. El Obispo no podrá *extinguir* el ISC, sin oír a la Junta de Administración, al Colegio de Consultores, al Consejo de Asuntos Económicos y al Consejo Presbiteral. Una vez extinguido, si se diera el caso, tampoco podrá

dedicar los fondos de este Instituto para fines distintos de aquellos para los que fue creado.

Artículo 26. Los que contribuyen y los beneficiarios del ISC tienen derecho a que se les faciliten los estatutos debidamente formalizados y a pedir *información individualizada* de cuanto les concierne. Asimismo, tienen derecho a formular peticiones o reclamaciones, en su caso particular, sobre la aplicación de los criterios que rigen el ISC.

Artículo 27. La *reforma de los presentes estatutos* es competencia del Obispo, una vez oídos: la Junta de Administración, el Consejo Presbiteral, el Colegio de Consultores, y el Consejo de Asuntos Económicos.

DELEGACIÓN EPISCOPAL DE ECONOMÍA**RESULTADOS DE LA ACTIVIDAD DIOCESANA EN EL EJERCICIO 2014****INGRESOS/COBROS**

Fondo Común Interdiocesano	3.751.059,31 €
Ingresos varios (curia)	78.685,52 €
Intereses fondos fábrica, rectorales y otros	6.906,95 €
Colectas Parroquias	65.352,30 €
Colectas día de la Iglesia Diocesana (D.I.D.)	59.089,51 €
% Fiestas Parroquias	13.920,90 €
Aportaciones personales Sacerdotes	86.802,64 €
Binaciones Misas	16.149,00 €
Donativo Obra Capilla Remedios	10.000,00 €
Donativo Anónimo Sacerdotes	50.000,00 €
Ingresos Colecturía Santuario de los Milagros	77.709,00 €
Donativos	1.500,00 €
Ingreso Ventas Propiedades	716.860,00 €
Revista Comunidade	19.840,00 €
Subvenciones	24.174,06 €
TOTAL INGRESOS	4.978.049,19 €

GASTOS/PAGOS

Nóminas clero	-938.243,48 €
Kilometraje sacerdotes	-332.962,63 €
Sacerdotes curia	-118.189,80 €
Clero jubilado	-571.245,38 €
Complemento habitantes	-16.039,75 €
Complemento parroquias	-210.495,50 €
Sacerdotes Seminario	-213.606,48 €
Seguridad social clero	-237.501,77 €
Ayudas formativas	-1.013,93 €
Complementos salud	-14.624,00 €
ACUNSA	-60.971,80 €
Ayudas viviendas y otros	-56.478,72 €
Ayudas al Seminario	-188.961,07 €

Ayudas Conservación y Mantenimiento	- 182.706,54 €
Intereses fondos fábrica, rectorales y otros	-40.515,40 €
Sueldos y salarios personal seglar	-410.522,33 €
Gastos mantenimiento	-568.760,01 €
Gastos financieros	-284.806,53 €
Amortización de deuda (Pagos)	-603.613,06 €
TOTAL GASTOS	-5.051.258,18 €
RESULTADO NEGATIVO/POSITIVO	-73.208,99 €

PRESUPUESTOS DIOCESANOS PARA EL EJERCICIO 2015

Presupuesto Fondo General Diocesano (F.G.) 2015

INGRESOS ORDINARIOS

Fondo Común Interdiocesano 30%	1.036.703,00 €
Colectas Día de la Iglesia Diocesana	59.064,51 €
Revista Comunidad	19.840,00 €
Otros (Reprog., Vicaria Judicial, Aranceles, etc)	52.503,89 €
Arrendamientos	193.278,84 €
Colectas parroquiales	67.971,30 €
% Colectas fiestas parroquias	12.297,53 €
Aportación binaciones	7.919,50 €
Subvenciones	50.895,48 €
Ingresos financieros	33.000,00 €
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	1.533.474,05 €

GASTOS ORDINARIOS

Conservación rectorales	36.000,00 €
Conservación templos	72.000,00 €
Nóminas seglares	313.769,86 €
Seg. Social Seglares	98.942,52 €
Seguros	65.415,26 €

Desplazamientos	20.542,82 €
Comunicación y divulgaciones	14.783,44 €
Reparaciones ordinarias (Obispado y Casa Ejercicios)	35.004,85 €
Servicios profesionales	208.536,29 €
Suministros (electricidad, agua, teléfono, combustible)	57.922,67 €
Tributos locales	2.564,79 €
Ayuda Seminario Diocesano	188.961,07 €
Otros servicios	162.486,12 €
Gastos financieros y servicios bancarios	491.859,39 €
Intereses Fund., Rect. y otros	86.385,33 €
Presupuesto de Vicarías y Delegaciones	
Secretaría del Obispo	1.000,00 €
Secretaría de Comunicación.....	1.000,00 €
Vicaría de Pastoral	10.000,00 €
Vicaría de Pastoral.....	5.000,00 €
Delegac. Del Clero.....	1.000,00 €
Delegac. De Vocaciones.....	2.000,00 €
Delegac. De Vida Consagrada.....	1.000,00 €
Delegac. De Vida Liturgia.....	1.000,00 €
Vicaría para la Nueva Evangelización	10.000,00 €
Vicaría Nueva Evangelización.....	6.000,00 €
Delegación de Catequesis.....	2.000,00 €
Delegación de Juventud.....	2.000,00 €
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	1.876.174,41 €
Déficit ordinario F.G.	-342.700,36 €
Gastos extraordinarios	
Ayudas monetarias entidades FSMN y otros	176.000,00 €
TOTAL GASTOS EXTRAORDINARIOS	176.000,00 €
Déficit extraordinario F.G.	-176.000,00
TOTAL GASTOS F.G.	2.052.174,41 €
TOTAL DÉFICIL FONDO GENERAL	-518.700,36 €

Presupuesto Instituto para el Sustento (ISC) del Clero 2015**INGRESOS ORDINARIOS**

Fondo Común interdiocesano 70%	2.649.807,00 €
Aportación personal sacerdotes	81.678,21 €
Aport. Binaciones	7.919,50 €
Total ingresos ordinarios:	2.739.404,71 €

GASTOS ORDINARIOS PREVISTOS

Sustento del clero	914.508,30 €
Clero jubilado	571.245,38 €
Clero Seminario	213.606,48 €
Clero Curia	118.189,80 €
Complem. habitantes	16.039,75 €
Complem. parroquias	210.495,50 €
Ayuda vivienda	56.478,72 €
Desplazamientos	312.419,81 €
Compl. salud - ACUNSA	75.595,80 €
Seguridad Social Clero	237.500,00 €
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	2.726.079,54 €
RESULTADO DE ACTIV. ORDINARIA ISC:	13.325,17 €

Aportaciones parroquiales al Instituto para la Sustentación del Clero y Colectas del Ejercicio 2014

	Bruto	%Fiestas	D.I.D.*	Seminario	Óbolo	Santos Lugares	TOTAL
A Limia							
Abades, San Paio	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Aguís, San Martiño	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Alberguería, Santa María	-	-	16,50 €	-	-	-	16,50 €
Arás, Santa María	-	-	117,00 €	-	-	-	117,00 €
Baldriz, San Bartolomeo	-	-	55,00 €	-	-	-	55,00 €
Baltar, San Bartolomeo	300,00 €	-	100,00 €	-	-	-	400,00 €
Blancos, San Breixo	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Boado, San Pedro	50,00 €	-	13,90 €	-	-	-	63,90 €
Candás, San Martiño	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Caridade, Santa María	-	50,00 €	25,00 €	-	-	-	75,00 €
Carzoá, San Roque	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Cima de Riveira, San Miguel	7,00 €	2,00 €	1,00 €	-	-	-	10,00 €
Cobas, Santiago	-	-	5,00 €	-	-	-	5,00 €
Cobelas, Santa María	-	-	-	33,80 €	-	-	33,80 €
Couso de Limia, Santa María	-	-	45,00 €	-	-	-	45,00 €
Flariz, San Pedro	-	-	70,00 €	-	-	-	70,00 €
Flariz, Santa María Madalena	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Freixo, Santiago	-	-	31,90 €	-	-	-	31,90 €
Ganade, San Bartolomeu	12,00 €	10,00 €	8,00 €	-	-	-	30,00 €
Garabelos, Santiago	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Gudín, San Miguel	-	6,00 €	20,00 €	-	-	-	26,00 €

Guntin, Santa María	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Lamas de Xinzo, Santa María	115,00 €	-	191,00 €	-	-	-	306,00 €
Lampaza, Santa María	-	-	38,00 €	-	-	-	38,00 €
Lobaces, Santa María	-	-	-	-	-	25,00 €	25,00 €
Lodoselo, Santa María	-	-	34,80 €	-	-	40,60 €	75,40 €
Lucenza, Santa María	-	5,00 €	61,00 €	-	-	-	66,00 €
Montes, Santa Baia	-	-	102,00 €	-	-	-	102,00 €
Morgade, Santo Tomé	-	-	77,00 €	70,60 €	-	-	147,60 €
Mosteiro de Riveira, Santa María	7,00 €	5,00 €	3,00 €	-	-	-	15,00 €
Niñodagua, San Lourenzo	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Novás, San Nicolao	-	-	18,00 €	-	-	-	18,00 €
Ordes, Santa María	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Paradela, San Xoán	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Paradiña, Santa María Madalena	-	-	11,80 €	-	-	-	11,80 €
Perrelos, Santa María	25,00 €	-	10,00 €	-	-	-	35,00 €
Pexeiros, Santa María	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Piñeira de Arcos, San Xoán	-	-	47,00 €	-	-	-	47,00 €
Piñeira Seca, San Andrés	105,00 €	-	18,60 €	-	-	-	123,60 €
Rairiz da Veiga, San Xoán	-	-	55,00 €	-	-	-	55,00 €
Riofreixo (Sarreaus), San Salvador	-	-	51,60 €	-	-	-	51,60 €
Rubias dos Mixros, Santiago	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Sabucedo de Limia, San Salvador	12,00 €	8,00 €	5,00 €	-	-	-	25,00 €
San Millán, Santa María	-	5,00 €	30,00 €	-	-	-	35,00 €
Sandiás, San Estevo	208,00 €	160,00 €	600,00 €	110,00 €	-	-	1.078,00 €
Solveira de Limia, San Pedro	102,00 €	-	25,50 €	-	-	-	127,50 €

Texós, Santa María	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Tosende, San Lourenzo	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Trasmiras, San Xoán	-	-	-	-	-	25,00 €	25,00 €
Vilamaior da Boulosa, Santa María	50,00 €	-	50,00 €	-	-	-	100,00 €
Vilamaior da Xironda, San Salvador	15,00 €	15,00 €	162,00 €	-	-	-	192,00 €
Vilela, Santiago	-	4,00 €	35,00 €	-	-	-	39,00 €
Xinzo de Limia, Santa Mariña	-	-	507,00 €	479,50 €	-	-	986,50 €
Total A Limia	1.308,00 €	270,00 €	3.166,60 €	693,90 €	-	90,60 €	5.529,10 €
Allariz							
Abeleda, San Vicente	50,00 €	-	50,00 €	50,00 €	-	40,00 €	190,00 €
Allariz, San Estebo	525,00 €	450,00 €	400,00 €	-	-	-	1.375,00 €
Allariz, Santiago	-	-	-	300,00 €	-	150,00 €	450,00 €
Armariz, San Salvador	60,00 €	-	245,00 €	170,00 €	-	100,00 €	575,00 €
Calvelle, San Miguel	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Cantoña, San Mamede	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Corbillón, Santa María	15,00 €	90,00 €	38,00 €	-	-	-	143,00 €
Couciero, San Vicente	-	-	40,00 €	-	-	-	40,00 €
Espiñeiros, San Breixo	-	300,00 €	-	175,00 €	-	-	475,00 €
Figueiredo, San Pedro	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €
Gargantós, Santa Comba	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Golpellás, Santa Baia	-	-	24,00 €	-	-	-	24,00 €
Graña, Santiago	-	-	16,00 €	-	-	-	16,00 €
Mesón de Calvos, Santa María	5,00 €	-	30,00 €	-	-	-	35,00 €

Mezquita, San Pedro	-	-	200,00 €	-	-	-	200,00 €
Olás, Santa María	310,00 €	-	120,00 €	-	-	-	430,00 €
Pazó, San Martiño	200,00 €	-	110,00 €	-	-	-	310,00 €
Proente-Forxás de Viñas, San Andrés	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Queiroas, San Breixo	-	-	20,00 €	103,30 €	-	-	123,30 €
Rabeda, Santiago	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Requeixo, Santa María	-	-	15,00 €	113,00 €	-	-	128,00 €
San Torcuato, San Torcuato	-	-	12,00 €	-	-	-	12,00 €
Seoane de Allariz, San Xoán	80,00 €	-	60,00 €	-	-	-	140,00 €
Solveira de Belmonte, San Salvador	-	-	12,00 €	-	-	-	12,00 €
Sotomaior, Santiago	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Taboadela, San Miguel	25,00 €	18,20 €	186,35 €	105,00 €	-	-	334,55 €
Torán, Santa María	16,00 €	5,10 €	83,94 €	40,00 €	-	-	145,04 €
Torneiros, San Miguel	-	50,00 €	60,00 €	-	-	25,00 €	135,00 €
Touza, San Xurxo	20,00 €	10,16 €	113,68 €	35,00 €	-	-	178,84 €
Urros, San Mamede	-	-	25,00 €	45,00 €	-	-	70,00 €
Urros, Santa Baia	-	-	15,00 €	45,00 €	-	-	60,00 €
Vilanova de Allariz, Santa María	-	-	-	63,80 €	-	-	63,80 €
Xunqueira de Ambía, Sta. María La Real	200,00 €	50,00 €	120,00 €	155,00 €	-	65,00 €	590,00 €
Total Allariz	1.506,00 €	973,46 €	2.290,97 €	1.400,10 €	-	-	380,00 € 6.550,53 €
Baixa Limia							
Baños de Bande, San Xoán	-	-	-	70,00 €	-	-	70,00 €
Barxés, Santa María	240,00 €	-	45,00 €	-	-	-	285,00 €

Cadós, Santiago	-	-	-	45,00 €	-	-	45,00 €
Carpazás, San Pedro Fiz	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Grou, San Martiño	-	-	-	45,00 €	-	-	45,00 €
Grou, Santa Cruz	-	-	-	50,00 €	-	-	50,00 €
Lobios, San Miguel	22,07 €	34,00 €	60,00 €	-	-	-	116,07 €
Parada de Ventosa, San Pedro	-	-	-	50,00 €	-	-	50,00 €
Ribeiro, San Pedro Fiz	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Santa Comba de Bande, San Torcuato	-	-	-	90,00 €	-	-	90,00 €
Torno, San Salvador	-	-	140,00 €	95,40 €	-	-	235,40 €
Val de Riocaldo, Santa María	7,07 €	53,80 €	23,00 €	-	-	-	83,87 €
Vilar, San Pedro	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Total Baixa Limia	269,14 €	87,80 €	418,00 €	445,40 €	-	-	1.220,34 €
Carballiño							
Albarellos, San Miguel	-	350,00 €	120,00 €	105,00 €	-	50,00 €	625,00 €
Amarante (Dacón), Santa María	170,00 €	400,00 €	80,00 €	210,00 €	-	-	860,00 €
Anllo, Santiago	-	-	-	12,00 €	-	-	12,00 €
Arcos, Santa María	220,00 €	250,00 €	350,00 €	300,00 €	-	100,00 €	1.220,00 €
Astureses, San Xaio	200,00 €	450,00 €	110,00 €	100,00 €	25,00 €	75,00 €	960,00 €
Banga, Santa Baia	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Barbantes, Santiago	-	15,00 €	70,00 €	-	-	-	85,00 €
Beariz, Santa María	-	-	-	160,00 €	-	-	160,00 €
Cabanelas, San Xoán	-	-	15,00 €	-	-	-	15,00 €
Cameixa, San Martiño	40,00 €	30,00 €	-	-	-	-	70,00 €

Campo, Santa María	-	277,00 €	124,00 €	-	-	-	401,00 €
Canda, San Mamede	40,00 €	50,00 €	50,00 €	-	-	-	140,00 €
Carballiño, San Cibrao	3.020,00 €	-	2.020,00 €	510,00 €	-	250,00 €	5.800,00 €
Castro de Cea, San Cibrao	-	-	7,00 €	-	-	-	7,00 €
Cea, San Cristovo	50,00 €	200,00 €	125,00 €	125,00 €	-	-	500,00 €
Cea, San Facundo	15,00 €	25,00 €	30,00 €	-	-	-	70,00 €
Cobas, Santa María	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Confurco, Nosa Señora do Carmen	20,00 €	30,00 €	25,00 €	-	-	-	75,00 €
Corneda, Santiago	-	-	40,00 €	-	-	-	40,00 €
Dadín, San Pedro	-	-	60,00 €	-	-	-	60,00 €
Eiras, Santa Uxía	-	-	40,00 €	-	-	-	40,00 €
Grixa, Nosa Señora das Neves	30,00 €	-	20,00 €	61,50 €	-	-	111,50 €
Lamas, San Martiño	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Laxas, San Xoán	-	-	18,00 €	17,00 €	-	-	35,00 €
Lebozán, Santa Cruz	35,00 €	-	55,00 €	-	-	-	90,00 €
Loeda, Pan Paio	20,00 €	25,00 €	20,00 €	-	-	-	65,00 €
Longos, Santa Baia	-	620,00 €	20,00 €	-	-	-	640,00 €
Longoseiros, Santa Mariña	40,00 €	-	-	-	-	-	40,00 €
Loureiro, Santa Mariña	-	-	60,00 €	-	-	-	60,00 €
Mesejo, Santa María	80,00 €	70,00 €	-	-	-	-	150,00 €
Moldes, San Mamede	70,00 €	200,00 €	-	-	-	-	270,00 €
Mosteiro de Lobás, San Pedro	150,00 €	-	25,00 €	-	-	-	175,00 €
Mudelos, Santiago	40,00 €	-	200,00 €	200,00 €	-	-	440,00 €
Oseira, Santa María a Real	50,00 €	150,00 €	75,00 €	-	-	-	275,00 €
Partovia, Santiago	-	-	90,92 €	-	-	-	90,92 €

Pazos de Arenteiro, San Salvador	-	22,00 €	20,00 €	35,00 €	-	-	77,00 €
Ponteveiga, San Lourenzo	50,00 €	50,00 €	-	-	-	-	100,00 €
Sagra, San Martiño	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Salón, San Miguel	-	50,00 €	50,00 €	39,00 €	-	-	139,00 €
Señorín, San Roque	-	-	163,70 €	-	-	-	163,70 €
Vales, San Pedro	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Varón, San Fiz	15,00 €	-	23,00 €	-	-	-	38,00 €
Vilamoura, San Estevo	30,00 €	-	20,00 €	80,00 €	-	-	130,00 €
Vilar de Rei, San Miguel	-	-	45,00 €	-	-	-	45,00 €
Vilela, Santa María	35,00 €	-	15,00 €	75,00 €	-	-	125,00 €
Víña, San Román	-	-	189,00 €	-	-	-	189,00 €
Xirazga, San Salvador	60,00 €	65,00 €	90,00 €	-	-	-	215,00 €
Xurenzas, San Pedro	40,00 €	-	50,00 €	60,00 €	25,00 €	80,00 €	255,00 €
Xuvencos, Santa María	70,00 €	-	-	-	-	-	70,00 €
Total Carballiño	4.590,00 €	3.329,00 €	4.660,62 €	2.089,50 €	50,00 €	555,00 €	15.274,12 €
Celanova							
Acevedo del Río, San Xurxo	50,00 €	20,00 €	70,00 €	-	-	-	140,00 €
Albos, San Mamede	20,00 €	-	45,00 €	-	-	-	65,00 €
Alcazar de Milmanda, Santa María	30,00 €	-	45,00 €	-	-	-	75,00 €
Amoroce, Santiago	15,00 €	10,00 €	35,00 €	-	-	-	60,00 €
Anfeoz, Santa Baia	35,00 €	-	-	-	-	-	35,00 €
Ansemil, Santa María	5,00 €	-	6,00 €	-	-	-	11,00 €
Bangueses, San Miguel	12,00 €	11,00 €	70,00 €	-	-	-	93,00 €

Barxa, Santo Tomás	25,00 €	60,00 €	122,00 €	-	-	-	207,00 €
Bobadela, Santa María	30,00 €	-	30,00 €	-	-	-	60,00 €
Cañón, San Lourenzo	7,00 €	-	7,00 €	-	-	-	14,00 €
Casardeira, Santiago	10,00 €	20,00 €	25,00 €	-	-	-	55,00 €
Castromao, Santa María	8,70 €	-	40,00 €	55,00 €	-	-	103,70 €
Celanova, San Rosendo	510,00 €	-	520,00 €	140,00 €	-	-	1.170,00 €
Cexo, San Adrián	10,00 €	9,00 €	35,00 €	-	-	-	54,00 €
Domés, San Martiño	5,50 €	-	8,00 €	-	-	-	13,50 €
Escudeiros, San Xoán	50,00 €	-	40,00 €	15,00 €	-	20,00 €	125,00 €
Espinoso, San Miguel	25,00 €	30,00 €	50,00 €	-	-	-	105,00 €
Faramontaos, San Xés	8,00 €	5,00 €	20,00 €	-	-	10,00 €	43,00 €
Freás de Eiras, Santa María	360,00 €	-	75,00 €	44,02 €	-	-	479,02 €
Freixo, Santa Cristina	10,00 €	20,00 €	25,00 €	-	-	-	55,00 €
Fustás, San Lourenzo	30,00 €	30,00 €	40,00 €	40,18 €	-	15,00 €	155,18 €
Gontán, San Andrés	-	-	-	35,00 €	-	-	35,00 €
Grixó, Santa Isabel	45,00 €	-	160,00 €	140,00 €	-	30,00 €	375,00 €
Guía, Santa María	25,00 €	95,00 €	25,00 €	94,00 €	-	10,00 €	249,00 €
Leirado, San Pedro	15,00 €	40,00 €	80,00 €	-	-	-	135,00 €
Loiro, San Martiño	-	-	57,87 €	-	-	-	57,87 €
Manchica, Nosa Señora de Lourdes	-	-	293,19 €	-	-	-	293,19 €
Milmanda, Santa Eufemia	21,00 €	61,00 €	48,00 €	-	-	-	130,00 €
Mociños, Santa María	-	-	13,66 €	-	-	-	13,66 €
Mosteiro de Ramirás, San Pedro	-	-	-	11,00 €	-	-	11,00 €
Mourillós, San Pedro	12,00 €	-	45,00 €	40,00 €	-	-	97,00 €
Orga, San Miguel	10,00 €	-	40,00 €	-	-	-	50,00 €

Orille, San Pedro	-	-	-	40,20 €	-	-	40,20 €
Paizás, San Salvador	750,00 €	-	75,00 €	79,01 €	-	-	904,01 €
Pao, Santa María	40,00 €	35,00 €	50,00 €	74,75 €	-	20,00 €	219,75 €
Pardavedra, Santiago	20,00 €	-	40,00 €	-	-	-	60,00 €
Parderrubias, Santa Baia	-	135,00 €	30,00 €	-	-	-	165,00 €
Penela, Santiago	15,00 €	-	-	-	-	-	15,00 €
Penosiños, San Andrés	70,00 €	-	50,00 €	59,76 €	-	-	179,76 €
Penosiños, San Salvador	100,00 €	-	100,00 €	30,00 €	-	30,00 €	260,00 €
Pereira de Montes, Santa María	76,00 €	115,00 €	-	-	-	-	191,00 €
Podentes, Santa María	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Pontefechas, Santa María	100,00 €	-	100,00 €	-	-	-	200,00 €
Portela, Santa Baia	-	-	-	20,00 €	-	-	20,00 €
Poulo, San Pedro	80,00 €	-	80,00 €	45,00 €	-	30,00 €	235,00 €
Quintela de Leirado, San Paulo	30,00 €	25,00 €	25,00 €	32,36 €	-	10,00 €	122,36 €
Rabal, San Salvador	9,00 €	5,00 €	25,00 €	-	-	10,00 €	49,00 €
Redemuños, San Salvador	18,00 €	48,00 €	85,00 €	-	-	-	151,00 €
Rubias de Ramirás, Santiago	50,00 €	30,00 €	125,00 €	44,00 €	-	30,00 €	279,00 €
Sabucedo de Montes, San Pedro	-	60,00 €	-	-	-	-	60,00 €
Soutomel, Santa Leocadia	20,00 €	-	60,00 €	-	-	-	80,00 €
Soutopenedo, San Miguel	-	-	-	101,62 €	-	-	101,62 €
Val, Santa María	50,00 €	-	35,00 €	35,00 €	-	20,00 €	140,00 €
Veiga, San Paio	18,30 €	-	20,00 €	35,00 €	-	-	73,30 €
Verea, Santiago	-	-	-	61,12 €	-	-	61,12 €
Vilameá, Santa María	40,00 €	25,00 €	85,00 €	34,00 €	-	15,00 €	199,00 €
Vilanova dos Infantes, San Salvador	20,00 €	35,00 €	16,00 €	-	-	-	71,00 €

Vilar de Paio Muñiz, Santa María	-	-	150,00 €	-	-	-	150,00 €
Viveiro, San Xoán	40,00 €	10,00 €	25,00 €	-	-	-	75,00 €
Xacebás, Santiago	8,00 €	14,00 €	40,00 €	-	-	-	62,00 €
Total Celanova	2.938,50 €	948,00 €	3.418,34 €	1.204,40 €	-	250,00 €	8.759,24 €
Os Milagres							
Abeleda, Santa Tecla	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Almoite, Santa María	-	-	54,15 €	-	-	-	54,15 €
Ambía, San Estebo	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Asadur, Santa Mariña	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Baños de Molgas, San Salvador	-	-	101,00 €	-	-	-	101,00 €
Boazo, Santa María	20,00 €	-	-	-	-	-	20,00 €
Cadelíña, San Pedro Fiz	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Candedo, Santa María	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Castro Caldelas, Santa María	-	-	-	50,00 €	-	-	50,00 €
Castro Escuadro, Santa Baia	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Cerreda, Santiago	30,00 €	-	30,00 €	25,00 €	-	-	85,00 €
Costa (A), Santiago	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Cristosende, San Salvador	20,00 €	-	-	-	-	-	20,00 €
Figueroá, San Xillao	100,00 €	-	-	40,00 €	-	-	140,00 €
Foncuberta, Santa María	26,75 €	-	81,00 €	30,58 €	7,58 €	21,00 €	166,91 €
Gabín, San Pedro	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Guamil, Santa María	-	-	8,00 €	-	-	-	8,00 €
Lumears, San Salvador	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €

Maceda, San Pedro	1.000,00 €	-	160,00 €	-	-	-	1.160,00 €
Marrubio, San Andrés	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Montederramo, San Cosme	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €
Montederramo, Santa María	-	-	40,00 €	125,00 €	-	-	165,00 €
Montoedo, Santa Mariña	20,00 €	-	-	-	-	-	20,00 €
Mourisco, San Salvador	105,00 €	-	-	40,00 €	-	-	145,00 €
Niñodagua, Santa María	10,00 €	10,00 €	20,00 €	-	-	-	40,00 €
Nogueira de Betán, San Martiño	-	-	50,50 €	26,50 €	-	-	77,00 €
Paderne, San Cibrao	10,00 €	-	40,00 €	18,00 €	-	-	68,00 €
Paradela, San Vicente	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Paredes, Santa María	-	-	15,00 €	-	-	-	15,00 €
Pedrafita, San Martiño	-	20,00 €	-	-	-	-	20,00 €
Piúca, Santa María	50,00 €	-	-	-	-	-	50,00 €
Poboeiros, San Xoán	20,00 €	-	-	-	-	-	20,00 €
Presqueira, San Martiño	-	-	12,00 €	-	-	-	12,00 €
Queixa, Santa Cruz	-	-	12,00 €	-	-	-	12,00 €
Ramil, San Miguel	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Ribeira, San Pedro	10,00 €	-	50,00 €	25,00 €	-	20,00 €	105,00 €
Santirso, Santa María	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Sas Do Monte, San Pedro	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Seoane Vello, San Xoán	-	20,00 €	-	-	-	-	20,00 €
Siabal, San Lourenzo	15,00 €	-	70,00 €	35,00 €	-	25,00 €	145,00 €
Siabal, San Xés	10,00 €	-	55,00 €	27,00 €	-	-	92,00 €
Sistín, Santa María	-	20,00 €	-	-	-	-	20,00 €
Tioira, Santa María	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €

Vide de Baños, San Xoán	25,00 €	-	72,00 €	77,00 €	-	-	174,00 €
Vilar de Cás, San Xoán	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Vilar de Cerreda, Santa Baia	30,00 €	-	40,00 €	50,00 €	-	-	120,00 €
Vilar de Ponte Ambía, Santa María	70,00 €	-	55,00 €	50,00 €	-	40,00 €	215,00 €
Xunqueira de Espadanedo, Santa María	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €
Zorelle, Santiago	-	-	10,00 €	-	-	-	10,00 €
Total Os Milagres	1.571,75 €	90,00 €	1.785,65 €	619,08 €	7,58 €	106,00 €	4.180,06 €
Ourense Este							
Belle, Santa Marta	496,41 €	-	237,77 €	154,46 €	-	50,00 €	938,64 €
Campo, San Miguel	442,00 €	-	254,20 €	158,30 €	60,00 €	30,00 €	944,50 €
Caralleira, San Xosé	20,00 €	30,00 €	22,00 €	-	-	-	72,00 €
Ceboliño, Bon Xesús	200,00 €	-	100,00 €	100,00 €	-	-	400,00 €
Faramontaos Santa María	50,00 €	-	50,00 €	50,00 €	-	-	150,00 €
Luintra, Santa Baia	50,00 €	-	100,00 €	50,00 €	-	-	200,00 €
Moreiras, San Martiño	75,00 €	160,00 €	80,00 €	75,00 €	-	-	390,00 €
Moreiras, Santa Marta	165,00 €	-	300,00 €	225,00 €	-	-	690,00 €
Moura, San Xoán	40,00 €	-	40,00 €	40,00 €	-	-	120,00 €
Nogueira de Ramuín, San Martiño	30,00 €	-	30,00 €	25,00 €	-	-	85,00 €
A Asunción da Nosa Señora	1.200,00 €	-	600,00 €	525,00 €	161,00 €	150,00 €	2.636,00 €
A Milagrosa	-	-	245,00 €	440,00 €	-	-	685,00 €
Cristo Rei	700,00 €	-	200,00 €	-	-	-	900,00 €
María Auxiliadora	6.820,00 €	1.000,00 €	1.000,00 €	1.501,55 €	-	876,91 €	11.198,46 €
Santo Domingo	8.000,00 €	-	3.360,00 €	3.620,00 €	-	520,00 €	15.500,00 €

Prexigueiró, San Salvador	142,00 €	-	209,50 €	75,20 €	35,00 €	60,00 €	521,70 €
Ribas de Sil, San Estevo	50,00 €	50,00 €	100,00 €	50,00 €	-	-	250,00 €
Sabadelle, San Martiño	40,00 €	-	40,00 €	40,00 €	-	-	120,00 €
Vilariño, Santa Cristina	70,00 €	-	60,00 €	70,00 €	-	-	200,00 €
Vínoás, Santa María	50,00 €	-	50,00 €	60,00 €	-	-	160,00 €
Total Ourense Este	18.640,41 €	1.240,00 €	7.078,47 €	7.259,51 €	256,00 €	1.686,91 €	36.161,30 €
Ourense Norte							
Albán, San Paio	35,00 €	-	25,00 €	37,00 €	-	-	97,00 €
Armental, San Salvador	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Arrabaldo, Santa Cruz	90,00 €	55,00 €	105,00 €	-	-	-	250,00 €
Barra, Santa María	190,00 €	-	50,50 €	30,00 €	-	-	270,50 €
Beacán, Santa María	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Beiro, Santa Eulalia	35,00 €	-	100,00 €	50,00 €	-	-	185,00 €
Boveda de Amociro, San Pelagio	200,00 €	-	152,00 €	125,00 €	-	-	477,00 €
Cambeo, San Esteban	343,60 €	-	145,00 €	130,00 €	-	40,00 €	658,60 €
Canedo, San Miguel	625,00 €	-	150,00 €	100,00 €	60,00 €	-	935,00 €
Carracedo, Santiago	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Castro de Beiro, San Andrés	32,00 €	-	90,00 €	50,00 €	-	-	172,00 €
Celaguanes, San Xiao	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Coles, San Xoán	124,20 €	-	110,00 €	110,00 €	-	-	344,20 €
Cudeiro, San Pedro	250,00 €	-	150,00 €	110,00 €	-	-	510,00 €
Graíces, San Vicente	-	-	-	35,00 €	-	-	35,00 €
Gueral, San Martiño	20,00 €	-	15,00 €	25,00 €	-	25,00 €	85,00 €

Gustei, Santiago	269,10 €	-	280,00 €	275,00 €	-	40,00 €	864,10 €
Melias, San Miguel	170,00 €	-	110,00 €	75,00 €	-	75,00 €	430,00 €
Mirallos, Santa María	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Orbán, Santa María	20,00 €	-	40,00 €	70,00 €	-	-	130,00 €
As Caldas, Santiago	2.500,00 €	-	1.673,00 €	1.495,50 €	121,00 €	300,00 €	6.089,50 €
O Pino, Santa Ana	585,00 €	-	400,00 €	140,70 €	60,00 €	-	1.185,70 €
Santa Teresita	900,00 €	-	350,00 €	325,00 €	-	150,00 €	1.725,00 €
Palmés, San Mamede	36,00 €	-	115,00 €	100,00 €	-	-	251,00 €
Pazos de Monte, San Xosé	10,00 €	-	20,00 €	20,00 €	-	-	50,00 €
Peares, Nosa Señora Do Pilar	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Peroxa, San Eusebio	200,00 €	-	70,40 €	100,00 €	-	-	370,40 €
Peroxa, San Xés	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Peroxa, Santiago	-	-	100,00 €	-	-	-	100,00 €
Ribela, San Xillao	162,10 €	-	105,00 €	95,00 €	-	-	362,10 €
Rio de Vilamarin, San Salvador	20,00 €	-	50,00 €	20,00 €	-	-	90,00 €
Souto, San Cristovo	-	-	25,00 €	-	-	-	25,00 €
Tamallancos, Santa María	-	-	100,00 €	-	-	-	100,00 €
Toubes, Santiago	35,00 €	-	40,00 €	50,00 €	-	50,00 €	175,00 €
Trasalva, San Pedro	80,00 €	45,00 €	100,00 €	-	-	-	225,00 €
Ucelle, Santa María	30,00 €	-	35,00 €	-	-	-	65,00 €
Untes, San Estevo	60,00 €	30,00 €	55,00 €	-	-	-	145,00 €
Vilamarín, Santiago	25,00 €	-	40,00 €	20,00 €	-	-	85,00 €
Vilar Das Tres, Purísima Concepción	407,00 €	235,00 €	220,00 €	215,00 €	60,00 €	30,00 €	1.167,00 €
Vilarrubín, San Martiño	-	-	100,00 €	-	-	-	100,00 €
Total Ourense Norte	7.454,00 €	365,00 €	5.445,90 €	3.803,20 €	301,00 €	710,00 €	18.079,10 €

Ourense Oeste						
Alongos, San Martiño	78,00 €	-	62,00 €	-	-	140,00 €
Barbadás, San Xoán	-	-	79,93 €	-	-	79,93 €
Benlaces, San Benito	250,00 €	-	310,00 €	-	-	560,00 €
Feá, Santa Marina	110,00 €	-	70,00 €	-	-	180,00 €
Cabeza de Vaca, San Benito	100,00 €	-	150,00 €	232,00 €	30,00 €	512,00 €
Nosa Señora de Fátima	6.381,73 €	2.100,00 €	1.130,00 €	1.245,00 €	-	11.241,73 €
Sagrado Corazón	1.650,00 €	-	655,00 €	565,00 €	-	3.040,00 €
Vistahermosa, San Xosé	1.000,00 €	-	200,00 €	200,00 €	-	1.500,00 €
Piñor, San Lourenzo	100,00 €	1.150,10 €	125,50 €	200,00 €	100,00 €	1.675,60 €
Reza, Santa María	-	-	-	100,00 €	-	200,00 €
Valenza, San Bernabé	962,00 €	-	315,00 €	210,00 €	-	1.612,00 €
Total Ourense Oeste	10.631,73 €	3.250,10 €	3.097,43 €	2.752,00 €	130,00 €	20.741,26 €
Ourense Sur						
Monte, Santa Mariña	100,00 €	50,00 €	106,00 €	170,00 €	-	426,00 €
Noalla, San Salvador	18,00 €	-	130,00 €	-	-	148,00 €
A Inmaculada	-	-	-	180,00 €	-	180,00 €
Santa Eufemia del Centro	7.213,00 €	-	1.630,00 €	1.675,00 €	-	11.018,00 €
Mariánansa, San Pío X	796,00 €	-	226,00 €	-	-	1.022,00 €
Rairo, Santa Lucía	160,00 €	140,00 €	172,00 €	240,00 €	-	712,00 €
Santísima Trinidad	2.631,30 €	910,00 €	1.070,00 €	640,00 €	-	5.436,10 €
Pazos de San Clodio, San Clodio	-	-	18,00 €	-	-	18,00 €
Rabeda, Santa Cruz	7,00 €	-	40,00 €	-	-	47,00 €

Rante, Santo André	173,00 €	-	-	-	-	-	-	-	-	173,00 €
San Cibrao de Viñas, San Ildefonso	186,00 €	-	-	-	-	-	-	-	-	186,00 €
Total Ourense Sur	11.284,30 €	1.100,00 €	3.392,00 €	2.905,00 €	-	-	-	-	-	684,80 €
Ribadavia										
Amiudal, Santiago	95,00 €	50,00 €	90,00 €	140,00 €	-	-	-	-	-	375,00 €
Arnoia, San Salvador	500,00 €	-	800,00 €	450,00 €	-	-	-	-	-	1.750,00 €
Astariz, Santa María	26,00 €	-	70,00 €	-	-	-	-	-	-	96,00 €
Avión, Santos Xusto E Pastor	-	-	285,00 €	-	-	-	-	-	-	285,00 €
Balde, San Martiño	25,00 €	-	21,00 €	-	-	-	-	-	-	46,00 €
Barca, San Antón	-	25,00 €	140,00 €	-	-	-	-	-	-	165,00 €
Barral, Nosa Señora Das Neves	-	-	-	60,00 €	-	-	-	-	-	60,00 €
Barroso, Santa Baia	-	-	181,00 €	40,00 €	-	-	-	-	-	221,00 €
Beade, Santa María	235,00 €	95,00 €	400,00 €	226,00 €	-	-	-	-	-	956,00 €
Beiro, San Pedro	30,00 €	-	60,00 €	56,00 €	-	-	-	-	-	146,00 €
Berán, San Breixo	85,00 €	-	195,00 €	125,00 €	-	-	-	-	-	405,00 €
Carballeda de Avia, San Miguel	400,00 €	-	200,00 €	-	-	-	-	-	-	600,00 €
Cartelle, Santa María	200,00 €	-	400,00 €	250,00 €	-	-	-	-	-	850,00 €
Condado, Santa María	-	-	34,00 €	-	-	-	-	-	-	34,00 €
Cortegada, Santa María	70,00 €	40,00 €	150,00 €	110,00 €	-	-	-	-	-	370,00 €
Cortegazas, San Antonio	-	-	60,00 €	-	-	-	-	-	-	60,00 €
Crespos, San Xoán	-	-	208,20 €	-	-	-	-	-	-	208,20 €
Desteriz, San Miguel	-	-	214,00 €	-	-	-	-	-	-	214,00 €
Faramontaos, San Cosme	100,00 €	-	50,00 €	-	-	-	-	-	-	150,00 €

Francelos, Santa María Madalena	210,00 €	70,00 €	300,00 €	-	-	-	580,00 €
Freíns, Santa María	60,00 €	60,00 €	90,00 €	50,00 €	-	-	260,00 €
Gomariz, Santa Mariña	51,00 €	40,00 €	61,00 €	33,00 €	-	-	185,00 €
Górgua, Santa María	-	-	48,00 €	-	-	-	48,00 €
Laias, Santa Baia	-	40,00 €	150,00 €	-	-	-	190,00 €
Lamas, Santa María	225,00 €	-	-	-	-	-	225,00 €
Lebosende, San Miguel	70,00 €	-	110,00 €	215,00 €	-	-	395,00 €
Leiro, San Pedro	100,00 €	-	200,00 €	125,00 €	-	-	425,00 €
Melón, Santa María	80,00 €	150,00 €	500,00 €	-	-	-	730,00 €
Monterredondo, San Xoán	-	-	63,70 €	-	-	-	63,70 €
Muimenta, San Xiao	100,00 €	-	50,00 €	-	-	-	150,00 €
Mundil, Santa María	71,00 €	124,00 €	103,00 €	50,00 €	-	-	348,00 €
Nieva, Santa María	-	-	50,00 €	-	-	-	50,00 €
Nóvoa, San Estebo	55,00 €	-	50,00 €	-	-	-	105,00 €
Orega, San Xoán	45,00 €	-	41,00 €	-	-	-	86,00 €
Ponte Castrolo, San Estebo	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Pontedeva, San Breixo	90,00 €	80,00 €	473,00 €	173,00 €	-	-	816,00 €
Quins, Santa María	100,00 €	-	-	-	-	-	100,00 €
Razamonde, Santa María	-	-	41,00 €	-	-	-	41,00 €
Refoxos, San Breixo	60,00 €	60,00 €	70,00 €	65,00 €	-	-	255,00 €
Regadas, San Mauro	-	-	35,00 €	51,00 €	-	-	86,00 €
Remoíño, San Antón	80,00 €	175,00 €	85,00 €	-	-	-	340,00 €
Ribadavia, San Domingos	405,00 €	415,00 €	585,00 €	305,00 €	-	-	1.860,00 €
Sadurnín, San Xoán	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €
San Clodio, Santa María	100,00 €	-	215,00 €	115,00 €	-	-	430,00 €

Sande, San Salvador	60,00 €	-	60,00 €	-	-	-	120,00 €
Santo Tome, Santo Tomé	-	-	50,00 €	50,00 €	-	-	100,00 €
Seixadas, San Xoán	62,00 €	75,00 €	81,00 €	50,00 €	-	-	268,00 €
Serantes, Santo Tomé	160,00 €	-	141,00 €	-	-	-	301,00 €
Torre, San Pedro	-	-	90,90 €	-	-	-	90,90 €
Trado, San Paio	-	-	65,00 €	-	-	-	65,00 €
Trasariz, Santiago	-	-	47,90 €	-	-	-	47,90 €
Valongo, San Martiño	90,00 €	90,00 €	170,00 €	125,00 €	-	-	475,00 €
Vide de Miño, San Salvador	56,00 €	-	60,00 €	-	-	-	116,00 €
Vieite, San Adrián	60,00 €	-	105,00 €	95,00 €	-	-	260,00 €
Vilar de Vacas, Santa María	30,00 €	-	30,00 €	-	-	-	60,00 €
Zaparín, San Martiño	30,00 €	30,00 €	70,00 €	50,00 €	-	-	180,00 €
Total Ribadavia	4.216,00 €	1.619,00 €	7.904,70 €	3.009,00 €	-	150,00 €	16.898,70 €
Verín							
Abedes, Santa María	61,00 €	29,00 €	40,00 €	-	-	-	130,00 €
Albarellos, Santiago	127,20 €	-	102,72 €	45,00 €	-	-	274,92 €
Arzádegos, Santa Baia	100,00 €	163,00 €	50,00 €	-	-	-	313,00 €
Berrande, San Bartolomeo	30,00 €	40,00 €	20,00 €	-	-	-	90,00 €
Bousés, Santa Baia	-	-	8,00 €	-	-	-	8,00 €
Cabreiroá, San Salvador	-	-	22,00 €	100,00 €	-	-	122,00 €
Camba, San Salvador	11,90 €	-	-	-	-	-	11,90 €
Carraxo, Nosa Señora das Neves	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Castro Laza, San Pedro	-	-	50,00 €	85,00 €	-	-	135,00 €

Cerdedelo, Santa María	7,00 €	-	-	87,37 €	-	-	94,37 €
Chas, Santa María das Neves	-	-	5,00 €	-	-	-	5,00 €
Corrichouso, Santiago	-	-	20,00 €	-	-	-	20,00 €
Enxames, San Xoán	12,00 €	13,00 €	26,00 €	-	-	-	51,00 €
Estevesiños, San Mamede	-	-	-	110,00 €	-	-	110,00 €
Flor do Rei Vello, Santa Mariña	30,00 €	199,00 €	30,00 €	-	-	-	259,00 €
Fumaces, Santa María	-	-	35,00 €	-	-	-	35,00 €
Granxa, San Xoán	-	-	6,00 €	-	-	-	6,00 €
Gudiña, Beato Sebastián Aparicio	-	-	-	245,00 €	-	420,00 €	665,00 €
Infesta, San Vicente	46,36 €	-	46,36 €	28,00 €	-	-	120,72 €
Laza, San Xoán	64,00 €	-	150,00 €	70,00 €	-	-	284,00 €
Matamá, Santa María	69,00 €	-	70,00 €	-	-	-	139,00 €
Medeiros San Cristovo, San Cristovo	-	-	6,00 €	-	-	-	6,00 €
Medeiros, Santa María	-	-	12,00 €	-	-	-	12,00 €
Moialde, Santa María	10,00 €	15,00 €	15,00 €	-	-	-	40,00 €
Oimbra, Santa María	-	-	310,00 €	-	-	-	310,00 €
Osoño, San Pedro	10,00 €	12,00 €	25,00 €	-	-	-	47,00 €
Pazos, San Pedro Fiz	76,00 €	15,00 €	34,72 €	25,00 €	-	-	150,72 €
Progo, San Miguel	50,00 €	75,00 €	40,00 €	-	-	-	165,00 €
Queirugás, San Bartolomeu	-	-	30,00 €	-	-	-	30,00 €
Queizás, San Pedro	-	-	-	207,00 €	-	-	207,00 €
Rasela, Santa María	-	-	25,00 €	108,00 €	-	-	133,00 €
Rubiós, San Pedro	-	-	23,00 €	-	-	-	23,00 €
San Cibrao, Santa Cruz	-	-	55,00 €	-	-	-	55,00 €
Soutochao, Santa María	15,00 €	10,00 €	20,00 €	-	-	-	45,00 €
Tamagos, Santa María	51,91 €	-	150,00 €	-	-	-	201,91 €

Tamagelos, Santa María	100,00 €	-	110,00 €	-	-	-	210,00 €
Tameirón, Santa María e San Francisco	-	-	-	55,00 €	-	-	55,00 €
Blanco							
Terroso, Santa Cruz	13,00 €	10,00 €	40,00 €	-	-	-	63,00 €
Tintores, Santa Cristina	-	-	-	100,00 €	-	-	100,00 €
Toro, San Lourenzo	15,00 €	-	-	21,46 €	-	-	36,46 €
Treiz, Santiago	10,00 €	-	-	-	-	-	10,00 €
Verín, Santa María a Maior	-	-	-	700,00 €	-	150,00 €	850,00 €
Vidferre, Santa María	-	-	8,00 €	-	-	-	8,00 €
Vilardobós, San Miguel	20,00 €	20,00 €	10,00 €	-	-	-	50,00 €
Vilardobós, Santa María	10,00 €	10,00 €	24,00 €	-	-	-	44,00 €
Vilarello da Cota, Santa María	42,00 €	32,00 €	35,00 €	-	-	-	109,00 €
Vilaza, San Salvador	82,10 €	-	50,00 €	17,00 €	-	-	149,10 €
Total Verín	1.063,47 €	643,00 €	1.733,80 €	2.003,83 €	-	570,00 €	6.014,10 €
S.I. Catedral E Instituciones Diocesanas							
Diócesis de Ourense	-	-	1.000,00 €	-	-	-	1.000,00 €
Donativos Anónimos	-	-	-	550,00 €	20,00 €	-	570,00 €
Igrexa Catedral Basílica	-	-	-	340,00 €	-	400,00 €	740,00 €
Santuario de los Milagros	-	-	410,00 €	-	-	-	410,00 €
Total S.I. Catedral e Instituciones	-	-	1.000,00 €	890,00 €	20,00 €	400,00 €	2.310,00 €
TOTAL FINAL	65.473,30 €	13.915,36 €	45.392,48 €	29.074,92 €	764,58 €	6.463,31 €	161.083,95 €

* D.I.D.: Día de la Iglesia Diocesana

DELEGACIÓN DE ACCIÓN CARITATIVA Y SOCIAL (CÁRITAS DIOCESANA)

Resultados del Ejercicio 2014

INGRESOS

Donativos	363.567,75 €
Socios	41.721,24 €
Día nacional de Caridad	27.103,14 €
Día del Amor Fraterno	2.172,57 €
Ingresos de Programas	162.451,23 €
Convenios/Subvenciones privadas	104.538,08 €
Subvenciones Públicas	1.392.950,27 €
Otros ingresos	7.541,40 €
Intereses cuentas	1.618,87 €
TOTAL INGRESOS	2.103.664,55€

GASTOS

Programas	
Acogida y asistencia	
Ayudas de emergencia social	129.107,00 €
Comedor social	498.913,26 €
Intervención con familias	53.446,78 €
Programa de inmigrantes y emigrantes retornados	77.440,10 €
Mujer	120.489,07 €
Subtotal	879.396,21 €
Formación y empleo	
Formación y acceso al empleo	266.531,86 €
Subtotal	266.531,86 €
Atención social especializada	
Escuela infantil "A Casiña"	156.049,56 €

Programa de menores “Centro de Día Xurde”	141.494,71 €
Programa de pueblo gitano	35.557,14 €
Programa de reclusos	8.843,07 €
Programa de mayores	71.309,07 €
Animación comunitaria y voluntariado	27.431,83 €
Comunicación	10.023,89 €
Subtotal	450.709,27 €
Otros gastos	
Gastos funcionamiento de programas y centros	3.683,00 €
Cuota confederada	3.000,00 €
Aportación a Proyecto Hombre	79.252,03 €
Subtotal	85.935,03 €
TOTAL INGRESOS	1.682.572,37 €
RESULTADO DEL EJERCICIO*	421.092,18 €

** El resultado positivo del Ejercicio 2014 es necesario para continuar los programas en los primeros meses del Ejercicio 2015 hasta recibir los importes necesarios para darle continuidad.*

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO

Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense año 2014

No es una rutina, ni un capricho, sino una obligación responsable dejar constancia de los trabajos y también de los problemas del Archivo Histórico Diocesano para información de la iglesia Diocesana a cuyo servicio está comenzando por el Señor Obispo como último responsable de esta Institución Diocesana.

También ofrecer a la Sociedad para que sea consciente del enorme servicio que se está prestando a la Cultura ya que casi el cien por cien de los investigadores y de las consultas son de ciudadanos a los que en sentido estricto ninguna obligación hay de atender ya que el Archivo es una institución privada a la que la Administración ignora a la hora de ofrecerle ayudas y personal.

Y no son pocos los problemas que este año hemos sufrido precisamente ante las dificultades de mantener el mínimo servicio.

También para el propio Archivo la Memoria es de gran utilidad porque nos permite hacer una revisión de nuestro trabajo para poder ser cada día más eficaces.

Si estamos satisfechos de lo que ofrecemos, sobre todo en el contexto de los Archivos de la iglesia, no es por una infantil vanagloria sino porque cumplimos con nuestro deber y nos seguimos esforzando cada día al margen de reconocimientos que son por otra parte escasos.

Pero agradecemos a los que nos valoran y animan su cercanía y su apoyo.

Instalaciones y mobiliario

Tampoco este año ha habido cambios en instalaciones y mobiliario. La situación económica de la Diócesis nos invita a los gastos imprescindibles.

Se ha continuado encuadernando el Boletín Eclesiástico, consideramos que es una publicación básica en el Archivo.

Se ha sustituido el cristal de la fotocopidora y adquirido cajas de archivo de doble grosor para expedientes especialmente grandes.

Se ha recogido en el Archivo un hierro de hacer hostias del siglo XIX de herrero local de la parroquia de Rioseco (depositado por D. Miguel Grande)

Reglamento y servicios del archivo

El archivo se rige por el reglamento de la Asociación de Archiveros de la iglesia en España y adopta en la solicitud de documentos para su consulta la normativa del Archivo Secreto Vaticano. También se tiene en cuenta la legislación civil que le afecta en esta materia.

Está abierto a todos los investigadores presentando el DNI u otro documento acreditativo de su identidad.

- La entrada es libre y gratuita.
- Consulta directa de los fondos en sala.
- Consulta indirecta de fondos (por correo postal, o electrónico, y teléfono)
- Información sobre los fondos y orientación sobre búsquedas
- Realización de visitas guiadas a estudiantes y profesionales
- Biblioteca auxiliar para la investigación,
- Expedición de informes técnicos y compulsas y certificaciones.
- Consulta de libros digitalizados en Ordenador del Archivo
- El Archivo ofrece a los investigadores servicio de fotocopidora (cuando los documentos lo permiten) y de scanner y fotografía digital,

Catalogación

Se ha seguido informatizando fondos documentales de las siguientes series:

- Patrimonio Histórico-Artístico.
- Expedientes matrimoniales 2012.
- Judicial.
- Fondos Parroquiales ingresados en el año.
- Protocolos Notariales. Se sigue la revisión de este fondo por detectarse muchos errores en la existente y se han obtenido de los forros 30 pergaminos que van constituyendo un fondo medieval interesante del que carecía el Archivo.
- Fondos ingresados de Cáritas.

En total se ha llegado a 82.000 fichas informatizadas y 8.701 las cajas con documentación.

Nuevas secciones en el archivo

A las diversas secciones que hemos ido incorporando en los últimos ejercicios se añade una de Pergaminos.

Ingresos de documentación año 2014

(Por orden alfabético de Parroquias o Lugares)

ABAVIDES, San Martiño

Informe sobre el estado final de la casa rectoral. Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral.

ABELEDA, San Lourenzo

Bautizados (1867-1909). Casados (1867-1944).

ABELEDA, San Paio

Propuesta de rehabilitación del monasterio de San Paio de Abeleda.

ABELEDA, San Vicente

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2012 2013, 2014 (Bautismo, matrimonio, defunciones.) Bautizados (1917-1936).

ABELENDAS DAS PENAS, San Andrés

Proyecto de restauración del retablo mayor. Informe sobre el estado constructivo y rehabilitación de muro en la rectoral.

AGUIS, San Martiño

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2013, 2014 (Bautizados, Defunciones y confirmados).

ANSEMIL, Santa María

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

ARAUXO, San Martiño

Memoria valorada de reconstrucción do muro do agro da igrexa.

ARMARIZ, San Salvador

Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2013, 2014 (Bautismo, matrimonio, defunciones) Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2012, 2013 (Bautismo, matrimonio, defunciones). Defunciones (1890-1941). Estudio de seguridad y salud para rehabilitación de la rectoral de Armariz para alojamiento de turismo rural. Informe previo de evaluación de la iglesia.

ARMESES, San Miguel

Presupuesto de consolidación de la rectoral. Fábrica (1852-1971). Varia: Papeles Diversos (1962-1970). Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la capilla de Santa Rita de Armeses.

AUGAS SANTAS, Santa Mariña

Memoria valorada del muro de cierre de la finca aneja a la casa.

BAÑOS DE MOLGAS, San Salvador

Informe previo evaluación de la iglesia.

BARXA, San Tomé

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la capilla de San Antonio de Leborín. Informe de valor inmueble y finca en Pontegrande (Celanova).

BARXÉS, Santa María

Proyecto de restauración del Retablo Mayor de la Capilla de Santa Leocadia.

BERÁN, San Breixo

Fábrica (1541-1817). Precepto Pascual (1883-1910). Libro de ingresos y gastos (1859-1883). Varia: Papeles Diversos (Condado de Ribadavia, matrimonial...) Varia: Boletín Oficial del Obispado de Tui.

BERREDO, San Miguel

Informe previo de evaluación de la iglesia.

BLANCOS, San Breixo

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2013, 2014 (Bautizados, Defunciones).

BOIMORTO, Santa Baia

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismo, Defunciones y comuniones).

BÓVEDA DE AMOEIRO, San Paio

Informe previo de evaluación de la casa rectoral.

CABANELAS, San Xoán

Informe previo evaluación de la iglesia de San Xoán de Cabanelas.

CABREIROA, San Salvador

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismo, Matrimonio, Defunciones) informe previo de evaluación de la iglesia.

CALVOS DE RANDÍN, Santiago

Informe sobre acceso a finca interior por predio de a Diócesis de Ourense.

CAMPO, Santa María

Anteproyecto de rehabilitación y construcción de peche na capela de San Roque en Esfarrapa.

CANDEDO, Santa María

Expediente de obras menores, consolidación de la iglesia.

CARBALLEDA, Santa María

Informe previo de evaluación de la casa rectoral. Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

CARBALLINO

Informe previo evaluación sobre la cubierta de edificios de viviendas de la parroquia.

CARRAXO, Nosa Señora das Neves

Casados (1614-1643) con Difuntos (1613-1643). Bautizados (1646-1723) con Casados (1647-1720) con Difuntos (1646-1721). Bautizados (1723-1845) con Casados (1722-1851) con Difuntos (1722-1846). Bautizados (1845-1891) con Casados (1852-1909) con Difuntos (1846-1909). Bautizados (1891-1977). Casados (1911-1995). Fábrica (1625-1745). Fábrica (1682-1814). Varia: Papeles Diversos (S. XIX).

CASTRELO DE CALDELAS, Santa María

Presupuesto de rehabilitación de la iglesia Memoria valorada de consolidación del muro de cierre de la casa rectoral.

CASTRO LAZA, San Pedro

Bautizados (1604-1637) con Casados (1604-1637) con Difuntos (1604-1637). Bautizados (1638-1693) con Casados (1637-1692) con Difuntos (1638-1699). Bautizados (1756-1819). Bautizados (1819-1853). Bautizados (1851-1882). Bautizados (1882-1904). Bautizados (1904-1925). Bautizados (1926-1937). Casados (1792-1851). Casados (1852-1935: Casados (1936-2009). Difuntos (1758-1844). Difuntos (1844-1912). Difuntos (1913-1971). Fábrica (1620-1769). Fábrica (1684-1808). Fábrica (1804-1918). Varia: Cofradía del Santísimo (1814-1899). Varia: Confirmados (1906-2009). Varia: Foros, prorrateos (5 carpetas, S. XVII-XX). Varia: Matrimonial (5 carpetas, S. XIX-XX). Varia: Papeles Diversos (4 carpetas, S. XVII-XX). Varia: Padrón (1946). Varia: Libro de vocaciones sacerdotales (1945-1959). Varia: Libro índice de bautizados (1819-1904). Varia: Año cristiano (1877). Varia: Palestra Pharmaceutica (1730). Varia: Catecismo del santo concilio de Trento para los párrocos (1788). Varia: Boletines oficiales Obispado de Ourense (1877 -1950). Valoración de inmuebles de Castro de Laza (Laza).

CEA

Varia: Libro de actas del arciprestazgo de Cea (1989-2010).

CEA, San Cristovo

Anexo a memoria actualización de proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de cubierta en iglesia parroquial Proyecto de ejecución. Modificado N° 1 de rehabilitación de cubierta. Actualización de proyecto modificado de: proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de cubierta en iglesia parroquial.

CELANOVA, San Rosendo

Expediente de segregación en finca situada en A Gandarela. Informe previo de evaluación de la capilla del cementerio de San Rosendo (Celanova).

CERDEDELO, Santa María

Proyecto de intervención de la calle central, con escena de la asunción, y remate del retablo mayor.

CIDADE, Santa Mariña

Anteproyecto de rehabilitación de la capilla de Nosa Señora de Lourdes en Orros. O Irixo. Informe previo evaluación sobre la cubierta de la iglesia de Santa Mariña de Cidade.

COBAS, San Cibrao

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la casa rectoral.

COBAS, San Xoán

Memoria restauración del retablo mayor y lateral. Memoria final de intervención del retablo mayor y lateral.

COBAS, Santiago

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2013, 2014 (Defunciones).

COIRAS, Santa Xoán

Informe previo de evaluación de la iglesia.

COLES, San Xés

Presupuesto de consolidación de rectoral.

CORNA, Santa María do Desterro

Informe previo evaluación de la iglesia.

CORNEDA, Santiago

Proyecto de restauración del retablo lateral de Santiago.

COUSO DE SALAS (Santuario)

Plano del santuario de Couso de Salas.

COVAS, San Xoán

Segundo informe sobre el estado constructivo y arreglos en la cubierta de la iglesia.

CRESPOS, San Xoán

Informe previo sobre el estado constructivo de la casa rectoral.

CUSANCA, San Cosme

Proyecto básico y de ejecución de conservación de las cubiertas de la iglesia.

DADÍN, San Pedro

Memoria de conservación de la cubierta de la ermita de Pena da Sela.

ESTEVESEÑOS, San Mamed

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismos, Defunciones).

FARAMONTAOS, San Salvador

Informe técnico de valoración de la casa.

FIGUEIROÁ, San Julián

Proceso de restauración del retablo lateral.

FOLGOSO, Santiago

Memoria valorada de rehabilitación de la espadana de la iglesia. Informe previo evaluación sobre la cubierta de la casa rectoral.

FREAS DE EIRAS, Santa María

Presupuesto de reparación para casa rectoral.

FREIXO, Santiago

Bautizados (1852-1898). Bautizados (1899-1951). Bautizados (1951-2013). Casados (1910-2002).

GONDULFES, Santa Cruz

Bautizados (1760-1810) con Casados (1769-1810) con Difuntos (1769-1810).
Bautizados (1810-1852). Bautizados (1852-1890). Casados (1852-1906).
Difuntos (1852-1896). Fábrica (1711-1822). Varia: Matrimonial (S. XX). Varia:
Licencias para dar sepultura (S. XX).

GONTÁN, San Andrés

Informe previo de evaluación de la capilla de San Andrés de Gontán.

GRAICES, San Vicente

Informe previo de evaluación de la iglesia.

GROU, Santa Cruz

Proyecto de restauración de la capilla de San Bartolomé de Ermille. Memoria valorada de limpieza interior y afianzamiento estructural de la casa rectoral.

GUERAL, San Martiño

Informe previo sobre la construcción de parte del muro de cierre del cementerio.

GÜÍN, Santiago

Memoria final de intervención “Virgen de la O - Virgen de la Expectación”.
Capilla de Ponteliñares (Ourense). Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la capilla de Nuestra Señora de la Expectación de Ponteliñares.

GUNTÍN, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2013, 2014 (Bautizados, Defunciones).

LAIAS

Plano del plan general de ordenación municipal de Cenlle (Ourense).

LAMAS, Santa María

Informe previo sobre parte del muro de cierre de la parcela de la casa rectoral.

LAS, San Cibrao

Proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de cubierta y mejoras de la iglesia.

LAZA, San Xoán

Informe previo de evaluación de la capilla de Santa Catalina (Souteliño).

LEBOSENDE, San Miguel

Bautizados (1897-1909). Bautizados (1909-1917). Bautizados (1917-1930).
Bautizados (1930-1969).

LEBOZÁN, Santa Cruz

Informe sobre las obras a llevar a cabo en la rectoral.

LEIRO, San Pedro

Casados (1952-1996). Memoria valorada de acondicionamiento dos paramentos interiores de la iglesia de San Pedro de Leiro (Leiro).

LOBÁS, Santa Uxía

Proyecto de ejecución de rehabilitación de casa rectoral.

LOBEIRA, San Vicente

Informe de daños de a capilla das quintas (Bande).

LODOSELO, Santa María

Bautizados (1852-1900). Bautizados (1900-1917). Bautizados (1917-1962).
Casados (1851-1929). Casados (1921-1929). Casados (1930-1984). Difuntos
(1852-1919). Difuntos (1919-1986).

LONGOS, Santa Baia

Memoria de restauración del retablo mayor.

LUINTRA

Presupuesto de consolidación de rectoral.

LUMEARES

Proyecto de restauración y conservación Virgen del Carmen, Santa Tecla A
Teixeira (Ourense).

MANDÍN, Santa María

Expediente de restauración del retablo mayor.

MASIDE, Santo Tomé

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia de Santo Tomé de
Maside (Maside).

MAUS DE SALAS, Santa Baia

Bautizados (1720-1793) con Casados (1720-1794) con Difuntos (1720-1794). Casados (1795-1855). Difuntos (1795-1859). Fábrica (1698-1820).

MAZAIRA, Santa María

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

MEDOS, Santa María

Presupuesto de rehabilitación de la iglesia.

MELIAS, San Miguel

Proyecto para autorización, legalización y continuación de obras en el atrio de la iglesia parroquial de San Miguel de Melias. Proyecto control arqueológico de obras de mejora en el atrio de la iglesia parroquial de San Miguel de Melias.

MELIAS, Santa María

Informe técnico de la iglesia. Informe técnico de estado actual de la casa rectoral.

MELÓN (MONASTERIO)

Proyecto básico y de ejecución. Consolidación estructural de la fachada Noroeste y restauración de las cubiertas de los ábsides de la iglesia del Monasterio de Melón.

MOIMENTA, San Xiao

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

MONTERREI, Santa María

Informe previo evaluación de la iglesia.

MOREIRAS, San Martín

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismo, Defunción).

MOREIRAS, Santa Marta

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

MORGADE

Informe sobre valoración de finca próxima al núcleo rural de la parroquia de Morgade (Xinzo de Limia).

MOURA, San Xoán

Presupuesto de consolidación de rectoral Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral.

MUIÑOS

Presupuesto de sustitución de la cubierta de la iglesia.

NIEVA, Santa María

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

NIÑODAGUIA

Informe previo de evaluación de la iglesia. Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia de Santa María de Niñodagua.

NOCELO DA PENA, San Lourenzo

Informe previo de evaluación de la casa rectoral.

OLÁS, Santa María

Informe previo evaluación de la casa rectoral.

OSOÑO, San Pedro

Informe previo de evaluación del cementerio Informe previo de evaluación de la capilla de Santa Magdalena en a Veiga de Meás (Vilardevós).

OURENSE VARIOS Y OBISPADO

Informe sobre el estado final de la construcción de baños en el Seminario Menor (Centro San Martín). Expediente de obra menor. Cortinas en galería en rúa Liberdade nº 13, 2º. (Ourense) Expediente de instalación de ascensor en edificio existente en c/ paseo 31. Ourense. Memoria valorada de rehabilitación de balcones en vivienda de rúa do paseo nº 15 (Ourense). Informe valoración bajo rúa de Pizarro nº 8 y rúa da Lúa nº 14 (Ourense). Proyecto para monumento al Sagrado Corazón. Ourense (1982). Cáritas resúmenes contables, administración... Empresa Texcar, Instituto Geriátrico... Presupuesto de adaptación Seminario Mayor de Ourense en casa sacerdotal. Presupuesto de reparaciones en piso Progreso 89, 8º F (Ourense) Informe de valoración de mercado del inmueble "local comercial en planta baja" situado en rúa Pizarro, 8 (Ourense). Informe sobre posible valor de venta de piso en Avda. de Zamora nº 18, 2º (Ourense). Informe de obras de acondicionamiento del Seminario Menor, a cargo de la empresa Proyecon.

Expedientes Matrimoniales 2012.

OURENSE-CENTRO, Santa Eufemia la Real

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados).

PARADA DE VENTOSA, San Pedro

Proyecto básico de reforma de la cubierta del presbiterio de la iglesia.

PARADA DEL SIL

Varia: Libro del arciprestazgo (1885-1962).

PARADELLAS, Santa María Magdalena

Libro de partidas sacramentales (1896-1964).

PAZÓ, San Martiño

Informe previo evaluación de casa rectoral.

PENTES

Rehabilitación de la iglesia.

PEROXA, San Eusebio

Informe previo de evaluación de muro de cierre de finca de la casa rectoral de Ferreiros (Vilamarín).

PEROXA, San Xés

Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral de San Xés de A Peroxa (Peroxa).

PEROXA, Santiago

Informe sobre las obras en casa rectoral.

PERRELOS, Santa María

Informe previo de evaluación de la casa rectoral.

PEXEIROS, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2014 (Defunciones).

PIORNEDO, Santa Eufemia

Informe previo sobre la iglesia.

PITEIRA, San Miguel

Informe sobre la estabilidad de la fachada principal de la iglesia.

PITELLOS, Santa María

Bautizados (1693-1813) con Casados (1693-1853) con Difuntos (1691-1812).
Bautizados (1813-1852). Bautizados (1854-1908) con Casados (1855-1932)
con Difuntos (1854-1900). Difuntos (1813-1852). Fábrica (1832-1955).

POBOEIROS, San Xoán

Difuntos (1885-1917).

PODENTES, Santa María

Informe de restauración. Confesionarios.

PONTE CASTRELO, San Estebo

Informe previo de evaluación de la casa rectoral de San Estebo de Ponte Castrelo
(Castrelo de Miño).

PORQUEIRA, San Martiño

Memoria valorada de la iglesia.

PORQUEIRA, Santa María

Bautizados (1872-1918). Difuntos (1872-1958).

PROENTE

Informe previo de evaluación de la casa rectoral.

PROGO, San Miguel

Proyecto para rehabilitación de interior y cubierta en la iglesia.

QUEIZAS, San Pedro

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismos, Defunciones).
Bautizados (1851-1914). Casados (1852-1945). Casados (1946-1985). Difuntos
(1851-1968). Fábrica (1882-2006). Varia: Inventario (1956-1976). Informe
previo de evaluación de la iglesia.

RAIRIZ DE VEIGA, San Xoán

Memoria valorada de adecuación interior para vivienda da casa rectoral de San
Xoán de Rairiz de Veiga.

RASELA, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismos, Defunciones).

REGUEIRO, San Pedro

Proyecto de ejecución iglesia parroquial de San Pedro de Regueiro.

REZA

Plan de seguridad y salud. Rehabilitación de cubierta en la iglesia de Santa María de Reza (Ourense).

RIBADAVIA

Documentos que pertenecieron a Tui-Vigo, y a partir de 1956 pasan al Obispado de Ourense.

RIBADAVIA, Oliveira

Informe previo de evaluación de la iglesia de Ribadavia, Oliveira (Ribadavia).

RIBEIRA, San Pedro

Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2013, 2014 (Bautismo, defunciones).

RIBEIRO, San Pedro Fiz

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia.

RIOFREIXO, San Salvador

Bautizados (1906-1930). Bautizados (1930-1954). Casados (1902-1956). Difuntos (1939-2001).

ROCAS, San Pedro

Proyecto de ejecución de rehabilitación de la cubierta de la iglesia parroquial de San Pedro de Rocas Memoria valorada de la cubierta de la iglesia parroquial de San Pedro de Rocas “Contestación” (Esgos).

RUBIAS DOS MIXTOS, Santiago

Breviario.

SACARDEBOIS

Presupuesto de consolidación de rectoral. Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral.

SAN CLODIO, Santa María

Bautizados (1909-1946).

SAN TROCADO, San Trocado

Informe entorno al montaje de depuradora de aguas residuales en Magarelos (Allariz).

SANGUÑEDO, San Salvador

Bautizados (1632-1677) con Casados (1637-1704) con Difuntos (1632-1686). Bautizados (1702-1766) con Casados (1707-1766) con Difuntos (1704-1766). Bautizados (1767-1856). Casados (1769-1855). Difuntos (1768-1856). Difuntos (1883-1977). Fábrica (1702-1853). Fábrica (1719-1835). Fábrica (1830-1859). Varia: Cuentas de la casa rectoral (1932-1976). Varia: Libro de la luminaria (1856). Varia: Matrimonial 2 carpetas (S. XIX-XX).

SANTA COMBA DE BANDE, San Torcuato

Proyecto para la iglesia Visigótica. Pueblo de Santa Comba de Bande. Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la casa rectoral.

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS - VIDE DE BAÑOS, San Xoan

Proyecto de restauración retablo baldaquino perteneciente al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros. Proyecto de restauración de pinturas murales perteneciente al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros.

SEOANE VELLO, San Xoán

Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral.

SERANTES, Santo Tomé

Informe previo de evaluación de la iglesia.

SERVOI, San Xoán

Bautizados (1643-1746) con Casados (1643-1747) con Difuntos (1642-1747). Bautizados (1747-1851). Bautizados (1851-1876). Casados (1747-1850). Difuntos (1747-1851). Difuntos (1851-1887). Fábrica (1701-1869). Fábrica (1849-1960). Varia: Cofradía del Santísimo (1701-1868). Varia: Catastro de Ensenada (1753). Varia: Pleito (1682). Varia: Índice de bautizados (1847-1917). Varia: Copia de las cuentas de fábrica (S. XX). Varia: Matrimonial (S. XX). Varia: Licencias para dar sepultura (S. XX).

SIABAL, San Lourenzo

Informe de actuación de casa rectoral.

SOBRADO DO BISPO, Santa María

Memoria retablo mayor. Informe sobre permuta de fincas en Sobrado do Bispo (Barbadás).

SOBREIRA, San Xoán

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismo, Defunciones).

SORGA, San Mamede

Memoria valorada de rehabilitación de la cubierta de la iglesia. Bautizados (1636-1707) con Casados (1643-1707) con Difuntos (1669-1708). Bautizados (1708-1747) con Casados (1708-1747) con Difuntos (1708-1741). Bautizados (1747-1802) con Casados (1748-1806) con Difuntos (1741-1804). Bautizados (1802-1851) con Casados (1806-1851) con Difuntos (1805-1852). Bautizados (1852-1906). Bautizados (1906-1936). Fábrica (1633-1710). Fábrica (1710-1836). Fábrica (1905-1988). Varia: Cofradía de Nuestra Señora del Carmen (1744-1831). Varia: Catequesis Parroquial y visita de escuelas (1958-1969). Varia: Papeles Diversos.

TABOADELA, San Miguel

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismo, Matrimonios, Defunciones, Confirmados).

TAMALLANCOS, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Defunciones).

TINTORES, Santa Cristina

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

TORAN, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismo, Matrimonios, Defunciones, Confirmados).

TORRECELA, Santiago

Memoria valorada para reforma de la iglesia de Santiago de Torrecela (Cea).

TOUZA, San Xurxo

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013, 2014 (Bautismo, Defunciones).

TRASESTRADA, San Estevo
Informe previo sobre la iglesia.

TREBOEDO, Santa Comba
Bautizados (1882-1924). Casados (1852-1886). Varia: Padrón Parroquial (1968).

TREPA, Santa María
Informe previo sobre la iglesia.

UCELLE
Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral. Expediente de obras menores consolidación en la casa rectoral.

VALENZA, San Bernabé
Presupuesto obras en casa rectoral.

VEIGA, San Munio
Informe previo sobre restauración de escalera de acceso a tribuna de la iglesia.

VEREA
Libro del Arciprestazgo (1956).

VERIN, Santa María a Maior
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2013 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

VIDE DE BAÑOS, San Xoán - SANTUARIO DE LOS MILAGROS
Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2012 y 2013 (Bautismos, matrimonios).

VIEITE, San Adriaio
Bautizados (1882-1925).

VILAMAIOR DO VAL, Santiago
Informe previo de evaluación de la casa rectoral.

VILAMARÍN
Plano: Vilamarín-Diestro. Informe sobre valoración de finca en suelo de núcleo rural consolidado en Vilamarín. Expediente de segregación de finca urbana situada en Vilamarín.

VILAR DE CÁAS, San Xoán

Varia: Minutas o listas de cobratorias de forales (Álvaro, Padilla) en Xinzo da Costa (Maceda). Documentos y papeles de Isidro Rodríguez y herederos, como Cabezalero de dichos foros. Correspondencia privada del dominico Fray Francisco Rodríguez (natural de Xinzo da Costa), desde Valdeflores (Vivero), con su tío Isidro Rodríguez.

VILAR DE CERREDA, Santiago

Informe previo de evaluación de la iglesia.

VILAR DE PONTE AMBIA, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2012, 2013, 2014 (Bautismo, defunciones). Memoria valorada de la reparación de la cubierta del presbiterio y la sacristía de la iglesia.

VILARRUBÍN

Presupuesto de consolidación de rectoral. Informe sobre el estado constructivo y su consolidación inmediata en la casa rectoral.

XUNQUEIRA DE AMBIA, Santa María la Real

Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2012 2013, 2014 (Bautismo, matrimonios, defunciones). Bautizados (1920-1931). Casados (1866-1922). Difuntos (1903-1932).

XUVENCOS, Santa María

Informe previo de evaluación de la iglesia.

ZORELLE

Presupuesto de consolidación de rectoral.

También hemos recuperado de un anticuario (Libros La Peña de Málaga) el libro de la Hermandad de Animas de San Cibrao de Las (1731-1982)

El Archivo entregó al Archivo Histórico Provincial, algunas escrituras sueltas de Luis de Remesal, cuyos protocolos están allí

También hemos recogido y en parte están expuestos en una vitrina sellos (cuños) de varias parroquias y arciprestazgos que conforman ya una interesante sección: Concretamente de Atás, Parada do Sil, Rubiás dos Mixtos y Xinzo e inmediatas a ellas.

Particularmente significamos nuestros reconocimientos a los Rvdos. Señores

Párrocos y otras personas que este año han hecho llegar documentación al Archivo.

El Excmo. Señor Obispo nos entregó un documento muy importante: *La Carta ejecutoria de nobleza de José Antonio Vázquez Figueroa Raposo y Losada*.

Alfonso González, Raúl

Álvarez Pérez, Emilio (Párroco)

Bernárdez Rodríguez, José Víctor (Párroco)

Blanco Grande, Miguel (Párroco)

CARITAS. José Ángel Feijóo Mirón (Delegado)

Delgado Gándara, Tomás (Párroco)

Domínguez Castro, José Ramón (Párroco)

Fernández Gómez, Emilia

Estévez Álvarez, Jorge (Párroco)

Estévez Gómez, José Ramón (Canónigo)

Estévez Pérez, Rufino Párroco

Fernández Galiana, Alfonso (Canciller-Secretario de Tui-Vigo)

Fernández Rodríguez, Luis Martín (Párroco)

Gómez, Eladio (Párroco)

González Ramos, José (Párroco)

González Seguí, Luis Javier (Párroco)

Hernández Figueiredo, José Ramón (Párroco)

Lourido Díaz, Cesáreo (Párroco)

Mera Martínez, Manuel (Párroco)

OBISPADO. Delegación de Patrimonio

OBISPADO. Administración

Requejo Rodríguez, Adolfo (Párroco)

Rodríguez Fernández, Manuel (Párroco)

Rodríguez López, Julio (Párroco)

Rodríguez López, Julio (Párroco)

Rodríguez Martínez, José (Párroco)

Rodríguez Piñeiro, Fernando (Párroco)

Sánchez Nóvoa, Orlando (Párroco)

Sobrino Fernández, José Manuel (Párroco)

Biblioteca

La Biblioteca se ha incrementado regularmente con diversas obras de estricto interés archivístico e histórico.

Particularmente ha sido generosos donantes de obras las siguientes personas

Francisco Fariña Busto. José Ramón Estévez Gómez, Ramiro González Cougil, Miguel Ángel González García.

Bibliotecas personales

El Archivo es depositario de tres importantes bibliotecas que se mantienen individualizadas y son de gran valor por contar con importantes fondos especializados. Los fondos de la Biblioteca Pilar de Torres Luna y P. José Luis Soto se han incrementado con valiosas donaciones de los titulares.

Investigadores

Recordamos que es documentación reservada la que no tiene más de 75 años. Por lo cual el año 2014 se pudo consultar hasta 1939.

Se abrió ficha a 87 investigadores que han acudido al Archivo por primera vez. Siendo un total de 715 los investigadores atendidos durante el año. Además de sacerdotes y otras personas que hacen consultas puntuales que no se asientan como investigadores.

Enero.....	68
Febrero	54
Marzo.....	57
Abril.....	54
Mayo.....	41
Junio	45
Julio.....	100
Agosto	Vacaciones
Septiembre	62
Octubre.....	77
Noviembre.....	73
Diciembre	84

Por correspondencia convencional y por correo electrónico 425 consultas, por teléfono 506.

Además se han atendido de la Secretaria Xeral de Emigración 25 solicitudes de partidas de emigrantes directamente. La mayor parte de las consultas por correo son de emigrantes buscando datos de sus antepasados para fines de nacionalización.

Publicaciones realizadas con documentación consultada en este Archivo (2014)

AA.VV

O Padre Feijoo. Ciudadán libre da república. Xunta de Galicia. Ourense 2014

CARNICERO MÉNDEZ AGUIRRE, Justo Manuel

La biblioteca de San Estevo de Ribas do Sil en la desamortización.

Boletín Auriense - Tomo XLIII , Año 2013, Ourense 2013

DÍAZ FERNÁNDEZ, Emilio

San Martiño de Moreiras. O Pereiro de Aguiar. Sociedad Filatética Miño Ourense 2014.

ESTEVEZ GÓMEZ, Xosé Ramón

Mi parroquia (Vilardecás). Ourense, 2014

GONZALEZ GARCIA, Miguel Ángel

Trandeiras, un convento franciscano para a Limia: historia y arte (breves apuntes)
Biblioteca arqueohistórica - Limia. Serie cursos e congresos nº 5
Xinzo de Limia 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Afiladores de Ourense por el mundo. Faro de Vigo - 8 Noviembre 2014, Ourense 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Apuntes artísticos de la parroquia de San Pelayo de Bóveda de Amoeiro (Ourense). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 42, Ourense, 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Documentación moderna del monasterio de San Esteban de Ribas de Sil en los archivos catedralicio y diocesano de Ourense, histórico nacional y real chancillería de Valladolid y dos notas de arte. Diversarum Rerum, Nº 9 “Separata”
Ourense, 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

El arquitecto José Peña de Toro en Ourense en 1655. Contrato con el platero Isidro de Montanos y suposiciones. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 44. Ourense, 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Iconografía de Don Luis de la Lastra y Cuesta obispo de Ourense y Arzobispo de Valladolid y Sevilla. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 41, Ourense 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Juan Bautista, maestro de capilla de la catedral de Ourense (1580-1585)
Archivo Capitular de Ourense - Historias menores de la Catedral - Basílica de San Martín. 46. Ourense, 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

Las cruces procesionales del monasterio de San Clodio (Ourense) y nota de algunos relicarios. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 43. Ourense, 2014.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel - SIERRA GÓMEZ, Francisco Javier

La documentación parroquial de la villa de Verín. Diversarum Rerum, Nº 9 “Separata” Ourense 2014.

MÉNDEZ MÍGUEZ, Carlos

Toponimia de Ramirás. Toxosoutos. Noia 2014.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Xosé Ricardo Ángel

Seixalbo: Vila e Couto (Ourense). Diversarum Rerum, Nº 9 “Separata”.

Personal y becarios

Director: M.I.Sr. D. Miguel Ángel González García

Auxiliar: D. Francisco Javier Sierra Gómez. (Contratado a tiempo parcial por el Obispado)

Economía

Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la Administración Diocesana.

Un convenio con la Secretaria Xeral de Emigración de la Xunta de Galicia firmado el 2014, con el Archivo, que facilitó fichas de duplicados de partidas con valor de información sobre emigrantes, aportó la Cantidad de 4000 € que se han invertido en gastos corrientes.

Diversas actividades

- El Director del Archivo ha dado a lo largo del curso 6 conferencias de temas relacionados con la investigación.

- Colabora siendo sede circunstancial con la *Asociación de Belenistas de Ourense* y con el *Grupo Francisco de Moure*. También con la *Academia Auriense-Mindoniense* de San Rosendo.

- Con el Liceo de Ourense ha colaborado en la convocatoria de la *XIX edición del ciclo de Jóvenes Investigadores* celebrado en el mes de febrero. Siendo conferenciantes los investigadores Aránzazu Fernández Quintas y Carolina Casal Chico.

- *Exposición sobre el Padre Feijoo* organizada por el Museo Arqueológico Provincial, préstamo del Libro de Bautizados de Santa María de Melias (AHD 32-07-01) con la partida del Ilustre polígrafo.

- ***El Archivo se constituye también en depósito de diversas obras de arte***

destinadas al futuro Museo Diocesano, llevándose registro minucioso de las mismas.

Diversarum Rerum

Importante complemento a la Actividad del Archivo ha sido la publicación con el Archivo Capitular del nº 9 de la Revista DIVERSARUM RERUM.

La acogida e intercambio con otras publicaciones ha sido muy positiva y es un acertado medio para significar la vitalidad de estas instituciones, dar cabida a trabajos de investigación histórica sobre la Diócesis y alentar el trabajo de los jóvenes investigadores.

Estaba dedicado a Don José Manuel Uruburu, colaborador generoso del Archivo de la Catedral y por ello la presentación se hizo en el Geriátrico Divino Maestro donde estaba el homenajeado participando en ello los *Amigos de la Catedral*.

El índice está en la página de DIALNET (http://dialnet.unirioja.es/servlet/listaarticulos?tipo_busqueda=ANUALIDAD&revista_busqueda=11219&clave_busqueda=2013)

Y totalmente digitalizada en la web de la Diputación Provincial: (<http://publicacions.depourense.es/index.php/es/revistasprovinciais/divesarumrerum>)

El contenido de este número es el siguiente.

Obispado y obispos

La carta auriense de 900. Manuel Carriedo Tejedo, pgs. 11-76.

La toma de posesión, juramento y entrada oficial en la diócesis de los obispos de Ourense (1578-2011). Miguel Ángel González García. págs. 77-138.

Catedral

Fragmento dun libro de notas de 1474. María Beatriz Vaquero Díaz, págs. 139-162

O universo do Pórtico do Paraíso: do concepto á forma, da imaxe á policromía. Carolina Casal Chico. págs. 163-202

El San Mauro de la catedral de Ourense: perspectiva geriátrica. Federico Martín Sánchez, Georgina Martín Torres. págs. 203-211

Parroquias

A visita ao préstamo de Caldelas polo mestrescola auriense don Xoán de Gaioso en 1538. Francisco Javier Pérez Rodríguez, págs. 215-246

La documentación parroquial de la villa de Verín. Miguel Ángel González García, Francisco Javier Sierra Gómez, págs. 247-264

Seixalbo: vila e couto (Ourense), Xosé Ricardo Rodríguez Pérez, págs. 265-276

Monasterios

Un documento del monasterio de Asmeses (Ourense) en el Archivo de la Catedral de Oviedo mal atribuido al monasterio de San Salvador de Asma (Chantada-Lugo). José Méndez Pérez, págs. 279-314

Un muy original “tetramorfos” en una de las puertas de la iglesia de Santa Cristina de Ribas de Sil, Jaime Delgado Gómez, pgs págs. 315-340

El aljibe del monasterio de San Vicente del Pino, una obra de la segunda mitad del siglo XVIII, Manuela Sáez González, págs. 341-354

Las capillas anexas de los antiguos monasterios de la diócesis de Tui. Ernesto Iglesias Almeida, págs. 355-374

Documentación moderna del monasterio de San Esteban de Ribas de Sil en los Archivos Catedralicio y Diocesano de Ourense, Histórico Nacional y Real Chancillería de Valladolid y dos notas de arte, Miguel Ángel González García, págs. 375-406

La preeminencia social de la nobleza gallega en el espacio sagrado durante los siglos XVI y XVII, Antonio Presedo Garazo

Dirección y horarios

El Archivo Histórico Diocesano está ubicado en el Seminario Mayor, en el pabellón derecho.

✉ Vista Hermosa.

Carretera del Seminario s/n.

32002 OURENSE

La correspondencia puede también dirigirse a:

Apartado 142

32080 OURENSE

☎ 988 36 63 35

💻 archivohistorico@obispadodeourense.com

Las noticias e informaciones del Archivo pueden también consultarse en la página web del obispado: www.obispadodeourense.com

Horario del Archivo Histórico Diocesano:

De lunes a viernes de 9 a 13.

Vacaciones:

- Mes de agosto
- Semana Santa desde el jueves santo al lunes de Pascua, ambos inclusive.
- Navidad del 24 de diciembre al 2 de enero.

- Las fiestas nacionales, locales, de la Diócesis y del Seminario (11 y 12 de noviembre y 28 de enero).

Miguel Ángel González García
Director del Archivo Histórico Diocesano.



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

ENERO

Hasta el día 7: Exposición de Belenes del Mundo en el Obispado.

Día 1: Santa María Nai, copatrona de la Diócesis. Celebración Eucarística a las 11:30 horas presidida por el Sr. Obispo en la iglesia de Santa María Nai.

Jornada Mundial por la Paz.

El Sr. Obispo firma el Decreto por el que queda constituido el Instituto para la Sustentación del Clero.

Día 2: Oración por la familia y la vida a las 20 h, Carmelitas Descalzas.

Día 6: Epifanía del Señor.

Día 8: Toma posesión de su cargo el nuevo Delegado Episcopal para Asuntos Económicos de la Diócesis de Ourense, D. Raúl Alfonso González.

Oración joven, Delegación de Juventud (Mestre Vide 2), 20:30 h.

Día 10: Clausura del Año Jubilar de las Clarisas de Vilar de Astrés, celebrado con motivo del 65 aniversario de la fundación de la comunidad y los 50 años del fallecimiento de su fundadora, M. Josefa, con una Celebración presidida por el Sr. Obispo.

Los ENS de Galicia peregrinan a Los Milagros en el Año Mariano, participando a las 13:00 h. en la Celebración Eucarística presidida por Monseñor Lemos Montanet.

Del 12 al 16: El Sr. Obispo asiste y participa en los Ejercicios Espirituales para los obispos que cada año organiza la Conferencia Episcopal Española en Pozuelo de Alarcón (Madrid).

Día 13: Escuela de Liturgia a las 20:00 h. en el salón Padre Feijóo.

Día 15: Oración diocesana por las vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento (Pza. de las Mercedes).

Del 16 al 18: XXXIV Encuentro de Rectores y Formadores de Seminarios Menores en Madrid, donde el Obispo de Ourense, Vocal de la

Comisión para Seminarios Menores, presentaba las jornadas y el tema *La parroquia, cauce y agente vocacional*.

Día 17: Curso de Formación en Matrimonio y Familia en Silleda, organizado por las cinco Diócesis de Galicia.

Del 18 al 25: Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.

Del 21 al 24: VII Semana de Teología. Conferencias en el Liceo cada día a las 20:00 horas contando con D. Ángel Galindo, Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca, Mons. D. Raúl Berzosa, Obispo de Ciudad Rodrigo y D. Aurelio García, Rector del Seminario y Delegado de Liturgia de Valladolid. El sábado 24, Misa en la Catedral por la Unidad de los Cristianos presidida por Mons. Lemos Montanet, Obispo de Ourense.

Del 20 al 25: V Semana de la Infancia.

Día 24: San Francisco de Sales, patrón de periodistas y escritores. El día anterior el Sr. Obispo y la Delegación Episcopal de Medios de Comunicación Social compartían un tiempo de oración y encuentro en el Seminario Mayor con los trabajadores de los medios locales.

Día 25: Jornada de la Infancia Misionera. El alumno del Seminario Menor Carmelo Gálvez Alvariño, ganador del concurso nacional de cuentos de la Infancia Misionera, recoge en Madrid su premio, acompañado por una representación de la Delegación de Misiones.

Ultreya del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Ribadavia.

Día 27: Escuela de Liturgia a las 20:00 h. en el salón Padre Feijóo.

Día 28: Celebración de Santo Tomás de Aquino en el Seminario Mayor. A las 11:00 horas Eucaristía y a las 12:30 horas conferencia a cargo del Lic.D. Evaristo Rúa Prieto, profesor de Moral, con el tema *John Henry Newman: Carta al Duque Norfolk, un brindis a la conciencia*.

Ciclo Cine y Vida a las 20:00 horas en el Centro Cultural de la Diputación con la proyección de la película *Una vida sencilla*.

Día 29: Encuentros de Padres en el Instituto da Familia (Amigos de la Barrera) .

Concierto solidario de Manos Unidas a las 20 h. en el Auditorio.

Día 30: Visita Pastoral a Santa Teresita (Veintiuno).

Día 31: Visita Pastoral a Santa Teresita (Veintiuno).

Retiro para jóvenes a través de la música en el Seminario Mayor con el sacerdote cantautor D. Gonzalo Mazarrasa.

Fiesta de San Juan Bosco. Misa a las 20:00 en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.

FEBRERO

Día 1: Visita Pastoral a Santa Teresita (Veintiuno).

Día 2: Jornada de la Vida Consagrada. Celebración Eucarística a las 20:00 horas en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.

Día 3: Reunión interparroquial de la ciudad: 20:00 h, salón Padre Feijóo.

Día 5: Oración joven, Delegación de Juventud (Mestre Vide,2), 20:30 h.

Día 6: Día del Ayuno Voluntario organizado por Manos Unidas.

Oración por la familia y la vida a las 20 h, Carmelitas Descalzas.

Del 6 al 8: Visita Pastoral a Santiago de As Caldas.

Cursillo de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

Día 7: Fiesta de S. Francisco Blanco en O Tameirón.

Del 8 al 13: Tanda de ejercicios espirituales para sacerdotes en la Casa diocesana de Ejercicios.

Día 8: Jornada Nacional de Manos Unidas.

Año Mariano: la Hospitalidad de Lourdes peregrina a Los Milagros participando a las 17:00 horas en la Celebración Eucarística presidida por el Sr. Obispo.

Día 11: Ntra. Sra. de Lourdes. Jornada Mundial del Enfermo.

Ciclo Cine y Vida a las 20:00 en el Centro Cultural de la Diputación con la proyección de la película *La piedra de la paciencia*.

Celebración del 50 aniversario del traslado de los restos del Obispo Blanco Nájera, fundador de las Misioneras del Divino Maestro. Conferencia y Misa en el Seminario.

Del 13 al 18: Peregrinación del Obispo de Ourense a Roma - Santuario de Loreto.

Día 14: Seminario complementario al Curso de Matrimonio y Familia organizado por las cinco Diócesis de Galicia sobre el Sínodo de la Familia, en Silleda.

Día 18: Miércoles de Ceniza. Comienza el tiempo de Cuaresma.

Día 19: Oración diocesana por las vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento (Pza. de las Mercedes).

Del 20 al 22: Congreso Regional de la Vida Consagrada con el lema *Una luz en el camino de la Iglesia*, con la presencia del Nuncio Apostólico, los Obispos de las cinco Diócesis de Galicia, el Obispo de Astorga, la Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada y representantes de distintas congregaciones, entre otras autoridades eclesiales, contando con ponentes de primer nivel y más de 500 congresistas.

Día 22: Año Mariano: la Vida Consagrada peregrina a Los Milagros. Ultreya de Cursillos de Cristiandad en A Valenzá a las 17:00 h.

Día 25: Reunión de arciprestes y delegados a las 11:00 horas en el Seminario Mayor.

Encuentros de Padres en el Instituto da Familia (Amigos de la Barrera).

Día 27: El nuevo Conselleiro de Cultura, D. Román Rodríguez, visitaba la Catedral de Ourense acompañado por el Sr. Obispo, el vicepresidente del Cabildo y autoridades civiles representando a las distintas instituciones.

Día 28: Visita Pastoral a San Pedro de Cudeiro y San Paio de Bóveda de Amoeiro.

Comienza una tanda de Ejercicios Espirituales de ENS en el Seminario Mayor de Ourense dirigida por el sacerdote D. Tomás Delgado.

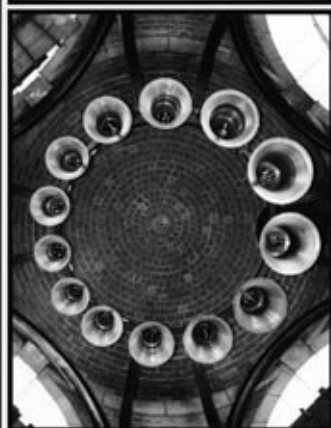
MARZO

- Día 1:* Día de Hispanoamérica (jornada misionera).
 Visita Pastoral a Santiago de Parada de Amoeiro, S. Juan de Abruciños, y Sta. Mariña de Fuentefría.
 Finaliza una tanda de Ejercicios Espirituales de ENS en el Seminario Mayor de Ourense dirigida por el sacerdote D. Tomás Delgado.
- Día 2:* Sacerdotes de Vilareal (Portugal), presididos por su Obispo, Mons. Amandio José Tomás, a los que se unieron sacerdotes de los arciprestazgos de Verín, A Limia, Bande y Maceda presididos por el Obispo de Ourense, celebran un Encuentro en los Milagros en el marco del Año Mariano.
 Conferencia en la sede de la Delegación Episcopal de Familia (Amigos de la Barrera) a las 20 h. a cargo del sacerdote D. Fernando García Álvaro, doctor en Teología en el Instituto Juan Pablo II para el matrimonio y la familia en Roma y Delegado de Familia de Valladolid, con el tema *Propuesta de la Iglesia: El Evangelio del amor y de la vida. Pistas para el trabajo en un contexto de Nueva Evangelización.*
- Día 3:* Reunión interparroquial de la ciudad a las 20 h. en el salón Padre Feijóo.
- Día 4:* El Sr. Obispo dirige el retiro a los sacerdotes del arciprestazgo de Maceda en Os Milagros.
- Día 5:* Oración joven, Delegación de Juventud (Mestre Vide 2), 20:30 h.
- Día 6:* Presentación de los actos de Semana Santa de O Carballiño en el Centro Cultural de la Diputación, contando con la presencia del Sr. Obispo y de representantes de la Cofradía de A Veracruz que organiza los distintos eventos y actividades.
 Oración por la familia y la vida a las 20:00 h, Carmelitas Descalzas.
 Festival solidario de la ONG Taller de Solidaridad a las 20:30, h. Teatro Principal.
- Del 6 al 8:* Cursillo de renovación del movimiento de Cursillos de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

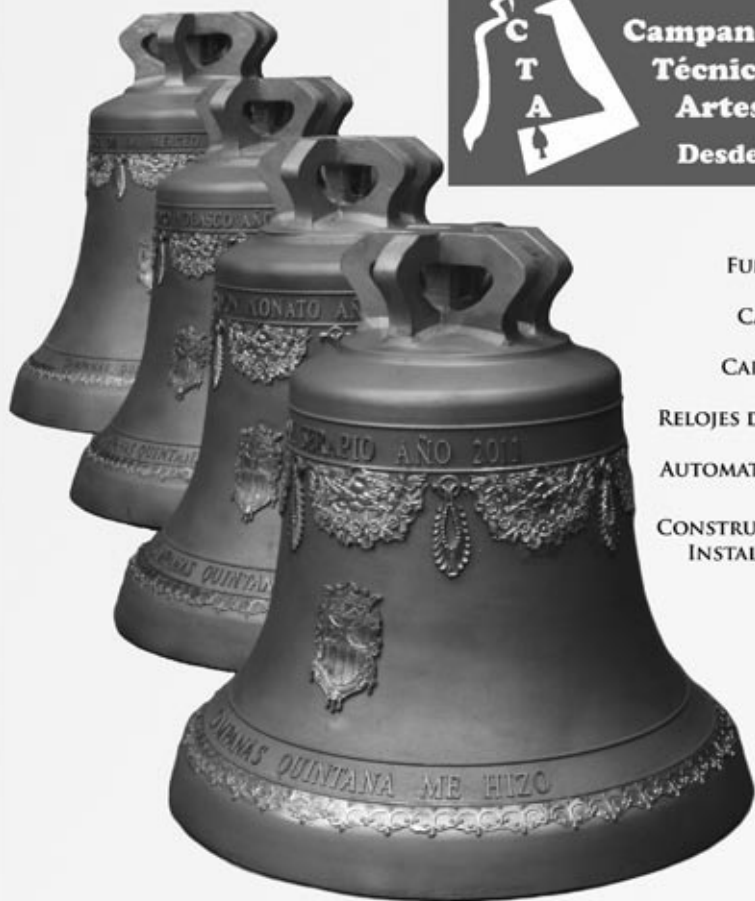
- Día 7:* Concurso de Catequesis a las 11 h. en el colegio Divino Maestro.
- Nueva jornada del curso de formación en Matrimonio y Familia, organizado por las cinco Diócesis de Galicia, en Silleda.
- Días 7 y 8:* Visita Pastoral a S. Eusebio da Peroxa, S. Vicente de Graices, Sta. María de Ucelle, S. Paio de Albán, Sta. María de A Barra.
- Ejercicios Espirituales de Equipos de Nuestra Señora en el Seminario Mayor, dirigidos por el sacerdote D. Manuel Emilio Rodríguez.
- Del 9 al 13:* Semana de preparación cuaresmal en la Catedral y día penitencial el viernes en toda la Iglesia. En la Catedral habrá confesores todo el día y Celebración Penitencial a las 19:00 horas presidida por el Sr. Obispo.
- Día 10:* Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo del Obispado.
- Día 11:* el Sr. Obispo dirige el retiro a los sacerdotes del arciprestazgo de Baixa Limia.
- Día 12:* La Asociación Provincial de Pensionistas y Jubilados peregrina a Los Milagros en el Año Mariano.
- Día 13:* la iglesia de Santa Mariña de Xinzo acoge el Rito de Admisión del Seminarista José Antonio Rodríguez como candidato a las Sagradas Órdenes, presidido por el Sr. Obispo.
- Día 14:* VIII Encuentro Vocacional en el Seminario Menor.
- El arciprestazgo de Allariz peregrina a Los Milagros en el Año Mariano.
- Día 15:* Ordenación de diáconos en el Seminario Mayor: Recibieron el Sagrado Orden del Diaconado los seminaristas Emmanuel Álvarez, Yerai Fariñas, Álvaro Fernández y José Manuel Salgado son ordenados Diáconos por el Sr. Obispo.
- Visita Pastoral a S. Miguel de Melias, S. Martiño de Gual, y Santiago de Toubes.
- Ultreya del movimiento de Cursillos de Cristiandad en Queizás (Verín).
- Del 17 al 25:* Novena a Santa María Nai.

- Día 18:* el Sr. Obispo dirige el retiro a los sacerdotes del arciprestazgo de Ribadavia.
- Día 19:* Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María. El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística en el Asilo de San José de Rairo, acompañando a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y a los residentes en el asilo en el día de su patrón.
- La parroquia de Santa María de Vila, lugar de nacimiento de D. Adolfo Enríquez, quien fue párroco de Vilanova, dolorosa y tristemente fallecido a principios de marzo, acoge una Celebración Eucarística en su recuerdo presidida por el Sr. Obispo.
- Festival solidario Ladesol a las 19:30 h. en Franciscanas.
- Días 19 y 22:* Día del Seminario.
- Día 21:* El Sr. Obispo ha realizado la Visita Pastoral a las parroquias de S. Vicente de Reádegos Sta. Mariña de Albán, S. Salvador de Armental, Sta. Eulalia de León.
- Días 21 y 22:* Se celebran los Festivales Juvenil e Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio, alzándose con el primer premio en ambos certámenes la parroquia de la Inmaculada.
- Ejercicios Espirituales de los Equipos de Nuestra Señora en el santuario de Los Milagros en marco del Año Mariano, dirigidos por D. Antonio Fernández León.
- Día 22:* Visita Pastoral a Santiago de Villamarín, Sta. Mariña de Orbán y S. José de Pazos do Monte..
- Día 23:* Pregón de Semana Santa en la iglesia de Santa Eufemia a las 20:15 h. a cargo de D. Francisco Fontán López, presidente de la Cofradía de Velle.
- Día 24:* Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo del Obispado.
- Día 25:* Reunión de arciprestes y delegados a las 11 h. en el Seminario Mayor.
- Ciclo Cine y Vida a las 20 h. en el Centro Cultural de la Diputación con la proyección de la película *Son of Babylon*.
- Jornada por la Vida con el lema *Hay mucha vida en cada vida*.

- Día 26:* La Fundación San Rosendo celebra la fiesta de su patrón en Laias, contando con la presencia del Sr. Obispo.
Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia a las 19:30 h.
- Día 27:* Monseñor Lemos bendice a las 12:30 h. la primera refinería de aceite en Galicia, de aceites Abril.
Viacrucis de la Juventud desde la Catedral por las calles de la ciudad, saliendo a las 20 h.
- Día 28:* Monseñor Lemos Montanet preside la Celebración Eucarística en Santa María de Vilar de Ponteambía, donde se inauguraba oficialmente la restauración completa del retablo de la iglesia, así como la renovación de la cubierta y del tejado.
- Día 29:* Domingo de Ramos. Comienza la Semana Santa. A las 11:15 h. procesión de Ramos y a continuación Celebración Eucarística en la Catedral, presidida por Monseñor Lemos Montanet.
Por la tarde, el Sr. Obispo visita la parroquia de Oimbra, pronunciando el pregón que da comienzo a la Semana Santa en la zona y bendiciendo los hábitos de penitencia de la Semana Santa. Posteriormente preside la Celebración Eucarística en Santa Cruz de San Cibrao (Oimbra).



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es



ELEMAR NOR, S.L.
COMUNICACIONES

 **BOUYER**

 **ude**

Al servicio de la Iglesia desde 1989

PROYECTOS, INSTALACIONES Y MANTENIMIENTO

- **Megafonía**
- **Calefacción**
- **Campanas nuevas y refundición**
- **Electrificación de campanas**
- **Campanarios electrónicos**
- **Yugos**
- **Iluminación artística LED**
Menor consumo
Mayor duración y luminosidad
- **Instalaciones eléctricas**



Le ofrecemos montaje provisional y presupuesto sin compromiso

ELEMAR NOR, S.L.
Polígono Icaria. C/ Ícaro, 32
15172 A Coruña
981 63 56 59
elemarnor@elemarnor.com
www.elemarnor.com

Empresa inscrita en el Registro de Instaladores de Telecomunicación.
Nº Reg. 3019

único

arquitectura

estudio de arquitectura

c/ Alcalde Lens 35 | entreplanta | local 5 | 15010 A Coruña

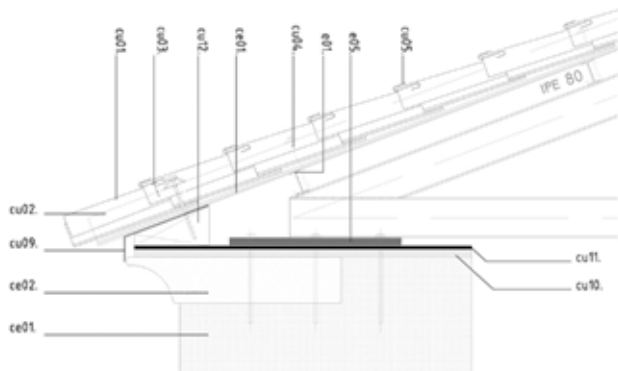
unicoarquitectura@unicoarquitectura.es

unicoarquitectura.es

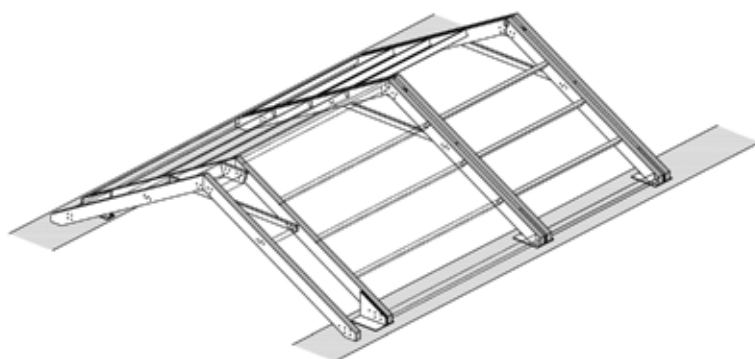
móvil 638 142 298

REALIZAMOS...

- _levantamiento de planos
- _estudios de viabilidad
- _informes de estado actual
- _informes patológicos
- _valoraciones y tasaciones
- _inspección técnica de edificios (ITE)
- _certificados de eficiencia energética
- _planes de mantenimiento
- _libros del edificio
- _proyectos de segregación
- _proyectos de demolición
- _proyectos básicos y de ejecución
- _proyectos de rehabilitación
- _proyectos de interiorismo



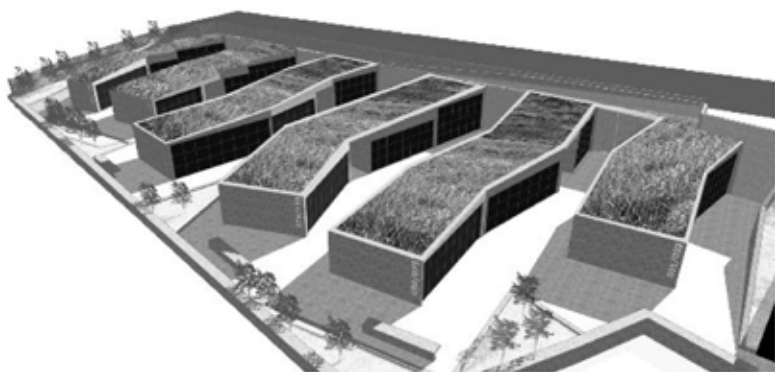
_Rehabilitación Cubierta de Santa María de Alón. [Sección transversal]



_Rehabilitación Cubierta de Santa María de Guisamo. [Modelización]

OFRECEMOS...

- _calidad
- _flexibilidad
- _integridad
- _independencia
- _responsabilidad social
- _respeto medioambiental
- _confidencialidad
- _precio
- _plazo



_Ampliación Cementerio Parroquial de Santa María de Leiro. [Modelo 3D]



_Casa Conventual de Arca, O Pino. [Alzado Este]



_Casa Conventual de Arca, O Pino. [Alzado Sur]

RENI



GLOBAL S.L.



Cementerio de San Isidoro de Postmarcos.



Primera Piedra Iglesia de Los Santos Ángeles.



Consagración Templo de Los Santos Ángeles.



Cementerio de Taragoña.



Bóveda Iglesia de Taragoña.



Cementerio de Os Ánxeles de Brion.



Cementerio de Carreira.



Acondicionamiento Iglesia de San José.



Cementerio de Santa María de Argalo.



Cementerio de San Xoán de Lousame.



Cementerio San Esteban de Abelleira.



Nuevos locales parroquia de San Antonio.

A Coruña

C/ Andrés Gaos, 27, entreplanta
(Locales parroquia de San Antonio)
15010 A Coruña - A Coruña
Telf.: 981 143 220, Fax: 981 144 551

Santiago de Compostela

Pz. de la Inmaculada nº4.
Apdo. correos nº 306
15704 Santiago de Compostela - A Coruña
Telf.: 981 575 857

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

Z.L. Martín

VIDRIERAS ARTÍSTICAS DE GALICIA

Desde 1.963 trabajando para toda España.



Diseño, Fabricación, Restauración e Instalación de Vidrieras.

Blindaje de protección para vidrieras antiguas.

Grabados al ácido, en oro y plata.

Vidrio industrial y espejos.

Cerramientos con vidrio de seguridad y templado para pórticos, claustros y cubiertas.

Carpinterías de acero, aluminio y PVC.

Calle Palomar 28. 15004 A Coruña

Tlf. 981.90 88 80

www.vidrierasartisticasdeg Galicia.com

info@vidrierasartisticasdeg Galicia.com

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

 Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

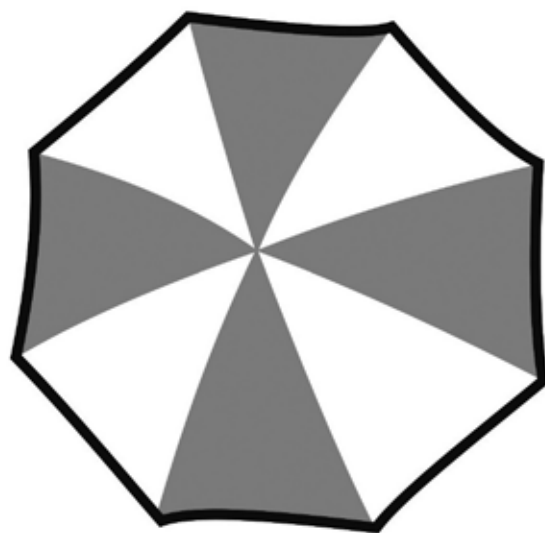
Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

CORREDOR DE SEGUROS



Rúa do Paseo 36, 2º Of. C
32003 OURENSE

Tfno y Fax: 988255645

Móvil: 619987841

E-Mail: corredor@segurosjpg.es

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
